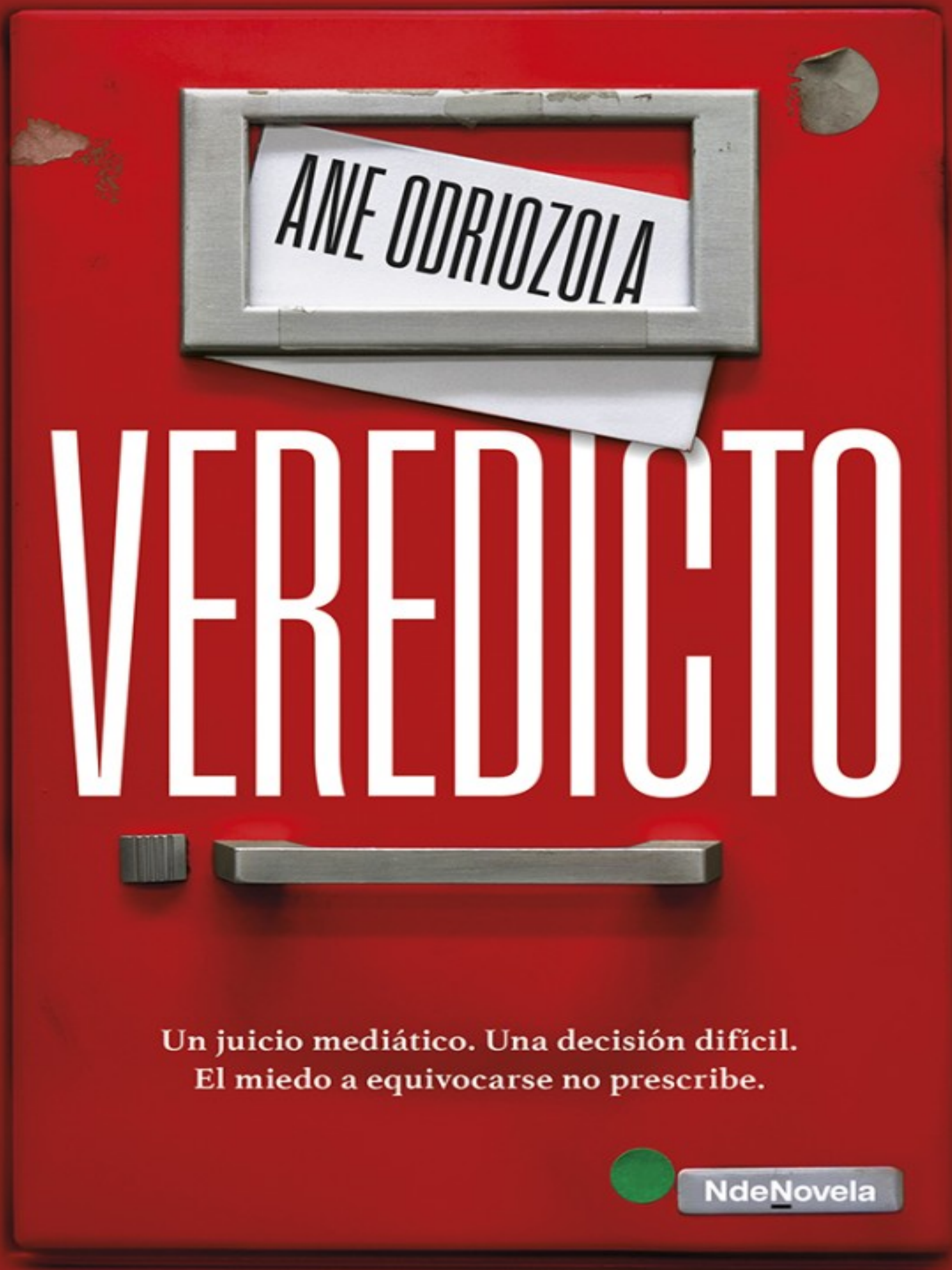
ANE ODRIOZOLA
VEREDICTO
Un juicio mediático. Una decisión difícil.
El miedo a equivocarse no prescribe.
NdeNovela

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Prólogo

Capítulo 1. Laia

Capítulo 2. Karmele

Capítulo 3. Silvia

Capítulo 4. Lander

Capítulo 5. El juicio - Día 1

Capítulo 6. El juicio - Día 1

Capítulo 7. Laia

Capítulo 8. Lander

Capítulo 9. El juicio - Día 2

Capítulo 10. Silvia

Capítulo 11. Karmele

Capítulo 12. Laia

Capítulo 13. Maite

Capítulo 14. Silvia

Capítulo 15. Laia

Capítulo 16. El asesino de Gros

Capítulo 17. Lander

Capítulo 18. El juicio - Día 3

Capítulo 19. Laia

Capítulo 20. Karmele

Capítulo 21. Silvia

Capítulo 22. Lander

Capítulo 23. El juicio - Día 4

Capítulo 24. El asesino de Gros

Capítulo 25. Silvia

Capítulo 26. Karmele

Capítulo 27. El asesino de Gros

Capítulo 28. Laia

Capítulo 29. Lander

Capítulo 30. Karmele

Capítulo 31. Silvia

Capítulo 32. El juicio - Día 5

Capítulo 33. Laia

Capítulo 34. Antonio

Capítulo 35. Silvia

Capítulo 36. El juicio - Día 6

Capítulo 37. Lander

Capítulo 38. Laia

Capítulo 39. Reta59

Capítulo 40. Antonio

Capítulo 41. El asesino de Gros

Capítulo 42. Karmele

Capítulo 43. El juicio - Día 7

Capítulo 44. Borja

Capítulo 45. Laia

Capítulo 46. Lander

Capítulo 47. Borja

Capítulo 48. Mikel

Capítulo 49. El juicio. Lectura del veredicto

Capítulo 50. Mikel

Capítulo 51. Laia

Capítulo 52. Silvia

Capítulo 53. Silvia

Capítulo 54. Laia

Capítulo 55. El asesino de Gros

Capítulo 56. Laia

Capítulo 57. Laia

Capítulo 58. Laia

Capítulo 59. Silvia

Capítulo 60. Silvia

Agradecimientos

Créditos

VEREDICTO

Ane Odriozola

NdeNovela

A mis chicas del BAZ

«El que cierra la puerta a la duda deja fuera la verdad».

RABINDRANATH TAGORE, poeta y filósofo indio, premio nobel de literatura. *Stray Birds*, 1916.

PRÓLOGO

Ya lo dijo el fiscal el primer día de juicio: «Ustedes serán los ojos y los oídos de la verdad, los portadores de la justicia. Pero no se preocupen, no necesitan tener conocimientos jurídicos. De hecho, tenerlos sería motivo suficiente para quedar fuera del jurado popular. Buscamos ciudadanos de a pie con sentido común. Solo eso. Gente normal que haga justicia».

Laia era muy consciente de que, si lo que buscaban era gente corriente, con ellos habían acertado de pleno: un ama de casa, un jubilado, una enfermera, un conductor de autobús, un estudiante, un mecánico, una administrativa, un ingeniero y ella. Gente normal. Demasiado normal. ¿Quiénes eran ellos para decidir qué ocurrió aquella noche de hacía dos años? ¿Qué sabían de indicios, pruebas circunstanciales y suposiciones infundadas? ¿Por qué debían inclinar la balanza hacia un lado u otro y determinar si el acusado era un asesino despiadado o una víctima más? Debían dar un veredicto fuera de toda duda razonable, pero lo cierto era que dudas tenían muchas, todas las del mundo. Y la que más la atormentaba a ella era muy difícil de responder: ¿qué es preferible, dejar a un culpable en la calle o enviar a un inocente a prisión?

Habían escuchado a los testigos, al fiscal, a la abogada defensora y al acusado, y les habían presentado una gran cantidad de pruebas, algunas irrefutables y otras no tanto. El juicio había sido muy

intenso, más de lo que les habría gustado, y era el momento de tomar una decisión.

La deliberación se prolongó durante dos horas y diez minutos, lo mismo que se tarda en dar un paseo por las tres playas de Donostia admirando el paisaje; en preparar una hamburguesa y disfrutarla viendo una película; o en poner una lavadora, pasar la aspiradora y quitar el polvo. En dos horas y diez minutos, ellos, los ciudadanos de a pie con cierto sentido común y nulo conocimiento de leyes, después de varios días de juicio, procedieron a la votación.

El caso de Lander Foronda ya tenía veredicto.

Correcto o no, eso ya era otra cosa.

CAPÍTULO 1

LAIA

2024

Laia echó una ojeada a su alrededor en la sala de espera del juzgado. Calculó que, con ella, serían más de treinta las personas convocadas para la selección del jurado. Habían sido elegidos en el sorteo del censo, llevado a cabo cada dos años, siempre en años pares. Y todos cumplían los requisitos exigidos: ser mayores de edad, saber leer y escribir, estar en pleno uso de sus facultades... De esa lista inicial, cuando se fijaba la fecha de un juicio con jurado, se efectuaba un nuevo sorteo para escoger a los ciudadanos que debían presentarse a la selección definitiva. Nueve titulares. Dos suplentes. El resto podría marcharse a casa.

—Yo no tengo tiempo para esta mierda. —Un hombre de ojos azules y cara de pocos amigos no dejaba de pasearse nervioso por la sala—. Seguro que hay gente que está deseando estar aquí. Que nos dejen en paz a los demás.

—Yo tengo que cuidar de mi madre. —Una mujer de mediana edad que estaba a su lado parecía preocupada—. No puedo permitirme contratar a alguien para pasar aquí casi dos semanas.

—Ya, pero si no vienes te multan —murmuró con resignación una joven con pinta de estudiante.

Laia escuchaba las quejas en silencio. No podía culparlos. Ser elegidos suponía una gran responsabilidad, además de verse en la obligación de interrumpir sus vidas durante el tiempo que durara el juicio. Miró el reloj de la pared. Las nueve y cuarto. Pronto empezarían a llamarlos uno por uno, como en una consulta médica o en la ventanilla de Tráfico. No tuvo que esperar demasiado. Fue la segunda en oír su nombre.

Un funcionario la condujo hasta la sala principal del juzgado, la sala de vistas. La situación era inusual y un tanto incómoda, y no pudo evitar ponerse nerviosa, como si la fueran a juzgar a ella. Se obligó a apartar ese pensamiento en cuanto cruzó la puerta. Ella no estaba allí por haber hecho nada malo, sino para cumplir con su deber de ciudadana. Nada más.

—Buenos días —la saludó la jueza, una mujer de gesto serio y voz firme. Su media melena canosa y las marcadas arrugas alrededor de los ojos sugerían que rondaba la edad de jubilación—. Díganos su nombre y su profesión, por favor.

—Buenos días. Me llamo Laia Ortiz y me dedico al *marketing* digital, aunque, ahora mismo, me he tomado un descanso. —Prefirió no detallar demasiado.

—Muy bien. ¿Tiene alguna causa justificada para no poder formar parte de este jurado? ¿Algún motivo que le impida asistir durante el juicio?

—No, señora..., señoría. —Laia no supo muy bien cómo debía dirigirse a ella.

—De acuerdo. En ese caso, deberá responder a las preguntas del fiscal y de la abogada de la defensa.

Fue la abogada quien tomó la palabra. Laia calculó que tendría unos cuarenta años. Sus movimientos eran precisos y elegantes, y transmitía una gran seguridad en sí misma.

—Buenos días. ¿Nos puede decir qué conocimientos tiene de derecho?

—Poca cosa, solo lo que estudié en la carrera. Creo recordar que tuve una asignatura sobre la regulación en *marketing* y publicidad y otra sobre la ley de protección de datos y derechos de autor.

La abogada asintió en un gesto de conformidad. Al parecer, daba por buena la respuesta.

—¿Ha sido usted o algún familiar acusado de cometer un delito?

—No, señora, ni yo ni mi familia.

—¿Conoce usted el caso que se va a juzgar?

—Solo lo que he leído en la prensa.

—¿Y qué opinión le merece? ¿Qué piensa de Lander Foronda?

Laia se tomó un segundo para pensar. Después, contestó con seguridad.

—No puedo responder a esa pregunta porque no sé bien lo que ocurrió. Me falta demasiada información y no sería justo dar una opinión al respecto.

La abogada y el fiscal intercambiaron una breve mirada. A Laia le pareció ver en ambos una sonrisa fugaz. Todo apuntaba a que había dado la respuesta perfecta para ser seleccionada.

—¿Algo más que quiera añadir? —La jueza se dirigió al fiscal.

—No, señoría. Con esto es suficiente.

Laia fue acompañada por el funcionario de vuelta a la sala de espera y ocupó de nuevo el mismo asiento. Durante las siguientes horas, observó cómo iban llamando al resto de los candidatos uno a uno. Algunos regresaban y se resignaban a esperar, como ella, pero a otros, apenas cruzaban la puerta, el funcionario les indicaba que podían marcharse.

—Los mandarán a casa porque los han recusado —afirmó una chica de melena rizada que llevaba unos zapatos tipo pisamierdas.

Laia no recordaba la última vez que se los había visto llevar a alguien.

—¿Qué es eso de recusar? —El hombre que no había dejado de protestar desde que habían llegado parecía interesado. Él no había sido llamado aún.

—Según he leído en internet, tanto la defensa como la acusación pueden recusar a cuatro candidatos sin dar motivo alguno, es decir, que pueden eliminarlos sin dar ninguna explicación.

—¿Y qué pasa cuando ya hayan descartado a esos ocho?

—Pues que tendrán que conformarse con los que quedan.

El hombre soltó algo similar a un gruñido y Laia se limitó a asentir con la cabeza. Ella también lo había leído.

Aunque ser miembro de un jurado popular nunca había entrado en sus planes, debía reconocer que no le llegaba en un mal momento. Había pasado catorce largos años en la capital británica trabajando para una multinacional especializada en *marketing* digital, tras dos en Tokio y uno en Nueva York. La tecnología siempre le había apasionado, y le atraía trabajar en un mundo en el que todo era posible, donde podía analizar datos, predecir tendencias e influir directamente en el comportamiento de las personas. Su capacidad de organización y planificación eran su mayor baza, y el *marketing* digital era perfecto para satisfacer su necesidad constante de disipar cualquier incertidumbre. Todo podía medirse: cada palabra, cada anuncio, cada campaña podía ajustarse para obtener el mejor resultado posible, y eso le encantaba.

La oportunidad de trabajar en el extranjero le llegó casi sin darse cuenta. De hecho, ni siquiera la buscó, pero cuando le ofrecieron el puesto en Tokio, aceptó sin pensarlo. Era lo que necesitaba en ese momento. Con el paso del tiempo, sin embargo, el mundo que tanto le había apasionado tomó un rumbo distinto, volviéndose

irreconocible. Las redes sociales cambiaban a una velocidad vertiginosa, las herramientas de análisis se quedaban anticuadas al instante y las tendencias nacían y morían en cuestión de días. Lo que hoy era relevante, mañana ya no lo era, y su necesidad de contrastarlo todo comenzó a chocar con un entorno cada vez más volátil. Esa falta de control la angustiaba hasta tal punto que sintió la urgencia de parar y tomar distancia. Debía tomarse un tiempo para responder una pregunta fundamental: ¿era eso lo que quería?

De manera que, tras solicitar una excedencia, a sus treinta y nueve años, decidió regresar a casa, junto a los suyos. Apenas había tenido tiempo de deshacer su equipaje y preparar la habitación donde transcurrió su adolescencia para pasar allí el próximo año, cuando un agente de la Ertzaintza llamó a la puerta y le entregó en mano una notificación. Se trataba de una cédula de citación, donde se le indicaba el día y la hora en que debía presentarse en los juzgados de Donostia para el acto de formación del tribunal en una causa concreta.

—¡Vaya mala suerte tienes! —le dijo su hermano Iker cuando se lo contó. Aunque ya no vivía en casa, se pasaba todos los días a comer y a cenar. Una cosa era independizarse y otra muy distinta tener que cocinar.

—¡Ya lo creo! Poco antes de volver, cuando ya tenía la decisión tomada, me empadroné aquí para poder optar a los sorteos de viviendas de protección oficial. Y en lugar de tocarme un piso, me ha tocado esto.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Cómo que qué voy a hacer? Pues ir, no tengo otra opción.

—Me refiero a qué vas a contestar cuando te pregunten acerca de tu opinión sobre el caso. Yo que tú, diría que el Foronda ese es un mal bicho que se cargó a su compañero de piso porque es un

descerebrado, que seguro que iba puesto hasta las cejas de drogas y que tendría que estar colgado de un árbol para que el resto de los mortales tomemos ejemplo. ¡Ya verás como no te cogen!

Laia soltó una carcajada. Su hermano era muy capaz de decir semejante barbaridad delante de un tribunal o de quien fuera, pero ella no era así. No le gustaba mentir. Además, tenía un profundo sentido de la justicia. Creía que debía ser honesta consigo misma y con los demás, y responder con sinceridad. Fue precisamente esa honestidad la que la llevó a ser elegida en el proceso de selección. Tras una espera de casi tres horas, ella y otros diez candidatos más fueron notificados de que habían sido escogidos para formar parte del jurado que decidiría si Lander Foronda era culpable o no.

Echó un vistazo rápido a sus compañeros y, por sus expresiones, supo que, si no todos, al menos la mayoría habría preferido no estar allí. Ella tampoco tenía muy claro si quería formar parte de aquello. Sin embargo, creía que, ya que tenía que hacerlo, lo haría bien. Era meticulosa, concienzuda y, sobre todo, justa. Prefería no quedarse con la primera impresión y le gustaba investigar, profundizar, asegurarse de que entendía cada detalle antes de emitir una opinión.

Al día siguiente comenzaría el juicio. El sistema judicial había confiado en ella para ese trabajo, y no pensaba fallar.

CAPÍTULO 2

KARMELE

2024

La periodista Karmele Beltrán subió las escaleras y se detuvo frente al control de la entrada invadida por una sensación de nostalgia. Hacía mucho tiempo que no cubría un juicio, y regresar a la Audiencia Provincial de Gipuzkoa le resultaba extraño. Echó un vistazo en busca del guardia de seguridad que solía estar en la puerta. No recordaba su nombre, pero siempre tenían la costumbre de intercambiar unas palabras antes de entrar. No estaba, y pensó que lo más probable sería que se hubiese jubilado. En su lugar, detrás del escáner, una joven de pelo rapado y rostro serio revisaba con atención la pantalla. Apenas debía de rozar los veinticinco años.

—*Egun on* —saludó Karmele dejando sus pertenencias en la bandeja de plástico para que pasaran por el escáner.

—*Egun on* —respondió ella—. ¿Prensa?

—Sí, *Donostia Press*.

Atravesó el detector de metales mientras la chica comprobaba en la pantalla que todo estaba en orden. Recogió sus cosas y continuó su camino hacia el interior. En el *hall* del juzgado, se encontró con un grupo de periodistas. Charlaban animadamente mientras esperaban a que comenzara el juicio. Algunos eran viejos conocidos. Otros, en cambio, no le sonaban de nada.

—¡Dichosos los ojos! —una voz familiar captó la atención de los demás—. ¡Pero si es la reina del periodismo de investigación! ¿Cómo es que se ha dignado vuestra merced a bajar a los suburbios?

—No digas tonterías, Alberdi —le respondió Karmele sonriendo al corresponsal de Radio Euskadi—. Te echaba tanto de menos que he decidido pasarme.

Alberdi se acercó a ella con su sonrisa de siempre y le dio un abrazo cariñoso. En otros tiempos, habían coincidido casi a diario cubriendo las mismas noticias. Como buen veterano, se giró hacia los periodistas más jóvenes, que observaban con curiosidad.

—Para los que no la conozcáis, aunque estoy seguro de que su nombre os sonará —dijo con teatralidad—, ella es Karmele Beltrán, una antigua compañera que decidió pasar a mejor vida y hacerse *freelance*. Ahora escoge ella misma las historias que quiere contar, mientras nos deja al resto las que no le interesan.

Karmele había trabajado para diversos medios en sus primeros años como periodista. Su tenacidad, su rigor en la búsqueda de información y el respeto por la verdad la habían convertido en una profesional destacada. Sin embargo, esas mismas cualidades hacían de ella una persona difícil de manejar. No soportaba las imposiciones de las líneas editoriales ni las restricciones a la hora de investigar, y las discusiones con sus jefes eran una constante. Harta de tener que cumplir con las exigencias y plazos que no respetaban la profundidad que requerían sus noticias, decidió dar un salto al vacío y comenzar a trabajar por su cuenta.

La relación que mantenía con Kris, su pareja desde hacía años, tuvo mucho que ver. Kris era una fotógrafa de renombre internacional, una artista cuyo talento la había llevado a ganar prestigiosos premios y a colaborar con publicaciones como *National Geographic*. Su trabajo la llevaba a recorrer el mundo, capturando

imágenes que contaban historias únicas, y lo hacía con éxito suficiente como para garantizar una estabilidad económica para ambas.

Fue Kris quien animó a Karmele a dar el salto.

—Mientras yo recorro el mundo, tú estás atrapada en una redacción —le decía a menudo—. Quiero que seas libre, Kar, que puedas elegir qué escribes y qué no. Y que puedas venir conmigo cuando te apetezca. Seguro que detrás de las imágenes que capta mi objetivo hay grandes historias que merecen ser contadas.

Decidida a intentarlo, Karmele comenzó a trabajar de forma independiente, acompañando a Kris a destinos exóticos y escribiendo desde cualquier rincón del mundo. En ocasiones, sus trabajos incluso se entrelazaban, y las fotografías de Kris se convertían en el complemento perfecto para los reportajes de Karmele.

—¿Vas a cubrir el juicio? —le preguntó Alberdi sorprendido—. Creí que ya no hacías estas cosas.

—Hace mucho que no las hago, la verdad. Pero, teniendo en cuenta quién es el acusado, Néstor me ha contratado para cubrirlo —respondió aludiendo al jefe del diario *Donostia Press*.

—Bueno, es que no se me ocurre nadie mejor que tú. Después del reportaje que te marcaste sobre los Foronda...

—Fue un trabajo espectacular —se atrevió a decir de pronto un joven rubio de gafas. Tenía pinta de becario—. Soy Unai, de *Noticias de Gipuzkoa*.

El chico le tendió la mano con entusiasmo, y Karmele se la estrechó un tanto sorprendida por su efusividad.

—¿Cómo lograste descubrir lo que escondía Josean Foronda? ¿Una intuición?

—No exactamente. —Karmele advirtió la atenta mirada de sus compañeros—. Recibí una filtración anónima. No decía mucho, pero sí lo suficiente como para empezar a tirar del hilo. Aquello me llevó al conflicto que estaban viviendo los vecinos de la Parte Vieja de Donostia, me pareció un tema interesante y decidí que tenía que investigar a fondo. Y fue así como salió toda la mierda de Foronda.

Los más jóvenes la miraban con fascinación, sobre todo Unai.

—El viejo Néstor te pagaría una pasta por un reportaje así, ¿no? Con lo que le gusta destapar escándalos... —quiso saber Alberdi, aunque era más una afirmación que una pregunta.

—Sigue igual de rácano y estirado, pero no le quedó otra que rascarse el bolsillo. Ahora me he ofrecido a cubrir el juicio, aunque este trabajo no me lo va a pagar tan bien.

—¿Te has ofrecido tú? —se extrañó Alberdi—. ¿Y eso por qué?

—Porque creo que estoy en deuda con el chico. Si no hubiera sido por mi reportaje, la opinión pública le habría dado el beneficio de la duda, al menos hasta celebrarse el juicio, pero no ha sido así. Después de destapar la doble moralidad y las actividades poco éticas de su padre, Lander no ha tenido ninguna posibilidad, y me siento en parte responsable de ello. A ojos de todos, el hijo de uno de los hombres más odiados de la ciudad solo puede ser culpable —aseguró—. No tengo ni idea de si Lander Foronda es culpable de asesinato o no, pero no tiene por qué pagar los errores de su padre. Mi reportaje no debería haberlo perjudicado a él, pero lo ha hecho, y no es justo. Y por eso estoy aquí, porque quiero escribir una crónica limpia y objetiva, sin prejuicios. Una cosa no tiene que ver con la otra, y así es como quiero enfocarlas, de manera independiente, como deberíais hacerlo también vosotros.

De pronto, la letrada de la Administración de Justicia se acercó a ellos con paso decidido y una carpeta bajo el brazo.

—Buenos días. El juicio comenzará con un ligero retraso. La jueza ha tenido un contratiempo y aún no ha llegado. Aun así, esperamos poder comenzar en unos quince minutos.

Los periodistas asintieron y le dieron las gracias. Alberdi se giró hacia Karmele y le preguntó con una sonrisa pícara:

—¿Y qué me dices de la abogada defensora? Vaya sorpresa, ¿eh?

Karmele le devolvió un gesto cargado de complicidad.

—Estoy deseando verla. Este juzgado no ha sido lo mismo sin ella.

Unai se ajustó las gafas con un movimiento rápido y se puso a rebuscar en sus papeles. ¿Quién era esa abogada? ¿Qué tenía de especial?

—Ojalá podamos disfrutar de la Rottweiler en estado puro. —Alberdi se frotó las manos de manera exagerada.

—¿La Rottweiler? ¿Quién es la Rottweiler? —preguntó Unai nervioso. Temía haberse perdido algo importante.

—Una antigua fiscal. Su nombre es Silvia Legarre, y fue una de las mejores fiscales que hemos conocido nunca. Implacable.

—Ya lo creo —intervino Alberdi—. La tía tenía un par de pelotas bien puestas. Vamos, que el apodo le va como anillo al dedo.

—Dejó la fiscalía hace ya tiempo, unos diez años o más, y ahora regresa como abogada defensora de Lander Foronda. Me alegro de que, al menos ella, no les haya dado la espalda.

Unai anotó el nombre de la abogada en su libreta, agradeciendo la generosidad de sus compañeros al compartir esa información.

—Si no ha perdido facultades, será un placer volver a verla en el estrado —sentenció Karmele.

CAPÍTULO 3

SILVIA

2024

Aún no eran las cinco de la mañana cuando se levantó de la cama. No podía dormir. Llevaba mucho tiempo preparando aquel juicio y le costaba desconectar. Sabía que el día sería largo, pero su mente no podía frenar, repasando una y otra vez los detalles, las declaraciones y los argumentos.

Consciente de que no conseguiría volver a conciliar el sueño y decidida a aprovechar el tiempo, puso una lavadora, recogió el salón, ordenó la despensa y, después, planchó el traje nuevo que había comprado para la ocasión: uno negro de chaqueta y pantalón de raya diplomática, sobrio pero elegante. Cualquiera de los que tenía en el armario le habría servido, ya que en los últimos quince años no había variado de talla. Su figura seguía siendo tan esbelta como siempre, pero necesitaba sentir que aquel juicio marcaba un nuevo comienzo, y ese traje, más que una prenda, era su nueva armadura.

Mientras el olor a café impregnaba la cocina con su aroma, puso unas rebanadas de pan a tostar cuando sintió las manos de su marido rodeándole la cintura.

—¿Cómo estás? —le preguntó Iñigo apoyando el mentón en su hombro.

—Nerviosa.

—Lo vas a hacer fenomenal. Piensa que esto es igual que andar en bicicleta, nunca se olvida.

Aquella era una buena respuesta y sabía que tenía razón, pero llevaba demasiado tiempo alejada de los juzgados y sentía que ya no era la misma. Se giró hacia él y lo rodeó con sus brazos. Con el pelo entrecano enredado cayéndole sobre la frente, estaba guapo hasta recién levantado.

—Solo espero estar a la altura.

—Lo estarás, no tengo ninguna duda. Eres la temida Rottweiler, ¿recuerdas?

—Hace mucho tiempo lo fui —respondió ella con tristeza—, pero a lo largo de los últimos catorce años, tan solo he sido una madre que se ha dedicado a cuidar de sus hijos.

Iñigo sabía que no era un reproche y la abrazó con fuerza. La decisión de dejar su carrera, por dura y complicada que hubiera sido, la había tomado ella por voluntad propia. Consciente de todo lo que la había removido por dentro esta nueva situación, la besó en la mejilla y la dejó tranquila con sus pensamientos.

Los últimos acontecimientos habían hecho que Silvia rememorase una y otra vez su trayectoria profesional, particularmente, cómo se dejó la piel para llegar a ser fiscal. Obtuvo unas calificaciones inmejorables durante la carrera de Derecho y, apenas terminó la universidad, se volcó de lleno en preparar las oposiciones. Fue un proceso muy duro, de jornadas interminables sin levantar la vista de los libros, memorizando leyes y más leyes, viendo cómo muchos de sus compañeros se quedaban por el camino. Ella, sin embargo, siguió hasta conseguirlo.

Ser fiscal resultó ser un trabajo emocionalmente exigente y, en ocasiones, frustrante también. Se había enfrentado a casos muy

difíciles, y también delicados, sobre todo aquellos que involucraban a víctimas vulnerables, como niños, ancianos y personas dependientes. Algunos días eran agotadores, pero se sentía orgullosa de su labor. Representaba a la sociedad en los tribunales y velaba por la justicia. No se trataba solo de acusar, de ir contra los malos, sino de buscar la verdad, analizar cada caso con objetividad y garantizar que la justicia se aplicara de una manera correcta. Y ella era muy buena en su trabajo. Implacable cuando la situación lo requería, rigurosa, decidida y meticulosa en su enfoque.

No fue sencillo conciliar su vida laboral con la maternidad cuando llegó Mikel, su hijo mayor. Su vida se volvió del revés y supo, al reincorporarse al trabajo tras finalizar la baja maternal, que ya nada sería igual. Aun así, hizo lo mismo que hacen a diario miles de madres trabajadoras: compaginar lo mejor posible ambos mundos, el laboral y el familiar, viviendo contra reloj entre su casa, el juzgado y la guardería. Iñigo, que viajaba a Suiza varias veces a la semana por motivos laborales, colaboró en lo que pudo, pero el peso real de la crianza cayó sobre ella. Y fue a Silvia, no a él, a quien verdaderamente le cambió la vida.

Volvió a quedarse embarazada cuando Mikel contaba ya con siete años. Creyó que en esta ocasión también podría con ello, pero no fue así. Una mala jugada del destino hizo que su hija Maialen naciera con problemas, y ya desde el principio se dieron cuenta de que algo no iba bien. La niña era demasiado tranquila, apenas se movía y tenía dificultad para succionar. Con el paso de los meses, la preocupación aumentó. Maialen no intentaba girarse en la cuna, apenas sostenía la cabeza por sí misma y nunca estiraba los brazos. Tampoco balbuceaba y difícilmente respondía a estímulos sociales. El diagnóstico fue un terrible mazazo: síndrome de Mowat-Wilson.

Enfermedad rara. Movilidad afectada. Discapacidad intelectual. Dependencia de por vida. Problemas, muchos problemas.

Silvia no volvió al trabajo tras los cuatro meses de baja maternal. En su lugar, pidió una excedencia por cuidado de hijo dependiente. Hasta cuándo, no lo sabía. En ese tiempo, probaron de todo: tratamientos específicos, terapias especializadas, estimulación intensiva, programas multisensoriales..., pero no hubo grandes avances. La niña seguía con muchas complicaciones y, además, desarrolló una dependencia emocional extrema hacia su madre. Ella era su refugio, su salvación, la única capaz de calmarla.

La decisión de quedarse en casa no fue nada sencilla. Aunque su fuero interno le decía que debía cuidar de su familia, abandonar la fiscalía implicaba un sacrificio demasiado grande. Dejarlo todo atrás, después de haber luchado tanto para conseguirlo, le parecía una derrota. Por eso, se convenció de que solo estaba retrasando su vuelta hasta que la situación mejorara, pero el día de volver nunca llegó. Poco a poco, fue adaptándose a otros horarios, otras rutinas y otros planes. Para no sufrir por lo que pudo haber sido y no fue, se alejó del mundo que tanto le apasionaba, dejó de leer la prensa y de hablar con sus antiguos compañeros. Prefirió vivir en la ignorancia hasta que, casi sin notarlo, llegó el día en el que no echó de menos la adrenalina que corría por sus venas al subirse al estrado, al sentir la mirada de jueces, acusados y miembros del jurado sobre ella, o al escuchar un veredicto favorable. Simplemente, olvidó esa sensación. La borró de entre sus recuerdos.

Pero, un día, una llamada de teléfono lo cambió todo.

Era viernes por la tarde cuando sintió la vibración de su móvil en el interior del bolsillo de su pantalón. Maialen estaba dormida y lo tenía en silencio. Sacó el teléfono y se extrañó mucho al ver de

quién provenía la llamada: era la madre de Lander, el mejor amigo de su hijo Mikel.

—Hola, Maite. —Silvia quería que su voz sonara como si se hubieran visto el día anterior y la saludó con familiaridad, aunque no hablaban desde hacía mucho tiempo—. ¿Qué tal todo?

—Necesito tu ayuda —respondió Maite antes de echarse a llorar desconsoladamente.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras? Maite, tranquilízate y dime qué pasa.

—Han detenido a Lander —alcanzó a decir cuando consiguió serenarse.

—¿Cómo? ¿A Lander? No lo entiendo. ¿Por qué?

—Por asesinato.

La frase cayó como una gran losa sobre Silvia. Sabía que el compañero de piso de Lander había sido encontrado sin vida tan solo unos días antes, pero nunca imaginó que lo detendrían a él.

—¿¡Creen que Lander mató a Borja Miranda!?

—Dicen que tienen pruebas contra él. —Maite no pudo reprimir el llanto—. Ayúdame, Silvia. Josean ni siquiera quiere escucharme. Te necesito. Fuimos buenas amigas y te pido por favor que no me falles ahora.

A Maite no le faltaba razón: hubo una época en la que las unía una profunda amistad. Se conocieron cuando sus hijos eran pequeños, al coincidir cada mañana en la puerta del colegio, y pronto conectaron, a pesar de lo distintas que eran. Maite era diez años mayor y «muy señorona», como solía decirle Silvia en broma. Tenía todo el tiempo del mundo, ya que, gracias a la buena posición económica de su marido, no tenía que trabajar. Silvia, en cambio, vivía en un estrés constante, corriendo de un lado a otro aunque su situación económica también fuera buena. Cuando se le hacía tarde

en el trabajo y le era imposible llegar a tiempo a buscar a Mikel, solía recurrir a Maite. Esta cogía a los dos niños y se los llevaba a su chalet en el paseo del Faro: Villa Maite. Era uno de los lugares más lujosos de Donostia, con unas privilegiadas vistas a la bahía de la Concha. Allí, los niños se lo pasaban en grande en una sala de juegos que parecía sacada de un catálogo de juguetes. Cuando Silvia llegaba a recoger a su hijo, Maite la solía esperar con una botella de vino blanco bien frío y, con las risas de los niños como ruido de fondo, compartían un rato de conversación y complicidad. Con el paso del tiempo, su amistad se fue afianzando, más aún cuando sus hijos se hicieron inseparables. Un tiempo después, con la llegada de Maialen, Maite se convirtió en un gran apoyo para ella. Siempre dispuesta a echar una mano, la escuchó sin juzgarla cada vez que Silvia se derrumbaba y reconocía lo que no se atrevía a admitir frente a los demás: que estaba agotada, que tenía mucho miedo y que echaba de menos su vida anterior.

Años más tarde, fue Maite quien rompió la relación cuando decidió alejarse del mundo. La vergüenza y el qué dirán tras el escándalo destapado por una periodista acerca de los chanchullos de su marido hizo que desapareciera de un día para otro, recluyéndose en Villa Maite, el lugar que se convertiría en su jaula de oro. Sin explicaciones. Sin despedidas.

Silvia intentó hablar con ella, saber cómo estaba. La llamó muchas veces para brindarle su apoyo, pero Maite no respondió a ninguna de sus llamadas, y ella se sintió dolida por el rechazo de su amiga. Ahora que era la propia Maite quien acudía a ella pidiendo ayuda, era el momento de tenderle la mano, tal y como había hecho ella en otra época.

Dos años después de esa llamada, Silvia estaba a punto de volver a los juzgados, pero no como fiscal, sino como abogada de la

defensa. Ironías del destino, después de tanto tiempo en la acusación, ahora le tocaba defender.

—Solo confío en ti —le confesó Maite cuando le pidió que asumiera la defensa de su hijo—. Sé que harás todo lo posible por sacarlo de esta pesadilla.

Tomar la decisión de aceptar la propuesta de Maite fue tan difícil como la de dejar en su día la fiscalía, pero sentía que debía hacerlo. Desde ese momento, había tenido muchos meses para prepararse a conciencia, pero no solo ella, sino Maialen también, quien debía aprender a estar sin su madre.

—Te necesito al cien por cien, Silvia —le dijo Maite—. Encontraremos a alguien con quien Maialen se sienta a gusto y entonces podrás centrarte en el caso.

Probaron con una cuidadora tras otra hasta dar con la adecuada. Fue la cuarta la que resultó ser la definitiva y, curiosamente, la que menos preparada estaba para el puesto. Greta era una mujer de treinta y tantos años, bajita y regordeta, con el pelo rizado en forma de caracolillos y una enorme sonrisa en la cara. Tenía una larga trayectoria profesional como auxiliar de geriatría, por lo que solo había cuidado a ancianos, nunca a niños, y menos con enfermedades raras. Cuando Silvia le preguntó por qué se había interesado por el puesto no siendo de su especialidad, la respuesta de Greta fue clara: todos sus pacientes, tarde o temprano, terminaban muriendo, y ella no quería asistir a ningún funeral más. Tal vez por su simpatía o por su voz cantarina, como si todo lo que decía formara parte de una canción, fue con quien Maialen se sintió más cómoda. Congeniaron muy bien, y Silvia pudo centrarse en preparar la defensa mientras su hija se iba acostumbrando a no tener su atención.

Ahora, con el juicio a punto de comenzar, Silvia se encontraba ante el caso más importante de su carrera, el único en el que lo profesional se mezclaría con lo personal. No era un juicio más, sino uno en el que no podía permitirse perder, y estaba dispuesta a ir a por todas. Por Maite, por Lander, por Mikel y también por ella misma.

Ya no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 4

LANDER

2024

Los días en la cárcel estaban siendo para Lander tan duros como los había imaginado. Había tenido mucho tiempo para prepararse para el temido momento del juicio y sintió una gran liberación por poder alejarse de aquel infierno, aunque solo fuera durante unos días. Esa mañana, se había subido al furgón policial agradeciendo poder respirar, por unas horas al menos, un aire que no oliera a cerrado, a humedad ni a desinfectante.

El trayecto desde la prisión de Martutene hasta los juzgados de la Audiencia Provincial de Gipuzkoa duró algo más de diez minutos, y le resultó extrañamente reconfortante. A través de la ventanilla, pudo observar la ciudad que tan bien conocía, con los escaparates de las tiendas encendiendo sus luces, el tráfico constante, los niños caminando hacia el colegio... Pero esa agradable desconexión se esfumó en cuanto llegaron y vio a los periodistas merodeando alrededor de los juzgados, con sus cámaras preparadas para disparar en cuanto lo tuvieran al alcance de su objetivo.

Recorrió los pasillos del juzgado esposado y custodiado por dos agentes. Al entrar en la sala de vistas, uno de los ertzainas le quitó las esposas y su abogada se acercó a saludarlo. Lander aprovechó que la jueza aún no había llegado para girarse hacia el público.

Sabía que su padre no estaría allí, y buscó a su madre. La encontró sentada al fondo de la sala, escondida tras unas gafas enormes y con la mirada clavada en el suelo, avergonzada.

Consciente de que lo peor estaba por llegar, se lamentó de haber acabado en esa situación. Trató de apartar ese pensamiento, pero fue inútil, y recordó cómo su historia se había torcido mucho antes.

Lander era hijo único y había llegado a la familia cuando sus padres ya casi habían perdido la esperanza de tener descendencia, por lo que fue recibido como el mayor regalo de sus vidas, sobre todo por su madre. Desde pequeño, Maite lo colmó de caprichos y afecto, y le dio todo su amor. La relación con su padre, por el contrario, nunca fue buena. Y, con el paso del tiempo, fue a peor.

En sus primeros años, Lander buscó la aprobación de Josean con una insistencia casi desesperada: le enseñaba sus dibujos, las construcciones de Lego, los grillos que atrapaba en el jardín..., pero nada parecía ser suficiente. Josean Foronda nunca estaba satisfecho en lo que respectaba a su hijo. Siempre encontraba un «pero» y terminaba exigiéndole más.

Con los años, Lander se cansó. Aburrido de tanto desprecio, abandonó cualquier intento de complacerlo y optó por el camino contrario, convirtiéndose en un experto en provocar a su padre. Se dejó el pelo largo, empezó a vestir siempre de oscuro con pantalones rotos y botas militares, a fumar porros y a pasar de todo. Incluso se pintó las uñas de negro, solo por fastidiar. Y su forma de hablar también cambió: adoptó un tono chulesco, desafiante, cargado de cinismo cada vez que hablaba con él. Las discusiones se volvieron parte de la rutina y la casa se convirtió en un campo de batalla: por el volumen de la música, por la hora de llegada, por las contestaciones... Josean gritaba, Maite trataba de poner paz y

Lander se encerraba en su cuarto a ver películas de terror o a escuchar música ensordecedora, exasperando aún más a su padre.

—¿Y tú quieres que este se quede con la empresa familiar? —le reprochaba Josean a su mujer cada vez que tenía una bronca con él —. Llevo media vida dejándome la piel en la promotora inmobiliaria, y la he convertido en una empresa de éxito. Construcciones Foronda es sinónimo de prestigio, y este inútil lo único que haría con ella sería hundirla en tiempo récord.

A Maite le costó un gran trabajo convencer a su marido de que no estaba todo perdido, de que Lander aún podía ser el hijo que siempre había querido tener a su lado: formal y aplicado, alguien con un futuro prometedor.

Josean decidió darle una última oportunidad al terminar el instituto. Sin consultarlo con nadie, mucho menos con él, lo matriculó en la carrera de Derecho en la universidad privada de Deusto. La reacción que tuvo Lander cuando se enteró de la jugada fue descomunal: cogió un cuchillo, bajó al garaje y le rajó las cuatro ruedas del BMW 840i Coupé recién estrenado.

Esa vez, a Maite no le resultó nada fácil frenar a su marido para que no denunciara a su propio hijo.

—Te has pasado, Lander —le reprendió Maite a su hijo intentando sonar firme.

—¡Pero es mi vida! —gritó él con rabia—. ¿Con qué derecho decide por mí? ¿Por qué tengo que estudiar lo que él quiera?

—Tienes razón, *maitia*, pero lo ha hecho por tu bien, para que tengas un buen futuro —intentó calmarlo cuando, después de la tormenta, todo volvió a la normalidad—. Piensa que la empresa necesita buenos abogados. Además, Mikel va a estudiar la misma carrera. Estaréis juntos, y él te podrá ayudar con las asignaturas. Todo va a salir bien, cariño, ya lo verás.

Lander se lo pensó mejor y aceptó el destino que su padre había elegido para él, pero con un propósito muy distinto al que Josean esperaba. Se saltó todas las clases desde el inicio del curso, cambió los apuntes por partidas de mus y se pasó el año entero en la cafetería, fumando y pasando el rato. El tiempo transcurrió rápidamente y el resultado fue el previsible: ni un solo aprobado. En lugar de avergonzarse por sus calificaciones, Lander le enseñó a su padre las notas con una sonrisa burlona dibujada en los labios.

—Aquí tienes. Parece que muy buen abogado no voy a ser —le dijo con sarcasmo—. Vas a tener que buscarte a otro para tu querida constructora.

Josean montó en cólera. Lo acusó de vago, fracasado y caradura. Le dijo que era una vergüenza para la familia y que se arrepentía de haberle dado otra oportunidad. Cuando vio que la única respuesta por parte de Lander era soltar una carcajada provocadora, como si todo aquello le hiciera gracia, Josean perdió por completo los papeles y lo echó de casa.

—¿De verdad te compensan todas estas broncas? —le preguntó Mikel a su amigo cuando se enteró de lo ocurrido. Había presenciado más de una discusión entre padre e hijo, y algunas eran de asustar —. Joder, Lander, has conseguido que te eche.

—Tú no lo entiendes —respondió él sorprendentemente tranquilo —. Eres el hijo perfecto: sacas buenas notas, nunca te metes en líos y te vistes como un señorito donostiarra a punto de tomarse un aperitivo en el hotel María Cristina. Eres justo lo que se espera de ti. Yo, en cambio, soy justo lo contrario de lo que se espera de mí.

Mikel no se ofendió. Nunca se tomaba a mal los comentarios de Lander. Habían crecido juntos y, aunque con los años se habían convertido en dos personas completamente distintas, su amistad

había sobrevivido a todas las diferencias. Era más fuerte que todo eso.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Supongo que mi madre lo arreglará —respondió Lander encogiéndose de hombros—. Siempre lo hace.

Maite lo intentó. Removió cielo y tierra para que Josean diera marcha atrás. Pero, por primera vez, no lo consiguió. Aceptó la decisión de su marido y prefirió no discutir porque no le quedaba otra opción, aunque dejó muy claro que no permitiría que su hijo acabara en la calle. Lander se instalaría en el piso donde Josean y ella habían vivido antes de mudarse a Villa Maite. Era un piso de ciento diez metros cuadrados situado en la cuesta de Aldapeta, con vistas a la bahía de la Concha. Un sueño para cualquiera, pero poca cosa para un constructor de villas de lujo como Josean Foronda, quien debía dar ejemplo y vivir en la mejor villa de todas.

Josean no se opuso. Sabía que hacerlo sería abrir una puerta al divorcio, y no pensaba llegar tan lejos. Prefirió mirar para otro lado y conformarse con no tener que ver a su hijo todos los días. Con eso bastaba.

Con Lander instalado en el piso, Maite habló con él. Aunque siempre lo había protegido y apoyado, no iba a permitir que se quedara de brazos cruzados sin hacer algo provechoso con su vida, por lo que lo animó a estudiar lo que él quisiera. Lander lo tuvo claro y se matriculó en la carrera de Criminología en la Universidad del País Vasco, esta vez, sin necesidad de darle explicaciones a su padre. Siempre había sido un fanático de las películas de terror y le encantaban las series sobre investigaciones y asesinatos, y pronto descubrió que la carrera le apasionaba y que había encontrado su verdadera vocación. Además, entre sus compañeros de clase

encontró gente con sus mismos intereses, tan fascinados por el crimen como él.

—Dios los cría y ellos se juntan —bromeó Mikel en cuanto Lander le mostró una foto de su nuevo grupo de amigos.

—Lo dices por ti y por tu novia, ¿no? —respondió Lander con ironía—. ¡Si parecéis Barbie y Ken!

Mikel soltó una carcajada. Había empezado a salir con una compañera de la universidad, Elene, tan alta, tan guapa y tan perfecta como él. A Lander no le faltaba razón.

—Me da a mí que no vamos a poder hacer muchos planes todos juntos —bromeó Lander—. A mis amigos, tu novia les va a parecer una pija.

—Y Elene saldría corriendo si se encontrara con vosotros en un callejón.

Ambos rieron. A pesar de continuar por caminos distintos, su amistad seguía intacta. Desde que ya no estudiaban en la misma universidad, quedaban al menos una vez por semana. Ninguno quería perder ese vínculo y, aunque ya no se veían tanto, nunca faltaban a su cita. Mikel se pasaba cada sábado por el nuevo hogar de Lander, donde era dueño y señor. Charlaban, se tomaban un par de cervezas o lo que surgiera. Allí no tenían que dar explicaciones a nadie, y eso era algo que no podían desaprovechar.

Hasta que todo se torció.

Con el recuerdo de su mejor amigo y el frío tacto del metal en sus muñecas, aunque ya le hubieran quitado las esposas, Lander buscó a Mikel entre el público de la sala de vistas, aun sabiendo que no lo encontraría. Ya no habría más sábados para ellos. Mikel había puesto tierra de por medio, y no podía culparlo por eso.

Ojalá él lo hubiera hecho también.

Pero no entonces, sino antes.

Antes de conocer a Borja Miranda.

CAPÍTULO 5

EL JUICIO - DÍA 1

2024

Silvia se alegraba de que Carmen Solozábal fuera la magistrada del tribunal. A punto de cumplir sesenta y tres años, llevaba casi tres décadas ejerciendo de jueza, y era conocida en los pasillos de los juzgados como la Bipolar, un apodo cariñoso que a la propia jueza le hacía muchísima gracia. En la sala era imperturbable y rigurosa. Sabía imponer respeto y tomar decisiones firmes sin titubeos, manteniendo siempre la calma. Fuera del ámbito judicial, sin embargo, Carmen era una mujer adorable, simpática y cercana. Solía bromear diciendo que la toga era para ella como la capa de Superman, que la transformaba en otra persona nada más ponérsela.

En cuanto al fiscal, Silvia no tuvo una opinión clara hasta conocerlo. Daniel Vilariño era mucho más joven que ella y nunca habían trabajado juntos. Cuando ella dejó la fiscalía, hacía catorce años, él todavía estaría estudiando. Decidió preguntar a sus excompañeros sobre él, y le contaron que era de Castro Urdiales y que llevaba cinco años en la ciudad. Lo definieron como alguien inteligente, perfeccionista, exigente y al que no le temblaba el pulso cuando creía que tenía razón.

Nada más conocerlo, Silvia tuvo que admitir que sus excompañeros no se equivocaban. A primera vista, con ese traje gris oscuro inmaculado, corbata color burdeos, barba de varios días perfectamente recortada y el cabello engominado hacia atrás, le pareció el comercial de alguna multinacional farmacéutica. Cuando comenzaron a hablar, sin embargo, comprendió que su oponente era mucho más que eso. Su discurso, claro y directo, revelaba que era una persona competente y que, pese a su juventud, sabía lo que hacía. Daniel iba a ser, sin duda, un buen rival.

Al entrar en la sala de vistas del juzgado, Silvia sintió una sensación extraña. No dejaba de preguntarse si aún tendría la misma agilidad mental, si reaccionaría con rapidez a los ataques del fiscal o si volvería a disfrutar de todo aquello. Por primera vez, ese lugar, que durante años fue su territorio, se le antojó familiar y ajeno al mismo tiempo.

Llegó justo a tiempo para ver entrar a su defendido. Lander vestía la ropa que ella misma le había llevado a prisión: pantalones azul oscuro, jersey gris de cuello en pico y una camisa azul. Al verlo custodiado por dos agentes que lo vigilarían durante toda la sesión, Silvia sintió un nudo en la garganta. Se acercó a él en cuanto le permitieron sentarse y le puso una mano en el hombro.

—Tranquilo. Todo va a salir bien —le susurró para animarlo—. Debes mantener la calma y, recuerda, si necesitas comentarme algo, dímelo al oído.

Silvia sintió el impulso de abrazarlo, pero nadie debía ver su vulnerabilidad, no todavía. Ni la de él ni la de ella. Por eso, se sentó junto a él y esperó.

Vio cómo los miembros del jurado comenzaban a tomar asiento. Nueve titulares y dos suplentes que decidirían el futuro del mejor amigo de su hijo. Observó sus miradas, sus gestos, y se preguntó si

ya tendrían una opinión formada sobre el caso. Lo más probable era que sí. La prensa había sido implacable, y el rechazo general de la opinión pública hacia el padre de Lander era un obstáculo importante.

Su pulso se aceleró cuando apareció la jueza seguida de la letrada de la Administración de Justicia, una joven de cabello cobrizo que caminaba con gesto serio. Carmen Solozábal avanzó con paso firme y expresión neutra hasta su asiento. Su sola presencia imponía tal respeto que, de forma casi instantánea, las conversaciones en la sala se fueron apagando. Los asistentes y los miembros del jurado guardaron silencio y, en cuestión de segundos, la sala quedó sumida en una quietud absoluta. Silvia volvió a mirar a Lander y le hizo un gesto con la cabeza queriendo transmitirle seguridad. No era más que un simple asentimiento, pero llevaba implícito un mensaje claro: «No estás solo en esto. Vamos a enfrentarlo juntos».

Lo primero que hizo la jueza fue aceptar la petición de la defensa para que el acusado declarara el último. A menos que se solicitara lo contrario, Lander debería ser el primero en declarar, pero Silvia sabía que no estaba preparado, y era mejor que lo hiciera al final. Para entonces, estaría más familiarizado con la tensión que se respiraba en la sala y se habría acostumbrado al peso de las miradas de los miembros del jurado y del público clavadas en él.

—Escuchar la declaración de testigos y peritos te servirá para comprender mejor la línea de defensa, y podrás responder con mayor seguridad al final —le aseguró ella antes de comenzar el juicio.

Acto seguido, la letrada de la Administración de Justicia inició la lectura de los hechos. En primer lugar, leería el escrito de la acusación redactado por el fiscal, en el que se expondrían los sucesos que habían llevado a la apertura del juicio. Después, leería

el escrito redactado por la defensa, que narraba los mismos hechos desde un punto de vista distinto. Los miembros del jurado iban a oír, por primera vez y de forma oficial, qué se le imputaba al acusado. Era un momento crucial.

—Lander Foronda y Borja Miranda se conocieron a finales del año 2021, cuando ambos estudiaban en la Universidad del País Vasco —comenzó la letrada—. Con el tiempo, su amistad se fue consolidando hasta que, en febrero de 2022, comenzaron a vivir juntos en el piso de los padres de Lander, en la cuesta de Aldapeta 38. Junto con otros compañeros de la universidad comenzaron a grabar una serie de vídeos donde ellos mismos actuaban. Durante la realización de estas grabaciones, Borja consiguió un vídeo de Lander en situación comprometida y de naturaleza vergonzante. El 15 de mayo de 2022, Borja chantajeó a Lander, pidiéndole dinero a cambio de no divulgar ese vídeo. Este accedió y le entregó la suma solicitada tan solo un día más tarde. Es en este punto donde su amistad se rompió. Unos días después, el viernes 20 de mayo, Borja volvió a exigir dinero a Lander, para lo cual lo citó en el piso donde habían vivido juntos. Tras una fuerte discusión, Lander golpeó a Borja en la cabeza con un objeto indeterminado, provocándole un hematoma subdural con abundante sangrado que resultó fatal. Borja falleció alrededor de la medianoche, entre las once y media y las doce y media. Posteriormente, después de deshacerse de las pruebas que lo incriminaban, Lander llamó a emergencias a la una y veintidós. Los sanitarios que acudieron al lugar, al detectar signos de violencia, avisaron a la Ertzaintza.

A medida que la letrada avanzaba en la exposición, Silvia notó que varios integrantes del jurado parecían ya convencidos de la culpabilidad de Lander, y advirtió en ellos miradas claramente acusatorias. Otros, en cambio, se mantenían impasibles, sin mostrar

ninguna señal de lo que pasaba por sus mentes. Silvia apuntó mentalmente en qué dirección creía que se inclinaba cada uno de ellos.

La primera parte de la lectura de los hechos no dejaba lugar a dudas: la fiscalía sostenía que Lander Foronda había acabado con la vida de Borja Miranda de forma premeditada. Lo acusaba formalmente de asesinato y pedía para él la pena de veinte años de prisión.

Casi sin respirar y como si estuviera leyendo el prospecto de un medicamento en un anuncio de televisión, la letrada pasó a leer el escrito de la defensa. La abogada coincidía con el fiscal en lo que era indiscutible: que Borja y Lander habían sido amigos, que habían compartido piso, que había existido un chantaje y un posterior pago..., pero discrepaba sobre la última parte del relato. Silvia no solo alegaba inocencia, sino que consideraba inaceptable la acusación de asesinato en el peor de los escenarios. Por eso, ella ofrecía una versión alternativa.

—Según la defensa, Borja nunca citó a Lander por segunda vez —leyó la letrada—. Ese viernes por la noche, Lander se reunió con su grupo de amigos con la intención de continuar con sus actividades. Tras una discusión entre ellos, Lander se marchó. Enfadado y buscando calmarse, paseó por el parque de Aiete durante un par de horas. Al llegar a casa, sobre la una y cuarto de la madrugada, encontró a Borja en el suelo del salón, rodeado de un charco de sangre. Se acercó rápidamente e intentó reanimarlo, pero fue imposible. Borja ya estaba muerto. Tras unos minutos en los que permaneció en *shock*, llamó a emergencias.

Se oyó un murmullo procedente del público. Las versiones expuestas eran completamente contradictorias en su parte final, y Silvia tenía plena conciencia de que la suya era mucho más difícil de

creer. Con un movimiento decidido, como reafirmándose en su interpretación de los hechos, se ajustó la toga con determinación, mientras dirigía su mirada, sin titubeos, a los miembros del jurado.

Iba a resultar muy difícil convencer a aquellas personas de la inocencia de un Foronda.

CAPÍTULO 6

EL JUICIO - DÍA 1

2024

Tras la lectura de los hechos, llegó el turno del fiscal. Por debajo de la toga asomaba el traje gris oscuro, casi negro, y la corbata combinaba a la perfección con su camisa. El pelo engominado hacia atrás le daba un aspecto impecable.

Silvia se fijó en un detalle curioso: a pesar de la seriedad de su atuendo, le había añadido un toque divertido a su *look* con los cordones de sus zapatos, de un rojo vibrante, que contrastaban con la sobriedad del conjunto. Todo un acierto.

Daniel se colocó justo en medio de la sala, frente a los miembros del jurado. Sujetaba el micrófono con firmeza y, como si estuviera a punto de actuar en un auditorio, se tomó un instante para aclararse la garganta antes de comenzar su discurso.

—Buenos días. Me llamo Daniel Vilariño y soy el fiscal asignado a este caso. Hoy nos encontramos aquí con un propósito claro: encontrar la verdad y hacer justicia. Y para eso, ustedes, los miembros del jurado, juegan un papel fundamental, por lo que quiero comenzar mi intervención agradeciéndoles su participación. —El fiscal se interrumpió unos segundos para mirar fijamente a algunos de ellos a los ojos—. A lo largo de este juicio, deberán mantener la mente abierta, escuchar con atención a los testigos y

evaluar las pruebas con objetividad, porque al final de este proceso, tendrán que tomar una decisión. Emitirán un veredicto que, sin duda, cambiará la vida de muchas personas.

»Entiendo que es una gran responsabilidad y que puede resultar abrumador, pero no se preocupen. No están solos. Tendrán toda la información y el apoyo necesario. Deben ser conscientes de que, si están aquí, es porque consideramos que están más que capacitados para comprender lo que se les va a explicar en este tribunal. Todos ustedes tienen cierto nivel intelectual, un mínimo de estudios. Y con esto no estoy diciendo que estemos pidiendo licenciados universitarios, no. Lo que necesitamos es que tengan la visión del ciudadano de a pie, y también cierto sentido común. Estoy completamente seguro de que todos ustedes lo tienen. Y pueden estar tranquilos, porque en ningún momento se les va a pedir que se pronuncien sobre leyes. Deberán pronunciarse sobre hechos, que es muy distinto. Y para ello, para saber si algo está probado o no, la mirada de personas como ustedes, que no están condicionadas por conocimientos jurídicos, es más que suficiente. La palabra *veredicto* significa literalmente «decir la verdad», y ustedes deberán hacerlo con la perspectiva y el razonamiento propios de un ciudadano.

Tras asegurarles que eran perfectos para cumplir la tarea que se les había encomendado, Vilariño se dio la vuelta, dio un par de pasos y se giró de nuevo hacia ellos.

—Hay algo imprescindible que no deben olvidar a lo largo de este proceso: la presunción de inocencia, un principio fundamental en nuestro sistema judicial. Todo acusado es inocente hasta que se demuestre lo contrario, más allá de toda duda razonable. Estoy seguro de que todos ustedes conocen lo que es una duda, pero ¿saben qué significa el término *duda razonable*? Se lo voy a explicar de una manera muy sencilla. —Hizo una breve pausa. Quería captar

la atención de toda la sala. Tenía el discurso muy bien aprendido y estaba disfrutando—. Si salto de un quinto piso, ¿me voy a matar? Puede que sí o puede que no. Eso es una duda razonable. Ahora bien, si salto de un quinto piso, ¿me voy a quedar flotando en el aire? Les puedo asegurar que no. Y eso es una duda no razonable.

Silvia pensó que lo estaba haciendo muy bien. En primer lugar, había buscado empoderar a los miembros del jurado, con el objetivo de transmitirles la confianza necesaria para creer que eran capaces de hacer lo que se les pedía. Y, después, les había explicado el concepto de la duda razonable como si fueran niños de primaria, de un modo tan sencillo como eficaz.

—Hay algo que debo aclarar, a pesar de saber que estoy echando piedras sobre mi propio tejado —prosiguió elevando la voz y dándole a su discurso una solemnidad demasiado dramática para el gusto de Silvia—. La carga de probar la culpabilidad más allá de toda duda razonable recae enteramente sobre la acusación, es decir, sobre mí. A falta de una acusación particular, seré yo quien deba presentarles pruebas tan convincentes que no les permitan dudar de la culpabilidad del acusado. Con todo ello, ustedes deberán llegar a una conclusión sin ninguna duda razonable.

Daniel Vilariño continuó su discurso reforzando de varias maneras distintas lo que ya había explicado con anterioridad. Silvia comprobó que le gustaba el estrado, que gozaba siendo el centro de atención y que era un orador excepcional.

—La justicia no se mide en opiniones ni conjeturas, señoras y señores, sino en pruebas y hechos —concluyó—. Cuando hayan escuchado todo lo que tengo para presentarles, no me cabe duda de que su veredicto será el único posible.

La última frase del fiscal fue un buen golpe de efecto. Bastaba con observar las expresiones de los miembros del jurado para ver

que los había convencido, que les parecía alguien en cuya palabra podían confiar.

Silvia respiró hondo mientras Daniel volvía a su asiento. Con movimientos lentos, se levantó, cogió el micrófono y se colocó frente al jurado, tal y como había hecho su contrincante. Sabía que su imagen proyectaba profesionalidad y confianza, justo lo que quería transmitir. Antes de comenzar, echó un vistazo rápido al público, donde familiares, periodistas, estudiantes de Derecho y algunos curiosos observaban el juicio.

Por primera vez en su carrera, Silvia se vio obligada a adaptar su discurso inicial sobre la marcha. Acostumbrada a ser la primera en hablar desde su puesto en la fiscalía, ahora que estaba al otro lado, debía ir ajustando su estrategia según las palabras de su adversario. El discurso de Vilariño había sido claro y contundente, pero al mismo tiempo frío e impersonal, evitando mencionar a Borja o a Lander. Ese discurso bien podría haber servido para cualquier otro juicio, por lo que Silvia decidió centrarse en un enfoque más cercano y racional, buscando conectar con el jurado sin caer en excesos dramáticos. Ya habría tiempo para sacar la artillería pesada.

—Buenos días, mi nombre es Silvia Legarre y soy la abogada defensora de Lander Foronda —se presentó—. He escuchado con atención el discurso del Ministerio Fiscal y debo admitir que estoy de acuerdo con buena parte de lo mencionado. «Ustedes están aquí para hacer justicia» ha sido la frase que ha utilizado, y tiene razón. Pero permítanme añadir algo más: no solo están aquí para eso, sino también para evitar que se cometa una injusticia, una gran injusticia.

Silvia hizo una pausa. Quería que el jurado tuviera unos segundos para reflexionar.

—La acusación nos ha presentado su versión de los hechos, una historia cerrada, pero quiero que se pregunten lo siguiente: ¿es esa

la única versión posible? ¿Es la verdad absoluta o existen elementos que no encajan? ¿Hay detalles que se han pasado por alto? Estarán de acuerdo conmigo en que condenar a alguien no puede basarse en suposiciones, mucho menos en una historia con cabos sueltos. Bien, pues yo les mostraré, señoras y señores, que aquí los hay. En la muerte de Borja Miranda no todo es lo que parece a simple vista y, al final de este juicio, les aseguro que entenderán que no fue Lander quien lo mató. —Hizo una pausa sosteniéndoles la mirada—. ¿Han pensado alguna vez en cómo se sentirían ustedes si fueran acusados de matar a un amigo, a un familiar o incluso a un desconocido? ¿En la impotencia que sentirían si todo se volviera en su contra aun sin ser culpables de nada? Conozco a mi defendido desde que era un bebé. Lo he visto crecer y he sido testigo de cómo se convertía en la persona que es hoy, sin duda una buena persona. Lander no es capaz de matar, lo sé yo y lo saben los que, como yo, lo conocen bien. Y puedo asegurarles que, si no tuviera la más absoluta certeza de que es inocente, yo no estaría aquí, frente a ustedes, defendiendo su honor y su libertad.

Un sollozo ahogado se oyó desde el fondo de la sala. Silvia sabía que era Maite. Aunque le había pedido que se dejara ver, que se sentara en primera fila para mostrarle apoyo a su hijo y que todos lo vieran, había preferido esconderse. Tendría que insistir. El jurado tenía que verla, ser testigo de su dolor. Ese sufrimiento podía ser la clave que inclinara la balanza, y no podían permitirse dejar pasar esa oportunidad.

—Sé que han oído hablar de la familia Foronda en los medios. Sé que todo lo que se ha dicho podría haber influido en su percepción, generando una imagen negativa de mi cliente. Pero les pido que hagan un esfuerzo y dejen sus prejuicios a un lado. Esos hechos que ustedes conocen nada tienen que ver con Lander. Por eso, les voy a

pedir que comiencen de cero y se basen solo en lo que van a escuchar aquí, en este juicio.

Silvia se dirigió a su sitio, pero, antes de sentarse, se detuvo y se giró hacia el jurado. Con la mirada firme y en un tono amigable, se dirigió a ellos una última vez.

—Les animo a que escuchen, analicen y valoren cada prueba con la rigurosidad que se espera de ustedes. Y no olviden algo importante: tal y como ha dicho el fiscal, yo no estoy aquí para demostrar la inocencia de mi defendido. Es él quien debe probar que Lander mató a Borja más allá de toda duda razonable. Si al terminar este juicio tienen alguna duda sobre su culpabilidad, por mínima que sea, ya saben cuál debería ser su veredicto.

CAPÍTULO 7

LAIA

2024

El primer día de juicio, en cuanto la jueza entró en la sala, Laia sintió un leve nudo en el estómago, pero lo que realmente la impresionó fue tener de frente al acusado, el joven del que tanto se había hablado en los medios, cuya imagen de chico malo habían reproducido hasta la saciedad. Quería observarlo, concentrarse en él, analizar cada uno de sus gestos. Ver qué transmitían sus ojos cuando el fiscal remarcaba su culpabilidad, pero también cuando su abogada lo defendía a capa y espada. Solo apartó la mirada de él para anotar sus impresiones a toda velocidad, reviviendo las maratonianas clases en la universidad, cuando su muñeca terminaba dolorida por intentar seguir el ritmo del profesor.

Al finalizar la sesión, salió de la sala de vistas con la cabeza llena de información que necesitaba procesar. En la salita de descanso que se les había asignado, en la que guardaban sus pertenencias durante la jornada, los miembros del jurado comentaban lo sucedido en el estrado.

—Primer día intenso, ¿eh? —oyó decir a una de sus compañeras. Se llamaba Irene y era enfermera—. Escuchas al fiscal y crees que tiene razón. Después escuchas a la abogada de la defensa... y

también crees que tiene razón. Y resulta que lo que acaban de decir se contradice por completo.

Laia asintió. No podía estar más de acuerdo.

Mientras se ponía la cazadora, observó uno por uno al resto de sus compañeros. Procedían de distintas localidades de la provincia y formaban un grupo muy variopinto, quizá demasiado.

Por un lado, estaban Rosi y Agustín, los más mayores. Él era viudo y hacía tiempo que había rebasado la edad de jubilación. Y ella, un ama de casa amante de los *true crime*, emocionada ante la idea de formar parte del jurado.

En el extremo opuesto estaban Aroa y Jontxu, los más jóvenes. Ambos estudiaban en la universidad, y todo lo que él tenía de hablador lo tenía ella de callada.

Entre unos y otros se encontraban Ramón y Monti, y Laia no habría sabido decir cuál de los dos estaba más cabreado por tener que estar allí. Ramón era dueño de un taller mecánico y tenía mucha prisa por marcharse, y Monti era un conductor de autobús enfadado con el mundo. Todo el tiempo con los brazos cruzados y el ceño fruncido, era el mismo que el día anterior, durante el proceso de selección del jurado, no había dejado de protestar; el de los ojos azules.

Después estaban Irene, la enfermera, y Marta, la joven que le había llamado la atención el primer día por llevar unas pisamierdas. Laia creía haber encontrado en ellas, tanto por edad como por mentalidad, a las personas con quienes podría tener más afinidad, aunque aún fuera pronto para afirmarlo.

Y, cerrando el grupo, estaban Jokin y Alberto, los suplentes. Curiosamente, ambos eran ingenieros.

—Me sigue tocando los cojones tener que estar aquí —oyó decir a Monti mientras recogía su chaqueta—. Está más que claro que ese

chaval es culpable, así que, de seis días de juicio, me sobran cinco.

A Irene se le endureció la expresión. Fue a reprenderle por el comentario, pero Laia se le adelantó.

—Quizá te estás precipitando un poco, ¿no? No deberías hacer ese tipo de afirmaciones antes de tener toda la información. Aún nos tienen que explicar muchas cosas.

—Mira, guapa —respondió Monti con retintín—. Tú a lo mejor sí que necesitas más información, pero te aseguro que yo ya tengo la suficiente. El niñito de papá este, el Foronda, ha hecho siempre lo que le ha dado la gana, que para eso su papaíto está forrado de dinero a costa de engañar a los demás. Un buen día aparece un tío que le planta cara por primera vez en su vida y le dice: «Ahora el que va a soltar la pasta eres tú». ¿Y qué hace el niño rico? Pues soltarle una hostia y cargárselo. Blanco y en botella.

Laia notó cómo algunos miembros del jurado, de manera discreta, asentían dándole la razón. Le pareció increíble que ya tuvieran una opinión tan firme antes siquiera de empezar el juicio. Quiso contestarle, pero Rosi se le adelantó proponiendo que fueran todos juntos a tomar algo y así compartir impresiones.

—No creo que haya problema en que hablemos entre nosotros, ¿no?

—Nadie nos lo ha prohibido —aseguró Irene.

Los ingenieros declinaron la invitación alegando que se les hacía tarde, al igual que Ramón, que debía volver cuanto antes a su taller para supervisar el trabajo de sus empleados, de los que no terminaba de fiarse. Aroa desapareció casi sin que nadie se diera cuenta, y Monti ni siquiera se molestó en dar ninguna explicación. Soltó una especie de gruñido a modo de despedida y se marchó.

Los demás miembros del jurado se dirigieron a un bar cercano a los juzgados, donde se acomodaron en una mesa y pidieron algo de

beber. La conversación fluyó con naturalidad y pudieron charlar y conocerse mejor.

Laia apenas compartió detalles sobre su vida. Escuchar a sus compañeros le resultaba más útil que hablar de sí misma. Era lo que había hecho durante muchos años en su trabajo: analizar comportamientos, detectar patrones y anticipar reacciones. Cada comentario, cada gesto y cada detalle le daban información sobre quiénes eran, cómo pensaban y cómo podrían actuar cuando llegara el momento de deliberar.

—¿Y qué opináis sobre el caso? —les preguntó al cabo de un rato —. ¿Lo veis tan claro como Monti?

Se hizo un breve silencio. Algunos asintieron, mientras que otros se encogieron de hombros, dejando entrever que no tenían muchas dudas.

—Hombre, yo creo que no hace falta ser un genio para verlo — dijo Irene.

—¿No tenéis ni una mínima duda? Todavía no sabemos casi nada.

—Se nota que has pasado mucho tiempo en el extranjero. Nosotros llevamos un par de años con la matraca. Hemos oído hablar del caso hasta la saciedad.

—Bueno, pero la prensa puede haber dado una versión interesada y parcial, ¿no creéis? Quizá las cosas no son lo que parecen.

—El noventa por ciento de las veces, las cosas son tal y como parecen. —Rosi sorprendió a todos con la afirmación—. Lo escuché decir en un programa de crímenes de la tele.

—Si te sirve de consuelo, yo no lo tengo tan claro —comentó Agustín con voz pausada—. Ese chico no tiene cara de mala persona.

—Permíteme el atrevimiento —le dijo Irene al jubilado—. Apenas nos conocemos, pero mi intuición me dice que eres tan bueno que, aunque te pusieran delante al mismísimo Jack el Destripador, también pensarías que tiene cara de buena persona.

Las carcajadas relajaron el ambiente y la conversación fluyó como si fueran un grupo de viejos amigos en lugar de los miembros de un jurado con una gran responsabilidad sobre sus hombros. Al cabo de un rato, se despidieron hasta el día siguiente.

Esa noche, en la tranquilidad de su casa, Laia pasó sus apuntes a limpio, anotando sus impresiones y tratando de organizar sus ideas de la mejor manera posible.

Laia Ortiz

ANOTACIONES - DÍA 1 DEL JUICIO

JUICIO LANDER FORONDA
11.04.2024 – jueves

SESIÓN
Aceptada la petición de la defensa para que Lander testifique el último.
Lectura de los hechos:
Versiones iniciales del fiscal y la abogada → son iguales.
Versiones de lo que ocurrió a continuación:

- Fiscal → Lander y Borja discutieron y Lander lo mató.
- Abogada → Ni siquiera se vieron ese día. Lander no mató a Borja.

1. Discurso del fiscal:
   Fiscal muy seguro de sí mismo. Demostrará que Lander mató a Borja.
2. Discurso de la abogada defensora:

Buen discurso también. Conoce a Lander desde siempre. Cree en su inocencia. Parece sincera.

LANDER

Bien vestido y con el pelo bien recortado, distinto a las imágenes que he visto en los medios. Parece un niño bueno. ¿Es un disfraz? Mira constantemente al público, busca a alguien.

MIEMBROS DEL JURADO

Titulares:

- Rosi - ama de casa: feliz de participar. Se lo toma como un juego.
- Irene - enfermera: me gusta. La líder del grupo. Lo hace bien.
- Agustín - jubilado: buen hombre. Espero que pueda con la presión.
- Monti - chófer: maleducado, imbécil. No conoce la presunción de inocencia.
- Jontxu - estudiante: simpático. Como Rosi, se lo toma como un juego.
- Aroa - estudiante: muy callada y vergonzosa. Poco carácter.
- Ramón - mecánico: prisa por terminar. Tiene la cabeza en su taller.
- Marta - *hippie*: un remanso de paz.

Suplentes: los ingenieros (Jokin y Alberto).

PREGUNTAS

Demasiadas preguntas para las que no tengo respuesta. Esto acaba de empezar.

PORCENTAJE DE CULPABILIDAD

Si el juicio terminara hoy, el jurado votaría la culpabilidad del acusado en un 90 %.

CAPÍTULO 8

LANDER

2021

Comenzar a estudiar Criminología en una universidad donde no conocía a nadie se convirtió en un alivio inesperado para Lander. Mudarse al piso de Aldapeta, cambiar de carrera, de campus, de ambiente... era una forma de empezar de cero, y le gustaba esa sensación. Allí no era el que nunca aprobaba un examen, ni el que se saltaba las clases para matar el rato en la cafetería, sino un estudiante más, sentado en la última fila del aula con su sudadera negra y los cascos puestos.

Durante las primeras semanas se mantuvo al margen. Le gustaba observar a sus compañeros con cierta distancia, sin entrar en conversaciones ajenas ni esforzarse en hacer amigos a toda costa, como había visto que hacían otros. Lander iba a su bola, sin preocuparse demasiado por lo que los demás pensaran de él.

Una tarde, sentado en las escaleras de la facultad, alguien se colocó a su lado sin pedir permiso.

—Tú tienes pinta de no conocer a nadie —oyó decir a una chica con una sonrisa divertida y un montón de apuntes en la mano.

Lander la miró de reojo. Morena, de pelo liso y bajita, le sonaba de haberla visto en clase, aunque no sabría decir en qué asignatura. Tenía una sonrisa bonita, aunque no era especialmente guapa ni

atractiva. Como habrían dicho sus amigos de Deusto, una chica del montón.

—Y tú tienes pinta de acercarte a los que no conocen a nadie —respondió él, procurando no sonar muy borde.

Ella se rio bajito, y Lander vio cómo se le marcaban dos hoyuelos en las mejillas.

—No a todos. Solo a los que parecen interesantes. Soy Amaia.

No fue una conversación larga ni demasiado profunda, pero sí la primera de muchas. Al día siguiente, Amaia se sentó con él en la última fila y, al salir de clase, le propuso tomar un café. Después empezaron a compartir impresiones sobre las asignaturas y llegaron los primeros trabajos en grupo. Con el paso de los días, su amistad se afianzó y fue ella quien le presentó a sus amigos: Kerman, Paule, June... Lander se dejó llevar. Sin apenas pretenderlo, un mes y medio después de empezar el curso, se había convertido en uno más del grupo. Y, contra todo pronóstico, se sentía realmente a gusto con ellos.

Amaia tenía algo que le resultaba cómodo. Irradiaba una alegría contagiosa y con ella todo era muy sencillo. Era inteligente, hablaba sin parar y no era nada entrometida. Le gustaba su compañía y quería tenerla cerca. Con el tiempo, Lander comenzó a notar que ella lo buscaba más de lo normal, que siempre se sentaba a su lado o que lo miraba cuando creía que él no se daba cuenta. Y él, quizá porque le gustó saberse observado y admirado, no hizo nada para frenarlo. Había aprendido que el afecto no era algo fácil de conseguir y, simplemente, se dejó querer.

Durante esos primeros meses, Lander sintió que todo empezaba a encajar. Vivía a su aire, hacía lo que quería, le gustaban las clases y estaba rodeado de gente con la que podía ser él mismo. Por

primera vez en mucho tiempo, sentía que estaba en el lugar adecuado.

Se encontraba en su mejor momento cuando todo se vino abajo al estallar el escándalo sobre los chanchullos de su padre con la constructora. El artículo, firmado por una periodista de investigación, no dejaba lugar a dudas: fechas, pagos, nombres... Lo leyó con atención. Aunque creía a su padre capaz de hacer aquello de lo que se le acusaba, no entendía cómo podía haber sido tan torpe como para dejarse pillar. De la noche a la mañana, vio cómo el apellido Foronda se convertía en sinónimo de corrupción y escándalo, y él se encontró atrapado en medio de aquel desastre.

A pesar de tener que soportar las miradas acusadoras y los desprecios de muchos, su nuevo grupo de amigos, lejos de apartarlo, lo apoyó incondicionalmente, igual que hizo Mikel. Pero fue Amaia quien más se volcó en él. Desde el primer momento, lo defendió a capa y espada, enfrentándose sin que le temblara el pulso a quienes lo señalaban. Dispuesta a escucharlo y consolarlo, Amaia siempre estaba ahí, a su lado, para cuando él la pudiera necesitar. Aun así, no fueron tiempos fáciles para Lander.

—Oye, perdona, tú eres el hijo de Josean Foronda, ¿verdad? — oyó que le preguntaba un chico que tendría más o menos su edad, acercándose a él en la cafetería del campus.

Lander, que llevaba días sin quitarse la capucha de su sudadera, se la ajustó con más fuerza. Estaba harto de que lo reconocieran. La prensa había publicado imágenes de él con su padre y no pasaba un solo día sin que alguien lo identificara.

—Mira, tío, déjame en paz. Si vienes a decirme que eres otro de los afectados, mejor te lo ahorras. Yo no tengo nada que ver con eso.

—No, no, tranquilo. —El chico levantó las manos en son de paz —. Solo quería decirte que te entiendo. Sé lo que es que te echen la culpa de lo que ha hecho tu viejo, sin más. A mí me pasó algo parecido. Pero perdona si te he molestado.

La respuesta del chico sorprendió a Lander. No se la esperaba.

—¿Y eso?

—Mi padre estuvo en la cárcel. Entraba y salía de prisión una y otra vez, y en el barrio me hicieron sentir como una mierda. Me trataron como si fuera tan culpable como él —aseguró extendiendo su mano hacia Lander—. Soy Borja, por cierto.

Lander le dio la mano y se sentaron juntos a tomar una cerveza. Sin entrar en demasiados detalles, Borja le contó que fue complicado ver a su padre entre rejas y que la gente de alrededor les hiciera el vacío a él y a su familia.

—Ahora ya da igual. Poco después de salir de la cárcel, murió junto a mi madre en un accidente de coche. Así que ya ves, estoy solo.

Lander lamentó la mala suerte de aquel chico que parecía un buen tío, y se dio cuenta de lo afortunado que era él por tener el apoyo incondicional de su madre. Siempre.

—¿Qué estudias, Borja? —preguntó queriendo cambiar de tema.

—Psicología, estoy en primero. ¿Y tú?

—Criminología. Estoy esperando a unos compañeros de clase. Quédate, seguro que te caerán bien.

Borja conoció al grupo y, poco a poco, empezó a salir con ellos, tanto por el campus como fuera de él. Se integró en las conversaciones como si llevaran toda la vida juntos y se sintió atraído, como estudiante de Psicología que era, por las materias que estudiaban Lander y sus amigos. Cada vez que tenían que hacer un

trabajo, no dudaba en hacer sugerencias, aunque a veces resultaran ser un tanto disparatadas.

—Me cae bien este tío —le comentó Lander a Amaia después de tomar unas cañas.

—A mí también —respondió ella sin dudarlo. Aunque, en realidad, ella lo prefería a él.

Borja se convirtió, de una forma natural, en un incondicional en las salidas del grupo, y pronto comenzó a proponer nuevos proyectos y actividades para pasar el rato.

—He tenido una idea —les comentó un par de meses después a Lander y a Amaia—, pero no me atrevo a plantearla delante de todos por si alguien se lo toma a mal.

Lander frunció el ceño. Amaia se sintió intrigada al momento y, con una sonrisa, levantó la barbilla invitándolo a hablar.

—Siempre estáis comentando los distintos casos que estudiáis en clase: que si el asesinato de este, que si el secuestro del otro... Y sabéis de sobra que me parecen historias superinteresantes —aseguró—. Creo que a todos nos fascinan estos temas, y no solo a nosotros, sino a muchísima gente más. Así que se me ha ocurrido algo: ¿por qué no recreamos nosotros mismos algunas de esas historias y las grabamos? Puede quedar superchulo.

—¿Recrear qué, exactamente? —preguntó Amaia.

—Pues casos reales. Bueno, o inventados, aunque yo creo que recrear casos reales o leyendas urbanas mola más. Por ejemplo, el caso del asesino de la baraja, o el de los Galindos, que nunca se esclareció. Podríamos decidir nosotros quién fue el culpable y montar toda una historia alrededor.

—A mí me molaría.

—¿Y eso con qué objetivo? —preguntó Lander.

—El principal, pasarlo bien, está claro, pero también podríamos hacer algo más. —Borja bajó la voz y se inclinó hacia ellos, asegurándose de que nadie más lo escuchara. Ese gesto hizo que la curiosidad de sus amigos aumentara—. Podríamos venderlos en la *Deep Web*.

—Pero ¿tú sabes cómo se entra ahí, o qué?

—Yo no, pero tengo un colega que sí. Os lo comento primero a vosotros a ver qué os parece, pero si lo hacemos bien, podríamos ganar un montón de pasta. Mi amigo nos ayudaría.

—Pero para eso hacen falta material, actores y un montón de cosas más.

—No te creas. Lo he pensado, y los actores podríamos ser nosotros mismos. Y hoy en día con un buen teléfono no necesitas una cámara profesional. Graban de puta madre.

—¿Y dónde grabaríamos las escenas? —preguntó Amaia cada vez más entusiasmada.

—Depende del caso. En cementerios, casas abandonadas. Puede ser una pasada, y encima ganaríamos pasta, a saco de pasta.

Justo en ese momento aparecieron los demás miembros del grupo. Amaia, incapaz de contener su emoción, fue la primera en hablar.

—Chicos, tenéis que escuchar esto. —Les dirigió una sonrisa cómplice—. Borja ha tenido una idea que es una locura.

Los recién llegados, todos estudiantes de primero de Criminología y también unos frikis del *truecrime*, la miraron con curiosidad. Borja tomó la palabra y les explicó la idea de recrear crímenes reales y grabarlos.

—Pero no en plan cutre, sino como si fueran verdaderos, supercurrados.

Después, bajando la voz de nuevo, les habló de la idea de ganar dinero vendiéndolos en la *Deep Web*. Los ojos de los recién llegados se abrieron de par en par.

—Pero ¿la gente pagaría por ver eso? —preguntó Kerman, que no terminaba de fiarse.

—Por supuesto. La *Deep Web* es un mundo aparte. Ahí hay gente que paga por contenido que en la superficie de internet ni se ve ni se permite. Hay comunidades enteras de frikis obsesionados con los crímenes reales, gente que devora todo lo que tenga que ver con asesinatos, desapariciones, juicios sin resolver... Y, si lo hacemos bien, si le damos el realismo suficiente, podríamos hacerles creer que nuestro material es auténtico.

—¿Y cuánto se paga por algo así? —June nunca andaba sobrada de dinero.

—Depende de la calidad de los vídeos, pero mi colega me ha dicho que hay peña pagando cientos de euros por material bien hecho. Pensadlo: lo grabamos una vez y lo vendemos un montón de veces. Son ingresos pasivos, y de los buenos. Mi amigo sabe cómo subirlos con Tor y unas VPN bien configuradas, imposibles de rastrear. Yo de eso no tengo ni idea, pero él sí. Y cobraríamos en criptomonedas. Totalmente anónimo.

Amaia se mordió el labio emocionada. Era lo más loco que había oído en mucho tiempo, y le apetecía la idea. Además, se habría metido de cabeza en cualquier cosa si Lander lo hacía con ella.

—Hagámoslo —le dijo a Lander mirándolo a los ojos.

Lander lo pensó un instante. Todos estaban entusiasmados con la propuesta, y tenía que reconocer que la cosa pintaba bien. Sintió la mirada de Amaia clavada en él, expectante, deseosa de que aceptara participar.

—Vale, me apunto —respondió provocando en ella una enorme sonrisa.

La idea le parecía original, diferente a cualquier plan que hubieran hecho antes.

Y, total, ¿qué podía salir mal?

CAPÍTULO 9

EL JUICIO - DÍA 2

2024

Era el segundo día de juicio. Maite había seguido el consejo de Silvia y estaba sentada en primera fila, mostrando un apoyo incondicional a su hijo. Desde allí, podía verlo perfectamente, sentado en su sitio y con expresión seria mientras Silvia le explicaba que iban a comenzar con los testimonios de los testigos, y que oír lo que tuvieran que decir podría ser complicado para él. Debía estar preparado.

—Vas a escuchar cómo hablan de ti como si no estuvieras presente. Entrarán en tu vida, en tu intimidad, y habrá cosas que no te gusten, pero tienes que ser fuerte. No te estoy pidiendo que ni te inmutes, porque eso tampoco ayuda. Si escuchas una mentira, lo que se espera de ti es que se te note la indignación, aunque no puedes hacer gestos exagerados. Que el jurado vea que eres humano, pero no que pierdes el control.

No quiso darle más detalles. Sabía que iba a ser un día crucial, pero prefirió no explicarle por qué. Quería que se centrara en reaccionar de una manera adecuada ante los testimonios.

Tras la entrada de la jueza a la sala de vistas, el funcionario auxiliar del juzgado hizo pasar al primer testigo bajo la atenta mirada de los miembros del jurado. Un joven alto y delgado, vestido con unos vaqueros oscuros y una sudadera azul, se sentó en la silla

destinada a los testigos. Su mirada recorrió la sala con cierta incomodidad. Cuando se cruzó con la de Lander, lo saludó con un leve gesto. Silvia lo observó con atención. Sabía quién era y lo que iba a decir. Tenía sus preguntas preparadas, pero era el fiscal quien debía interrogarlo primero.

—Buenos días, ¿nos puede decir su nombre y de qué conoce al acusado? —le pregunto la jueza Solozábal al joven.

—Me llamo Kerman Arriola y conocí a Lander en la Facultad de Criminología. Éramos compañeros de clase y de grupo.

La jueza asintió y se dirigió al fiscal.

—Puede proceder.

Daniel Vilariño se ajustó las mangas de su camisa bajo la toga y se acercó al micrófono. Su imagen seguía siendo impecable, como siempre.

—Con la venia, señoría. —Se giró hacia el chico y le lanzó su primera pregunta—. Buenos días. ¿Conocía usted a Borja Miranda, la víctima? Y si es así, ¿cómo lo conoció?

—Sí, fue a través de Lander. A finales de 2021, ellos se conocieron en la cafetería del campus, y Lander presentó a Borja al grupo de amigos de la uni. Borja era el único que no estudiaba con nosotros, pero nos veíamos mucho, porque cursaba la carrera de Psicología en la facultad de al lado.

—¿Cómo definiría la relación entre Lander y Borja?

Kerman se tomó unos segundos antes de responder.

—Al principio, muy buena. Borja congenió enseguida con Lander. Se les veía pasar mucho tiempo juntos, tanto en la universidad como fuera. Había muy buen rollo entre ellos. Incluso se fueron a vivir juntos. Borja se quedó sin piso y Lander lo invitó a quedarse en su casa.

—¿Cuándo fue eso?

—Unos meses después de que se conocieran.

—¿Diría que su relación cambió cuando se fueron a vivir juntos?

—No, seguían llevándose muy bien.

—¿Y cuándo diría que se enemistaron? ¿Qué fue lo que notó?

—Varios días antes de la muerte de Borja nos reunimos en la cafetería del campus, como hacíamos siempre, y nos extrañó que Borja no apareciera. Le preguntamos a Lander por él, y nos dijo que esperaba no volver a verlo nunca más. Estaba muy enfadado. Nos sorprendió mucho, porque, hasta entonces, habían sido muy buenos colegas.

—¿Y no le preguntaron por qué se habían enfadado?

—Sí, pero nos contestó que no nos metiéramos, que eran movidas entre ellos.

Daniel Vilariño hizo una breve pausa para beber un poco de agua y continuó.

—Háble me de los vídeos. ¿De quién fue la idea de grabarlos? ¿Cuál era el objetivo de estos?

Kerman se sonrojó. Sabía que habían cometido varias ilegalidades y que él no estaba exento de culpa. Contestó que la idea provenía de Borja, y que el objetivo no era otro que ganar dinero en la *Deep Web* vendiendo vídeos en los que recreaban crímenes reales o leyendas urbanas.

—¿Obtuvieron algún beneficio económico con alguno de ellos?

—No. Grabamos varias escenas para reproducir una historia, pero no llegamos a terminar el vídeo.

—¿Le consta que Borja, durante esas grabaciones, consiguió material en el que se reconocía a Lander cometiendo alguna ilegalidad? ¿Le consta que Borja usó esos vídeos para chantajearlo?

—No sabía que hubiera grabado a Lander, pero tampoco me extraña. Estaba todo el tiempo con el móvil. Pudo habernos grabado

a cualquiera. Y no, nunca supe nada de ningún chantaje.

—¿Cree que esos vídeos podrían ser una amenaza para Lander?

—Ya le he dicho que nunca los vi —respondió Kerman incómodo.

—¿Qué ocurrió la noche en la que murió Borja? ¿Estuvo esa noche con Lander?

—Sí. Quedamos como cada viernes. Lander sí que vino, pero Borja no. Era la misma semana en la que se enfadaron. Salió el tema de las grabaciones y le echamos en cara a Lander que, por su culpa, Borja no apareciera. Él tenía el material, y pensamos que lo habíamos perdido todo. Tanto trabajo para nada. Discutimos y Lander se largó.

—¿Qué fue lo último que dijo antes de desaparecer?

Kerman hizo una pausa y suspiró.

—Que nos fuéramos todos a la mierda —dijo lamentando tener que reconocerlo.

—¿Era habitual que Lander les tratara así? A mí, desde luego, mis amigos no me suelen hablar de esa manera. ¿Considera que tiene un carácter violento?

Silvia puso los ojos en blanco, aunque enseguida se recompuso. Sabía que a Vilariño le iba el drama y no sería la última pregunta de ese tipo que tendrían que escuchar.

—No era lo normal, pero ese día estaba muy enfadado. Y no, Lander nunca me pareció violento —se apresuró a añadir.

Las miradas de Kerman y Lander se cruzaron, y Lander le hizo un leve gesto de agradecimiento.

—No hay más preguntas, señoría.

Silvia decidió contrainterrogar al testigo, aunque no había mucho más que añadir. Lander ya había reconocido lo que Kerman había contado: el enfado con Borja, el chantaje y la discusión con el grupo.

—Con la venia, señoría. —Se dirigió al joven con una expresión seria pero amable—. Usted ha reconocido que era amigo de ambos y que los conocía bien. ¿No le parece extraño que alguien tan cercano a Lander lo chantajeara de esa manera?

—La verdad es que sí. Lander acogió a Borja en su grupo de amigos y en su casa, fue muy enrollado con él, un buen amigo.

—Y a pesar de todo, Borja utilizó esa amistad para sacar un beneficio económico.

—Eso parece.

—¿En algún momento vio que Lander manipulara y usara a Borja de alguna manera para su propio beneficio?

—No, nunca.

—¿Y al revés? ¿Imaginó en algún momento cuáles eran las intenciones reales de Borja? ¿Lo creía capaz de algo así?

—No, nunca lo imaginé. A mí Borja me caía muy bien, pero parece que nos engañó a todos.

Lander lo miró incrédulo. Su amigo mentía. A Kerman nunca le había gustado que Borja entrara como un torbellino en el grupo y se convirtiera en líder de la noche a la mañana, relegándolo a él a un segundo plano. A punto estuvo de acusarlo en voz alta de mentir, pero Silvia le había explicado muy bien las reglas del juego. Y eso era algo que no podía hacer.

—No hay más preguntas, señoría —respondió Silvia dando por finalizado el testimonio.

El siguiente testigo en comparecer fue un amigo cercano de Borja, parte de su grupo de amigos de toda la vida, con quien había compartido su infancia y su juventud en el barrio de Alza. Llevaba los brazos llenos de tatuajes y varios *piercings* en la cara. Sus pantalones, tres tallas más grandes, caían sobre sus caderas, y sus manos quedaban ocultas bajo las mangas del jersey. Parecía que en

cualquier momento podría ponerse a rapear. El fiscal, buscando reforzar una imagen favorable de Borja, le lanzó preguntas generales enfocadas en el lado positivo de su amistad, y el chico describió a Borja como una persona sociable y divertida, destacando su capacidad para hacer reír a los demás y sus ganas de pasárselo bien.

Las preguntas de Silvia, en cambio, fueron mucho más directas, y se centraron en un periodo específico de la vida de Borja: el tiempo en el que comenzó a salir con Lander y sus amigos.

—¿Se vio con su amigo muy a menudo en esa época?

—No, anduvo desaparecido —reconoció el chico—. Apenas quedábamos.

—¿Quiere decir con eso que se distanciaron?

—Sí, eso.

—¿Dónde le dijo que estaba? ¿Qué excusas le dio para no salir juntos?

—Me dijo que andaba metido en algo, pero que era temporal y que ya quedaríamos más adelante.

—Tengo entendido que, por el mes de abril, un mes y algo antes de su muerte, se vieron un día por el centro. Usted iba con el grupo de amigos de Borja de toda la vida, y él iba con otro grupo de gente. ¿Nos puede decir qué hizo cuando se vieron?

—Pasó de nosotros olímpicamente —respondió el chico molesto.

—Explique qué pasó con exactitud.

—Pues eso, que lo vimos con otra gente, y cuando nos acercamos a saludarlo, se piró y nos dejó allí plantados. Se hizo el loco, como si no nos conociera.

—¿Por qué cree que hizo eso?

—No tengo ni puta idea. Perdón —reculó enseguida—. Vamos, que no lo sé.

—¿Cuándo lo volvió a ver?

—De ahí a un mes o así. Apareció en el barrio y vino como si no hubiera pasado nada. Se había comprado un móvil nuevo de última generación y un *peruco* de los buenos. Además, nos enseñó un buen fajo de billetes y anduvo invitando a medio barrio.

—¿Eso no fue la misma semana de su muerte?

—Sí.

—¿De dónde les dijo que había sacado el dinero?

—De un buen negocio. No dijo más.

Silvia no quiso seguir preguntando. Su objetivo era desmentir la imagen de buen amigo que la acusación había intentado pintar, y creía que lo había conseguido.

La siguiente en testificar fue la madre de Borja. Silvia sabía que el fiscal intentaría, una vez más, presentar a la víctima como a una buena persona, el niño bonito de su madre. Daniel Vilariño no la defraudó. En un interrogatorio cargado de sentimentalismo, tan edulcorado como lacrimógeno, la madre de Borja no dejó de llorar en ningún momento. Silvia observó con atención las reacciones de los miembros del jurado y, por sus expresiones, pudo comprobar que al fiscal le estaba saliendo bien la jugada. Estaban sintiendo una gran lástima por esa madre a la que le habían arrebatado a su único hijo de la manera más horrible.

—Usted es viuda, ¿verdad?

—Sí, primero murió mi marido y después mi hijo —respondió entre sollozos con la voz temblorosa.

—¿Cómo falleció su marido?

—Un coche lo atropelló cuando cruzaba la calle. —Se cubrió la boca con las manos para contener el llanto.

—Tengo entendido que su marido pasó un tiempo en la cárcel y que les dejó en una situación económica delicada cuando murió. ¿No

es así?

—Sí, tenía algunas deudas por pagar.

—¿Cómo las afrontaron?

—Yo no sabía qué hacer y mi hijo me ayudó a hipotecar la casa. Si no fuera por él... Borja era muy buen hijo, y ahora me he quedado completamente sola.

Se secó las lágrimas agarrando un pañuelo con fuerza y miró al techo un segundo queriendo recomponerse, pero no lo logró y emitió un gemido profundo. Vilariño aprovechó el dramatismo del momento para finalizar su interrogatorio.

Silvia fue mucho más directa.

—Lamento profundamente su pérdida, y creo que ninguna madre debería perder a un hijo, mucho menos de esta manera tan trágica. Siento que tenga que estar pasando por esto, créame. Por eso, le voy a hacer solo una pregunta —dijo con voz suave pero firme—. Usted ha contestado a las preguntas del fiscal dejando claro que su hijo no tenía malicia, que era una buena persona y que se querían mucho. Es más, ha dicho que la relación entre madre e hijo era maravillosa. Siendo así, dígame: ¿sabía usted que su hijo iba diciendo por ahí que usted estaba muerta?

El barullo en la sala se desató de inmediato, y los murmullos de asombro crecieron. La madre de Borja quedó paralizada y su rostro palideció. Completamente desconcertada, apenas pudo pronunciar un «no» tembloroso, y Silvia dio por concluido el interrogatorio.

La jueza, viendo la tensión que se había generado, decidió que era un buen momento para hacer un receso de quince minutos. Era necesario calmar los ánimos y permitir que todos se tomaran un respiro. La madre de Borja fue acompañada fuera de la sala, mientras algunos miembros del público se levantaban para ir al baño o tomar un poco de aire.

—Ha sido muy rastrero, lo sé —le reconoció Silvia a Lander al oído—, pero era necesario. Su imagen de madre desconsolada y afligida no nos estaba haciendo ningún bien, y ella tampoco ha sido sincera retratando a su hijo como a un bendito.

—De bendito no tenía nada —respondió Lander con rabia casi sin mover los labios para que nadie pudiera entender sus palabras.

Maite aprovechó que la sala se fue vaciando para acercarse a su hijo. Lander pidió permiso a los dos ertzainas que lo custodiaban para acercarse a ella y se lo concedieron. Con un policía a cada lado, pudo abrazar a su madre. Ella lo besó varias veces y no dejó de repetirle que todo iría bien. Silvia lamentó que, en ese momento, solo estuvieran en la sala tres de los miembros del jurado. Le habría gustado que lo hubieran visto todos.

La calma se restableció a la vuelta del receso, y la jueza indicó que la siguiente testigo podía entrar en la sala. Era una mujer de unos cincuenta años que caminaba con seguridad. Al haber sido propuesta por la defensa, sería Silvia la primera en interrogarla. El fiscal, si lo deseaba, podría hacerlo después.

—¿Podría presentarse e indicarnos en qué trabaja? —le pidió la jueza a la testigo.

—Mi nombre es Mariaje Lerma, y soy administrativa en la Universidad del País Vasco.

—¿Puede describirnos brevemente cuáles son sus funciones?

—Soy la encargada principal de las matriculaciones. Gestiono las inscripciones de los estudiantes, asegurándome de que cumplen con todos los requisitos y de que aportan toda la documentación necesaria. También me ocupo de mantener un registro actualizado de estudiantes, verificando su información personal o si han solicitado alguna beca, entre otras cosas.

La jueza Solozábal asintió y dio paso a la abogada de la defensa.

—Buenos días, señora Lerma. ¿Cuánto tiempo lleva desempeñando esa labor en la universidad?

—Más de veinte años.

—¿Podría decirnos si en algún momento ha habido en la Universidad del País Vasco un alumno matriculado con el nombre Borja Miranda?

—No, nunca —respondió tajante ante el asombro de los presentes.

—Esto es importante y quiero que no quede ninguna duda. ¿Está usted afirmando que Borja Miranda nunca se matriculó ni en la carrera de Psicología ni en ninguna otra? ¿Está segura?

—Completamente. He revisado varias veces todas las matriculaciones, y nunca hemos tenido un alumno con ese nombre.

—No hay más preguntas, señoría.

—¿Desea el señor fiscal interrogar a la testigo? —preguntó la jueza.

—No, señoría —respondió Vilariño con cara de pocos amigos.

CAPÍTULO 10

SILVIA

2024

Aún quedaba un último testigo por declarar antes de que concluyera la segunda sesión, y Silvia sabía que era el más importante de todos: el jefe de la investigación. Su nombre era Javier Larrañaga, aunque todos en el Cuerpo lo conocían como Larra.

Con más de veinte años de experiencia a sus espaldas como jefe de investigación criminal, Larra era un viejo conocido de Silvia, ya que sus caminos se habían cruzado en varias ocasiones. Silvia aún recordaba cómo, en aquella época, Larra se saltaba los protocolos e ignoraba las reglas, poniendo sus juicios en jaque. Para él, la burocracia no era más que un estorbo cuando se trataba de atrapar a los malos. Aun así, no se podía negar que era un buen investigador.

Entró en la sala con paso firme y decidido. Con su metro ochenta y cinco de estatura, era un hombre de complexión fuerte que se mantenía en una forma física aceptable. Silvia lo observó y pensó que también los años y el estrés habían dejado huella en él. Rondaba los cincuenta y cinco años, su cabello clareaba por la coronilla y las arrugas en su rostro eran más profundas que la última vez que lo vio.

El fiscal comenzó el interrogatorio lanzándole una pregunta abierta.

—Cuéntenos, por favor, qué es lo que se encontraron en el lugar del crimen la noche de los hechos.

Acostumbrado a testificar en numerosos juicios a lo largo de su carrera, el ertzaina tomó la palabra con calma y comenzó con el relato mostrándose tranquilo y seguro.

—El servicio de emergencias recibió una llamada a la una y veintidós minutos de la madrugada del viernes al sábado. Inmediatamente, enviaron una ambulancia al lugar. En cuanto los sanitarios comprobaron que la víctima había fallecido y que presentaba signos evidentes de violencia, nos avisaron. Al llegar, encontramos a la víctima en el suelo del salón. Tenía un fuerte golpe en la cabeza causado por un objeto indeterminado. Había sangre por todas partes y, tal y como nos habían asegurado los compañeros sanitarios, no presentaba signos vitales.

—¿Quién llamó a emergencias? —lo interrumpió Vilariño.

—Lander Foronda, el mismo que encontramos junto al cadáver cuando llegamos. Tenía la ropa manchada de sangre y no hacía más que llorar. Lo llevamos a otra habitación y, antes de que dijera nada, le pedimos que se cambiara de ropa y guardamos la suya en las bolsas correspondientes para su posterior análisis.

—¿Dijo algo después?

—Sí. No dejaba de repetir que él se lo había encontrado así. Aseguraba que había llegado a casa sobre la una y cuarto de la madrugada y que, al ver a su amigo en ese estado, había intentado reanimarlo, pero que no pudo hacer nada por él. Después, realizó la llamada a emergencias.

—Entre la una y cuarto y la una y veintidós hay exactamente siete minutos. ¿Estuvo siete minutos intentando reanimar a la

víctima?

—Eso mismo le pregunté yo, porque es mucho tiempo. Dijo que se quedó unos minutos en *shock* y que, cuando reaccionó, hizo la llamada.

—¿Qué nos puede decir de la escena del crimen?

—Faltaban cosas —aseguró Larra—. Encontramos el cargador de un portátil, presumiblemente de la víctima, pero el ordenador no apareció. Su móvil tampoco. Es muy raro que un chaval de esa edad no llevara el móvil encima. Tampoco encontramos el arma del crimen. Y nos fijamos en que la puerta no estaba forzada.

Vilariño esperó unos segundos antes de formular la siguiente pregunta. Quería darle tiempo al jurado para procesar la información.

—Muy bien. ¿Qué hicieron a continuación?

—Le pedimos a Lander que nos diera su teléfono y nos dijo que estaba roto. Lo sacó de un cajón y comprobamos que era cierto: no encendía. Nos lo quedamos para hacer unas comprobaciones y le pedimos que nos acompañara a comisaría. Una vez allí, mantuvimos con él una charla... amistosa.

A Silvia no le gustó el comentario de Larra. Daba a entender que aquella charla con Lander no había sido tan amistosa como él insinuaba, y el jurado podía interpretar que no lo fue porque Lander se había comportado de una manera inadecuada, cosa que no sucedió.

—¿Qué dijo en esa conversación? —preguntó Vilariño.

—Al principio, no mucho, así que nos centramos en su móvil. Sacamos al juez de guardia de la cama para que redactase un auto urgente de intervención de comunicaciones desde casa y, en cuanto llegó, metimos la tarjeta SIM de Lander en otro móvil. Iniciamos sesión en WhatsApp y recuperamos el historial de chats guardado en

la nube. Ahí fue cuando descubrimos que la víctima lo estaba chantajeando.

—Entiendo que le mostraron esos mensajes y le preguntaron al respecto. ¿Qué respondió?

—No lo negó. Nos contó que Borja lo había estado extorsionando con cierto vídeo. La primera vez, le pidió cinco mil euros a cambio de no hacerlo público, y Lander admitió haber pagado el dinero. Cinco días después, el mismo día del asesinato, la víctima volvió a exigirle más dinero en una llamada de teléfono. Esta vez, sin embargo, Lander se negó a pagar.

—¿Les sorprendió que admitiera el chantaje y el pago?

—No. Todo estaba en los chats, así que no tenía otra opción. Solo había que leer las conversaciones para saber si decía la verdad o no.

—¿Y qué dijo cuando le preguntaron si había matado a la víctima?

—Juró y perjuró que él no había visto a Borja ese día. Dijo que, tras discutir con su grupo de amigos, se fue a dar una vuelta por el parque de Aiete. Según él, necesitaba tranquilizarse.

—¿Ha tenido la Ertzaintza acceso al vídeo objeto del chantaje?

—No. Suponemos que estaba en poder de Borja, pero al no encontrar ni su móvil ni su ordenador, no hemos podido verlo.

—¿Qué ocurrió después?

—Intuíamos que Lander era el responsable del asesinato de Borja, pero no teníamos pruebas suficientes, así que lo dejamos marchar. A lo largo de la semana, sin embargo, la situación cambió.

—¿Qué encontraron exactamente?

—Para empezar, el laboratorio confirmó que la sangre en su ropa pertenecía a la víctima. No nos sorprendió, pero tampoco era una prueba concluyente, puesto que se podía haber manchado mientras

lo reanimaba. Luego, su madre admitió haberle dado los cinco mil euros y, tras verificar sus movimientos bancarios, confirmamos que el chantaje se había llevado a cabo, lo que establecía un móvil claro.

Hizo una breve pausa y continuó.

—También interrogamos a los amigos de Lander. Admitieron estar presentes cuando Borja lo llamó para exigirle más dinero. Todos oyeron cómo Lander le decía que lo iba a matar. —Larra hizo una pausa para coger aire—. El móvil de Lander ya estaba roto con anterioridad a la noche del crimen, lo que nos impidió rastrear su ubicación mediante la triangulación de la señal. Por eso, intentamos ubicarlo en el parque de Aiete, revisando todas las cámaras del parque y de los alrededores. Hicimos un trabajo exhaustivo, pero no fue concluyente. En los vídeos se veía a una persona vestida completamente de negro, con la capucha puesta, pero fue imposible determinar si era él o no. Él aseguraba haber llegado a casa pasada la una de la madrugada, pero una vecina declaró haberlo visto salir de casa sobre las doce de la noche. Según su testimonio, le pareció que el acusado escondía algo bajo la sudadera negra que vestía habitualmente. Con todo ello, lo detuvimos.

Vilariño le agradeció su participación y se retiró a su asiento. Silvia respiró hondo. El testimonio del jefe de la investigación había sido demoledor, aunque contaba con ello. Ahora le tocaba contraatacar. Había llegado el momento para el que llevaba meses preparándose, probablemente el más importante de todo el proceso. Su intervención sería breve, pero crucial. Aquello podía cambiar el rumbo del juicio.

Se tomó unos segundos para mirar a Larra a los ojos. El ertzaina no se lo iba a poner fácil, pero ella tampoco a él. Comenzaba el desafío.

—Dígame, oficial —comenzó con voz serena—. Ustedes decidieron, casi desde el primer momento, que mi defendido era el culpable de la muerte de Borja Miranda. ¿Cree usted que el escándalo en el que se vio envuelto su padre contribuyó a que lo consideraran culpable a la primera de cambio?

—De ninguna manera.

—¿Está seguro?

—Absolutamente.

—Pero no me negará que, siendo hijo de quien es, el caso se volvió muy jugoso, ¿verdad?

—Igual que cualquier otro —respondió tajante, aunque sabía que no era verdad—. El apellido no nos importa. Investigamos los hechos.

Silvia asintió levemente, como si esperara esa respuesta.

—Entonces, puede asegurar que sus prejuicios no nublaron su juicio y que fueron completamente imparciales a la hora de evaluar las pruebas contra él. ¿No es así?

—Sí, se lo aseguro —no le gustaba que lo acusaran de falta de objetividad y contestó con brusquedad.

—Tampoco sería tan descabellado pensar eso de «de tal palo, tal astilla», ¿no? No serían ustedes los primeros en hacerlo.

—Le he dicho que no —insistió él visiblemente molesto.

—Muy bien. Entonces, permítame otra pregunta. ¿Ha sido usted completamente sincero durante su declaración ante el fiscal?

—¿Cómo dice? —Larra no pudo evitar fruncir el ceño.

—Le pregunto si nos ha contado todo lo que este jurado necesita y debe saber. Todo.

—Así es —afirmó con rotundidad. Estaba comenzando a enfadarse y Silvia lo sabía.

—Según su testimonio, desde el principio afirmaron que todo encajaba. Como se suele decir de manera coloquial, estaba más claro que el agua que mi defendido era culpable, ¿verdad? Pero, y corríjame si me equivoco, la Ertzaintza no suele descartar otras líneas de investigación tan rápido, ¿no es así? Al menos, hasta donde yo sé, no debería. ¿No es cierto que ustedes siempre trabajan con varias hipótesis?

—Sí. Consideramos otras vías, pero en este caso ninguna tenía el peso suficiente.

Silvia hizo una pausa para mirarlo fijamente. Luego, dio un paso hacia él.

—Permítame recordarle algo, oficial: usted está declarando bajo juramento. Y se lo digo porque tengo la impresión de que se le ha olvidado.

El murmullo del público se extendió por toda la sala. Silvia se mantuvo en silencio para que se escuchara bien y Larra la miró rabioso.

—No sé a qué se refiere, y me está faltando al respeto —dijo con evidente irritación.

—Ha afirmado que mi defendido tenía un motivo claro, que tuvo la oportunidad de cometer el crimen y que no tenía coartada —Silvia alzó el tono de voz a propósito—. Pero ¿no es cierto que había indicios más que evidentes que apuntaban en otra dirección? ¿No es cierto que ha omitido deliberadamente cierto detallito que el forense encontró en el cuerpo de la víctima? ¿Acaso se le ha pasado mencionar que Borja Miranda tenía incrustado un *pendrive* en la garganta?

El murmullo creció más y más. El desconcierto entre los presentes en la sala de vistas era cada vez mayor, y a Silvia no se le

escapó la mirada atónita que intercambiaron Larra y Vilariño. Se estarían preguntando cómo había obtenido ella esa información.

Larra fue a contestar, pero Silvia no le dio oportunidad. Siguió bombardeándolo a preguntas.

—¿Y qué me dice del mensaje en formato de texto que contenía ese dispositivo? —insistió—. ¿No recordaba ese detalle o ha preferido ignorarlo? ¿O es que no era lo suficientemente relevante?

El bullicio en la sala fue en aumento. Larra volvió a abrir la boca para responder, pero tampoco esta vez pudo hacerlo.

—Dígame, oficial. ¿No les recordó ese hallazgo a un caso anterior? ¿Quizá a cierto asesino en serie que atemorizó a la población hace unos años? ¿No es, acaso, el mismo *modus operandi* que utilizaba el asesino de Gros? ¿No dejaba él un objeto idéntico en la boca de cada una de sus víctimas?

Larra se quedó petrificado en su asiento.

Al igual que los miembros del jurado.

Al igual que el resto de los presentes.

Todos.

—Señoras y señores del jurado. —Silvia giró la vista hacia ellos y habló despacio, remarcando sus palabras—. La Ertzaintza sí encontró más hilos de los que tirar, razones de peso para seguir investigando otras hipótesis, pero decidió no hacerlo. ¿Por qué? Vayan ustedes a saber. Quizá porque era la mejor manera de castigar a uno de los hombres más odiados de la ciudad, encerrando a su hijo de por vida. O quizá porque señalar a Lander como culpable era la opción más fácil. No lo sé.

La conmoción en la sala era palpable. La jueza tuvo que intervenir para restablecer el orden. Le llevó unos instantes conseguirlo. Cuando por fin se hizo el silencio, Silvia se dirigió una última vez al jefe de la investigación.

—Una última pregunta. —Silvia fijó la vista en él—. ¿Es mentira la presencia de dicho dispositivo en la garganta del cadáver?

Larra apretó los dientes. Parecía a punto de abalanzarse sobre ella en cualquier momento.

—No —respondió finalmente con voz tosca.

Silvia le sostuvo la mirada durante un par de segundos más antes de girarse hacia la jueza.

—No hay más preguntas, señoría.

CAPÍTULO 11

KARMELE

2024

El edificio de la Audiencia Provincial de Gipuzkoa contaba, además de la sala de vistas donde se celebraba el juicio, con otra sala habilitada para seguir el desarrollo del proceso a través de una retransmisión en directo. Se hallaba en la parte izquierda del *hall* y era un espacio amplio, bien iluminado y diseñado para ser funcional. Las mesas estaban colocadas en forma de U y, frente a ellas, una gran pantalla ocupaba buena parte de la pared principal, mostrando en tiempo real lo que ocurría en la sala de vistas. Además, cada mesa estaba equipada con un sistema de auriculares que permitía escuchar con claridad todo lo que ocurría en el juicio.

A Karmele le gustaba seguir los juicios desde ese lugar. El ambiente que se respiraba allí distaba mucho de la solemnidad que reinaba en la sala principal y, mientras algunos periodistas se concentraban en el juicio con los auriculares puestos, otros aprovechaban para contestar llamadas o intercambiar comentarios sin molestar a sus compañeros.

Había seguido las dos primeras sesiones del juicio sin perder ni un solo detalle, examinando cada palabra y cada gesto, y habían sido muy interesantes. Los amigos tanto de la víctima como del acusado habían hecho declaraciones de lo más reveladoras, y

Karmele ya tenía en mente varios posibles titulares que podían dar mucho que hablar. Sin embargo, no esperaba que la mayor sorpresa de la segunda jornada, y sin duda el titular más jugoso de todos, llegara durante el interrogatorio de Silvia Legarre al jefe de la investigación. Cuando la abogada acusó al ertzaina de no haber sido del todo sincero, Karmele se sorprendió mucho. Pero, cuando lo acusó de obviar el hallazgo de un *pendrive* en la garganta de la víctima, el impacto fue absoluto. Dio un respingo en su asiento y se quedó boquiabierta. No fue la única. A su alrededor, varios periodistas se quedaron petrificados. ¿Habían oído bien? ¿La abogada había mencionado al asesino de Gros?

Karmele observó cómo Unai, el rubito con pinta de becario, se quitaba los auriculares de golpe y se acercaba a ella con cara de preocupación.

—¿Qué es eso de los *pendrives*? —le preguntó nervioso—. ¿Y de qué asesino están hablando?

—¿No sabes quién es el asesino de Gros? —se extrañó ella.

—No tengo ni idea.

Karmele puso los ojos en blanco. A sus cincuenta y dos años, se sintió muy mayor rodeada de gente tan joven. Unai representaba a una nueva generación de periodistas que, afortunadamente, jamás tendrían que cubrir el estallido de un coche bomba en pleno centro de la ciudad, ni escribir sobre el sufrimiento de tantas familias devastadas por la epidemia de la heroína. Se sintió como un fósil hablando de sucesos que algunos habían olvidado y otros ni siquiera conocían.

—¿Y dónde estabas hace quince años?

—En Zerain —aseguró el chico con una mirada inocente—. Tenía siete años.

Karmele asintió con un gesto breve. Tenía sentido. Estaba segura de que, en su día, la noticia de los asesinatos también habría llegado a Zerain, un pequeño pueblo del interior de Gipuzkoa de menos de trescientos habitantes, pero los padres habrían preferido no comentarlo con sus hijos. En Zerain no había asesinos en serie, por lo tanto, ¿para qué preocuparlos?

—El asesino de Gros fue un criminal que sembró el caos hace mucho tiempo. Mató a varias personas, y todas vivían en el barrio de Gros. Por eso lo llamaron así.

Un murmullo recorrió la sala.

—Joder, ese era el que dejaba mensajes en la boca de sus víctimas —dijo alguien.

—El mismo. En forma de *pendrive*.

—¿Mensajes? —preguntó Unai alarmado—. ¿Qué tipo de mensajes?

—Si no recuerdo mal, eran palabras sueltas. Algo como «egoísta» y cosas por el estilo.

—¿Y qué pasó con él? —Unai tenía los ojos abiertos como platos.

—Nunca lo atraparon. La Ertzaintza encontró un patrón claro en los crímenes, pero nunca lograron identificar al asesino.

Un movimiento en la pantalla interrumpió la conversación. La jueza acababa de anunciar que daba por concluida la sesión. Karmele guardó su libreta con rapidez y salió de la sala a toda prisa, sin darle tiempo a Unai a preguntarle si creía que el asesino podría haber vuelto para matar a Borja también.

Bajó las escaleras del juzgado con paso ligero mientras sentía cómo su móvil vibraba en el bolsillo. Era Alberdi. Le había escrito un mensaje desde la sala de vistas del juzgado, desde donde había presenciado la sesión: «Joder con la Rottweiler. ¡Empieza fuerte!».

Karmele dejó escapar una leve sonrisa. Claro que empezaba fuerte. A pesar de los años, Silvia Legarre seguía en plena forma y había vuelto dispuesta a pelear.

Decidió quedarse a la salida para ver si conseguía arrancarle alguna declaración a la abogada. Mientras tanto, redactó una noticia breve con un titular llamativo sobre la mención en la sala del asesino de Gros y la envió a la redacción para que la subieran inmediatamente a la web. Al ver que Silvia se demoraba más de la cuenta, decidió no esperar más y llegar cuanto antes a las dependencias del *Donostia Press*, a solo diez minutos del juzgado.

Entró ignorando a todo el mundo y abriéndose paso entre los escritorios. Llegó al despacho de Néstor y, sin molestarse en llamar, empujó la puerta y entró. El director estaba de espaldas, apoyado en la ventana, con el móvil en una mano y un cigarrillo en la otra. Escuchaba a su interlocutor mientras daba rápidas caladas que, cada cierto tiempo, le arrancaban un ataque de tos. Karmele se dejó caer en una de las sillas frente al escritorio y lo observó en silencio. No pudo evitar pensar que, si ella se sentía mayor en la profesión, Néstor era prácticamente una reliquia. Había comenzado en el oficio cuando las máquinas de escribir dominaban las mesas y las redacciones eran auténticas nubes de humo. Ahora que fumar en el interior de los edificios estaba prohibido, Néstor seguía haciéndolo como si la prohibición no fuera con él.

Cuando por fin colgó el teléfono y se giró hacia ella, Karmele no perdió el tiempo y le relató con rapidez lo que acababa de presenciar desde la sala de prensa del juzgado. Néstor levantó una ceja, consciente de la magnitud de lo ocurrido.

—No basta con una noticia breve y una crónica, Néstor —dijo Karmele con firmeza—. ¡Estamos hablando del asesino de Gros! La Rottweiler nos ha dejado a todos boquiabiertos. La Ertzaintza

encontró un *pendrive* en la garganta de Borja Miranda y no dijo nada. ¡Esto es la hostia y se tiene que saber! Dame un par de horas y tendrás la noticia lista.

—Vale, hazlo e irá en portada —aceptó emocionado—. Pero de esto podemos sacar algo mejor.

Karmele lo miró con el ceño fruncido. Conocía bien esa expresión en el rostro de Néstor. Era la señal inequívoca de que se avecinaba más trabajo.

—Quiero que escribas un especial sobre el asesino. Lo publicaremos en el suplemento del domingo, y también lo subiremos a la web.

Karmele se echó hacia atrás en la silla y entrelazó sus manos colocándolas detrás de la nuca.

—Creo que podría funcionar muy bien —reconoció ella—. Después de lo de hoy, está claro que todo lo relacionado con el asesino va a despertar muchísimo interés. Pero, para que salga el domingo, tendría que pasarme todo el sábado trabajando. Tengo que meterme en los archivos, recopilar toda la información, ordenarla, escribir el artículo...

—¿Y qué quieres? ¿Que se lo encargue a otro? —Néstor sabía perfectamente que Karmele no iba a permitirlo.

—No, lo haré yo. Es más, sabes que nadie lo va a hacer mejor que yo —respondió con un toque de arrogancia—. Solo te advierto que no te va a salir barato.

Néstor soltó algo parecido a un gruñido que sonó más a resignación que a protesta. Estaba acostumbrado a que los trabajos de Karmele no resultaran muy económicos desde que se había puesto por su cuenta, pero siempre habían valido la pena.

—Cómo me sangras, Beltrán, ¡cómo me sangras!

—¡Y tú cómo te quejas! Pero te conozco y sé que eso es un «sí», así que me marcho pitando. En un rato te enviaré la crónica de la sesión de hoy y después me pondré con el especial sobre el asesino.

Se levantó de la silla y caminó hacia la puerta. Justo antes de salir, se giró para lanzarle una última pregunta.

—Oye, Néstor. ¿No estaremos provocando una enorme alarma social de nuevo? Mira que aquello fue muy gordo.

Néstor la miró con seriedad, dejando el cigarrillo en el cenicero.

—No es obra nuestra, Karmele. Ha sido esa abogada la que ha sacado al asesino a la palestra. Nosotros solo estamos aprovechando el tirón.

Karmele asintió dando por buena la respuesta y salió del despacho decidida a ponerse en marcha. Tenía mucho trabajo por delante.

CAPÍTULO 12

LAIA

2024

La sala de prensa del juzgado no fue la única en la que se generó un gran revuelo al terminar la sesión. Los miembros del jurado seguían sin salir de su asombro mientras recogían sus pertenencias y se disponían a marcharse hasta el lunes.

Jontxu no dejaba de comentar lo emocionante que había resultado la sesión, casi como una película de Netflix. Rosi compartía el entusiasmo y enumeraba, sin parar, los rasgos de los asesinos en serie más famosos, información obtenida de sus *true crime* favoritos, mientras Monti se burlaba de ella por creerse a pies juntillas todo lo que veía en televisión.

—No me gusta lo que acaba de pasar. No entiendo nada —le confesó Laia a Irene bajando la voz para que los demás no la oyeran —. Además, tengo la sensación de haberme perdido algo. Me suena haber oído sobre ese asesino, pero no estoy muy segura. ¿Cuándo fue eso?

Irene buscó en el móvil: el asesino de Gros había actuado en 2008, unos meses después de que Laia se marchara al extranjero, por eso ella apenas lo recordaba.

Las conversaciones entre sus compañeros comenzaron a superponerse. Monti no tenía ninguna duda de que había sido

Lander quien había colocado el *pendrive* en la garganta de Borja:

—Se pelearon, le dio una hostia, lo mató y quiso irse de rositas imitando al asesino ese. Cuando dejó la escena lista para el teatro, llamadita a emergencias y que empiece la función.

Agustín seguía dudando de todo, y Marta no terminaba de creer que un asesino pudiera pasar tantos años inactivo y reaparecer justo ahora, eliminando precisamente a la persona que estaba chantajeando al hijo de Foronda. Uno de los ingenieros, de pronto, puso una nueva teoría sobre la mesa: ¿y si el asesino nunca dejó de matar? ¿Y si se mudó y siguió matando en otro sitio?

Laia escuchó las conjeturas de todos ellos con una sensación amarga. Le molestaba profundamente no tener el control de la situación, y lo que acababan de presenciar en la sala de vistas se le escapaba por completo. Por mucho que los demás se empeñaran en sacar conclusiones y encadenar hipótesis, ella tenía claro que les faltaba demasiada información.

Poco a poco, terminaron de recoger sus cosas y abandonaron los juzgados. El murmullo de sus conversaciones se fue apagando a medida que salían. Algunos, como Aroa, que no había abierto la boca en todo el día, se marcharon en completo silencio. Otros, como Rosi y Agustín, se alejaron conversando animadamente. La sesión ya había terminado, pero no tenían ninguna prisa por volver a casa, por lo que siguieron comentando y debatiendo las novedades del caso. Y el resto se despidió hasta el lunes con la certeza de que aquella jornada les había regalado más preguntas que respuestas.

Por la noche, Laia trató de poner en orden sus pensamientos y pasar a limpio las anotaciones de la segunda sesión.

Laia Ortiz

ANOTACIONES - DÍA 2 DEL JUICIO

JUICIO LANDER FORONDA

12.04.2024 – viernes

SESIÓN

Testimonios:

1. Amigo de Lander: Lander los trató mal la noche del asesinato, pero lo aprecia. Borja los engañó a todos.
2. Amigo de Borja: Borja le reconoció que estaba metido en «algo».
3. Madre de Borja: no me creo que la relación madre e hijo fuera tan idílica. Parece que Borja pasaba bastante de su madre.
4. Administrativa de la universidad: ¡BORJA NO ESTABA MATRICULADO! ¿Por qué mintió a todos haciéndose pasar por estudiante?
5. Ertzaina - jefe de la investigación: Borja tenía un pendrive en la garganta y se lo ha callado. ¿Por qué? Nos deben muchas explicaciones.

LANDER

Ha negado con la cabeza cuando el jefe de la investigación ha dicho que no tienen dudas de su culpabilidad, aunque creo que lo hace porque sabe que es lo que se espera de una persona inocente. Yo, en su lugar, también lo haría.

En el descanso, le ha dado un fuerte abrazo a su madre. Ella está destrozada, y la escena me ha conmovido.

MIEMBROS DEL JURADO

Titulares:

- Rosi - ama de casa: entusiasmada con el giro del asesino de Gros.
- Irene - enfermera: la falta de información le molesta tanto como a mí.
- Agustín - jubilado: sigue expectante.
- Monti - chófer: da igual lo que pase en el juicio. Para él, Lander es culpable y nada le va a hacer cambiar de opinión.
- Jontxu - estudiante: cree que el tema del asesino le da vidilla al asunto.
- Aroa - estudiante: como si no estuviera.

- Ramón - mecánico: no lo veo centrado. Sigue preocupado por su taller.
- Marta - *hippie*: sigue en modo zen.

Suplentes: los ingenieros (Jokin y Alberto).

PREGUNTAS

Demasiadas. Falta mucha información. Hay que esperar a que nos aclaren, sobre todo, lo del *pendrive*.

PORCENTAJE DE CULPABILIDAD

Si el juicio terminara hoy, el jurado votaría la culpabilidad del acusado en un 70 %.

Los miembros del jurado nos hemos quedado alucinados con la introducción en escena del asesino de Gros (excepto Monti, que pase lo que pase votará culpable). En el resto, el tema ha generado dudas.

CAPÍTULO 13

MAITE

2024

Después de dos intensos días de juicio, el viernes por la noche, Maite se metió en la cama deseando poder dormir del tirón. La cantidad de somníferos y ansiolíticos que estaba tomando superaba con creces lo que le había prescrito su psiquiatra, pero a esas alturas ya le daba igual. Lo único que quería era dormir. Dormir de verdad y olvidar. Olvidar que su vida se había convertido en una auténtica pesadilla; olvidar que su hijo estaba sentado en el banquillo por un crimen que no había cometido y que, si todo salía mal, la cárcel se llevaría los mejores años de su vida; y también olvidar que hacía tiempo que no reconocía a su propio marido. Josean ya no era el mismo hombre del que se enamoró cuando tenía apenas diecinueve años, y eso era, quizá, lo que más escocía. ¿Cómo había tardado tanto en ver su verdadera cara? Con el tiempo, había llegado a la conclusión de que ser tan joven había jugado en su contra. Josean la deslumbró, la embaucó, y ella se dejó llevar.

Maite provenía de una familia humilde de cuatro hermanos. Ella era la tercera. Mientras estudiaba secretariado, trabajaba por las tardes en una *boutique* de moda masculina en plena avenida de la Libertad, en el centro donostiarra. El sueldo no le daba para mucho, pero era suficiente como para no tener que pedir dinero en casa.

Una desapacible tarde de invierno, mientras la lluvia caía a cántaros y golpeaba con fuerza los cristales del escaparate, Josean entró en la tienda. Llevaba el pelo mojado, vestía de traje y tenía el nudo de la corbata algo suelto, como si acabara de salir de una reunión que no había ido del todo mal. Buscaba un paraguas. En ese momento, Maite estaba recibiendo una bronca monumental de su jefa por haber doblado mal unas corbatas de seda recién llegadas de Italia. Según ella, estaban tan arrugadas como si las hubieran sacado de la lavadora. Josean llegó a tiempo para presenciar la escena y ver cómo a la joven dependienta se le encendían las mejillas por la vergüenza. Con paso decidido, se acercó a ellas.

—Buenas tardes —dijo dirigiéndose directamente a Maite—. Señorita, quisiera cinco corbatas como estas.

—Estas no, señor, están arrugadas —saltó la jefa, alarmada—. Ahora mismo le saco de dentro unas que estén bien planchadas.

—No hace falta —respondió él con la mirada fija en Maite—. A mí me gustan estas. Tienen un toque especial. Y, si no le importa, prefiero que me atienda ella.

Maite no pudo evitar que se le escapara una sonrisa, aunque la borró en cuanto su jefa le dio un puntapié por debajo del mostrador. Cuando esta se retiró, continuó atendiendo al cliente, que irradiaba seguridad por los cuatro costados. Al cabo de un rato, Josean salió de la tienda con cinco corbatas, dos camisas, el paraguas que había ido buscando y una cita con Maite para el domingo por la tarde. Ella se sintió la mujer más especial del mundo y, a partir de ahí, todo fue rodado.

Josean tenía diez años más que ella y acababa de fundar una constructora inmobiliaria, Construcciones Foronda. Por aquel entonces, su empresa no era más que una discreta oficina, una carpeta de proyectos modestos y una enorme ambición: iba a por

todas. Hablaba de planes urbanísticos como si fuera a construir Manhattan en mitad de Donostia y transmitía una energía arrolladora que envolvió a Maite por completo. No era el más alto ni el más apuesto, pero tenía una seguridad en sí mismo que actuaba como un imán que la atraía con fuerza.

Maite dejó la *boutique* y también sus estudios de secretariado para echar una mano a Josean con la gestión de facturas, presupuestos y llamadas a los clientes, y fue testigo directa del crecimiento de la empresa: de los proyectos iniciales en barrios obreros a las primeras licitaciones públicas, y de ahí a la rehabilitación de edificios históricos en pleno centro. Varios años después de comenzar su noviazgo, con un futuro prometedor por delante, se compraron un piso en la cuesta de Aldapeta con vistas al mar y celebraron una boda por todo lo alto. El cuento de hadas de Maite no había hecho más que empezar.

A medida que la empresa escalaba, también lo hizo su vida social, y comenzaron a recibir invitaciones para inauguraciones de hoteles y museos, eventos de sociedad y diversos actos en el Palacio Miramar, donde compartían espacio con las familias más influyentes de la ciudad. Josean supo manejarse entre la élite donostiarra con gran destreza. Tenía labia, olfato y ambición, y pronto Construcciones Foronda se consolidó como una firma de referencia entre directivos de multinacionales, jugadores de fútbol y empresarios importantes, para quienes construyó viviendas exclusivas con vistas al mar, materiales nobles, gusto por los detalles y jardines diseñados por paisajistas de renombre.

Cuando estaban en su mejor momento, Josean compró un enorme chalet en el paseo del Faro. Lo rebautizó como Villa Maite y lo reformó de arriba abajo convirtiéndolo en una casa de ensueño

con vistas a la bahía de la Concha. Según él, debían dar ejemplo: ellos vendían lujo, y su hogar tenía que ser su mejor escaparate.

Con el éxito alcanzado, Maite, tras años de trabajo que ayudaron a consolidar la empresa, dejó de trabajar. No lo necesitaba. Fue entonces cuando centró todas sus energías en alcanzar su verdadero sueño: ser madre. Lo intentaron durante meses, pero el embarazo no llegaba. Así empezaron las citas médicas, los análisis, los tratamientos hormonales... Maite se sometía a todo sin protestar. Deseaba ser madre a toda costa y sabía lo que suponía para Josean tener un hijo, un heredero, alguien a quien legarle el apellido y también la empresa que tanto le había costado levantar.

Siguieron intentándolo hasta que una serie de pruebas más exhaustivas cambiaron el rumbo de los acontecimientos: el problema estaba en él. Josean sintió que su virilidad y su valía como hombre estaban siendo puestas en entredicho por un informe, y su orgullo quedó herido. Maite dejó pasar un tiempo prudente para que su marido pudiera asimilarlo y, después, le propuso la inseminación artificial con donante.

Josean se ofendió, y la respuesta fue un «no» rotundo, categórico.

—No voy a criar al hijo de otro —respondió con rabia.

Maite insistió. Le habló con dulzura, con paciencia. Le aseguró que ese niño sería de los dos y de nadie más.

—Lo querrás desde el primer segundo, ya lo verás. Y nunca nadie sabrá nada porque será nuestro secreto, mi amor.

Josean terminó cediendo. No por convencimiento, sino porque se sintió acorralado, y porque no había otra opción.

El embarazo llegó y, en un principio, se sintieron felices. La casa se llenó de preparativos, pintaron la habitación del bebé y

compraron todo lo necesario para recibirlo. Pero, cuando Lander nació, todo se vino abajo.

La primera vez que Josean lo sostuvo en brazos, no sintió ternura ni amor, sino un rechazo profundo, y lo único que pudo pensar fue que el niño no era suyo. Por mucho que llevara su apellido y que Maite le asegurara que era de los dos, se sintió incapaz de querer al hijo que su mujer había engendrado con el esperma que un tipo cualquiera había depositado en un bote de plástico por dinero cuando no tenía nada mejor que hacer.

Maite lo intentó todo para forjar un vínculo entre ellos, pero Josean respondió refugiándose en el trabajo. Cuanto más insistía ella, más horas pasaba él en la oficina, donde centraba todo su esfuerzo en seguir expandiendo Construcciones Foronda a otros lugares. El tiempo para pasar con su familia comenzó a escasear y el distanciamiento se hizo costumbre. La indiferencia hacia su hijo, también.

Lander creció buscando la aprobación de su padre, pero pronto comprendió que nada de lo que hiciera sería suficiente. Y esa búsqueda, con el paso de los años, se transformó en rabia, en desafío. Con la llegada de la adolescencia, la situación se agravó, y Maite entendió que la batalla estaba perdida. El muro entre padre e hijo se había convertido en un abismo, y ya no había vuelta atrás.

Ella sufrió mucho durante esa época. Josean era muy frío, exigente, demasiado duro con Lander. Y sentía que con cada discusión que presenciaba, con cada bronca, se desenamoraba un poco más de él. Aun así, la auténtica decepción llegó después, cuando una periodista de investigación llamada Karmele Beltrán destapó la verdadera cara de su marido.

Karmele era conocida por su compromiso con las causas sociales y se había metido de lleno a investigar el creciente malestar entre

los vecinos de la Parte Vieja. Cada vez eran más los que denunciaban las subidas descontroladas del precio de los alquileres, el aumento imparable de los pisos turísticos y la desaparición del vecindario de toda la vida. Los comercios iban cerrando uno a uno para dar paso a establecimientos pertenecientes a grandes franquicias, más pensados para los turistas que para los residentes. Ruido, calles masificadas, robos... La Parte Vieja, para sus vecinos, se había convertido en un lugar inhabitable.

Tras varios meses de trabajo, la periodista sacó a la luz el nombre de la empresa que estaba detrás de la mayoría de las operaciones que habían causado tanto malestar entre los vecinos: Gestiones Lurberri, una intermediaria dedicada a comprar bloques enteros a bajo precio y reconvertirlos en alojamientos turísticos, administrados a través de plataformas *online*, violando las restricciones municipales sobre el alquiler vacacional.

Cuando una comunidad se resistía a vender, Lurberri comenzaba a presionar utilizando tácticas tan poco éticas como ilegales. La práctica más habitual consistía en adquirir uno de los pisos del bloque y alojar en él, a cambio de cero euros, a personas problemáticas, cuya misión era generar un ambiente insoportable para el resto del vecindario: gritos a cualquier hora, fiestas de madrugada con música a todo volumen, peleas domésticas, buzones rotos... Otra estrategia habitual era iniciar obras interminables en el piso adquirido, con martillazos desde primera hora de la mañana, ruido de taladro constante o cortes de luz y agua sin previo aviso. Todo perfectamente orquestado para desgastar a los vecinos hasta que abandonaran sus casas por pura desesperación.

La indignación de los residentes de la zona no tardó en estallar. Se organizaron protestas masivas frente al ayuntamiento exigiendo una solución inmediata y se crearon plataformas vecinales para

exigir que se investigaran los desahucios encubiertos y se pusiera límite a los pisos turísticos. Cuando el tema estaba en su punto más álgido, Karmele Beltrán publicó un nuevo reportaje que supuso un auténtico bombazo informativo: detrás de Gestiones Lurberri estaba, ni más ni menos, Construcciones Foronda. Tras una ardua investigación, había descubierto que los socios de Lurberri eran en realidad testaferros de Josean Foronda, y que el dinero que financiaba las operaciones más turbias provenía directamente de su propia constructora de chalets de lujo. Además, un extrabajador arrepentido había filtrado unos correos electrónicos en los que el propio Josean daba instrucciones claras sobre cómo presionar a las comunidades, acelerar los desalojos y dejar algunos edificios medio inhabitables para facilitar su vaciado. El reportaje incluía también testimonios desgarradores de varios de los vecinos que se habían visto obligados a abandonar el hogar en el que habían vivido durante toda su vida, hablando sin tapujos de la angustia, la impotencia y la desesperación que habían sufrido.

Aunque Gestiones Lurberri fuera objeto de numerosas denuncias, Josean se blindó tras una red de abogados y contactos políticos. Los procesos judiciales se alargarían durante mucho tiempo sin resolverse. Por ese lado, podía estar tranquilo, pero no pudo evitar el desplome fulminante de su reputación. De la noche a la mañana, pasó de ser un empresario admirado a convertirse en el enemigo público número uno de muchos donostiarras. En la Parte Vieja no tardaron en aparecer pintadas con mensajes como «Foronda *kanpora*» («Foronda fuera») o «La Parte Vieja no se toca».

Maite cayó en una depresión. No pudo soportar la vergüenza ni el escarnio público, y se aisló por completo de todo y de todos. Ya no quiso asistir a ningún evento social más, y tampoco accedió a quedar con sus amigas para tomar un café. Se acabaron el gimnasio,

la peluquería, maquillarse por las mañanas o comprar ropa en las *boutiques* más exclusivas, aquellas en las que tan bien la conocían y la vestían con elegancia. Confinada en Villa Maite, ya no necesitaba nada de eso.

Cuando creía que había tocado fondo, sin embargo, sucedió algo que hizo que rozara el infierno con las manos: Lander fue acusado de asesinato. En un principio, quiso creer que todo había sido un error, una confusión absurda, una acusación sin fundamento. Pero, poco a poco, la pesadilla fue cobrando fuerza. Lo que hasta entonces tan solo había sido vergüenza, se convirtió en desesperación, y aquella fue la verdadera caída, la que dolía de verdad.

La actitud de su marido cuando supo lo ocurrido la exasperó. En lugar de preocuparse y hacer lo impensable por ayudar a su hijo, se mantuvo al margen, como si no fuera con él. ¿Cómo iba a poder ella perdonar algo así?

Esa mañana, después de diez horas durmiendo en las que se había permitido el lujo de no pensar en nada, Maite se levantó y se dirigió al salón. Encontró a Josean concentrado en la pantalla de su ordenador. Siempre trabajando, siempre anteponiendo su maldita empresa a todo lo demás. Apenas se dirigían la palabra ya, pero Maite sentía tanto rencor hacia él que no pudo quedarse callada.

—Dos días de juicio, Josean. Dos —le dijo a modo de saludo—. Y no te has dignado a aparecer por los juzgados.

—Ni lo pienso hacer —respondió él sin apartar los ojos de la pantalla.

—¡Es tu hijo, por el amor de Dios!

—No lo es, y nunca lo será.

Maite cerró los ojos para soportar el golpe. No era la primera vez que Josean le echaba en cara que Lander no era su hijo, pero escucharlo seguía provocándole el mismo dolor que si le hubiera asestado un puñetazo.

—Está viviendo el peor momento de su vida y lo has dejado solo —continuó Maite en un tono más bajo—. ¿En qué clase de monstruo te has convertido? ¿No vas a hacer nada?

Josean no sucumbió a la provocación de su mujer, pero tampoco se quedó callado.

—No pienso sacarle las castañas del fuego —dijo con la misma seguridad que mostraba siempre—. Tú lo has hecho durante toda su vida, siempre dando la cara por él, y mira cómo le ha ido: has criado a un delincuente.

—¿¡Y tú me hablas de delincuentes!? El único delincuente que hay en esta casa eres tú, que estás tan podrido de ambición que has sido capaz de amargarle la vida a esa pobre gente con tal de ganar dinero. No tienes escrúpulos.

—¿Y cómo te crees que se pagan estas vistas? —replicó él señalando al enorme ventanal desde el que se veía la isla de Santa Clara—. ¿O crees que todo esto se mantiene yendo de fiesta en fiesta?

—No necesito nada de esto. —Maite no disimuló su rabia—. Solo necesito una familia en la que mi hijo tenga un padre que lo quiera, que le demuestre un apoyo incondicional, haga lo que haga.

—¿Haga lo que haga? —preguntó él incrédulo—. Pero ¿tú te estás oyendo? ¡Tu hijo ha matado a una persona! ¿Es que no lo ves? ¡Es un criminal!

—No lo es.

—Pues yo creo que sí. Y no me pidas que apoye a un criminal, porque nunca lo haré. Y ahora, si no te importa, déjame tranquilo.

Tengo trabajo que hacer.

Maite se dio la vuelta. Con lágrimas en los ojos, regresó a su habitación y se metió de nuevo en la cama, deseando poder dormirse otra vez y no volver a despertar.

CAPÍTULO 14

SILVIA

2024

Silvia se pasó el sábado entero trabajando en el caso de Lander. Se había descargado los vídeos de las dos primeras sesiones del juicio y quería visualizarlos hasta aprendérselos de memoria. El discurso de Vilariño, el suyo, los testimonios de los primeros testigos..., todo. Le daba mucha importancia a recordar cada detalle, por mínimo que fuera, y necesitaba grabárselos a fuego en la mente para no pasar nada por alto ni cometer un solo error.

Iñigo le había prometido que cuidaría de Maialen durante el fin de semana para que ella pudiera centrarse por completo en el caso, pero a uno de sus clientes ingleses le había dado por jugarse una buena parte de su herencia en la Bolsa por su cuenta y riesgo, y había sido un desastre. En pleno ataque de pánico, el cliente lo había llamado para pedirle ayuda. La reacción de Iñigo fue echarle una buena bronca. El inglés había heredado una enorme fortuna tras la muerte de su padre y se la estaba cargando a pasos agigantados, comportándose como un niño grande. Iñigo le había recalcado en incontables ocasiones que no hiciera nada sin consultárselo antes, pero estaba claro que no le había hecho caso. Tras una discusión que parecía más una regañina que una conversación entre cliente y asesor financiero, el viernes por la noche Iñigo terminó cogiendo un

avión a Londres con la intención de hablar con él en persona, conocer de primera mano el detalle de las operaciones y ver cuál era la mejor manera de arreglar el incidente, si es que había alguna.

Silvia tuvo que acudir a Greta. Aunque estaba cansada de que su marido viajara tanto al extranjero, entendía que era una situación inusual y que tenía que atender a su cliente después de lo ocurrido, pero ella no podía pasarse el fin de semana cuidando de Maialen. Tenía demasiado trabajo que hacer. Por suerte, Greta no puso ningún impedimento para encargarse de ella.

—Siento no dejarte tranquila el fin de semana.

—¡No te preocupes! —respondió Greta con su alegría habitual al llegar el sábado por la mañana. Vestía un chándal de colores vivos que encajaba a la perfección con su carácter optimista. También acentuaba sus redondeces, que no se molestaba en disimular—. Estoy libre como el viento.

Y, sin más, según entraba en la casa, comenzó a cantar la canción *Libre*, de Nino Bravo. Silvia oyó las carcajadas de Maialen que provenían del interior. Sin duda, Greta había sido un gran fichaje, y ver que su hija se divertía tanto con ella era el mejor regalo. Podía volver a lo suyo con la tranquilidad de saber que la dejaba en las mejores manos, y el día se le pasó casi sin darse cuenta.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Greta a última hora señalando las notas de Silvia. Estaba a punto de marcharse.

—Creo que bien. Para esto me preparé durante tanto tiempo.

—Permíteme decirte que lo de ayer fue... ¡Madre mía lo de ayer!

Greta sacudió la mano en el aire con energía.

—Que sepas que en mí tienes una fan indiscutible. Te imagino en el estrado, tan guapa y tan impecable como siempre, con esa seguridad aplastante, retando al testigo con preguntas incómodas. Y

después, cuando ya lo has dejado con el culo al aire, dándote la vuelta con elegancia y diciendo: «No hay más preguntas, señoría». ¡Uff, se me ponen los pelos de punta!

Greta giró sobre sí misma de forma teatral e imitó a Silvia en el estrado, levantando la barbilla con solemnidad y haciendo un gesto exagerado con la mano. La redondez de su cuerpo y el vaivén de sus rizos al girar hacían que pareciera una caricatura. Esta vez fue Silvia la que no pudo contener la carcajada.

—Señora letrada —añadió Greta en tono solemne—, sepa usted que estoy a su entera disposición si mañana vuelve a necesitar mis servicios.

—Gracias, Greta. Me vendría genial que vinieras. Iñigo vuelve esta noche, pero mañana por la mañana tiene que ir a buscar a Mikel al aeropuerto. Viene a pasar unos días. Si pudieras encargarte de Maialen hasta la hora de comer, te lo agradecería muchísimo.

—Eso está hecho. A las diez en punto aquí estaré. Y traeré churros, que a Maialen le encantan, y a mí... ¡ni te cuento!

Silvia la vio alejarse, tan rebosante de buen humor, con su silueta rechoncha balanceándose mientras cruzaba la calle. Después, se subió a su Fiat Punto, de un color naranja chillón y lleno de abolladuras, que parecía tan alegre y peleón como ella. La escena le arrancó una nueva sonrisa. Al cerrar la puerta, percibiendo aún las buenas vibraciones que Greta había dejado en el ambiente, recordó el regreso de Mikel. Estaba deseando verlo.

Hacía más de un año que no venía a casa, desde que se había marchado a Suecia para continuar sus estudios de Derecho. Su mejor amigo se había visto envuelto en una situación terrible y eso era algo difícil de digerir. Por eso, ella insistió en que cambiar de escenario le ayudaría a seguir con su vida.

Silvia rememoraba muchas veces la reacción que tuvo Mikel dos años atrás cuando le dieron la noticia del arresto de Lander. Sabían que el golpe sería duro, e Iñigo insistió en que debían ser ambos quienes le informaran de lo sucedido. Lo sentaron en el salón y, de una manera tranquila pero directa, se lo contaron. La reacción de Mikel fue de horror, de incredulidad. Por un momento se quedó paralizado, en *shock*, pero a medida que su padre le fue dando los detalles del chantaje al que Borja lo había sometido, se puso furioso. Estaba seguro de que su amigo no era capaz de matar a nadie y no entendía cómo Borja le había podido hacer algo así, cuando Lander le había abierto las puertas de su casa. Aunque se movían en círculos distintos, Mikel había coincidido varias veces con Borja, sobre todo en el piso de Lander. Desde el principio le pareció un tipo que iba de enrollado, un tanto sobreactuado, pero Lander le tenía aprecio, y eso para él era suficiente.

Antes de marcharse al extranjero, Mikel acudió a la prisión una sola vez, pero no pudo ver a su amigo. Entró en la cárcel de Martutene con los nervios a flor de piel y esperó durante un buen rato en una sala oscura, con el estómago encogido y las manos heladas. Hasta que un guardia se acercó para informarle de que Lander se encontraba indispuesto y no recibiría visitas ese día. Lo habían llevado a la enfermería y no lo podría ver. Cuando Silvia pidió explicaciones, la informaron de que había habido un altercado en el patio. Al parecer, Lander no había salido muy bien parado. No necesitó mucho más para imaginarse lo ocurrido: algún afectado por el caso de Josean Foronda se había tomado la justicia por su mano.

Mikel sintió rabia e impotencia, y la tristeza se le instaló dentro como un inquilino al que nadie ha invitado, pero que no tiene intención de marcharse. Su novia trató de consolarlo, de animarlo, y tuvo una paciencia infinita, pero la relación se fue debilitando hasta

que, finalmente, decidieron romper. Fue entonces cuando, sin ataduras, Silvia insistió en que debía cambiar de aires y comenzar de nuevo. Su hijo aceptó, se marchó y pronto notaron que el cambio le había venido bien.

Con el inicio del juicio, sin embargo, Mikel había sentido la necesidad de coger un avión y volver por primera vez. En las próximas sesiones se decidiría el futuro de su mejor amigo y él quería estar presente.

Silvia se acostó el sábado por la noche sin que Iñigo hubiera regresado aún de Londres. Cuando abrió los ojos a la mañana siguiente, lo encontró durmiendo plácidamente a su lado, y se sintió más tranquila. Aunque estaba acostumbrada a sus ausencias, le gustaba tenerlo en casa.

Desayunaron junto a Maialen y, sobre las diez de la mañana, justo en el momento en el que Greta llegaba con su bolsa de churros recién hechos, Iñigo partió hacia el aeropuerto de Bilbao para recoger a su hijo. Casi tres horas después, ambos entraban por la puerta de casa.

El recibimiento que Maialen le hizo a su hermano fue muy emotivo. En cuanto lo vio, se le iluminó la cara con una sonrisa que no le cabía en el rostro y gritó su nombre con todas sus fuerzas, como si no pudiera creerse que Mikel estuviera allí. Se levantó del sofá con movimientos torpes y Greta tuvo que sujetarla para que no perdiera el equilibrio. Con la ayuda de su cuidadora se acercó a él y le dio un abrazo enorme. A pesar de la diferencia de edad, siempre habían tenido un vínculo especial entre ellos, uno que no se había roto con la distancia. Ella apoyó la cabeza en el hombro de su hermano y él le acarició el pelo con ternura.

—¡Pero si es mi pequeñaja! —dijo tratando de no emocionarse—. Estás muy mayor, y muy guapa.

Maialen, que a veces tenía dificultades para expresar lo que sentía, no necesitó decir ni una sola palabra para que todos entendieran lo feliz que estaba de tenerlo a su lado.

Silvia observó la escena en silencio, sintiendo un nudo en la garganta por la emoción. En cuanto Maialen lo soltó, fue ella quien se acercó y lo abrazó con fuerza, pues tenía una necesidad casi desesperada de hacerlo.

Agradeció que Mikel la correspondiera con la misma efusividad. El joven la atrajo hacia él y la estrechó con intensidad. Refugiarse en los brazos de su madre seguía teniendo un efecto balsámico. Silvia cerró los ojos queriendo guardar ese momento en su memoria y no lo soltó en un buen rato. ¡Echaba tanto de menos tenerlo cerca! Cuando por fin se separaron, se miraron a los ojos.

—Me alegro mucho de que estés aquí, cariño. —Le acarició el pelo como cuando era un niño.

Él asintió y le dio a su madre un beso en la mejilla. Después, subió sus cosas a su habitación acompañado de Maialen, que no pensaba separarse de él ni un segundo, por si acaso se volvía a marchar. Greta los siguió por detrás.

—¿Cómo lo has visto? —Silvia aprovechó que se habían quedado solos para interrogar a su marido.

—Bien, lo veo tranquilo.

—¿Te ha preguntado por el juicio?

—Sí, y le he dicho que estás removiendo cielo y tierra para sacar a Lander de la cárcel.

Ella lo miró con gratitud. Su marido siempre sabía qué decir y cómo hacerlo.

—Por cierto, tienes que ver esto —añadió Iñigo mostrándole un ejemplar del periódico *Donostia Press*. Lo abrió por la mitad y sacó lo que parecía ser el suplemento dominical—. Es un especial sobre el asesino de Gros. Deberías leerlo. Lo firma la misma periodista que destapó lo de Josean, Karmele...

—Beltrán. —Silvia terminó la frase mientras le arrebataba el periódico de las manos y comenzó a leerlo con atención, paseándose por la estancia mientras lo hacía.

—Supongo que tú has tenido mucho que ver en eso —comentó Iñigo cuando ella terminó de leer.

Silvia asintió.

—Así es, y este artículo es exactamente lo que estaba buscando.

CAPÍTULO 15

LAIA

2024

Tras una noche de sueño agitado en la que se despertó varias veces, Laia madrugó el domingo para salir a correr. Era su forma de reiniciar el cuerpo y, sobre todo, la mente. Se había pasado la noche entera dándole vueltas a cada una de las cuestiones relacionadas con el juicio y necesitaba desconectar, silenciar el ruido. Mientras corría, todo quedaba en pausa. Solo existían el paisaje, el ritmo y su respiración.

Estaba molesta con el rumbo que habían tomado los acontecimientos. Odiaba la sensación de pérdida de control, y eso era justo lo que sentía: que todo era un caos. Lo que en un principio parecía una trama clara y bien delimitada en la que el acusado era culpable, ahora tambaleaba. Había tenido la certeza de que, para el final del juicio, habría logrado encajar todas las piezas, pero, de pronto, suprimían datos, ocultaban pruebas, mentían. Su naturaleza la había empujado siempre a ser racional, objetiva, pero le faltaba información. No soportaba no entender, y ahora no entendía nada.

Disfrutó recorriendo el trayecto de siempre, el que solía hacer antes de marcharse a vivir fuera: salía de casa de sus padres, en la avenida de Madrid, y corría hasta el *Peine del viento*, al final de la playa de Ondarreta. Desde allí, bordeando la costa, seguía hasta el

Kursaal y regresaba a casa adentrándose por las calles de Gros, cada vez por una ruta distinta. Cerca de diez kilómetros. Una hora. Lo justo para volver renovada.

Esta vez, sin embargo, continuó por la avenida de la Zurriola hasta llegar a la *Paloma de la paz*. Era una escultura de hierro de siete metros de altura que, durante su infancia, había permanecido —de manera provisional— en la rotonda situada frente al estadio de Anoeta, a escasos metros de su casa. Mientras ella estaba en el extranjero, el ayuntamiento había decidido devolverla a su ubicación original, y echaba de menos no tenerla tan cerca.

Se detuvo junto a la escultura y apoyó la mano sobre la superficie fría. Las formas suaves de la paloma y el blanco tan intenso la devolvían a otra época que recordaba con cariño.

Al cabo de unos segundos, con el mar de fondo, suspiró y se giró para regresar a casa, retomando el ritmo de la carrera. No sabía explicarlo, pero recorrer su ciudad, admirarla y sentirla tenía en ella un efecto reparador.

De vuelta en casa, encontró a Iker desayunando con sus padres. Parecía que seguía viviendo allí.

—¿Cómo va el juicio? —le preguntó su hermano mientras se llevaba a la boca su cuarta magdalena—. Te he traído algo que te va a interesar.

Iker le tendió un ejemplar del periódico. Laia lo abrió y leyó el titular del especial que contenía en su interior: «¿Ha vuelto el asesino de Gros?».

—No sé si debería leerlo —murmuró ella dejando escapar un suspiro.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero contaminarme, Iker, por eso. Se supone que tengo que ser imparcial, mantener la mente limpia, comenzar desde

cero. No sé nada de ese asesino, y quizá debería seguir así.

—No estoy de acuerdo, hermanita. Lo estaría si el artículo hablara de Foronda, de cómo se cargó a su compañero. Pero solo cuenta lo que hizo un asesino en serie hace años, cuando mató a varias personas. Si ahora quieren cargarle también este muerto, tendrás que saber qué hizo y cómo lo hizo, ¿no?

Laia dudó. Desde el principio había querido hacer las cosas bien, cumplir su deber con rigurosidad e imparcialidad, pero cada vez se lo estaban poniendo más difícil.

—Yo lo he leído, *maitia* —intervino su madre—. Solo cuenta lo que pasó entonces. Creo que te vendrá bien conocer los detalles.

Laia mantuvo el periódico en las manos un instante, en silencio, sin saber qué hacer. Después, cedió y comenzó a leer.

¿HA VUELTO EL ASESINO DE GROS?

Por Karmele Beltrán

Esta pregunta resuena con fuerza desde ayer en Donostia, después de que la segunda sesión del juicio contra Lander Foronda, acusado de asesinar a su compañero de piso Borja Miranda, diera un giro inesperado. Fue la abogada de la defensa, Silvia Legarre, quien provocó el asombro de los presentes al desvelar un dato desconocido hasta el momento. Según sus palabras —confirmadas instantes después por Javier Larrañaga, jefe de investigación de la Ertzaintza—, en la cavidad bucal del cadáver fue hallado un *pendrive* que contenía un mensaje en formato de texto.

Inexplicablemente, este hallazgo no había salido a la luz hasta el momento, y ha reavivado uno de los episodios más oscuros de la crónica criminal de la ciudad, ya que el detalle del *pendrive* fue, en su día, la firma de un asesino en serie que sembró el terror entre la ciudadanía: el asesino de Gros. ¿Estamos ante una coincidencia macabra? ¿O podría este dato cambiar el rumbo del juicio?

Esta nueva información, sin duda, abre la puerta a hipótesis que hasta ahora nadie se había planteado. Pero ¿quién fue el asesino de Gros? ¿Qué hizo? ¿Cómo actuaba?

Nos remontamos al año 2008, cuando en apenas un intervalo de cuatro meses fueron cometidos tres asesinatos que mantuvieron en vilo al barrio donostiarra de Gros, poniendo en jaque a la Ertzaintza. Las víctimas fueron encontradas sin vida en sus respectivos domicilios, sin que la puerta de ninguna de ellas hubiera sido forzada. Todas las muertes se produjeron por un golpe seco en la cabeza —dos golpes en el caso de uno de ellos— y todas tenían en la boca un *pendrive* que contenía un archivo de texto con una única palabra. Sin huellas, sin metadatos y sin ninguna otra pista de la que tirar.

La identidad de las víctimas

1. Josefa Reboredo. 82 años. Natural de Burgos. Vivía sola desde hacía una década, tras enviudar. Llegó a Donostia de joven con su marido, que entró a trabajar en la antigua fábrica de tabacos. Tenía dos hijos y llevaba una vida tranquila. Fue hallada sin vida en su salón con un fuerte golpe en la cabeza. La palabra que contenía el *pendrive* encontrado en el interior de su cavidad bucal fue «EGOÍSTA».

2. Kepa Muñoa. 51 años. Casado y con dos hijos en la universidad. Comercial en una empresa que se dedica a fabricar moldes industriales. Aficionado al ciclismo y miembro del coro Easo. Su mujer lo encontró muerto en el salón de casa una noche que había salido a cenar con sus amigas. La causa de la muerte también fue un solo golpe mortal, y la palabra encontrada en el *pendrive*, «INSENSATO».

3. Gorka Téllez. 23 años. Acababa de independizarse y alternaba trabajos temporales con liderar un grupo de *rock* llamado Garraxi, en el que era vocalista. El grupo había comenzado a ganar cierta popularidad y Gorka era cada vez más conocido. Su muerte fue la más violenta: recibió dos golpes mortales en la cabeza. La palabra encontrada en el *pendrive* fue «INCOMPETENTE».

Un misterio no resuelto

La Ertzaintza no llegó a encontrar ninguna relación aparente entre las víctimas, más allá de vivir en el mismo barrio, lo que dificultó la resolución del caso. A pesar de los esfuerzos de la unidad de homicidios, en ningún momento hallaron la relación de las víctimas con las palabras encontradas en sus gargantas. Tampoco dieron con un móvil, ni atraparon nunca al asesino, que había sido sumamente cuidadoso.

A partir de la segunda víctima, la prensa comenzó a referirse al autor de las muertes como «el asesino de Gros», nombre que se consolidó con la tercera muerte, perpetrada también en dicho barrio.

El caso generó una gran alarma social. Durante meses, el pánico inundó las calles del barrio, pero no hubo más crímenes. Quizá porque el asesino ya había cubierto su necesidad de matar, porque siguió haciéndolo en otro lugar o porque

estaba fuera de juego, nunca se supo más de él. Con la ausencia de nuevos crímenes y nuevas pistas, la investigación se fue enfriando.

¿Un nuevo asesinato?

La muerte de Borja Miranda y el hallazgo de un *pendrive* en su boca han reabierto viejas heridas. El *modus operandi* es el mismo: puerta sin forzar, golpe en la cabeza, dispositivo en la boca con un mensaje de texto. Sin embargo, no todo coincide. Este último crimen no tuvo lugar en el barrio de Gros, como los anteriores, sino en la cuesta de Aldapeta, frente a la playa de la Concha.

Este nuevo giro ha hecho que las preguntas se multipliquen, mientras las respuestas escasean. ¿Estamos ante la reaparición del asesino de Gros, que ha vuelto a actuar después de tantos años de silencio? ¿O se trata de una maniobra de Lander Foronda para desviar la atención y sembrar la duda? ¿Cómo es posible que la Ertzaintza haya ocultado un dato tan relevante? ¿Es una negligencia o una decisión deliberada?

La policía autonómica tiene muchas explicaciones que dar, tanto por el silencio mantenido hasta ahora como por la palabra encontrada en esta prueba, aún desconocida.

Habrá que seguir muy de cerca las sesiones restantes del juicio para saber si este dato cambia el rumbo del caso. Ya no se trata solo de determinar la culpabilidad o la inocencia de Lander Foronda, sino de saber si estamos ante la reaparición de un asesino que creíamos enterrado en la historia negra de nuestra ciudad.

El artículo incluía la fotografía de las tres víctimas. Laia las observó con detenimiento, sobre todo a una de ellas.

—A este lo conozco. —Señaló a la segunda víctima—. Estoy segura. Qué fuerte que lo matara el asesino de Gros.

—Kepa Muñoa —leyó su hermano en voz alta—. ¿Y de qué lo conoces?

—Era amigo de Fer.

Laia notó cómo la expresión de su madre se tensaba. Aunque habían pasado muchos años, Fer seguía siendo alguien a quien su madre prefería olvidar. No le gustaba oír hablar de él.

—¿Amigo? Si cuando lo mataron, en 2008, tenía cincuenta y un años, era mucho mayor que Fer. ¿De qué se conocían?

—Eran miembros del mismo club de ciclismo. Alguna vez recuerdo haber charlado con él y con su mujer. Si nos veíamos por la calle, nos saludábamos.

—Ya no creo que te salude más —comentó Iker con una sonrisa, haciendo gala de ese humor tan suyo.

—Creo que... —Laia se quedó pensativa un momento, tratando de hacer memoria—. Recuerdo la última vez que lo vi. Era invierno, o quizá todavía no, pero hacía frío y llovía a mares. Yo iba corriendo y me lo crucé. Me giré para saludarlo, pero no me vio. Debió de ser poco antes de que me marchara al extranjero.

—Joder, ¡vaya memoria! Yo no me acuerdo ni de lo que cené ayer.

—Ni yo tampoco, no te creas. Pero recuerdo ese día porque, si no me equivoco, justo después hubo un accidente. Ahí mismo, en esa misma calle.

Laia no sabía si era un recuerdo real o uno inventado. Hacía años que no pensaba en él, pero ver la foto de ese hombre en el periódico lo había devuelto a la superficie. Aun así, no podía estar segura.

—Ama, ¿todavía guardas mis diarios de aquella época?

—Yo no tiro nada, ya lo sabes. Estarán en tu viejo archivador.

Laia se fue a su habitación y sacó del armario un archivador rojo. Estaba bastante estropeado, pero ella le tenía un cariño especial. Allí era donde guardaba sus apuntes del instituto, los boletines de notas, las cartas que se enviaba con sus amigas cuando todavía no existían los *emails*... y sus diarios, tan personales, tan íntimos.

Pensó que aquel sería un buen lugar para guardar también las anotaciones sobre el juicio. Sacó los diarios uno a uno y los colocó sobre la cama. Comenzó a hojear uno de ellos y sintió una punzada en el estómago al pasar las páginas. El protagonista indiscutible de

todos aquellos escritos era Fer. Siempre Fer. No pudo evitar detenerse en fragmentos que no tenían nada que ver con lo que había ido buscando. Primero fueron frases sueltas: «Hoy me ha vuelto a pedir perdón». Luego, párrafos completos: «Se ha vuelto a enfadar. Creo que no le he dado motivos, pero quizá tenga razón y sea yo la que está equivocada». Y, después, páginas enteras.

Se sorprendió al releerlas. Estaban plagadas de señales que indicaban que aquella era una relación más que tóxica. *Red flags*, como decían los jóvenes en Londres. Y no entendía cómo, en su momento, le había costado tanto verlas: anulación, dependencia, aislamiento... Todos, excepto ella, se dieron cuenta de que Fer era un manipulador de manual y de que no le convenía.

Ella no lo vio hasta que su madre la llevó a un psicólogo que, poco a poco, le fue abriendo los ojos. Fue él quien le explicó que tendía a dulcificar los recuerdos dolorosos con el paso del tiempo, haciendo que una discusión que en el momento le había hecho daño luego le pareciera menos grave. Por eso, le recomendó dos cosas muy concretas: que escribiera todos los días en un diario para tener un registro fiel de sus emociones en cada momento y que empezara a correr. Ambas le ayudarían a pensar con claridad. Y así fue. Con el tiempo, Laia entendió que debía recuperar el control de su vida. Dejó a Fer y se marchó, consciente de que, si no ponía un océano de por medio, nunca conseguiría romper por completo los lazos que la ataban a él.

Sumida en esos recuerdos, llegó al diario que había estado buscando y localizó la fecha concreta: 11 de octubre de 2007. Según sus notas, ese día se había cruzado con un amigo de Fer del club de ciclistas —que debía de ser Kepa Muñoa— y, justo después, había presenciado un accidente.

Se quedó un momento contemplando la página, con el diario sobre sus rodillas, y sintió un escalofrío al pensar que, tan solo unos pocos meses más tarde, Kepa moriría a manos de un despiadado asesino.

CAPÍTULO 16

EL ASESINO DE GROS

2008
Primer asesinato

En los últimos meses había tocado fondo, como si fuera el mismísimo infierno el que ardía en su interior. Pero era consciente de que, cuando uno desciende hasta lo más profundo, tan solo le queda una opción: encontrar el modo de emerger a la superficie. Asumir que no tenía otra alternativa hizo que experimentara una extraña sensación de alivio. Por eso, aceptó la única salida posible: debía matar. Solo así encontraría de nuevo la paz que tanto necesitaba.

Elegir cuál de ellos sería su primera víctima fue sencillo. Ella era la más débil, la más vulnerable. Rechoncha, torpe y vieja, sería incapaz de ofrecer resistencia, lo que la convertía en el blanco ideal. Además, vivía sola. Como primer objetivo, era perfecta.

La observó durante algo más de dos semanas, anotando cada paso que daba, y pudo comprobar que sus horarios eran siempre los mismos y que era una persona predecible hasta el extremo. Salía de casa a las once en punto, empujando el carro de la compra con una mano mientras sujetaba el bolso con la otra. Le gustaba dar una vuelta por las tiendas del barrio y nunca regresaba a casa después de las doce y media. Por la tarde, salía a las cinco para ir al hogar de los jubilados, donde pasaba el rato jugando a cartas con sus amigas,

tan mayores como ella. Cuando daban las ocho, se despedían y cada una se iba por su lado. Con pasos lentos pero constantes, regresaba a casa, donde permanecía hasta el día siguiente. Nunca cambiaba su rutina, y lo único que la rompía era ir a misa los domingos y recibir la visita de sus hijos los sábados al mediodía. Esas visitas a veces incluían a los nietos también.

Decidió que cualquier día entre semana sería perfecto para matarla y eligió un martes. El momento ideal, al mediodía.

La noche anterior dio varias vueltas a la manzana hasta encontrar un aparcamiento frente al portal. Estacionó el coche, comprobó que todo estuviera preparado y se marchó caminando hacia su casa. Antes de acostarse, se tomó dos Orfidales. Era la única manera de poder pegar ojo, y necesitaba estar bien descansado. Al día siguiente, después de seguirla durante toda la mañana, en cuanto vio a la mujer entrar en el portal con la compra del día, se metió en el coche y, con los ojos cerrados, hizo un último repaso mental del plan. Tenía que salir perfecto.

Diez o quince minutos más tarde, abrió el portón trasero y sacó la bolsa deportiva del maletero. Echó un vistazo rápido a su alrededor para asegurarse de que nadie reparaba en él y cruzó la calle. Después, utilizó el nudillo para tocar el timbre del 4.º B. No podía arriesgarse a dejar la huella de su dedo.

—¿Quién llama? —oyó que decía la voz gastada de la mujer a través del interfono.

—Policía municipal, señora —respondió procurando no llamar la atención de ningún viandante—. Venimos a hacerle unas preguntas.

La anciana no contestó de inmediato y el silencio se alargó durante varios segundos. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras esperaba una respuesta que tardaba en llegar, y comenzó a ponerse nervioso. ¿Y si la vieja no le abría? De pronto, oyó el

zumbido del portero automático y soltó de golpe todo el aire que había estado conteniendo en sus pulmones. De momento, seguía con el plan. Empujó la puerta y se metió en el ascensor. Utilizando de nuevo el nudillo, pulsó el botón del cuarto piso. Cuando oyó el leve crujido metálico de las puertas al cerrarse, se preparó para lo que estaba por venir.

Lo había ensayado tantas veces que sabía con exactitud el tiempo que necesitaba: treinta y cinco segundos, más o menos lo mismo que tardaba el ascensor en llegar hasta la cuarta planta. Se apresuró a abrir la bolsa de deporte y sacó, con movimientos rápidos, unas plantillas adhesivas para zapatos. Les quitó el plástico protector y las pegó a las suelas de sus botas. Acto seguido, extrajo la chaqueta y la gorra de plato del uniforme de guardia municipal y se las colocó. Por último, se enfundó unos guantes de látex de color negro, mucho menos llamativos que los azules que usaban en los hospitales. Para cuando el ascensor se detuvo, estaba listo, y la bolsa de deporte volvía a colgar de su hombro. En su interior, tan solo un objeto: el arma con la que cometería el crimen.

La anciana lo esperaba en el umbral de su puerta. En cuanto la vio, le pareció aún más insignificante, más odiosa.

—Pase, pase. ¿Viene usted solo? Pensé que solían ir siempre de dos en dos.

—Así es —respondió él con amabilidad—, pero mi compañero se ha puesto enfermo y hoy me ha tocado trabajar solo.

Cruzó el umbral mientras pronunciaba la mentira. Ya estaba dentro.

—Al lado de la cocina, a la derecha, está el salón —indicó la mujer mientras cerraba la puerta tras él—. Ahí podremos hablar tranquilos.

Caminó delante de ella, observando cada detalle.

—No suelo recibir muchas visitas, así que las pocas que tengo, las recibo con gusto. Mis hijos vienen con mis nietos los fines de semana, pero nada más. El resto del tiempo suelo estar sola, así que no nos molestará nadie. Justo ahora estaba preparando un caldo. Me ha quedado riquísimo. Luego, si quiere, le puedo servir un poco.

La verborrea de la vieja le resultó insoportable y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no girarse, agarrarla del cuello y silenciarla para siempre estrangulándola con todas sus fuerzas. Pero no lo hizo. Respiró hondo obligándose a reprimir sus impulsos y mantener el control. Esa no era la manera en la que debía morir.

—Puede preguntarme todo lo que quiera, majo. ¿De qué se trata?

—Un momento, señora —respondió él esforzándose para que su voz sonara amable—. Déjeme sacar el cuaderno y ahora se lo explico.

Le dio la espalda y dejó la bolsa sobre el sofá. Deslizó la cremallera lentamente y sacó lo único que había en su interior: un bate de béisbol. Lo agarró con ambas manos sintiendo la dureza de la madera a través de los guantes, levantó los brazos extendiéndolos al máximo y se giró hacia ella.

La anciana se quedó sin aliento ante semejante visión. Fue en ese preciso instante cuando entendió el grave error que había cometido al abrirle la puerta a un completo desconocido. Quiso gritar, correr, huir, pero no tuvo ocasión. Antes de que pudiera hacerlo, sin tiempo para lamentos ni súplicas, él descargó el bate con todas sus fuerzas contra la cabeza de ella.

El impacto fue brutal. El sonido seco y contundente del golpe se propagó por toda la estancia, y la anciana cayó al suelo de inmediato. Él, con los brazos todavía tensos y sin soltar el bate, permaneció inmóvil durante unos segundos. No podía apartar los

ojos del cuerpo inerte tendido a sus pies. La adrenalina corría aún por sus venas.

Sabía lo que debía hacer a continuación. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo un *pendrive*. Se inclinó sobre la mujer y, con movimientos precisos, lo introdujo en el interior de su cavidad bucal. Recordaba perfectamente la palabra que contenía el archivo guardado en el dispositivo: «EGOÍSTA». Lejos de arrepentirse, se convenció de que el final que había tenido la anciana no era otro que el que merecía, ni más ni menos. Guardó el bate de béisbol en la bolsa y, antes de marcharse, echó una última ojeada. No podía permitirse ningún error.

Algo llamó su atención. Sobre la mesa del salón, había un costurero abierto junto a un par de tijeras, varias bobinas de hilo y una prenda a medio coser. A simple vista no era nada extraordinario, la anciana había estado cosiendo, pero no pudo evitar sentir un tirón en el pecho. Por un momento, en su mente se agolparon las imágenes de una vida pasada, repleta de momentos ligados a la aguja y el hilo. El peso de esas emociones amenazó con hundirlo, pero se obligó a no permitir que lo dominara. Cerró los ojos un segundo y decidió interpretar la presencia del costurero como una señal. Era la confirmación de que lo que acababa de hacer no solo era justo, sino también necesario. Por eso, extendió la mano enguantada y extrajo un dedal del costurero. Después, se acercó al cadáver, se agachó y lo colocó con cuidado en la mano de la anciana. Apretó el puño de la mujer sobre el dedal y murmuró en voz baja: «Por ellas».

Regresó a la puerta de entrada. A través de la mirilla, comprobó que el rellano estaba despejado y se apresuró a abandonar el piso. Cerró la puerta con cuidado de no hacer ningún ruido y caminó con paso firme hasta el ascensor. Dentro, repitió los mismos movimientos

que había realizado al subir, pero en sentido inverso: despego las plantillas, se despojó de los guantes, la chaqueta y la gorra, lo guardó todo en la bolsa de deporte y esperó a que el ascensor llegara a la planta baja. Ya en el exterior, cruzó la calle y se subió al coche. Desde allí, se tomó unos segundos para observar que nadie había reparado en su presencia. A simple vista, todo seguía su curso habitual.

La ciudad continuaba su marcha sin saber que, para él, ya nada volvería a ser igual.

CAPÍTULO 17

LANDER

2022

La idea de recrear crímenes para grabarlos y comerciar con ellos había calado hondo entre el grupo. Desde que Borja lo propuso, Lander se había metido de lleno a investigar otros vídeos similares, analizando estilos y anotando lo que le gustaba y lo que no. Le parecía que, si lo hacían bien, podía salir algo realmente potente de todo aquello, y estaba entusiasmado con el plan. Tanto, que se pasaba horas y horas buceando en foros y plataformas de contenido criminal.

—¿Cómo llevas el trabajo de Fundamentos Criminológicos? —le preguntó Amaia un día al salir de clase.

—¡Hostia! —Lander se llevó la mano a la frente—. ¡Se me había olvidado por completo!

—Pues siento decirte que es para mañana —dijo ella ladeando la cabeza con una sonrisa.

Lander soltó un bufido.

—Joder, pues ya no me da tiempo. ¡Qué putada!

Amaia lo miró durante varios segundos con esa expresión protectora que reservaba solo para él.

—Bueno... Si quieres te paso el mío. Tendrás que cambiar un par de cosas, pero te puede valer. —Sonrió con dulzura.

—Muchas gracias, tía. No sé qué haría sin ti. —Sabía que era exactamente lo que ella quería oír—. Aunque...

—¿Aunque qué?

—Pues que justo esta noche quería conectarme a un foro de internet donde la peña sube cosas de crímenes reales. El administrador lleva toda la semana anunciando que hoy desvelaría información de un crimen cometido en Australia muy bestia. Ya me jode perdérmelo por el puñetero trabajo.

Volvió a poner cara de fastidio y Amaia no tardó en acudir al rescate, tal y como él esperaba que hiciera.

—Venga, no te preocupes. Ya me encargo yo del trabajo. Tú conéctate y mañana me cuentas qué tal.

—¿De verdad? ¿No te importa?

—Qué va —respondió ella quitándole importancia con un gesto—. No me cuesta nada.

Lander le regaló una sonrisa enorme. A veces se preguntaba hasta dónde estaría dispuesta a llegar por él. Y, aunque no tenía intención de averiguarlo, le divertía ponerla a prueba de vez en cuando.

Esa misma semana, mientras se bebían unas cervezas en un bar cercano al campus, decidieron poner en marcha el proyecto de las recreaciones y dar ideas. Al principio todo eran menciones a casos famosos: el asesino de la catana, el crimen del juego de rol, el del matamendigos..., pero pronto los descartaron. Algunos eran demasiado complejos de recrear, y otros habían sido muy explotados ya.

—Los que yo he leído en los foros son demasiado bestias —aseguró Lander—. Quedan descartados.

—¿Y qué tal el tiroteo de Texas? —June parecía ilusionada—. 2017, una iglesia, veintiséis muertos, un montón de heridos, una

persecución con disparos.

—Imposible —protestó Borja—, necesitaríamos a demasiada gente.

—Y más difícil que eso. Necesitaríamos una iglesia en la que nos dejaran liar una buena.

—Vale, algo más reducido —cedió June—. ¿El asesinato de alguna joven? Casos reales hay mil.

—¿Y qué tiene eso de llamativo? —Borja volvió a la carga—. Eso no tiene ninguna gracia.

—¡Pues ya me diréis entonces qué!

—Yo tengo una propuesta que creo que puede funcionar de puta madre. —Borja se inclinó hacia ellos y siguió hablando con un halo de misterio—. No es un crimen real, es una leyenda urbana, la leyenda del señorito burgalés. ¿La conocéis?

La mayoría negó con la cabeza.

—¿La del granero? —preguntó Amaia.

—Exacto. —Borja esbozó una sonrisa—. Cuenta la leyenda que, hace muchos años, el hijo de una familia adinerada de un pueblo de Burgos se mató en un accidente de coche. Esa fue la versión oficial que dio la familia, pero la realidad era que lo habían encontrado ahorcado en el granero. Lo enterraron deprisa y corriendo, antes de que nadie pudiera ver el cuerpo sin vida y, sobre todo, las marcas que la cuerda le había dejado alrededor del cuello. Se trataba de una familia muy conocida en la zona, y que su hijo se hubiera quitado la vida era una gran deshonra, una vergüenza total. Después de eso, la madre cayó en una profunda depresión y dejó de hablar. Muchas noches bajaba sola al granero y se pasaba las horas llorando. Dicen que sus sollozos se podían oír desde varios kilómetros a la redonda. Un mes después de la muerte del chico, también murió su perro. Conscientes de lo unidos que estaban, la familia decidió darles

sepultura juntos. El enterrador, tras levantar la lápida, colocó el cuerpo del animal sobre el ataúd del joven, pero la madre le pidió que lo metiera dentro, con él. Era la primera vez que la mujer rompía su silencio desde la muerte de su hijo. Fue tan impactante oír de nuevo su voz que nadie se opuso a su petición. El enterrador obedeció y, al abrir la caja, se quedaron todos de piedra. El chico tenía el rostro desencajado, con una expresión de puro terror. Sus uñas estaban destrozadas, y sus manos, ensangrentadas. Y la tapa del ataúd estaba llena de arañazos por dentro. Lo habían enterrado vivo.

—¡Joder! —exclamó Paule.

—Esa misma madrugada —continuó Borja—, la madre volvió a bajar al granero, pero no para llorar. La encontraron unas horas después colgada de la misma cuerda que había utilizado su hijo.

El grupo guardó silencio. Algunos, sorprendidos por la historia, y otros, pensando en si podría funcionar.

—Yo creo que podemos hacerlo —concluyó Borja—. Hay un montón de caseríos abandonados con un granero o establo al lado. Solo tenemos que encontrar uno.

—Ya, ¿y el tema del ataúd? A ver cómo simulamos un cementerio, listo. —A Kerman, a pesar de gustarle la idea de la recreación, le molestaba el protagonismo que había alcanzado Borja en el grupo, llevando siempre la voz cantante. No pensaba ponérselo tan fácil.

—¿Simularlo? No, hombre. Lo que hay que hacer es meterse directamente en uno. En el cementerio de Donostia, por ejemplo, no hay cámaras.

—¿Cómo no va a haber cámaras en Polloe? —volvió a protestar Kerman como si Borja hubiera dicho una estupidez.

—Solo en la entrada, pero dentro no hay. Mis padres están enterrados allí y lo sé de sobra. Si nos colamos por cualquier parte del perímetro, menos por la entrada principal, nadie nos verá.

—Joder, a mí me da mal rollo —dijo Paule.

—¿Y qué quieres subir a la *Deep Web*? Cuanto más tétrico sea todo, mucho mejor, y un cementerio mola mucho.

—Venga, va. Puede quedar genial —June trató de animarlos.

—Yo digo que lo hagamos. —Amaia miró a Lander buscando su aprobación—. Si tú te apuntas, yo voy de cabeza.

Poco a poco, la idea de recrear la leyenda urbana del señorito burgalés fue tomando forma y el entusiasmo por parte de todos aumentó. Amaia se caracterizaría como la madre de la familia, Kerman haría de padre, Paule sería la chica del servicio...

—Yo podría ser el muerto —dijo Lander con una sonrisa.

—No, joder, el señorito burgalés era rubio, alto y con buen porte.

—¿Me estás diciendo que no tengo buen porte? —fingió haberse ofendido.

—No, pero rubio no eres, y tan alto como él, seguro que tampoco.

—Pues tendrá que valer. Me pongo una peluca y listo.

—No, eso es una chapuza —se negó Borja—. Si lo vamos a hacer, lo hacemos bien. Nada de pelucas.

—Pues aquí rubios no somos ninguno.

—Entonces habrá que encontrar uno.

—Sí, claro, uno que esté dispuesto a meterse en un agujero en Polloe y hacerse el muerto —añadió Kerman—. Facilísimo de encontrar. ¡No te jode!

Borja se giró hacia Lander.

—¿Y tu amigo?

—¿Qué amigo?

—El pijo, con el que sales en mil fotos en Facebook. Alto, rubio, guapete...

—¿Mikel? —preguntó Lander soltando una carcajada—. A Mikel no le convences para algo así ni harto de vino.

—Pues sería perfecto —Borja decidió insistir—. Igual si se lo pides como un favor...

—Que no, que no. Ni lo voy a intentar. Sé de sobra qué va a decir.

Según Borja, Mikel era ideal para encarnar al señorito burgalés. De tanto perseverar, al final consiguió que Lander accediera a preguntárselo, pero la respuesta fue justo la que había anticipado: un «no» rotundo.

—Pues vaya mierda. —Borja parecía enfadado—. ¿No sois amigos? Cuando un amigo me pide un favor a mí, se lo hago. ¿Le has explicado lo importante que es para nosotros? Repartiríamos las ganancias con él.

—A Mikel no le hace falta la pasta. Y si ha dicho que no, es que no.

Borja se mostró disgustado. Ese día, mientras decidían dónde grabarían las escenas del suicidio tanto del hijo como de la madre, apenas participó en la conversación. Al día siguiente, Lander apareció con el pelo teñido de rubio y todos se echaron a reír en cuanto lo vieron. Todos menos Borja. Lo que a algunos les pareció una broma divertida, a él no le hizo tanta gracia. Sin duda, seguía molesto porque Lander no había conseguido que su amigo participara.

Poco a poco y a lo largo de las semanas, el proyecto fue tomando forma. Encontraron un caserío a las afueras de Donostia que, pese a estar deshabitado, se conservaba en bastante buen estado. Había muebles, cortinas, adornos... Era perfecto. Allí

grabaron las primeras escenas: la familia recibiendo la noticia de la muerte del señorito, los llantos desgarrados de la madre... Volvieron un par de fines de semana más para grabar las escenas del establo y, armados con linternas, trípodes y una cuerda gruesa, consiguieron que pareciera que Lander —el señorito burgalés— se había colgado de una viga. Después, repitieron la escena con Amaia, que interpretaba a la madre. Improvisaban el guion sobre la marcha, lo que provocó más de una toma falsa y muchas risas entre ellos. Grababan con distintos dispositivos, desde varios ángulos. Borja, metido en su papel de director, lo grababa todo también con su móvil, incluso lo que pasaba entre toma y toma.

Cuando ya tenían toda la parte del caserío grabada, decidieron centrarse en lo más difícil: las escenas del cementerio.

—Podríamos ir de día, verlo todo bien y decidir qué lápida es la adecuada —propuso June.

—No, nos colaremos de noche, aunque solo sea para echar un vistazo. —Kerman quería liderar la situación—. Así vemos cuánta luz hay en cada zona del cementerio y elegimos el mejor sitio.

Decidieron que entrarían esa misma semana, la noche del jueves al viernes. Cargados con linternas y el resto del material necesario para grabar, se colarían por un lateral, lejos de las cámaras de seguridad.

Amaia y Lander habían quedado para ir juntos hasta el punto de encuentro. Ella estaba nerviosa. Sabía que si los pillaban podrían meterse en un buen lío, pero justo eso era lo que lo hacía más emocionante. Se vistió de oscuro para pasar desapercibida, se descargó el plano del cementerio en el móvil, por si luego no sabían por dónde salir, y se sentó a esperar a que diera la hora. De pronto, le llegó un mensaje de Lander: «Ando liado. Nos vemos directamente allí».

Amaia respondió con un simple «OK», pero no pudo evitar sentirse decepcionada. Le habría gustado compartir un rato a solas con él antes de que llegaran los demás.

A las diez en punto, todos estaban ya junto al muro del cementerio que pensaban escalar, excepto Lander. Algunos estaban nerviosos, como Amaia, y Borja quería entrar cuanto antes.

Cuando por fin lo vieron aparecer, Lander no venía solo.

A su lado caminaba una chica que algunos conocían de vista. Alta, con el pelo negro rapado por un lateral, vestía completamente de negro. Llevaba botas militares y varios *piercings* en la cara. Con los ojos y los labios pintados de negro, su estética era agresiva, imponente.

Lander caminaba junto a ella sonriente.

—Ya estamos aquí —dijo a modo de saludo en cuanto llegaron hasta ellos—. Esta es Vega, de segundo curso. Se ha enterado de lo que estamos haciendo y le ha molado la idea. Se apunta.

Vega los saludó con un leve gesto y Amaia la miró con recelo. ¿Qué pintaba ella allí?

—¿Ya habéis elegido tumba o improvisamos? —preguntó, como si colarse en un cementerio de noche fuera lo más normal.

Lander la miró con fascinación mientras los demás la observaban boquiabiertos. Amaia tampoco podía apartar la vista de ella. Vega tenía algo que atraía todas las miradas y, sin duda, la de Lander también.

Saltaron el muro y se adentraron en el enorme cementerio, con sus calles formando un damero, árboles, mausoleos, panteones y nichos. Allí descansaban personas ilustres como Clara Campoamor, el duque de Mandas o el marqués de Riscal. Pero, en ese momento, a ninguno de ellos le importaba demasiado.

Pasearon entre las tumbas como si fueran niños en una excursión prohibida en la que buscaban un tesoro. Vega se movía con soltura; parecía que no era la primera vez que hacía algo así. Encontró una lápida medio rota y se sentó encima con las piernas cruzadas. Con toda la tranquilidad del mundo, se encendió un cigarro como si estuviera en el salón de su casa.

—Esta podría valernos. Os dejo que me metáis, si queréis.

Amaia volvió a ver en los ojos de Lander la misma mirada de admiración de antes, una mirada que nunca le había dedicado a ella. Vega había aparecido de la nada y, en apenas unos minutos, había acaparado todo.

Borja y Kerman comenzaron a mover la piedra. Casi lo tenían cuando, de pronto, desde el otro lado del muro, alguien gritó que eran unos gamberros y que iba a llamar a la policía. Entre risas nerviosas, echaron a correr como si los persiguiera el diablo, saltaron de nuevo el muro por donde habían entrado y, con la adrenalina disparada, lograron escapar.

Lo último que alcanzó a ver Amaia antes de que cada uno desapareciera corriendo en una dirección distinta fue a Lander cogiéndole la mano a Vega y saliendo a toda velocidad calle abajo, riendo a carcajadas.

CAPÍTULO 18

EL JUICIO - DÍA 3

2024

El lunes por la mañana, Silvia llegó a los juzgados dispuesta a enfrentar el tercer día de juicio. En cuanto entró en la sala de vistas, notó que se respiraba un aire distinto. Algo había cambiado.

Había visto llegar a uno de los miembros del jurado con el especial sobre el asesino bajo el brazo; los periodistas de los distintos medios cuchicheaban entre ellos y, entre las personas que habían acudido como público, se notaba cierta tensión.

La jueza Solozábal entró en la sala y saludó a los presentes con su habitual neutralidad. Lo más probable era que ella también hubiera leído el especial dominical, pero Silvia sabía que, aunque así fuera, no lo mencionaría.

Cuando todos los miembros del jurado estuvieron sentados y la sala quedó en completo silencio, la magistrada inició la sesión, indicando al auxiliar que hiciera pasar a la primera testigo del día: Vega.

Silvia notó cómo Lander se revolvía en su asiento al escuchar su nombre. No se habían visto desde hacía mucho, y volver a verla, en una sala repleta y con todas las miradas puestas en él, iba a ser complicado. Comenzar así la sesión no le resultaría fácil. Pero era inevitable.

Vega vestía completamente de negro, como siempre. Se había cortado el pelo muy corto, casi rapado, e iba sin maquillar, lo que hacía que sus *piercings* resaltaran aún más. Se sentó en la silla de los testigos sin mirar a Lander ni tampoco al jurado, y se limitó a esperar con la mirada fija al frente.

La jueza Solozábal comenzó lanzándole las preguntas generales, a lo que ella respondió que se llamaba Vega Díez y que era estudiante de Criminología. Después, la magistrada dio paso al fiscal.

Daniel Vilariño se levantó de su asiento, y Silvia se fijó en que, bajo la toga, lucía un traje distinto al de las dos sesiones anteriores, pero igual de elegante y caro. Una vez más, proyectaba una imagen de hombre seguro de sí mismo, un triunfador.

Él se acercó a la testigo y le hizo la primera pregunta:

—Con la venia, señoría —dijo y se giró hacia Vega—. Díganos, señorita Díez. ¿De qué conoce al acusado?

—Del grupo de amigos de la facultad.

—¿Mantuvieron ustedes una relación sentimental?

—No, solo éramos buenos amigos.

—Entonces, ¿podríamos decir que lo conoce bien?

—Lo suficiente como para creer que es incapaz de matar a nadie.

Lander bajó la vista. Aunque la afirmación de Vega lo beneficiaba, lo estaba pasando mal, y se notaba que deseaba que el testimonio terminara cuanto antes.

Vilariño, consciente de que no le convenía seguir por ahí, cambió de tercio.

—Háble me de Borja. ¿Qué relación mantenía con él?

—Era uno más del grupo. Me caía bien, pero parece que me engañó como a todos los demás.

—¿Le contó Lander por qué se enemistaron?

—No. Sabía que se habían enfadado, pero no me dijo el motivo.

—¿Por qué cree que le ocultó que Borja lo chantajeaba?

—No lo sé. Supongo que no confiaba en mí lo suficiente.

Vilariño asintió y modificó el enfoque de sus preguntas una vez más.

—Por lo que sabemos, Lander y Borja estuvieron enemistados durante la semana anterior al asesinato. Y el mismo día de la muerte de Borja, ocurrió algo entre ellos que todo el grupo de amigos presenció. Me refiero al incidente con el móvil. ¿Puede contarnos qué pasó?

—Era viernes por la mañana y estábamos sentados en unos bancos frente al campus. Lander llevaba toda la semana bastante raro. De pronto, le sonó el móvil, y pude ver que era Borja. Le colgó, pero Borja insistió. Lander se alejó un poco del grupo para hablar con él y cogió la llamada. No pude oír lo que decía, hasta que empezó a gritar. Estaba furioso, y entonces lo oímos todos.

—¿Y qué dijo? ¿Qué le dijo a Borja?

Vega no contestó de inmediato. Parecía debatirse entre contar la verdad o proteger a Lander. El jurado y el público estaban expectantes.

—Lo llamó hijo de puta y le dijo que lo iba a matar —respondió finalmente—. Después, estampó el teléfono contra el suelo y la pantalla se hizo añicos. Lo recogió, lo metió en el bolsillo de la cazadora y se fue sin decirnos nada.

—Muy bien, gracias. —El fiscal se giró hacia la jueza—. Esto es todo, señoría.

Era el turno de Silvia, y esta optó por reducir al máximo su interrogatorio. Tenía claro su objetivo y no necesitaba extenderse demasiado, por lo que formuló solo unas pocas preguntas. No

buscaba poner en duda el relato de Vega, ni desmentir el episodio del teléfono. Solo quería que hablara de Lander como amigo.

Vega lo describió como una buena persona, alguien con quien se lo pasaba bien y la hacía reír. Durante el testimonio, Silvia miró de reojo a Lander, que permanecía inmóvil, con la espalda rígida, claramente en tensión. Intuyó que, por alguna razón, no se sentía cómodo con ella allí, y decidió no alargarlo más. Dio por terminado el interrogatorio y Vega salió de la sala acompañada del auxiliar.

La siguiente en testificar fue Maite, la madre de Lander. Apenas había pegado ojo la noche anterior y se notaba que estaba nerviosa incluso antes de sentarse.

Vilariño no tardó en centrar su interrogatorio en el tema que más le interesaba: los cinco mil euros. No le preguntó por la relación entre madre e hijo, ni por la infancia de Lander o su carácter. Lo que quería saber era cómo y por qué le había proporcionado esa cantidad de dinero unos días antes del asesinato.

Maite respondió que Lander, sin explicarle para qué lo necesitaba, le pidió el dinero. Ella fue al banco, lo sacó y se lo dio.

—¿Es habitual que le dé usted a su hijo todo lo que le pide? —atacó el fiscal.

—No, pero Lander no estaba bien. Noté enseguida que estaba muy preocupado y que, si no hubiera sido realmente importante, no me lo habría pedido.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil? Según ha dicho, ni siquiera le explicó para qué lo necesitaba.

—No me lo dijo, pero decidí confiar en él —respondió Maite con firmeza. No le gustaba que la cuestionaran como madre—. No sé si usted tiene hijos, pero si los tiene sabrá que una madre o un padre, cuando ve que su hijo necesita ayuda, hace lo que sea necesario para ayudarlo, con explicaciones o sin ellas.

—Me atrevería a afirmar que algunos indagaríamos un poco más antes de entregar a un hijo semejante cantidad de dinero —apuntó Vilariño con cierto retintín—, pero no estoy aquí para cuestionar ese tipo de cosas. —Se giró hacia la magistrada—. No hay más preguntas, señoría.

Silvia se levantó y se acercó a Maite. Habían preparado el interrogatorio a conciencia, y tan solo tenía que abrirle el camino para que el jurado viera en Lander lo mismo que veía su madre.

Maite respondió con honestidad. Habló de su hijo con ternura, insistiendo en que nunca había sido una persona violenta, ni con ella ni con nadie. Aseguró que era muy noble y que, si no le contó para qué necesitaba el dinero, fue porque intentaba protegerla. También explicó lo mal que lo habían pasado ambos tras el escándalo inmobiliario que los salpicó por culpa de su marido, y lo mucho que Lander había sufrido sin tener ninguna culpa.

Lander la miraba sin apartar los ojos de ella, visiblemente emocionado. Sabía que, pasara lo que pasara, ella nunca le fallaría. Era la única que siempre estaría ahí.

—Una sola cosa más —dijo Silvia antes de terminar—. Usted tenía la costumbre de pasarse al menos una vez por semana por el piso de la cuesta de Aldapeta, donde vivía su hijo. ¿Echó de menos algún objeto tras la muerte de Borja? ¿Algo que antes hubiera estado allí y que pudiera haber servido como arma del crimen?

—No, nada. —Maite negó con la cabeza—. Allí no falta nada.

Silvia le dio las gracias y dio por concluido el interrogatorio. La jueza aprovechó el momento para anunciar un descanso de quince minutos.

Maite miró a su hijo con cariño y salió de la sala manteniendo la compostura hasta cruzar la puerta. Una vez fuera, soltó todo el aire de sus pulmones de golpe. Esperaba que nadie se hubiera dado

cuenta de que había mentido. Sabía que no debía haberlo hecho, que había declarado bajo juramento, pero no se arrepentía.

Lo cierto era que sí había echado algo de menos: un trofeo. Uno que solía descansar sobre el aparador del salón y que Josean había ganado jugando al golf muchos años atrás, cuando empezaba a codearse con las altas esferas de la ciudad. Al mudarse a Villa Maite, ella había preferido no llevárselo. No pegaba con la estética del nuevo salón, decorado con un estilo minimalista.

Después del asesinato de Borja, lo buscó por toda la casa, pero no lo encontró. Consciente de que aquel objeto podría haber sido, perfectamente, el arma del crimen, nunca se lo contó a Silvia, ni tampoco se atrevió a preguntarle a Lander por él. Le aterraba la respuesta que pudiera darle. Prefería mirar hacia otro lado y convencerse de que tenía que haber una explicación lógica que justificara su desaparición. Una en la que su hijo no tuviera absolutamente nada que ver.

Con ese pensamiento, cruzó la puerta principal de los juzgados y salió a la calle.

Necesitaba que le diera el aire.

El tercer y último testigo del día se llamaba Iñaki Ansa y era ertzaina. En cuanto el auxiliar lo hizo pasar, caminó hacia su sitio con paso tranquilo. Saludó al jurado con un leve gesto y se sentó con naturalidad. De complexión delgada y definida, rondaba la mediana edad. Llevaba el pelo corto y unas gafas redondas, y su aspecto cuidado dejaba claro que mantenía una rutina deportiva constante. No parecía nervioso ni incómodo por tener que testificar. Se notaba que no era la primera vez que lo hacía.

La expectación en la sala era evidente. Tras la bomba que la fiscal había soltado durante la sesión anterior, el jurado, el público y la prensa estaban deseando escucharle. La policía tenía muchas explicaciones que dar.

—Ertzaina 12773. ¿Podría decirnos su rango y cuál fue su papel en esta investigación? —comenzó la jueza.

—Soy suboficial de la Unidad de Investigación Territorial de la Ertzaintza —respondió con voz firme y clara.

Vilariño comenzó con el interrogatorio mostrándose igual de tranquilo que el testigo.

—Buenos días, suboficial. Antes de lanzarle la primera pregunta, quiero ponerle en contexto. El viernes, en la segunda sesión del juicio, la abogada defensora reveló la existencia de cierto objeto que no figura en el atestado oficial. Me refiero al *pendrive* hallado en la garganta del cadáver. ¿Tenía usted conocimiento de este objeto?

—Sí, así es.

—¿Podría explicar cómo y cuándo lo encontraron, por favor?

—Por supuesto —respondió con tranquilidad—. El dispositivo fue hallado durante la autopsia, no en el levantamiento del cadáver. Estaba incrustado en la garganta y, a simple vista, no era visible. Lo analizamos y encontramos en su interior un archivo de texto con una sola palabra: «TRAIDOR».

—¿Y eso no les recordó a cierto asesino que actuaba de la misma manera?

—Claro que sí —admitió—. Eso y varias cosas más: la puerta no había sido forzada, la víctima había muerto de un golpe en la cabeza, no encontramos el arma del crimen... Había ciertas similitudes que nos hicieron considerar esa posibilidad.

—Y, sin embargo, decidieron no seguir por esa línea de investigación. ¿Por qué motivo?

—Porque, aunque al principio encontramos varias coincidencias, pronto vimos que las diferencias eran demasiado significativas.

Vilariño asintió de nuevo. Silvia se dio cuenta de que habían planificado el interrogatorio cuidadosamente. Ambos sabían lo que el otro iba a decir incluso antes de que lo dijera.

—¿Podría enumerarlas?

Iñaki asintió.

—La más evidente era la ubicación del crimen. Al asesino de Gros se le llamó así porque siempre actuó en el barrio de Gros. Y la cuesta de Aldapeta no está precisamente cerca, sino a un kilómetro y medio más o menos. Tampoco terminaba de encajar que faltaran el ordenador y el móvil de la víctima. El asesino nunca se llevaba nada de la escena del crimen. Mataba, dejaba el cuerpo y se iba. Además, nos costaba creer que hubiera matado a tres personas en pocos meses y luego hubiera permanecido inactivo tantos años. —Hizo una pausa para coger aire—. También estaba la vecina que decía haber visto al acusado salir de casa a medianoche, portando algo debajo de la sudadera. Y con lo que descubrimos después, ya lo terminamos descartando por completo.

—¿A qué se refiere? —preguntó el fiscal haciéndose el sorprendido.

—Enviamos el *pendrive* y el ordenador de Lander al departamento de informática de la Ertzaintza. Allí confirmaron que ese dispositivo había sido conectado a ese equipo, y que el archivo de texto que contenía la palabra «TRAIDOR» fue creado en ese mismo ordenador, esa misma noche y con el perfil de usuario de Lander.

—¿Sabemos la hora en la que se generó el archivo?

—Sí, aunque los metadatos del archivo habían sido borrados, los registros del sistema permitieron determinarlo con precisión: la una

y ocho de la madrugada, es decir, catorce minutos antes de la llamada a emergencias.

—Curioso... —añadió Vilariño mirando al jurado—. Continúe.

—Sospechábamos de Lander desde el principio, desde que descubrimos el tema del chantaje, y lo del *pendrive* terminó de inclinar la balanza. Consideramos que mató a Borja y trató de simular al asesino de Gros replicando su modo de actuar. Era estudiante de Criminología y perfectamente podía conocer los detalles del caso. Cogió un *pendrive*, lo conectó a su propio ordenador, creó el archivo y borró los metadatos creyendo que así no dejaría rastro.

—Explíquenos, por favor, el motivo de ocultar el tema del *pendrive* y cómo se tomó esa decisión.

—El oficial y yo nos reunimos con el juez de instrucción y el fiscal del caso.

—Si me lo permite —lo interrumpió Vilariño levantando la mano y girándose hacia el jurado—, quiero hacer una aclaración. Miembros del jurado, cuando el suboficial se refiere al fiscal de este caso, se refiere a mí. Por lo tanto, nos reunimos el juez Barros, el oficial Larrañaga, él y yo. Prosiga, por favor.

—En esa reunión se concluyó que lo del asesino de Gros no había sido más que una pantomima orquestada por el acusado para desviar la atención, y que no convenía que esa información trascendiera.

—¿Y por qué no?

—Porque habría generado una enorme alarma social. Sacar a la luz al asesino de Gros habría causado un pánico innecesario en la población y habría desatado una tormenta mediática, tal y como ha ocurrido estos días. No merecía la pena. El juez Barros y usted estuvieron de acuerdo y, para la Ertzaintza, no habría sido plato de

buen gusto recordar un caso en el que no se había conseguido atrapar al asesino. A pesar de los años, sigue siendo una espina clavada, un tema delicado. Volver a hablar de él habría sido como reabrir una herida que aún escuece. ¿Para qué, si todo apuntaba a que había sido un burdo teatro de Lander Foronda?

—Entonces se decidió no incluir el hallazgo en el atestado oficial, ¿no es así?

—Exacto. El juez de instrucción decretó el secreto de sumario y el forense recibió instrucciones de no mencionar el *pendrive* en su informe.

—¿Estuvo usted de acuerdo con esa decisión?

Iñaki tardó un instante en responder, aunque seguía mostrándose tranquilo.

—No era una decisión que me correspondiera a mí, sino a mi superior y a ustedes dos, pero entendí los motivos. Se evitó generar una alarma innecesaria que podría haber hecho mucho daño.

—Gracias. No hay más preguntas, señoría.

Vilariño, con una sonrisa de satisfacción, regresó a su asiento. Todo había ido sobre ruedas.

Era el turno de Silvia. Con una libreta en la mano, se puso en pie y caminó hacia el centro de la sala con paso firme. Sabía exactamente lo que tenía que hacer. El jurado acababa de escuchar un testimonio convincente, lógico y muy bien argumentado. El golpe de efecto que ella había conseguido al final de la sesión anterior revelando el hallazgo del *pendrive* había quedado en nada. El jurado volvía a creer que Lander había matado a Borja y, además, que había hecho una vulgar imitación del asesino de Gros.

Pero ella aún no había terminado. Guardaba un as bajo la manga, y había llegado el momento de sacarlo.

—Con la venia, señoría —comenzó—. Buenos días, suboficial.

—Buenos días.

—No quisiera alargarme, así que iré al grano, si me lo permite.

Iñaki asintió. Seguía mostrándose tranquilo.

—Usted acaba de explicar por qué dedujeron que mi defendido había matado a la víctima. Pero dígame una cosa: ¿existe alguna posibilidad de que el autor fuera, en realidad, el asesino de Gros? Porque hemos escuchado una serie de argumentos por los que creen que fue Lander, pero ninguno de por qué es imposible que fuera el asesino. Me va usted a perdonar, pero frases como... —Silvia consultó su libreta y leyó—: «Nos costaba creer que hubiera matado a tres personas en pocos meses y luego hubiera permanecido inactivo tantos años», o esta otra: «Tampoco terminaba de encajar que faltara el ordenador y el móvil de la víctima». A mí, desde luego, no me parecen argumentos especialmente rigurosos. Ahí lo que yo veo es que les resultaba más cómodo justificar que lo hizo Lander en lugar de plantearse otras opciones.

Iñaki se limitó a encogerse de hombros y no dijo nada.

—Respóndame a varias preguntas —prosiguió Silvia—. ¿Es absolutamente imposible que alguien que ha cometido varios crímenes en un lugar los cometa en otro? Es decir, si alguien roba en varios comercios del barrio de Amara, ¿hay algo que le impida robar después en el Antiguo?

—Supongo que no. —Iñaki intuía hacia dónde se dirigía la abogada.

—Y si en esos robos de Amara solo se ha llevado el dinero de la caja, ¿hay algo que le impida, en un robo posterior, llevarse la caja fuerte también?

—Supongo que no.

—Y si usted roba tres veces en un mes, ¿hay algo que le impida volver a robar unos años después?

—Supongo que tampoco.

—Bien, hablemos ahora del ordenador. El *pendrive* hallado en el cadáver fue conectado al ordenador de Lander, donde se generó el archivo de texto. ¿Es imposible que el asesino de Gros utilizara ese mismo equipo para hacerlo después de matar a Borja? ¿Acaso no podía estar la sesión de Lander abierta? Tan solo tendría que insertar el dispositivo, generar el archivo y listo.

—En su día, nunca actuaba así. Llevaba el *pendrive* preparado —replicó Iñaki a la defensiva.

—Lo sé. Pero no le estoy preguntando cómo solía actuar, sino si, en esta ocasión, es absolutamente imposible que lo hiciera allí mismo, utilizando un ordenador que ya estaba encendido.

Iñaki dudó. Empezaba a ponerse nervioso.

—Me parece poco probable.

—Pero no imposible.

—No, imposible no es.

—Bien, recapitulemos. —Silvia se giró hacia el jurado—. El asesino sí pudo actuar en otra ubicación. Sí pudo hacerlo muchos años después. Sí pudo llevarse objetos que antes no se llevaba. Y sí pudo preparar el *pendrive* en la misma escena. Y, aun así, la policía descartó esa línea de investigación.

Detectó en las expresiones de varios miembros del jurado lo que estaba buscando: comenzaban de nuevo a dudar. La semilla de la duda estaba ahí, y decidió que había llegado el momento de dar la estocada.

—¿Conocía usted los detalles del caso del asesino de Gros? —preguntó volviéndose hacia el suboficial.

—Sí. En aquella época era agente primero y participé en la investigación bajo el mando del oficial Anselmo Dávila, actualmente retirado.

—Entonces, conoce bien ese caso.

—Sí, así es.

—¿Podría recordarnos qué patrón repitió el asesino en sus tres asesinatos?

—La puerta no estaba forzada, las víctimas murieron por un golpe en la cabeza, tenían un *pendrive* con una sola palabra en la cavidad bucal, no se encontró el arma del crimen en la escena... —enumeró como si le molestara repetir algo que ya había dicho con anterioridad.

—¿Algo más?

Silencio.

—Dígame, ¿hubo algún otro elemento que se repitiera en los tres asesinatos y que debamos conocer?

Iñaki la miró con recelo. Silvia le sostuvo la mirada y elevó ligeramente el tono.

—¿Quizá algo que las víctimas tuvieran en la mano? ¿Algo que la policía no hizo público? ¿Algo tan particular como... un dedal? ¿No es cierto que el asesino dejó en la mano de cada una de ellas un dedal y la policía decidió ocultarlo?

El murmullo en la sala fue inmediato. La jueza Solozábal pidió silencio, pero tardó unos segundos en restablecer el orden. Iñaki carraspeó y se tomó unos instantes para responder.

—Sí —admitió al fin—. Cada una de las víctimas sostenía un dedal en la mano.

—Señoras y señores del jurado. —Silvia se dirigió a ellos—. En la época en la que el asesino de Gros tenía a la población atemorizada, la policía ocultó información, igual que ha hecho ahora. Parece que es una costumbre esto de guardarse lo que no conviene que se sepa, ¿no creen?

Volvió a mirar al suboficial.

—¿Por qué lo hicieron? Supongo que usted podrá explicarlo, ya que formó parte del equipo.

—Era un dato reservado. Se utilizó como elemento de control. Algo que tan solo el asesino y nosotros conocíamos. Si algún día dábamos con él, podríamos utilizar ese dato para confirmar que se trataba de la persona correcta.

Silvia se colocó frente a él, se irguió con decisión y levantó el mentón. Llegaba el momento clave.

—¿Puede decirnos si el cadáver de Borja Miranda tenía un dedal en la mano?

El silencio en la sala fue inmediato, como si todos los presentes estuvieran conteniendo la respiración.

Iñaki se removió en su asiento. Ya no se mostraba tan tranquilo como al principio.

—Sí. —Bajó la mirada. Esa pregunta no la llevaba preparada—. Lo tenía.

La sala estalló. Se oyeron exclamaciones y murmullos de incredulidad. Los miembros del jurado cuchicheaban entre ellos. Incluso la jueza Solozábal alzó las cejas antes de pedir silencio de nuevo.

Silvia permaneció callada. La grieta ya estaba abierta. Solo le quedaba rematar el golpe.

—El dato del dedal no apareció nunca en ningún medio —continuó dirigiéndose de nuevo al jurado—. Ni en artículos, ni en reportajes, ni en ningún otro sitio. Pueden buscarlo en internet y verán que no encuentran nada. El asesino se lo guardó. La policía también. Años más tarde, Borja Miranda aparece muerto con un dedal en la mano, un detalle que no hace otra cosa que aumentar el número de coincidencias con el *modus operandi* del asesino de Gros, pero que la policía decide callar, una vez más, porque le da la gana.

—Letrada, por favor. —Carmen Solozábal no dudó en reprenderla —. Está usted en un tribunal. Absténgase de ese tipo de expresiones.

Silvia asintió. Tenía la atención de todos los presentes y debía aprovechar el momento.

—Hace unos días les dije que a veces no se investiga lo que se debe, sino lo que conviene. —Miró uno por uno a los miembros del jurado—. Es imposible que mi defendido conociera ese detalle. Y por si a la policía se le ocurre ahora acusarlo también de haber matado a aquellas tres personas hace tanto tiempo, les recuerdo que Lander tenía entonces tan solo cinco años.

Las caras de desconcierto entre el jurado le confirmaron que iba por buen camino. Había conseguido el golpe de efecto deseado.

—Una última cosa, suboficial. Puede que el señor Larrañaga, el juez de instrucción y el señor Vilariño no supieran lo del dedal, pero usted sí lo sabía. ¿Acaso no lo puso en su conocimiento?

—Sí, lo hice —se apresuró a responder—. Se lo expliqué a mi superior y, después, cuando decidieron descartar la hipótesis del asesino, insistí. Les dije que, aunque todo apuntaba a Lander, el dedal seguía sin encajar. Les aseguré que era imposible que conociera ese dato, porque solo lo conocíamos unos pocos, los que participamos en aquella investigación.

—Y, aun así, no le hicieron caso.

—No. Dijeron que cualquiera de nosotros podría haberlo filtrado y haberle llegado a Lander.

—¿Y tienen alguna prueba de esa supuesta filtración?

—No.

—Muy bien —replicó Silvia con ironía—. La policía no solo oculta información, sino que, cuando algo no encaja, lo argumenta de la manera más conveniente para que todo apunte en una misma

dirección. En este caso, en una posible filtración. Se empeñaron en ver como una imitación lo que podría haber sido una firma auténtica. Una firma que llevaba muchos años dormida.

—Letrada. —La jueza la volvió a reprender—. Guarde sus alegatos para el final y limítese a interrogar.

Silvia asintió y volvió la vista hacia el suboficial. Iñaki Ansa parecía avergonzado, y ella decidió que era suficiente. Tenía lo que quería.

—No hay más preguntas, señoría.

CAPÍTULO 19

LAIA

2024

Laia salió de la sala de vistas visiblemente enfadada. Caminaba con pasos rápidos y el ceño fruncido. El juicio le estaba pareciendo un circo, y ya estaba harta. ¿Cuántas sorpresas más les tendrían guardadas? Le parecía vergonzoso que jugaran con ellos de esa manera. Les habían confiado una responsabilidad enorme y así era imposible cumplirla.

A su lado, Rosi comentaba que no revelar ciertos detalles como el dedal era una práctica habitual de la policía. Según decía, los llamaban «datos de control», y los reservaban para comprobar si una confesión era auténtica o para vincular a un sospechoso con un crimen, asegurándose de no estar ante algún pirado repitiendo lo publicado en los medios.

Laia podía entender que se guardaran esa información, pero una cosa era ocultar un dedal, y otra muy distinta no incluir en los informes que la víctima tenía un *pendrive* en la garganta con una palabra escrita.

Agustín salió en defensa de la policía con voz calmada. Según él, habrían generado un pánico innecesario, tal y como apuntaba el especial del asesino de Gros que había publicado el *Donostia Press*, y la conversación comenzó a girar en torno al artículo. Laia comentó

que había estado a punto de no leerlo por no contaminarse, y uno de los ingenieros admitió que no sabía de qué especial estaban hablando.

—Eso tiene fácil solución —respondió Rosi animada—. Vamos a crear un grupo de WhatsApp, y así estaremos todos al día. Podremos compartir noticias, enlaces y cualquier otra cosa relacionada con el juicio. ¿Os parece?

Después de compartir su número, uno a uno fueron despidiéndose y saliendo de la sala. Los últimos en abandonar los juzgados fueron Rosi, Agustín, Laia e Irene.

—¿Sabéis? Leyendo el especial dominical sobre el asesino, descubrí que conocía a una de las víctimas, Kepa Muñoa —les confesó Laia. No había querido decirlo delante de todos, pero con ellos tenía la suficiente confianza—. Era amigo de mi exnovio.

—¿Teníais mucho trato? —Rosi parecía impresionada por la revelación.

—No, lo justo. Nos saludábamos y poco más, pero impresiona saber que lo asesinaron.

—A mi mujer le pasó lo mismo. —Agustín sonrió con tristeza al recordarla—. Ella conocía a Pepi. Se llevó un gran disgusto cuando ocurrió todo aquello.

—¿Quién es Pepi?

—Josefa Reboredo, la primera víctima. Todos la llamaban Pepi. Se habían conocido años atrás en un curso de costura.

Laia se quedó pensativa al oír ese nombre. Algo se removió en su interior, y pronto recordó la imagen nítida de una página concreta escrita con su letra. Las alarmas se encendieron de golpe y, sin perder un segundo, se despidió de sus acompañantes y emprendió el camino de vuelta a casa. Tenía que comprobar si estaba en lo cierto o no.

Caminó con paso firme hasta llegar a la plaza Pío XII y se adentró en la avenida de Madrid, con el estadio de Anoeta al fondo. Veinte minutos más tarde estaba rebuscando en su viejo archivador. Cogió el mismo diario que había estado leyendo el día anterior, lo abrió por la página del día 11 de octubre de 2007 y leyó en voz alta:

«Hoy ha llovido muchísimo. Por un momento he pensado en no ir a correr, pero sabía que después me arrepentiría, así que he dejado la pereza a un lado, me he puesto el chubasquero y he salido, como siempre. Ahora me siento orgullosa de haberlo hecho, aunque me he llevado un susto de muerte.

»Después de llegar al Kursaal, he seguido un par de kilómetros más, y luego me he puesto a callejear por el barrio de Gros. Justo al pasar por delante de un bazar chino, me he cruzado con un amigo de Fer, del club ciclista. Lo he saludado, pero iba mirando el móvil y no me ha visto. Me ha llamado la atención que, con la que estaba cayendo, no llevara paraguas. Seguro que ha llegado a casa tan empapado como yo. Cruzarme con él me ha removido y he vuelto a pensar en Fer, en lo mal que ha terminado todo, pero ha sido solo un pensamiento fugaz, porque unos segundos después he oído un golpe muy fuerte. Un sonido seco, como un crujido de metal.

»Al girarme, he visto que un coche se había salido de la carretera y se había estrellado contra un árbol, atropellando a una mujer mayor. La mujer, tirada en el suelo, gritaba de dolor. Ha sido muy impactante. Los dueños del bazar han salido enseguida. Debían de conocerla, porque ella se ha puesto a gritar "¡Pepi!, ¡Pepi!" y ha salido corriendo a socorrerla, mientras su marido llamaba al 112. Un señor y yo nos hemos acercado al coche, pero la conductora parecía estar bien. Tenía el susto metido en el cuerpo, aunque estaba consciente. Como había bastante gente ayudando y la ambulancia ya

estaba de camino, me he marchado. Seguía lloviendo a mares y, de continuar allí parada, iba a terminar cogiendo una pulmonía.

»De camino a casa, incluso después de presenciar un accidente, no he podido dejar de pensar en Fer, en cómo estará, en lo último que me dijo, en cómo voy a reaccionar cuando lo vuelva a ver... Y así no puedo estar. Creo que voy a tener que marcharme lejos. Si no, terminaré perdiendo la cabeza».

Evitó pensar en el último párrafo, el que seguía removiéndole viejos recuerdos a pesar del paso del tiempo, y se centró en la parte que había ido buscando: la anciana atropellada se llamaba Pepi, igual que la primera víctima del asesino de Gros. ¿Podría tratarse de la misma persona? ¿O era una simple coincidencia? Decidió que no perdía nada por comprobarlo y, después de comer, se acercó a Gros.

Callejeó tratando de dar con el lugar del accidente. No lo recordaba con exactitud, pero sí conservaba en la memoria el aspecto que tenía el bazar chino por fuera y también que había un semáforo cerca, al final de una ligera pendiente. Se dejó guiar por su instinto y, al cabo de un rato, lo encontró. Se detuvo frente a un local que encajaba en sus recuerdos, pero en vez de hallar un bazar, se dio de bruces con una tienda de electrodomésticos. El escaparate estaba lleno de lavadoras, secadoras, robots de cocina, microondas, tostadoras...

Decidida, entró y le preguntó al dependiente si antes el local había sido un bazar chino.

—Así es —le respondió el hombre tras el mostrador—. Trasladaron el bazar al centro y nosotros les compramos el local.

—¿En qué dirección están? Me gustaría hablar con ellos.

—No sabría decirte exactamente, pero me suena que la dueña montó un salón de uñas cerca de la iglesia de San Vicente. Alguna

vez le tuvimos que llevar la correspondencia que seguía llegándoles a esta dirección.

Laia le dio las gracias y se dirigió a la Parte Vieja. Atravesó el bullicio de las calles estrechas, llenas de bares y turistas, y encontró lo que buscaba en una bocacalle cercana a la iglesia: «Salón de uñas Mei Yang». Era un local pequeño pero luminoso, con grandes ventanales y varias mesas alineadas. Dentro, un grupo de mujeres orientales se afanaban en recortar, limar y adornar las uñas de las clientas con una paciencia minuciosa. Laia las observó con discreción. Algunas eran demasiado jóvenes para ser la mujer que buscaba; otras podrían encajar, pero no estaba segura. Entró y, sin rodeos, preguntó por la propietaria.

—La que tenía un bazar en Gros hace años —añadió para que no hubiera confusión.

Unos segundos más tarde, una mujer de mediana edad apareció desde la parte trasera del local. Vestía una bata de distinto color a la de sus empleadas, algo más elegante, y sonreía con amabilidad. Laia no estaba segura de que fuera ella, por lo que, con cautela, comenzó a hablarle del accidente ocurrido años atrás frente a su bazar.

—¿Lo recuerdas?

—Oh, claro —respondió la mujer asintiendo con la cabeza—. Recuerdo accidente. Llovía mucho. Mi marido y yo salimos a ayudar.

—Sí, yo también estaba allí. Lo que me gustaría saber es si recuerdas a la mujer que fue atropellada. Era una mujer mayor.

La expresión de la dueña cambió, se tornó más seria.

—¿Cómo no? Señora Pepi. Clienta muy buena. Muy simpática —dijo haciendo memoria. Luego, tras una breve pausa, añadió con gravedad—: Se murió.

—Pero ¿murió a causa del accidente? —preguntó Laia sorprendida. No lo esperaba.

La mujer negó con la cabeza. Miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie las estaba escuchando y se inclinó ligeramente hacia Laia, como si fuera a revelarle un gran secreto.

—No. Golpe en la cabeza. ¡Pam! —Hizo un gesto brusco con la mano—. Asesino matar señora Pepi.

—¿Te refieres a que la mató el asesino de Gros? —Laia notó cómo se le aceleraba el pulso.

La mujer asintió con determinación.

—Sí, ese. Asesino muy malo. Todos mucho miedo.

Laia salió del salón desconcertada. El cielo se estaba volviendo cada vez más oscuro y unas gotas comenzaron a caer sobre ella, finas pero persistentes: el *txirimiri* que tan bien conocían por el norte. Pero ella ni siquiera lo notó. Estaba demasiado absorta ordenando sus pensamientos, que se amontonaban unos sobre otros.

Pepi, la mujer del accidente, era la primera víctima del asesino de Gros.

Kepa, el amigo de Fer, fue la segunda.

Y ella había coincidido con ellos.

Con los dos.

El mismo día.

A la misma hora.

¿Podía ser una casualidad?

Laia Ortiz

ANOTACIONES - DÍA 3 DEL JUICIO

JUICIO LANDER FORONDA

15.04.2024 – lunes

SESIÓN

Testimonios:

1. Amiga de Lander: no ve a Lander capaz de matar a nadie.
2. Madre de Lander: está destrozada. Le dio los cinco mil euros. Si le hubiera pedido veinticinco mil, también se los habría dado.
3. Suboficial de la Ertzaintza: en la primera parte, me he convencido de que Lander mató a Borja y después preparó la escena para que pareciera obra del asesino de Gros. Todo encajaba: Lander culpable.
4. En la segunda parte, sin embargo, la abogada defensora ha revelado la existencia del dedal..., y me ha explotado la cabeza. Si Lander no conocía este dato, ¡TIENE QUE SER INOCENTE!

LANDER

Durante la primera parte del interrogatorio del suboficial de la Ertzaintza, transmitía impotencia y unas ganas enormes de gritar.

En la segunda parte, por el contrario, juraría que estaba tan sorprendido como el resto. O no tenía ni idea del asunto del dedal o es un actor de primera.

MIEMBROS DEL JURADO

Todos hemos alucinado con los últimos acontecimientos excepto Monti, a quien nada hará cambiar de opinión. Y de Aroa no sé qué pensar. Sigue sin abrir la boca.

PREGUNTAS

- ¿Tiene lógica que un asesino espere catorce años para volver a actuar?
- El móvil de Lander estaba roto y no se pudo rastrear su ubicación. Las imágenes de las cámaras no son concluyentes. Podría ser él quien estaba en el parque o no serlo. ¿Y ya está? ¡Ahí está la clave! Si era él, es inocente. Si no lo era, podría ser culpable... o no. A ver qué dice la vecina que asegura haberlo visto salir de casa a medianoche.
- ¿Existió la filtración del detalle del dedal por parte de la policía?

- Si no hubo filtración → el culpable solo ha podido ser el asesino o alguien del equipo de investigación que conocía ese dato.
- Si hubo filtración → el culpable ha podido ser cualquiera que tuviera esa información.
- Borja para Lander era un «TRAIDOR». Vale, encaja. Pero una persona sin escrúpulos como Borja, ¿no se la habría jugado antes a alguien más? ¿Ha investigado la Ertzaintza a fondo el pasado de Borja?
- Desde que sé que el fiscal fue uno de los que decidió ocultar las pruebas que apuntaban al asesino, me crea desconfianza.

PORCENTAJE DE CULPABILIDAD

Si el juicio terminara hoy, el jurado votaría la culpabilidad del acusado en un 50 %.

Al *pendrive* hay que sumarle el dedal, y la impresión de que la policía no ha hecho una investigación exhaustiva es cada vez mayor. Lo que no interesa se ignora.

¿Se puede mandar a alguien a la cárcel con esta sensación constante de que nada en este caso tiene sentido?

CAPÍTULO 20

KARMELE

2024

El tercer día de juicio resultó para la prensa tan interesante y fructífero como el segundo. Después de escuchar el testimonio del suboficial Iñaki Ansa y tener cada vez más claro que lo del *pendrive* no había sido más que una maniobra de Lander Foronda para despistar a la policía, la abogada de la defensa había vuelto a provocar un giro inesperado con el asunto del dedal, poniendo todo patas arriba de nuevo y reforzando aún más la posibilidad de que el asesino de Gros fuera el verdadero culpable.

Karmele salió de la sala de prensa con la adrenalina disparada y la mente en ebullición, barajando los posibles titulares. El becario rubito de *Noticias de Gipuzkoa* no se había despegado de su lado en toda la mañana, lanzándole una pregunta tras otra, y ella había terminado agotada. Aun así, tenía que reconocer que el interés del chico le gustaba. Le recordaba mucho a sí misma recién salida de la universidad, hambrienta de buenas historias que contar. La actitud de Unai era justo la que debía tener un buen periodista, y pensó en recomendárselo a Néstor.

Se cruzó con Alberdi a la salida del juzgado.

—¿Qué te está pareciendo? —le preguntó él con una sonrisa.

—Brutal. Me está pareciendo brutal. Ojalá fueran todos los juicios como este.

—Néstor tiene que estar encantado con el especial de ayer. Lo habéis petado, ¿no?

—Pues no lo sé. Aún no he estado con él. Ahora voy, a ver qué me cuenta.

Karmele entró en la redacción del *Donostia Press* y caminó entre las mesas con paso firme. Saludó a unos y otros apenas con un gesto y fue directa al despacho de Néstor. Entró, como siempre, sin molestarse en llamar. El humo que flotaba en el aire le dio la bienvenida y no pudo evitar comenzar a toser.

—¡Joder, Néstor! No sé cómo puedes seguir vivo con toda la porquería que tragas.

Movió la mano en el aire intentando hacerse un hueco entre la humareda. Néstor apagó inmediatamente el cigarro y se acercó a ella con los brazos abiertos. La abrazó un instante y le palmeó la espalda.

—¿Y a ti qué te pasa? —le preguntó Karmele sorprendida. Néstor era más de gruñidos y protestas que de abrazos, pero ese día parecía estar de buen humor.

—¿Pues qué va a ser? ¡El especial del domingo! Ha ido como un tiro. Setecientos cincuenta ejemplares más que el domingo pasado. Y en digital, más de doce mil visualizaciones. ¿Tú sabes lo que es eso para un periódico como este?

—Claro que lo sé. —Sonrió orgullosa.

—Vamos bien, Beltrán, vamos bien. —Néstor se encendió otro cigarro. Era su manera de celebrar las buenas noticias—. Y dime, ¿cómo ha ido hoy?

—Mejor que bien. Cuando parecía que la opción del asesino de Gros se desinflaba, ¡otra vuelta de tuerca más!

Karmele le puso al tanto de lo ocurrido en la tercera sesión del juicio. Néstor la escuchaba con atención, mientras su mente se ponía a trabajar a toda máquina, pensando en la mejor manera de sacar el máximo provecho al asunto.

—Tengo clarísimo por dónde debemos tirar. Esto nos da pie para otro especial, y este también va a ser cojonudo.

—¿Otro especial sobre qué? ¿Sobre el juicio?

—No. —Néstor estaba visiblemente excitado, sin poder dejar de pasearse por la oficina—. ¡Un especial sobre ella, la abogada defensora!

Karmele frunció el ceño.

—Piénsalo —insistió él—. Toda la prensa está cubriendo el juicio, repitiendo más o menos lo mismo. Por eso, nosotros vamos a hacer algo distinto: centrarnos en la Rottweiler. De los Foronda se ha hablado hasta la saciedad. Ya no hay nada nuevo que contar. Pero sobre ella apenas se tiene información, y está siendo la protagonista indiscutible, la que ha puesto en jaque a la Ertzaintza, sacándose varios ases de la manga. ¿Qué me dices?

—Pues que, aunque me joda que no se me haya ocurrido a mí antes, tengo que reconocer que la idea es muy buena.

—Esa es la actitud, Beltrán. Escribes la crónica de hoy y luego te pones con esto. Y sí, ya sé que me va a costar un ojo de la cara, porque vas a tener que tirar de hemeroteca, buscar fuentes... Pero si vas a empezar a quejarte porque se te acumula el trabajo y te genera estrés, haberte dedicado a plantar lavanda en una campiña francesa.

Karmele soltó una carcajada. Ella no habría durado ni dos días en un trabajo así.

Salió de la redacción y se fue directamente a casa. Kris seguía viajando por el sur de África y no volvería hasta un par de semanas

después, así que no tendría distracciones. Comió algo rápido, encendió el ordenador y se puso manos a la obra. En menos de una hora tenía escrita y corregida la crónica de la tercera sesión del juicio. Se la envió tanto a Néstor como al jefe de cierre y, sin perder un minuto, se metió de lleno a investigar para el especial sobre Silvia Legarre.

Tenía claro el enfoque que quería darle al artículo: contar su pasado como fiscal, el origen de su apodo, su abrupta salida de la fiscalía por problemas médicos y su espectacular reaparición, años después, convertida en abogada defensora del caso más mediático de los últimos tiempos.

Accedió a la hemeroteca del *Donostia Press* a través de la intranet del periódico y realizó varias búsquedas. Fue revisando una a una las noticias antiguas, pasando a un documento de Word los fragmentos más relevantes: crónicas judiciales, titulares que hablaban de condenas ejemplares, referencias al estilo directo y algo agresivo de sus interrogatorios e incluso la primera vez en la que se le atribuyó el apodo con el que sería conocida en los juzgados.

Karmele siguió buceando y tomando notas hasta que dio con lo que había estado buscando desde el principio. La noticia era del año 2010, y era bastante escueta. Informaba de un parón inesperado en el juicio contra un hombre llamado Antonio Hervás debido a la baja médica de la fiscal titular. Apenas se mencionaba que la segunda sesión del juicio no había podido celebrarse ya que la fiscal, embarazada de seis meses, se había sentido indispuesta nada más llegar a los juzgados y había sido trasladada a un centro hospitalario. El juicio quedaba suspendido hasta que se designara a un nuevo fiscal que pudiera asumir el caso. Nada más.

Karmele sabía, porque así se había comentado en los pasillos del juzgado varios meses después, que a la hija de Silvia le habían

detectado problemas graves, y que la fiscal había decidido dedicarse al cuidado de su familia antes que regresar a su puesto. Esa decisión sorprendió a más de uno, incluida ella. Loaba el gesto, anteponer la vida familiar a la profesional, pero recordaba cómo, en su día, le extrañó mucho. Quizá fuera porque siempre se había sentido identificada con Silvia: luchadora, obstinada, implacable, de las que no se dejan doblegar a la primera de cambio. Precisamente por eso, le costaba imaginarla bajándose del tren en marcha, renunciando a su carrera y a lo que tanto había luchado por conseguir. Pensó que ser madre debía de cambiarlo todo. Ella no tenía hijos, ni los tendría, y tal vez por eso le costaba imaginar la magnitud de esa fuerza capaz de hacerte dejarlo todo sin mirar atrás.

Pensó que resaltar el esfuerzo que había hecho la fiscal por el bienestar de su hija era un buen enfoque para el artículo. Le daría un toque muy humano y personal, y contribuiría a que Silvia estuviera bien considerada por el público. De la Rottweiler siempre se había destacado su dureza, su carácter implacable en la sala, pero Karmele quería mostrar que, detrás de esa imagen férrea, había una mujer dispuesta a dejar atrás una carrera brillante en beneficio de un ser querido. Una historia de prioridades y amor por la familia.

Debía encontrar a alguien que conociera bien a Silvia y le hablara de ella como persona, no solo como profesional. Alguien que le contara cómo era fuera de los juzgados. Quería ir más allá de lo que decían las noticias, descubrir a la mujer detrás del personaje, con sus manías y defectos. Solo así conseguiría que el artículo tuviera alma.

Pero antes de ponerse a buscar a esa persona, decidió hacer una llamada rápida que le permitiría dejar cerrada la parte médica de la historia. Josune trabajaba como administrativa en la Policlínica

Gipuzkoa. Durante los meses más duros de la pandemia, había formado parte de una trama en la que varios miembros del personal se enriquecieron ilegalmente con la venta masiva de mascarillas. Karmele llegó hasta aquella historia porque alguien, desde dentro, se encargó de hacerle saber que las cuentas no cuadraban. La periodista prometió proteger a su fuente, pero le faltaba información. Por eso, abordó a Josune sabiendo que estaba implicada, y le propuso un trato: si no quería verse mencionada en el reportaje como una de las responsables, debería proporcionarle la información que le faltaba y estar disponible siempre que Karmele lo necesitara, como en aquella ocasión.

Josune no tuvo más remedio que aceptar. En silencio, vio cómo el escándalo estallaba y cómo algunos de los implicados eran despedidos mientras ella conservaba su puesto. Desde entonces, cada vez que Karmele se lo pedía, se saltaba la ley de protección de datos con la misma ligereza con la que se saltaba la dieta los fines de semana. Sabía que estaba cometiendo un delito castigado con hasta cinco años de prisión, pero también que negarse no era una opción.

Josune respondió al segundo tono y Karmele fue al grano tras un saludo rápido.

—Necesito que me mires algo. ¿Estás trabajando?

—Por suerte para ti, sí —respondió molesta. Odiaba que Karmele se cobrara el favor—. Me quedan diez minutos para salir.

—Perfecto, tiempo de sobra para que me mires si Silvia Legarre es paciente de la Policlínica, aunque supongo que sí. —Los fiscales tenían acceso a la sanidad privada gracias a un régimen especial de la Seguridad Social—. Y, si lo es, dos cosas: la primera, qué clase de problemas tuvo en el embarazo que le hicieron coger la baja cuando

estaba de seis meses; y la segunda, el nombre de la enfermedad que padece su hija.

—En un rato te llamo.

Josune colgó el teléfono sin despedirse y, con resignación, se dirigió a un despacho contiguo al suyo. Era una pequeña sala que apenas se usaba, pero que seguía teniendo un ordenador operativo. Allí solía hacer siempre las consultas que Karmele le pedía, lejos de miradas curiosas y sin dejar rastro en su ordenador habitual. Además, se identificaba en el sistema con el usuario y la contraseña de una compañera que se había jubilado hacía más de un año, cuyos datos seguían activos porque nadie en el departamento informático se había tomado la molestia de eliminar. Una vez dentro del sistema, encontró lo que buscaba y lo anotó en un folio que después destruiría en la trituradora. Todo muy profesional.

—¿Qué me cuentas? —preguntó Karmele al contestar a su llamada.

—He encontrado varias cosas, así que vamos por partes. La niña padece una enfermedad rara: síndrome de Mowat-Wilson. Por lo poco que he leído en su historial, es una enfermedad muy jodida.

—Vale, anotado —respondió Karmele con el bolígrafo y el cuaderno en mano—. ¿Y qué más?

—Silvia Legarre no tuvo ningún problema durante el embarazo.

—¿Cómo dices? —Karmele frunció el ceño. Después, buscó entre sus anotaciones—. En marzo del año 2010, dejó un juicio a medias alegando problemas médicos en el embarazo y cogió la baja.

—Exacto, en marzo de 2010, como dices, cogió la baja, pero fue porque así se lo pidió a su ginecóloga alegando cansancio y estrés laboral, no por ningún problema médico. El embarazo transcurrió con normalidad, sin ningún contratiempo. Incluso el parto fue bien.

De hecho, la enfermedad de la niña no fue detectada hasta meses después de nacer.

—No me cuadra nada. —Elevó el tono de voz. Era algo que hacía sin darse cuenta cuando algo no encajaba—. He encontrado una noticia en la que se dice que dejó un juicio a medias por molestias en el embarazo, por lo que fue trasladada al hospital.

—¿Y esa noticia de qué fecha es?

—Del 17 de marzo, así que esto pasó el 16, martes.

—Pues el periodista no se informó muy bien, porque Silvia no acudió al hospital hasta dos días después, el 18. Ese día, la ginecóloga le dio la baja, pero eso sí, con fecha del 16.

Karmele agradeció la información a Josune y colgó el teléfono muy desconcertada. No entendía nada. ¿Por qué había dejado Silvia Legarre un juicio a medias si podía haberlo continuado? ¿Por qué alegar complicaciones en el embarazo cuando en realidad nunca las hubo?

Volvió a sentarse frente al ordenador, consciente de que el especial que Néstor le había encargado iba a ser más complicado y laborioso de lo que había imaginado. Nunca le habían gustado las medias verdades, y esta vez no iba a ser diferente.

La Rottweiler había mentido, y ella indagaría hasta descubrir la realidad de lo ocurrido, por incómoda que fuera.

CAPÍTULO 21

SILVIA

2024

Silvia había vuelto a sentir la adrenalina correr por sus venas durante los dos últimos días de juicio, en especial, durante los interrogatorios al oficial Larrañaga y al suboficial Ansa. La expresión de desconcierto en sus rostros cada vez que ella sacaba a relucir información que, en teoría, no podía conocer, había resultado profundamente satisfactoria.

El pacto de silencio entre Vilariño, Larra, Ansa y el juez Barros para hacer desaparecer de los informes el *pendrive* en el cuerpo de Borja habría funcionado de no ser porque el forense encargado del informe se había sincerado con ella. No tenía la conciencia tranquila y, bajo la promesa que le hizo Silvia de no revelar nunca el origen de la información, había terminado contándole la verdad.

Ese había sido un golpe de suerte decisivo, pero lo que los ertzainas no podían ni imaginar era el verdadero motivo por el que Silvia conocía que el asesino de Gros, en 2008, dejaba un dedal en la mano de cada una de sus víctimas. Ese motivo tenía un nombre: Rocío.

Rocío era una compañera fiscal nacida en Rosal de la Frontera, un pequeño pueblo de Huelva, y desde niña había tenido muy claro que quería ser juez. Sus padres, dueños de una ferretería que había

ido pasando de generación en generación, solían reírse con ternura cuando la oían decirlo, pero dejaron de hacerlo cuando vieron que la niña sacaba matrículas de honor hasta en las asignaturas más difíciles. Durante la carrera de Derecho, sin embargo, cambió de idea: le gustaba participar, construir argumentos, pelear. Por eso, eligió la fiscalía, y consiguió destino en Huelva capital. Allí pasó sus primeros años como fiscal, hasta que llegaron aquellos Sanfermines.

Lo que en un principio iba a ser un viaje de amigas para pasárselo bien terminó convirtiéndose en el viaje que le cambiaría la vida. Conoció a un gipuzkoarra alto, corpulento y con el sentido del ritmo tan atrofiado que bailaba fatal, y el flechazo fue inmediato. Unos meses después, Rocío terminó pidiendo el traslado a la Fiscalía de Gipuzkoa para comenzar una nueva vida junto al chicarrón del norte que le había robado el corazón.

Al principio todo fue bien, pero un par de años después de casarse, la madre de Rocío murió de un cáncer fulminante, dejando a su padre destrozado. El día del funeral, las vecinas le aseguraron que no se preocupara: aunque el hombre no fuera capaz ni de freír un huevo porque su mujer siempre se lo había dado todo hecho, ellas se turnarían para encargarse de él. Y cumplieron su palabra durante un tiempo, hasta que él comenzó a mostrar signos de demencia.

Hija única, Rocío tuvo que afrontar la situación sola. Su marido dejó muy claro desde el principio que no se mudaría a Huelva. Su vida estaba en Gipuzkoa: su trabajo, su familia, sus amigos. Ella comenzó a viajar a Rosal con frecuencia, encajando viajes imposibles y faltando al trabajo más de lo que podía permitirse. Hasta que las llamadas de las vecinas cambiaron de tono: su padre ya no podía quedarse solo. Sin otra alternativa, decidió llevárselo a vivir con ellos.

El traslado no hizo más que empeorar su estado. Lejos de su pueblo, de su gente y de todo lo que conocía, su padre se desorientó por completo y cayó en una confusión constante. Ella, consciente de que su marido no deseaba aquella convivencia, buscó un lugar donde pudieran atenderlo de forma permanente, pero solo consiguió que lo aceptaran en un centro de día. Hasta conseguir una plaza en una residencia, tendría que pasar las noches con ellos. Y las noches eran lo peor. Enfados, gritos, intentos de huida... Más de una vez su padre consiguió abrir la puerta y desaparecer escaleras abajo. Rocío aprendió a dormir con un ojo abierto y a vestirse en segundos para salir tras él. Recorría calles medio dormida, preguntaba a desconocidos por un hombre descalzo y desorientado, y acudía al trabajo sin haber dormido apenas. Algunas noches lo encontraba deambulando cerca de casa, pero otras tardaba horas en dar con él.

La situación se volvió insoportable. Su marido no la apoyaba y Silvia se convirtió en su tabla de salvación, escuchándola cada vez que necesitaba desahogarse y ayudándola con sus casos, revisando su trabajo, tapando sus errores. Rocío le aseguraba que era algo temporal y que pronto saldría de aquel agujero.

Pero no salió. Y cuando no pudo más, empezó a beber. Primero por las noches, pero después también por el día. Se le escapaban detalles importantes, confundía fechas, mezclaba declaraciones... Silvia hizo todo lo que pudo, ayudándola en sus casos. Uno de ellos fue el del asesino de Gros, en el que Rocío era la fiscal encargada de la instrucción. Revisaron juntas la documentación y, aunque todos los informes llevaban la firma de Rocío, lo que nadie supo fue que más de uno había sido escrito por Silvia.

Poco después, Rocío se divorció de su marido y ese fue el golpe definitivo. Sin fuerzas para seguir luchando por todo lo que había conseguido en la vida, al menos en lo profesional, hizo la maleta,

dejó la fiscalía y volvió a Rosal de la Frontera con su padre, donde acabó reabriendo la ferretería familiar.

De todo aquello habían pasado muchos años, y Silvia nunca imaginó que ayudar a una amiga en su peor momento le vendría de vuelta de esa manera. Utilizar esa información generando semejante impacto en la sala de vistas la había hecho sentirse viva. Percibir las miradas del jurado, escuchar a los testigos o rebatir los argumentos del fiscal le habían bastado para recordar cuánto había echado de menos su profesión, y cada vez tenía más claro que no estaba dispuesta a renunciar a ello. En cuanto terminara el caso de Lander Foronda, Silvia volvería a la fiscalía. Y lo haría con el apoyo de su marido, estaba segura.

Iñigo se había convertido en un pilar importante en su regreso a los estrados. La escuchaba con atención, la animaba y creía en ella más que nadie. La hacía reír cuando se frustraba y la miraba embelesado mientras ella ensayaba los interrogatorios en voz alta, recorriendo el salón como si fuera la sala del juzgado. Además, desde que decidió defender a Lander, Iñigo no dejaba de decirle lo orgulloso que estaba de ella.

A Silvia le costaba creer que estuvieran tan bien después de lo que habían pasado. Aunque, en realidad, él nunca supo que ella había estado a punto de tirar todo por la borda, dar por muerto su matrimonio y pedir el divorcio.

Ocurrió cuando ya habían aceptado la enfermedad de su hija y habían aprendido a convivir con ella. La niña requería atención constante, y Silvia, sin descuidar a Mikel, se volcó en su hija. Maialen la necesitaba con desesperación, solo se calmaba con ella y, casi sin pretenderlo, el vínculo que se formó entre madre e hija fue desplazando a Iñigo a un segundo plano, incluso por la noche, cuando Silvia comenzó a dormir con Maialen en lugar de hacerlo con

él. Hasta entonces, las noches siempre habían sido para ellos, un momento para estar a solas, charlar sin prisas, sentir que se tenían el uno al otro. Pero, poco a poco y de manera involuntaria, ese espacio se desvaneció.

Silvia tardó en darse cuenta de cuánto se había enfriado la relación entre ellos. Acostumbrada a las ausencias de Iñigo por sus viajes a Suiza, se había habituado a estar sin él. Ahora que el cuidado de sus hijos llenaba cada instante, no advirtió que, cuando él sí estaba en casa, la complicidad que siempre habían compartido se había esfumado. Dejaron de buscarse, de tocarse y de hablar más allá de lo imprescindible. Ella permitió que la inercia siguiera su curso e ignoró la barrera invisible que se alzó entre ellos.

La realidad la golpeó de lleno justo cuando otra tragedia se cruzó en su camino.

Maialen tenía cinco años y Mikel acababa de cumplir doce. Era de madrugada cuando sonó el teléfono. Al otro lado, su madre se deshacía en lágrimas y apenas podía hablar. La habían llamado desde la residencia donde estaba ingresado su padre para decirle que había sufrido otro ictus y había muerto.

A pesar de creer que estaba preparada para ese momento, Silvia no pudo evitar venirse abajo. Su padre había sufrido un primer ictus tres años atrás y, desde entonces, no había vuelto a ser el mismo. Las secuelas cerebrales habían sido enormes, provocándole, entre otras cosas, dificultades para moverse y hablar. Su madre se volcó en su cuidado con la misma entrega con la que Silvia se dedicaba a sus hijos, pero fue demasiado para ella, y al final tuvieron que ingresarlo en una residencia especializada. Silvia lo visitaba siempre que podía, pero al ver que ni siquiera la reconocía, fue espaciando las visitas cada vez más.

Esa noche, tras colgar el teléfono, decidió avisar a Iñigo cuanto antes. Al día siguiente tendrían que estar en el tanatorio, recibir a los más allegados, preparar el funeral..., y su marido querría estar presente. Miró la hora en el reloj: las tres y veinte de la madrugada.

Marcó su número, pero saltó el contestador. Lo tenía apagado.

La empresa para la que Iñigo trabajaba en Suiza le había asignado un apartamento en un bloque propiedad de la compañía. Era pequeño pero acogedor, contaba con seguridad privada y conserje las veinticuatro horas del día. Silvia probó a llamar al teléfono fijo del apartamento, pero tampoco obtuvo respuesta.

Inquieta, decidió contactar con la recepción del edificio. Le explicó la situación al conserje de guardia y agradeció que se mostrara tan colaborador.

—No se preocupe —respondió él—. Yo mismo subiré al apartamento y le daré el recado en persona.

Silvia le dio las gracias y colgó, ya más tranquila. Al cabo de unos minutos, sin embargo, se llevó una desagradable sorpresa.

—Lo siento, señora —le dijo el conserje—. El apartamento está vacío. He llamado al timbre y he esperado, pero no ha abierto nadie, así que he entrado con mi llave, y allí no hay nadie.

Silvia colgó sin entender nada. ¿Dónde estaba? ¿Le habría pasado algo?

Entre el dolor por la pérdida de su padre y la preocupación por no saber dónde estaba su marido, ya no pudo conciliar el sueño, y se pasó la noche dando vueltas y más vueltas en la cama sin pegar ojo.

A primera hora, mientras se tomaba un café, Iñigo la llamó.

—¿Ha pasado algo? Tengo varias llamadas tuyas.

Silvia, entre lágrimas, le contó que su padre había muerto, que su madre estaba destrozada y que los dos próximos días iban a ser

horribles. Él trató de consolarla.

—¿Dónde estabas? Te llamé al móvil y al apartamento.

—Lo siento, cariño. Estaba tan cansado que me acosté pronto. Seguramente ni oí el teléfono.

Silvia sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Su marido le estaba mintiendo.

Iñigo cogió el primer vuelo a Bilbao y, esa misma tarde, ya estaba de regreso. Fue directo al tanatorio. Entre saludos y condolencias, apenas cruzaron una palabra y, esa noche, casi sin hablar, Silvia se metió en la cama con Maialen como si fuera un día cualquiera.

Durante el funeral, Silvia lloró como nunca, aunque no solo por tener que despedirse de su padre. En realidad, ella ya lo había perdido tres años atrás. Desde entonces, aquel hombre que la observaba desde su silla de ruedas, con la cabeza ladeada y las manos agarrotadas, ya no era el padre que ella recordaba. A nadie le extrañó verla tan afligida y no tuvo que ocultar su dolor.

Al regresar a casa, supo que no podía quedarse de brazos cruzados. Necesitaba saber la verdad. Sospechaba que Iñigo la estaba engañando, pero ella necesitaba pruebas para poder enfrentarse a la situación. Por eso, armándose de valor, un par de días después se puso en contacto con un detective privado que había testificado en varios de los juicios en los que ella había ejercido como fiscal. Le explicó la situación y le pidió que viajara a Suiza para corroborar sus sospechas.

La confirmación llegó tras apenas unas semanas. El detective le explicó que Iñigo no siempre se encontraba en Suiza cuando aseguraba viajar allí. Y cuando sí lo hacía, no estaba solo. Las imágenes que le mostró no dejaban lugar a dudas. En ellas, aparecía entrando y saliendo de un apartamento que no era el suyo,

agarrando de la cintura a una mujer esbelta, guapa y con pinta de ejecutiva. Siempre la misma.

A Silvia se le vino el mundo abajo. Necesitó coger la moto y conducir un rato sin rumbo fijo para asimilar lo que acababa de ver. El aire frío en su cuerpo y el ruido del motor la ayudaban a ordenar sus pensamientos. En sus peores momentos, la moto había sido su vía de escape. Cuando regresó a casa, no estaba más tranquila, pero al menos había tomado una decisión: no se precipitaría ni se lanzaría a un enfrentamiento. Deseaba encararse con él, decirle que sabía lo que estaba haciendo y que no quería volver a verlo, pero necesitaba tiempo. Tiempo para pensar.

Había días en los que la rabia la consumía, incapaz de ver más allá de una traición. ¿Acaso una infidelidad no era algo injustificable? ¿Acaso los cuernos no eran cuernos fuera cual fuera el contexto? Otras veces, sin embargo, con tristeza y honestidad, reconocía que ambos eran culpables de dejar que la relación se enfriara.

Con el paso del tiempo y después de mucho pensarlo, comprendió que solo tenía dos opciones: la primera, enfrentarse a él, decirle que lo sabía y romper su matrimonio. Y la segunda, hacer como si nunca hubiera visto esas fotos e intentar recuperar lo que un día hubo entre ellos, lo que habían dejado morir.

Pero ¿sería capaz de seguir adelante como si nada? ¿Podría fingir que ignoraba lo que su marido hacía cuando nadie lo veía? A pesar de saber que el rencor que sentía podía ser un impedimento demasiado grande, eligió luchar por su matrimonio.

No fue sencillo hacerlo. Tuvo que armarse de una gran fuerza interior, dejar la rabia en un segundo plano y acercarse a él con pequeños gestos: enviarle un mensaje que lo hiciera sonreír, un roce fugaz en su mano, ayudar a Mikel a escribir una redacción sobre su padre que luego leerían en familia... Iñigo siempre había sido un

padre fantástico a pesar de sus ausencias, y eso tampoco podía olvidarlo.

Una noche, Silvia decidió volver a dormir en su cama después de acostar a Maialen. Iñigo la recibió sorprendido y agradecido a la vez y, en cuanto se tumbó a su lado, la abrazó como si no quisiera volver a soltarla jamás. Esa noche, Silvia volvió a sentirse querida. Sabía que aún quedaba mucho por reconstruir, pero se alegró de haber elegido callar y apostar por dar una segunda oportunidad a su relación.

Desde aquella primera noche, la complicidad regresó poco a poco. El cariño y el amor que sentían el uno por el otro florecieron de nuevo, y con ellos volvió también el deseo. La primera vez que hicieron el amor después de tanto tiempo, Iñigo le demostró que para él era la mujer más deseada del mundo, y la hizo suya con tanta intensidad y pasión que ella se sintió más viva que nunca. Ese encuentro, y los que se sucedieron a partir de entonces, hicieron que cualquier resquicio de duda se desvaneciera por completo.

Nunca se arrepintió de su decisión. En más de una ocasión pensó en volver a contratar los servicios del detective para saber si Iñigo le había vuelto a ser infiel. Aunque ¿qué haría si descubría que sí? Sabía que no sería capaz de perdonarlo una segunda vez, no ahora que su relación estaba en su mejor momento. Por eso, decidió no hacerlo.

Años después, su marido seguía siendo un pilar fundamental en su vida, alguien con el que quería contar siempre, para todo. Y le estaba muy agradecida por lo pendiente que había estado de Mikel mientras ella preparaba el juicio de Lander.

Iñigo había acompañado a su hijo a la tercera sesión del juicio, sentándose a su lado en el fondo de la sala.

—Hubiera preferido que os sentarais delante, pero no he querido insistir —le comentó Silvia esa noche, ya en la cama.

—A Mikel le duele ver a Lander en una situación tan horrible, y creo que se siente mal por haber seguido con su vida.

—Espero que todo se solucione —murmuró ella abrazándose a él con fuerza—. Me da tanto miedo que sea declarado culpable...

—Con la abogada que tiene, dudo mucho que lo condenen. —Iñigo hizo un gesto exagerado con la mano—. Pitbull, Dóberman o algo así la llaman. ¡Menuda es! La he visto en acción y no me gustaría cruzármela por los pasillos. ¡Acojonadito me tiene!

Silvia soltó una carcajada y le agradeció con un beso en los labios que fuera capaz de bromear y arrancarle una sonrisa hasta en los momentos más difíciles.

—Te quiero, Iñigo Ajuria.

—Yo también te quiero, mi amor. Pase lo que pase.

CAPÍTULO 22

LANDER

2022

Después del intento fallido de colarse en el cementerio de Polloe para grabar unas cuantas escenas, el grupo de amigos decidió dejar a un lado las grabaciones, al menos por un tiempo. El entusiasmo inicial se fue diluyendo y cada uno volvió poco a poco a su rutina. Aun así, seguían hablando del proyecto como algo en marcha, algo que tan solo habían postergado.

Durante ese tiempo, Vega comenzó a aparecer con más frecuencia. Al principio coincidía con ellos en momentos puntuales, pero, gradualmente, su presencia se fue haciendo cada vez más habitual hasta convertirse en una más. Lander la invitaba a todo: cafés después de clase, cenas improvisadas, salidas al cine... Ella siempre se apuntaba, y nunca pasaba desapercibida. Le agradaba destacar, con esa actitud de chica mala que tanto le gustaba transmitir y que a nadie parecía resultarle molesta.

Excepto a Amaia.

No era solo ella la que le molestaba, sino cómo había cambiado todo desde su llegada. Las conversaciones ya no eran las mismas. Ahora todo giraba en torno a ella: siempre tenía una anécdota que contar o una opinión que compartir. Incluso había logrado quitarle protagonismo a Borja, algo que, hasta hacía bien poco, parecía

imposible. A Amaia no le dolía que Vega brillara. Le dolía haberse convertido en una persona invisible, sobre todo a ojos de Lander, con quien apenas había vuelto a tener una simple conversación a solas.

Mientras Amaia se sentía cada vez más apartada, Borja, por su parte, empezó a estar cada vez menos presente. Casi no se pasaba por la cafetería del campus y participaba muy poco en el chat del grupo. Una tarde, llamó a Lander. Necesitaba hablar con él.

—Claro, estoy en casa —respondió Lander, que estaba terminando de pasar unos apuntes a limpio—. Pásate cuando quieras.

Borja llegó en menos de media hora. Parecía cansado. Se dejó caer en el sofá, como si llevara días sin dormir.

—¿Todo bien? —le preguntó Lander.

—Todo mal. —Borja resopló—. Me largan del piso. La casera no quiere renovarme el contrato.

—No sabía que vivieras de alquiler.

—Mis padres siempre vivieron en esa casa. Cuando murieron, mi tía habló con la casera y me dejó quedarme, pero ahora dice que va a hacer reformas para volver a alquilarlo por más dinero. Y me tengo que marchar.

—Joder, qué putada. ¿Y tu tía qué dice?

—Vive en La Rioja. Siempre me ha echado una mano con los gastos, pero ha hablado con la casera y no hay nada que hacer. Las obras van a empezar ya, en una semana —se lamentó—. Mi tía me dice que me vaya a vivir con ella, pero cambiar de universidad a mitad de curso es una putada.

—Ya lo creo.

—Hemos mirado alguna otra cosa, por lo menos para quedarme hasta junio, pero no hay nada. Está todo carísimo, y solo para unos

meses, o me piden una pasta o directamente no me lo alquilan.

Lander se levantó, fue a la cocina y volvió con un par de cervezas. Le ofreció una a su amigo.

—Siento pedirte esto —continuó Borja después de darle un buen trago a la cerveza—. Y, si no estuviera en esta situación, no lo haría nunca, pero ¿crees que podría quedarme aquí contigo?

Lander se le quedó mirando unos segundos, y no tardó en responder.

—Claro, tío. Aquí hay sitio de sobra, y son solo unos meses. Además, no hace falta que me pagues nada. Seguro que a mi madre también le parece bien.

Borja lo miró aliviado.

—¡Joder, gracias! No sabes cuánto te lo agradezco.

—No hay de qué. —Lander sonrió—. Esta zona está genial, y solo hay un paseo hasta la uni. Así puedes terminar el curso tranquilo.

—Ahora mismo llamo a mi tía para contárselo, y voy trayendo mis cosas, ¿te parece?

—Perfecto. Solo una cosa, Borja —añadió Lander antes de dar otro trago a la cerveza—. Hay una mujer que viene una vez por semana a hacer la limpieza y, además, mi madre suele pasarse los lunes por la mañana a recoger un poco. Estaremos en clase, así que ni la verás. ¡Ah! Y los sábados suelo quedar aquí con mi amigo Mikel, solos. No hacemos nada especial, pero me gustaría que siguiera siendo así. Hay costumbres que no hay que perder.

—Claro, claro. Los sábados me doy una vuelta, ceno algo por ahí y os dejo tranquilos. Por eso no te preocupes.

Lander, acostumbrado a entrar y salir cuando le diera la gana y a recibir cada sábado la visita de Mikel, pensó que compartir piso con Borja no resultaría nada complicado. Se llevaban bien y, al fin y al cabo, tan solo sería por unos meses.

¿Qué podía haber de malo en querer ayudar a un amigo en apuros?

CAPÍTULO 23

EL JUICIO - DÍA 4

2024

El cuarto día de juicio se presentaba especialmente animado por la cantidad de personas que iban a testificar. La primera de ellas era, para Vilariño, una pieza clave: la vecina. Su nombre era Asun Bravo, llevaba un par de años jubilada y residía en el mismo rellano que Lander. Era una mujer menuda, de complexión bastante delgada, con los pómulos muy marcados bajo un rostro cubierto de arrugas. Sus mejillas tenían un ligero tono rosado, como si fuera su color habitual. Y su pelo, medio ondulado y teñido de un rubio ajado, pedía a gritos una buena sesión de peluquería. El piso donde vivía había llegado a manos de su difunto marido por una inesperada herencia, y Asun siempre había desentonado entre el resto del vecindario.

Entró en la sala de vistas visiblemente nerviosa, mirando de reojo al público mientras avanzaba hasta su sitio. A su paso, fue dejando un fuerte olor a tabaco que se extendió por buena parte de la sala. Se acomodó en la silla, apoyó sus manos temblorosas sobre el regazo y se presentó respondiendo a las preguntas de la jueza.

Acto seguido, Vilariño se puso en pie con decisión y se acercó a ella.

—Con la venia, señoría. Buenos días, señora Bravo. ¿Puede decirnos dónde vive?

—En el número 38 de la cuesta de Aldapeta, en el último piso. Justo en el mismo rellano que él —dijo señalando a Lander.

—¿Desde cuándo reside allí?

—Cuarenta y cinco años, desde que me casé.

—¿Conocía usted al acusado?

—Sí, claro. A él y a sus padres. Fueron mis vecinos hace muchos años.

—¿Qué relación diría que mantenía con Lander?

—La de vecinos normales —respondió Asun encogiéndose de hombros—. Cuando nos cruzábamos en el portal, me saludaba siempre.

—¿Conoció también a la víctima?

—Sí, sí, también. Un chico moreno que vivió allí durante unos meses. Ese era más arisco, como más pasota. No me saludaba nunca.

—¿Recuerda la noche en la que murió?

—Claro, ¡menuda la que se lio! Ambulancias, policías... No era raro ver movimiento en esa casa. Los chicos y algún amigo entraban y salían como Pedro por su casa. Pero esa noche fue distinto. Enseguida me di cuenta de que había pasado algo grave.

—¿Eso a qué hora fue?

—Tarde, sobre la una y media o las dos de la madrugada.

—Cuéntenos lo que le dijo a la policía que vio esa misma noche, un poco antes.

—Sí. —Asun se frotó las manos. Seguía nerviosa y parecía estar deseando fumarse un cigarro—. Bajé a tirar la basura sobre la medianoche. A la vuelta, subí en el ascensor y, cuando salí en

nuestro rellano, vi a Lander. Bajaba por las escaleras. Iba vestido de negro, como siempre, y llevaba la capucha puesta.

—¿Está segura de que era él?

—Completamente. Lo saludé, pero parecía tener prisa y ni siquiera se giró.

—¿Notó algo más?

—Así es. —Asun frunció el ceño. Sabía que su testimonio era importante—. Me dio la impresión de que escondía algo bajo la sudadera. Estaba abultada por delante, como si llevara algo debajo, y lo sujetaba con ambas manos. Pero no pude ver qué era.

—¿A qué hora fue eso?

—Pues... las doce y cinco, doce y diez, más o menos. Lo que tardé en tirar la basura y volver.

—Bien. Hagamos un pequeño resumen: usted vio al acusado salir de su domicilio unos minutos después de la medianoche, con prisa, sin saludar y aparentemente ocultando algo bajo la sudadera.

—Eso es.

—Y esa misma noche, una hora y media o dos horas más tarde, llegó la ambulancia, la policía...

—Exacto.

—Gracias, señora Bravo. No hay más preguntas, señoría.

Silvia se puso en pie con calma, avanzó un par de pasos y se detuvo a pocos metros de la testigo. Le dedicó una sonrisa cordial y comenzó con varias preguntas sencillas.

—¿Diría usted que Lander Foronda es un mal vecino?

—No, no diría eso.

—¿Tuvieron ustedes algún problema de convivencia, discusión, queja o malentendido?

—No, ninguno. Su piso da hacia la bahía y el mío hacia atrás, así que, aunque hiciera ruido, desde mi casa apenas se oía nada.

—¿Recuerda el pequeño incidente ocurrido hace aproximadamente un año? Me refiero al incendio en su cocina.

—Ah..., sí. Solo fue un pequeño susto. Nada grave. —Quiso quitarle hierro al asunto—. Dejé la sartén en el fuego y me quedé dormida.

—¿Podría decirnos quién llamó a los bomberos esa noche?

—Fue él —dijo señalando a Lander—. Estaba entrando en casa cuando vio que salía humo por debajo de mi puerta. Me tocó el timbre, pero no lo oí. Así que llamó a emergencias.

—¿Y cómo es que se quedó dormida? ¿Estaba usted cansada? ¿O quizá indispuesta? —Silvia insistió con un tono suave pero firme.

—No lo recuerdo. Fue hace mucho tiempo —se excusó incómoda.

—Bien. Le haré otra pregunta, señora Bravo. ¿Por qué saca usted los residuos orgánicos, el papel y el plástico a plena luz del día y, sin embargo, espera a la medianoche para deshacerse de las botellas de vidrio?

Asun se quedó petrificada en su asiento. Varios miembros del jurado hicieron un gesto de sorpresa.

—¿No es cierto que, tres o cuatro veces por semana, usted baja de noche a echar varias botellas de anís al contenedor? El día del incendio había estado bebiendo y por eso se quedó dormida, ¿verdad? Desde entonces, su hijo la visita casi a diario para vigilarla, pero usted esconde las botellas para deshacerse de ellas cuando cree que nadie la ve.

Las mejillas, habitualmente sonrosadas por el alcohol, se le encendieron aún más. Esta vez por la vergüenza. Bajó la mirada con una expresión derrotada. No respondió.

—No quiero incomodarla, señora Bravo, pero debo hacerle una última pregunta. La noche en que murió Borja y usted asegura

haber visto a Lander bajar por las escaleras, ¿volvía de tirar varias botellas de anís al contenedor?

—Sí... —admitió en voz baja—. Pero no estaba borracha. Yo sé que lo vi.

—Dice que vio bajar las escaleras a una persona de espaldas. Pero ¿le vio la cara en algún momento?

—Creo que sí.

—¿Cree? Al señor fiscal le ha dicho que está completamente segura de que era mi defendido, pero si no pudo verle la cara... Y encima había bebido... ¿Cómo puede estar segura de que era él? ¿O de que se tratara de esa misma noche?

Asun agachó la cabeza y se mantuvo en silencio.

—Le voy a decir una cosa. —Silvia utilizó un tono pausado y condescendiente—. Yo la creo, pero entre lo que uno ve y lo que cree haber visto puede haber una gran diferencia, sobre todo si se está bajo los efectos del alcohol. Quizá no fue ese mismo día, ni siquiera a esa hora, aunque usted lo crea. Y un recuerdo teñido por el anís no puede marcar la diferencia entre la libertad o la condena de una persona. —Silvia se giró hacia la magistrada—. No hay más preguntas, señoría.

La testigo se levantó de su asiento y, avergonzada, abandonó la sala.

La sesión continuó con la comparecencia de varios peritos.

El operador del servicio de emergencias 112 que atendió la llamada de Lander fue el primero en testificar. Confirmó que recibió la llamada a la una y veintidós de la madrugada, y que el acusado, con la respiración entrecortada y temblor en la voz, dio el aviso de haber encontrado a su compañero inconsciente en el suelo del salón, sobre un extenso charco de sangre. Aseguró que había tratado de reanimarlo, pero que no lo había conseguido. La grabación, breve

pero reveladora, se reprodujo en la sala. El jurado la escuchó con atención.

A continuación, llegó el turno del técnico de la Unidad de Delitos Informáticos, encargado de analizar el móvil de Lander, su portátil y el *pendrive* hallado en el cadáver. Mostró en la pantalla algunos fragmentos significativos de los chats de WhatsApp entre el acusado y la víctima, que evidenciaban la existencia de un chantaje. Acto seguido, con un lenguaje quizá demasiado técnico, detalló cómo, gracias a los registros del sistema, habían logrado precisar el momento justo en el que el *pendrive* hallado en la víctima se conectó al ordenador y se desconectó de él. Esa información se guardaba de manera automática en la memoria caché y los registros del administrador.

El cuarto en testificar fue el forense responsable de la autopsia de Borja. Consciente de que tenía que amoldar su discurso a personas que nada tenían que ver con la ciencia forense, se esforzó en usar un vocabulario sencillo y accesible para el jurado. Explicó que la víctima falleció a causa de un traumatismo craneoencefálico severo, es decir, un fuerte golpe en la cabeza propinado con un objeto contundente. Confirmó que no había signos de defensa ni otras lesiones en el cuerpo. La muerte fue casi instantánea. Al preguntarle por la hora estimada del fallecimiento, aseguró que se situaba entre las once y media y las doce y media de la noche.

—¿Incluyó usted el *pendrive* en su informe? —le preguntó Silvia tal y como habían acordado cuando el forense se sinceró con ella y le contó la verdad de lo ocurrido.

—Sí, por supuesto. Figuraba en la primera versión que remití al juez instructor del caso.

—¿Y en la versión definitiva?

—No —dijo tras una breve pausa—. El juez Barros me pidió verbalmente que lo eliminara. Me dijo que podía inducir a error, generar confusión o dar pie a especulaciones sin fundamento. Que era mejor omitirlo.

—¿Y le pareció bien hacerlo?

—La verdad es que no —reconoció con honestidad—. No me gustó tener que modificar el informe, pero lo hice. Barros fue muy insistente, y yo tenía otros dos cuerpos esperándome sobre la mesa de autopsias. Lo último que quería era entrar en discusiones. Eliminé esa información y continué con mi trabajo, pero soy consciente de que no debí hacerlo, y no sabe cuánto me arrepiento.

Silvia le dio las gracias y no insistió más.

Carmen Soto, criminóloga experta en asesinos en serie, fue la última en intervenir. Doctora en Psicología Criminal por la Universidad de Valencia, contaba con más de quince años de experiencia analizando perfiles de conducta criminal, y había colaborado con diversas unidades de investigación en casos complejos y mediáticos.

A petición de la defensa, la doctora Soto había estudiado en profundidad el crimen de Borja, realizando una comparación con los tres asesinatos anteriores atribuidos al asesino de Gros. Su informe era extenso y minucioso, e incluía una evaluación técnica del *modus operandi*, un estudio sobre la firma criminal y un perfil psicológico tanto del autor de los crímenes como de Lander Foronda. Silvia la había elegido a ella porque era la mejor.

Con voz segura, explicó al jurado el concepto del periodo de enfriamiento.

—El asesino puede contener sus impulsos y llevar una vida normal durante un tiempo. Pero el deseo de matar no desaparece, simplemente queda reprimido. Basta con un detonante emocional o

vital para reactivarlo: una pérdida, un cambio drástico, un fracaso en algún aspecto de su vida...

—¿Quiere decir que pudo haber un detonante que reactivara esa necesidad de matar?

—Es posible, sí. El asesino de Gros responde a un perfil organizado, meticuloso. Y eso es precisamente lo que se percibe en este cuarto crimen, igual que en los anteriores. Es cierto que hay diferencias, como la localización, por ejemplo, pero que las tres primeras víctimas residieran en un mismo barrio podría ser fruto de una casualidad, no algo buscado.

—Por lo tanto, su conclusión es que este crimen perfectamente podría haber sido obra del mismo asesino, ¿no es así? —insistió Silvia.

—No puedo decir quién mató a Borja Miranda, pero puedo afirmar dos cosas: la primera, que este crimen es compatible con los tres anteriores y pudo haber sido obra del mismo autor, sin duda. Y la segunda, que el perfil psicológico del acusado no encaja en absoluto con el de un asesino. Lander Foronda no tiene ni la estructura emocional, ni la frialdad, ni la trayectoria vital de alguien capaz de actuar con ese nivel de control, desapego y simbolismo.

Cuando Carmen Soto concluyó su exposición, la magistrada le ofreció al fiscal la posibilidad de formular sus preguntas, pero este prefirió no hacerlo y dieron por concluida la cuarta sesión del juicio.

La sala se vació poco a poco, con la sensación de estar ante el posible regreso del asesino de Gros flotando aún en el ambiente.

CAPÍTULO 24

EL ASESINO DE GROS

2008
Segundo asesinato

Tras cometer su primer asesinato, se vio invadido por una mezcla confusa de emociones. La primera de ellas fue la sorpresa. Matar a la anciana había resultado ser muy sencillo, más de lo que esperaba. Cuando asimiló que ya estaba hecho y que había salido bien, llegó la euforia, el orgullo por haber sido capaz de hacer lo que consideraba justo. Sentía que, al fin, había tomado las riendas, dando un paso decisivo hacia esa paz que desde hacía tanto buscaba y que lo alejaría del pozo oscuro en el que había estado atrapado durante demasiado tiempo. Sin embargo, aquella sensación se desvaneció enseguida, dando paso a la duda. ¿Habría dejado algún cabo suelto? Repasó cada detalle del plan una y otra vez: las plantillas en las botas, el traje, el bate de béisbol... Había sido muy meticuloso, pero ¿había pasado algo por alto?

Después de la duda llegó el miedo, un temor asfixiante a que lo descubrieran y vinieran a por él. ¿Qué sabía la policía? ¿Hacia dónde habían dirigido la investigación? Obsesionado con descubrirlo, comenzó a buscar cualquier información relacionada con el crimen. Informativos de radio, artículos de prensa, programas de televisión... Cuando las noticias comenzaron a aparecer, comprobó que no se

había equivocado al imaginar que el *pendrive* generaría un gran desconcierto. Los medios que se hacían eco de la noticia hablaban de él. «Macabro hallazgo en el cuerpo de una anciana asesinada», «El misterioso mensaje que desconcierta a la Ertzaintza», decían los titulares. Sin embargo, para su sorpresa, la cobertura mediática fue menor de lo que había anticipado. Esperaba que el asesinato acaparara portadas y abriera debates, pero la noticia no tardó en quedar relegada a un segundo plano. Apenas un par de menciones breves en los noticieros y algunos artículos en las secciones locales. El caso no había generado el impacto que él esperaba y eso lo dejó desconcertado, aunque no fue lo único que llamó su atención: no había ni una sola mención al dedal. Era como si ese pequeño objeto que para él tenía un significado profundo, casi tanto como el mensaje en el archivo de texto, no existiera. Pensó que tal vez la policía lo considerara irrelevante, quizá suponiendo que la anciana lo tenía en la mano mientras cosía y no lo había soltado al morir.

Tres semanas después, con la noticia casi olvidada en los medios, decidió que estaba listo para ejecutar su segundo asesinato. Esta vez la elección también fue sencilla, dejando su víctima más joven para el final.

Como la vez anterior, comenzó con un meticuloso seguimiento. Su objetivo era un hombre de mediana edad, casado y con dos hijos universitarios que solo pasaban los fines de semana en casa. La familia vivía en un chalet unifamiliar, una vivienda funcional y discreta, sin grandes pretensiones. El pequeño jardín frontal, delimitado por un seto bien recortado, era lo único destacable. Tanto él como su mujer trabajaban fuera de casa y tenían horarios predecibles. El hombre regresaba todos los días sobre las ocho, excepto los lunes y los miércoles, cuando tenía ensayo del coro. Su mujer, por el contrario, entraba y salía varias veces por la tarde. Sin

embargo, los jueves eran diferentes: una amiga pasaba a recogerla para cenar juntas en un restaurante del centro, y nunca volvía antes de las once. Ese detalle fue crucial para decidir que aprovecharía ese momento para actuar. La ausencia de la mujer le daba el margen perfecto para entrar, ejecutar su plan y desaparecer sin dejar rastro.

En esta ocasión no había ascensor, por lo que tuvo que salir de casa preparado: las plantillas pegadas a las suelas de las botas, los guantes bien puestos, el uniforme de policía municipal ajustado y la bolsa de deporte con el bate de béisbol en su interior. Llegó a su destino un poco antes de las ocho y aparcó el coche a una distancia prudente, ni muy cerca ni muy lejos. Agazapado en el asiento trasero, observó con paciencia, hasta que vio cómo su objetivo llegaba puntual, caminando sin prisa hacia la puerta principal. Parecía despreocupado, y sintió aún más ganas de darle su merecido. Un cuarto de hora después, la esposa se marchó acompañada de la amiga que había ido a recogerla. Esperó por precaución quince minutos más y salió del coche con la bolsa al hombro.

Su víctima no mostró la menor desconfianza ante la explicación que le dio por el interfono. Había ensayado cada palabra a conciencia, y el hombre abrió la puerta sin titubear, sin ni siquiera extrañarse de que el guardia municipal acudiera a su casa solo, sin compañero. Era sorprendente lo sencillo que resultaba ganarse la confianza de alguien con el uniforme adecuado y una mentira bien construida. Una vez dentro, el individuo lo condujo hasta el salón y lo invitó a tomar asiento.

En un momento dado de la conversación, le pidió si podía traerle un vaso de agua. El hombre aceptó y se fue hacia la cocina. Justo entonces, él se puso en marcha. Se levantó con rapidez, abrió la bolsa de deporte y sacó el bate de béisbol. Se colocó junto a la

puerta del salón y se puso en posición de ataque, sosteniendo el bate con ambas manos y alzándolo sobre su cabeza. El tiempo pareció ralentizarse mientras esperaba en silencio, y se concentró al máximo. No podía fallar. En cuanto el hombre regresó al salón, lo golpeó con todas sus fuerzas.

Esta vez también, el impacto fue bestial. Oyó cómo el cráneo de su víctima se partía con un sonido seco y lo vio caer al suelo como un muñeco de trapo. A juzgar por la sangre que brotaba de su cabeza, estaba muerto, pero decidió asegurarse, por precaución. Tras una breve comprobación, constató que no tenía pulso. Bien.

Sin perder un solo segundo más, sacó del bolsillo de su chaqueta el dedal y el *pendrive*, y los colocó cada uno en su sitio: el primero, en la mano de la víctima, cerrando los dedos a su alrededor, y el segundo, en su boca, introduciéndolo con precisión.

Esta segunda vez no había sido nada sencillo elegir la palabra adecuada y había dudado durante días entre dos: «INSENSATO» y «COBARDE». Ambas definían a la perfección al hombre que yacía a sus pies, y era difícil decidirse. Tras echar una moneda al aire, el azar había determinado que la palabra elegida fuera «INSENSATO».

Cuando terminó, el reflejo del espejo de la entrada reveló pequeñas salpicaduras de sangre en su rostro y otras más dispersas sobre el traje. Mantuvo la calma. Guardó la chaqueta y el bate en la bolsa de deporte y se dirigió al baño. Utilizando agua y jabón, eliminó cualquier rastro visible con cuidado de no dejar ni una sola huella. Más le valía no cometer ni un solo error.

Regresó al vestíbulo, se echó la bolsa al hombro y salió de la casa cerrando la puerta con un suave clic tras de sí. Era tarde, y aprovechó la oscuridad de la noche para cruzar el pequeño jardín frontal y caminar hasta su vehículo sin ser visto.

Esa noche, al llegar a casa, se metió en la ducha y observó cómo el agua caliente borraba los rastros de sangre que habían quedado en su piel. Después, puso una lavadora con la ropa ensangrentada. Con el sonido rítmico de la máquina de fondo, se tomó dos Orfidales y se tumbó en la cama, exhausto. Antes de caer en un sueño profundo, imaginó la reacción de los medios ante el nuevo crimen.

Se preguntó si la policía sería capaz de interpretar el mensaje del *pendrive* o si continuarían dando palos de ciego. Y también estaba el dedal. ¿Les llamaría la atención o volvería a pasar desapercibido? ¿Habría alguien en la investigación con la perspicacia suficiente para reconocer el patrón y encajar las piezas?

Con esas preguntas resonando en su mente, el sueño terminó por vencerlo, dejando paso a una sensación que se acercaba bastante a la satisfacción.

CAPÍTULO 25

SILVIA

2024

Terminada la cuarta sesión del juicio, Silvia no abandonó inmediatamente los juzgados. Esperó a que Carmen Soto recogiera sus cosas y salieron juntas. Había reservado mesa para las dos en el restaurante del hotel Londres, con vistas a la playa de la Concha.

Se conocían desde hacía muchos años y habían trabajado juntas en varias ocasiones. Carmen siempre le había parecido una profesional rigurosa, poco dada a dejarse influir por presiones externas, con una mirada analítica y una capacidad extraordinaria para leer entre líneas. Además, tenía un don especial para dirigirse al jurado: sabía cómo traducir conceptos complejos en ideas claras y emplear ejemplos precisos que se entendían a la perfección.

Charlaron animadamente mientras esperaban a que les sirvieran la comida, disfrutando de unas inmejorables vistas a la bahía de la Concha.

Silvia le explicó que necesitaba reforzar la idea de que una psicóloga experta en asesinos en serie, con un currículum tan brillante como el suyo, afirmara que no era ningún disparate pensar que el asesino de Gros pudiera haber vuelto para cometer este crimen también.

—Todos los presentes en la sala lo han oído, pero necesito que lo oiga el resto de la población también. Quiero que esté en boca de todos, no solo de los miembros del jurado, sino también de sus familiares, sus amigos, sus vecinos...

—¿Y qué propones?

—Me gustaría que la prensa te entrevistara. Hay una periodista que me interesa especialmente. Tiene buena reputación, y la gente la respeta. Se ciñe a los hechos con rigor, y su trabajo suele generar impacto. Este fin de semana publicó un especial sobre el asesino de Gros, y creo que sería perfecto que pudiera entrevistarte.

—Me parece bien. Si puede ayudar a crear contexto y sembrar una duda razonable, cuenta conmigo.

Silvia cogió el teléfono de inmediato e hizo una llamada al periódico *Donostia Press*. Pidió hablar con Karmele Beltrán, alegando que tenía una entrevista que ofrecerle, pero la administrativa que la atendió le respondió que Karmele estaba volcada en otro tema y que no se encontraba en la redacción. Consciente de que el tiempo jugaba en su contra, prefirió no dejarle ningún mensaje. En su lugar, se puso en contacto con un periodista de *El Diario Vasco* en quien también confiaba. El hombre se mostró interesado de inmediato y concertaron la cita para esa misma tarde.

Después de pagar la cuenta, Silvia y Carmen se despidieron en la puerta del restaurante. Prometieron volver a verse pronto, cuando todo aquello hubiera terminado.

Al llegar a casa, nada más cruzar el umbral, oyó unos pasos rápidos acercarse a ella.

—¡Ay, Silvia, que me tienes en ascuas! —Greta se plantó frente a ella con su energía habitual. Llevaba puesto un delantal de flores y sujetaba un estropajo en la mano. La casa olía a bizcocho de

chocolate recién hecho. Lo más probable era que hubiera estado cocinando con Maialen—. ¿Cómo ha ido?

Silvia sonrió, agradecida por el entusiasmo sincero de Greta.

—Muy bien. He conseguido tumbar la declaración de una testigo muy importante.

—¡Toma ya! ¡Eres la mejor!

Silvia prefirió no entrar en detalles, pero Lander había resultado imprescindible para lograrlo. Mientras preparaban el juicio, en uno de los encuentros que había mantenido con él en la cárcel de Martutene, le explicó que el testimonio de Asun Bravo podía resultar fatal para la defensa.

—¿Y van a creer a una borracha antes que a mí?

—¿Borracha? —preguntó Silvia sorprendida—. Cuéntame eso.

Lander le explicó que el olor a anís que la mujer desprendía cada vez que coincidían en el ascensor la delataba, así como su forma de hablar, arrastrando las palabras con un deje pastoso. También le relató el día en el que se lio una buena porque se había quedado dormida en el sofá dejando el fuego encendido. Si no fuera porque él llamó a los bomberos, habría ardido todo el edificio.

—Un día, en el portal, se le cayó una botella de Anís del Mono delante de mí. Sonrió como si nada y, cuando fue a meterla en la bolsa, vi que llevaba otras tres más. ¡Se ponía fina la tía!

Silvia no necesitó oír nada más. Llamó a su detective de confianza y lo puso a seguir a Asun Bravo. Cuando recibió el informe en el que se detallaban sus salidas nocturnas al contenedor de vidrio, sonrió por primera vez desde que había asumido la defensa de Lander.

Tenía lo necesario para desacreditar a la testigo que más daño les podía hacer y no pensaba desaprovechar la ocasión.

CAPÍTULO 26

KARMELE

2024

La noche anterior, cuando Karmele descubrió que Silvia Legarre había fingido problemas en el embarazo para dejar la fiscalía, decidió que tenía que indagar más a fondo en el tema. Su olfato de periodista casi nunca le fallaba y, esta vez, le indicaba sin lugar a dudas que había algo raro en esa historia. Debía seguir su instinto e investigar. Por eso, a la mañana siguiente, nada más levantarse, cogió el teléfono y llamó a Néstor para avisarle de que iba a estar demasiado ocupada como para ir a cubrir la cuarta sesión del juicio. Tendría que enviar a otra persona.

—No me jodas, Karmele —gruñó él malhumorado—. ¿Y a quién mando yo ahora?

—Solo será esta mañana. Manda a cualquiera de los becarios, tampoco es para tanto.

—Espero que merezca la pena lo que sea en lo que estés metiendo el morro.

—No te lo puedo asegurar. Quizá no encuentre nada interesante, pero tendré que intentarlo, ¿no?

Néstor colgó el teléfono sin despedirse, y Karmele supo que, viniendo de él, ese gesto equivalía a un «sí».

Se preparó unas tostadas y un bol con copos de avena con leche y desayunó frente al ordenador, leyendo las últimas noticias. Era algo que siempre hacía antes de empezar la jornada. Estar bien informada de lo que estaba ocurriendo en el mundo, y más concretamente a su alrededor, era imprescindible en su profesión. Y ella no contemplaba la idea de empezar el día de otra forma.

Al cabo de casi una hora y tras haber repasado todos los medios digitales que solía consultar a diario, se puso a bucear en internet. El objetivo no era otro que recopilar todas las noticias que mencionaran el cambio de fiscal en el juicio de Antonio Hervás. Quería comparar versiones, ver si en algún medio se mencionaba algo distinto a lo que se publicó en el suyo.

Hizo una búsqueda exhaustiva, pero el resultado no fue demasiado fructífero. Apenas media docena de artículos hablaban del tema, y en todos repetían la misma versión: el juicio se había suspendido por una indisposición de la fiscal. Los medios más generosos ampliaban la información detallando que estaba embarazada de seis meses y que había sido trasladada de inmediato al hospital. Ella sabía que no había ocurrido así, y también que la verdad de lo sucedido no la encontraría en las hemerotecas. Tocaba buscar por otro lado.

Releyó una de las noticias que había encontrado sobre el caso y subrayó el nombre de la abogada que había llevado la defensa de Antonio Hervás: Ana Ruiz. La conocía, aunque hacía mucho tiempo que no hablaban. Cinco o seis años atrás, Karmele escribió un reportaje sobre cómo la lentitud y la sobrecarga de trabajo en los juzgados afectaban tanto a víctimas como a acusados, alargando los procesos durante años. Entrevistó a jueces, fiscales y abogados, entre los que se encontraba Ana Ruiz. La abogada aportó una visión muy crítica sobre la falta de medios y las consecuencias de un

sistema colapsado, y Karmele agradeció su sinceridad. Era el momento de volver a contactar con ella. Buscó el teléfono de su bufete en internet y llamó. La secretaria la informó de que Ana estaba reunida con un cliente y que le devolvería la llamada en cuanto pudiera.

Mientras esperaba, Karmele se puso a buscar información personal sobre Silvia en la red. Instagram, Facebook, LinkedIn... Nada. No había absolutamente nada. Silvia Legarre debía de ser una persona muy celosa de su intimidad.

Probó suerte con los familiares. Iñigo Ajuria, el marido de Silvia, sí tenía presencia en redes. Karmele entró en su perfil de Instagram y encontró varias fotos familiares que parecían sacadas de un catálogo de El Corte Inglés: el matrimonio, guapos, esbeltos, elegantes..., y los dos hijos. El chico era tan alto y atractivo como su padre, y la niña apenas dejaba entrever que padecía algún tipo de discapacidad. Una expresión peculiar, una postura forzada..., detalles apenas perceptibles para el que no supiera que padecía una enfermedad rara. El resto del perfil de Iñigo estaba centrado en su trabajo. Publicaba consejos financieros y comentaba noticias relacionadas con distintas inversiones. Todo muy cuidado.

Intentó acceder al perfil de Mikel Ajuria, el hijo mayor, pero era privado, por lo que no pudo saber si había publicado algo sobre su madre o no.

Al cabo de un rato, sonó el teléfono. Era Ana Ruiz. Karmele la saludó con cortesía y la informó del motivo de su llamada: estaba preparando un artículo sobre Silvia Legarre y agradecería cualquier información que le pudiera dar.

—No sé si tu reportaje le hará mucha gracia, pero bueno, con lo que está ocurriendo estos días en los juzgados, dudo que le

sorprenda que alguien quiera escribir sobre ella —reconoció la abogada.

—¿Os conocéis bien?

—No. Coincidimos en varios juicios cuando ella era fiscal. Siempre fue una gran profesional y, aunque estuviéramos en lados opuestos, siempre mantuvimos una relación cordial, pero no tanto como para afirmar que fuéramos amigas.

—Entiendo. ¿Y habéis mantenido el contacto desde que dejó la fiscalía?

—La verdad es que no. No la he vuelto a ver. Tengo entendido que se ha dedicado a cuidar de su familia desde entonces.

—Me gustaría que me contaras todo lo que recuerdes de cuando dejó de trabajar. Háblame de aquel caso en el que coincidisteis por última vez, el caso de Antonio Hervás.

—Déjame ver... —respondió Ana intentando hacer memoria—. Yo defendía a Antonio, un pobre diablo acusado de asesinato. Lo pillaron transportando un cadáver en el maletero durante un control rutinario de la Ertzaintza. La cosa pintaba muy mal para mi defendido, pero la verdad es que desde el principio tuve la sensación de que era inocente o, al menos, no tan culpable como parecía. Comenté con Silvia que todo parecía demasiado turbio, no sé, como si nos faltara información. No hablamos mucho más porque no hubiera sido apropiado, pero recuerdo que se mostró de acuerdo conmigo. A ella también le parecía un caso extraño.

—Un caso que dejó a medias.

—Exacto —respondió Ana—. Supongo que sabrás que estaba embarazada. Parecía que todo iba bien, pero el segundo día de juicio, nada más llegar a los juzgados, pidió hablar con el juez. Dijo que se encontraba mal y se marchó al hospital. La sesión se suspendió y se tuvo que aplazar el juicio. Cuando se supo que Silvia

no lo retomaría, se designó a otro fiscal, pero eso no se hace de la noche a la mañana.

—¿No te pareció raro que lo dejara de forma tan repentina?

—Más raro me pareció lo que había sucedido la noche anterior.

—¿A qué te refieres? —Karmele estaba metida de lleno en la conversación.

—El primer día de juicio, por la noche, Silvia me envió un mensaje. Decía que había recibido información nueva sobre el caso. Algo que, según ella, lo cambiaba todo.

Karmele abrió los ojos de par en par, incapaz de ocultar su asombro.

—¿Nueva información? ¿De qué se trataba?

—Nunca lo supe. Al día siguiente llegó tarde a los juzgados y lo único que me dijo justo antes de marcharse fue que se había equivocado y que lo sentía. Que pensaba tener algo importante entre manos, pero que todo había sido un error.

Un escalofrío recorrió la espalda de Karmele. La historia se volvía cada vez más interesante.

—¿Y ya está? ¿No volviste a hablar con ella?

—No. Como te he dicho, se apartó del caso y de la fiscalía. Más adelante designaron a otro fiscal y se celebró el juicio con normalidad. Ella no volvió a aparecer por allí, al menos que yo sepa.

—¿Nunca pensaste en mostrarle al juez el mensaje de Silvia?

—Sí, pero desapareció.

—¿Cómo dices?

—Fue algo muy extraño. Al día siguiente de haberlo recibido, busqué el mensaje en mi móvil para releerlo, pero ya no estaba.

Karmele imaginó a Ana alzando los hombros en un gesto de incomprensión.

—¿Y qué pasó con el acusado?

—No pudieron probar de forma concluyente que asesinara a la víctima, pero fue condenado por transportar el cadáver en el maletero con intención de deshacerse de él. Su versión fue siempre la misma: negaba haber cometido el crimen, aunque todo apuntaba en esa dirección. Le cayeron catorce años. Aún sigue en la cárcel.

Karmele guardó silencio unos segundos. Después, se atrevió a formular la pregunta que llevaba rato ardiéndole en la garganta:

—Oye, Ana, ¿me podrías enviar el expediente del caso? —Cruzó los dedos y cerró los ojos con fuerza, rezando para que la respuesta fuera un «sí».

—Me encantaría ayudarte, de verdad, pero no puedo hacer eso. La confidencialidad, la protección de datos... Ya sabes cómo funciona esto.

—¿Y no hay nada que puedas darme? —Karmele no quería rendirse tan pronto.

—Puedo pasarte la sentencia, algunas notas personales, mis propios informes del caso... Incluyen la versión que dio el acusado durante todo el proceso. Te valdrán para orientarte.

—Te lo agradezco mucho —dijo Karmele con sinceridad—. Solo una cosa más: el día que Silvia dejó el juicio a medias, según los medios, fue trasladada al hospital. ¿Recuerdas si fue en una ambulancia o si la llevó alguien?

—Creo recordar que el juez se ofreció a llamar a una ambulancia, pero Silvia rechazó el ofrecimiento. Dijo que podía conducir. Salió por su propio pie del juzgado y yo misma la vi montándose en su coche.

CAPÍTULO 27

EL ASESINO DE GROS

2008
Tercer asesinato

El segundo asesinato causó un gran revuelo y, en esta ocasión, la prensa le dio una cobertura mucho mayor que la vez anterior. Dos vecinos del mismo barrio, personas muy distintas entre sí, habían sido asesinadas con mes y medio de diferencia. Había muchas similitudes entre los dos asesinatos, pero la más significativa era el *pendrive* encontrado en la boca de los cadáveres. Algo así no podía ser una coincidencia.

Los debates en los programas matutinos no tardaron en encenderse. Los tertulianos discutían sobre los posibles significados del *pendrive* y la elección de las palabras que contenía. Algunos decían que el asesino conocía bien a las víctimas y que se trataba de mensajes dirigidos directamente a ellas, otros creían que no eran más que un desafío directo a la policía y algunos incluso insinuaban que podía tratarse de una denuncia social más amplia. Él analizó todas esas teorías con interés, sabiendo que ni siquiera estaban cerca de comprender su verdadero propósito.

Lo que más le impactó fue escuchar que se referían a él como un asesino en serie. Técnicamente no era correcto. La definición criminológica establecía que un asesino en serie debía cometer al

menos tres homicidios para recibir esa etiqueta, y él solo había ejecutado dos. También le habían dado un nombre: el Asesino de Gros. No se dio cuenta de ese detalle hasta que lo vio destacado en los titulares de los periódicos: sus dos primeras víctimas vivían en el mismo barrio de San Sebastián, en Gros. Era una coincidencia en la que ni siquiera había reparado, aunque, pensándolo bien, tenía lógica que así fuera. Al darse cuenta de que su tercera víctima también compartía esa particularidad, entendió que ese apodo ya no lo abandonaría. Para la prensa, para la policía y para el imaginario colectivo, él sería siempre el Asesino de Gros.

Se tomó su tiempo para recopilar y analizar toda la información que se publicaba sobre los asesinatos. Examinó cada detalle con detenimiento, intentando descifrar qué sabía la policía. Cuando confirmó que seguían muy desorientados, sin una línea de investigación clara, supo que había llegado el momento de culminar su misión. Era hora de ir a por su tercera víctima.

Como en las dos ocasiones anteriores, comenzó con un meticuloso seguimiento. Se trataba de un chico joven, no demasiado fuerte, pero sí alto, tanto como él. Durante la primera fase del plan, había recopilado datos básicos sobre el muchacho: nombre, edad, dirección, oficio, aficiones... La mayor parte de esa información provenía de su cuenta de Facebook, lo que no dejaba de asombrarle. El joven publicaba todo, sin ser consciente de lo vulnerable que lo hacía. La red era un escaparate, pero también una trampa para aquellos incautos que no sabían cómo protegerse. Y este era uno de ellos.

El joven llevaba una vida mucho menos predecible que sus dos anteriores víctimas, y su rutina era un caos. Tenía diversos empleos y su horario no era fijo, con distintos relevos y cambios de última hora. Además, su pasión por la música lo llevaba a actuar los fines

de semana con su banda, desplazándose a diferentes localidades para dar conciertos. Y eso no era todo. Aunque el joven vivía solo, su apartamento no era para nada un lugar tranquilo: tenía la costumbre de pasar la noche acompañado de una chica distinta cada vez. Cada entrada y salida de aquella casa sumaba una nueva pieza al rompecabezas, pero no le importó. Estaba seguro de que, tarde o temprano, daría con el momento perfecto para actuar.

Tras un par de semanas de seguimiento, pensó que lo mejor sería abordarlo de madrugada, a la vuelta de algún concierto. El joven estaría cansado y, casi con toda probabilidad, algo bebido. Pero debía asegurarse de que estuviera solo. Gracias de nuevo a Facebook, pudo conocer los detalles de los siguientes seis conciertos que daría el grupo, repartidos entre viernes y sábados por la noche.

Lo preparó todo para atacar tras el primero de ellos, pero el chico no regresó a casa solo. La historia se repitió dos veces más, en las que no le quedó más remedio que retirarse, hasta que por fin llegó el momento que había estado esperando. Era viernes de madrugada, sobre las dos y media, cuando el joven regresó de un concierto en el barrio de Amara. Lo observó entrar al portal y esperó unos diez minutos, tiempo suficiente para que subiera a su apartamento. El edificio era relativamente nuevo y el interfono contaba con cámara, por lo que se vio obligado a tocar el timbre vestido de guardia municipal. No podía arriesgarse a que no le abriera la puerta. Por suerte, la calle estaba desierta y nadie lo vio. Unos segundos más tarde, vio la luz roja que indicaba que la cámara se había activado.

—¿Quién es? —oyó que decía una voz ronca y cansada al otro lado. El chico estaría deseando meterse en la cama.

—Policía municipal —respondió él con firmeza—. Queremos hacerle unas preguntas sobre los desperfectos ocasionados en el

concierto de esta noche en el bar Koxka. Tenemos entendido que usted es miembro del grupo Garraxi.

—¿Desperfectos? ¿Qué desperfectos? —preguntó el joven molesto.

—Disponemos de un vídeo que lo corrobora.

No tuvo que añadir nada más. Un instante después, el zumbido del portero automático indicó que la puerta estaba abierta. Entró y caminó con calma hasta el ascensor. Solo tenía que subir dos pisos, pero ese breve trayecto era tiempo suficiente para pegar las plantillas a las suelas de sus botas y ponerse los guantes. El resto lo tenía todo preparado.

Al salir del ascensor, se encontró con un pequeño descansillo con cuatro puertas. Una de ellas estaba entreabierta, la empujó con cuidado y entró. El piso era diáfano, moderno, con techos altos y un diseño minimalista. Nada más cruzar la puerta se encontró directamente en el salón, un espacio amplio donde un televisor enorme dominaba la pared de la sala. Estaba encendido y emitía una pelea de boxeo, con los golpes y la voz del comentarista sonando a un volumen demasiado alto para la hora que era. El joven, de espaldas, no se había percatado de su presencia, y sacaba una cerveza de un frigorífico retro que parecía más un adorno que un electrodoméstico. Él pensó que era la ocasión perfecta.

Mientras observaba cómo el chico abría la botella y daba un largo trago, sacó el bate de la bolsa con un gesto rápido. Se acercó a él sin hacer el menor ruido y, con un movimiento preciso y calculado, descargó toda su fuerza en la parte posterior del cráneo. El golpe fue tremendo, y un chorro de sangre salpicó su traje antes de que el cuerpo cayera al suelo con un ruido seco y pesado.

Por un instante, la visión de la sangre lo dejó paralizado. No era la primera vez que la veía, ni mucho menos, pero el contraste del

rojo oscuro con la alfombra de color *beige* lo impresionó. El tintinear de la botella de cerveza rodando sobre el suelo le hizo reaccionar. Respiró una bocanada de aire y recuperó de nuevo el control. Pero, de pronto, creyó oír la respiración del joven, débil y entrecortada.

Su primer impulso fue dar un paso atrás, pero al ver que el chico movía ligeramente los dedos, comprendió que no podía dejar el trabajo sin terminar. Marcharse con el chico aún con vida podría resultar un error fatal. Por eso, apretó el bate con fuerza, se colocó junto al cuerpo y, sin vacilar, descargó un segundo golpe, aún más contundente, esta vez contra la sien.

El cráneo cedió bajo el impacto, dejando escapar un sonido definitivo que le hizo saber que esta vez no había vuelta atrás. Después de comprobar durante varios segundos que no tenía pulso, lo volteó con rapidez. Sacó del bolsillo de su chaqueta el *pendrive* y el dedal que había llevado consigo y los colocó cada uno en su sitio.

Recogió el bate y lo guardó en la bolsa. Después, se quitó la chaqueta y la gorra, ambas salpicadas de sangre, y las introdujo allí también. Sabía que esas manchas podían delatarlo si alguien lo veía. Antes de salir, echó una ojeada rápida al entorno, asegurándose de que no quedaba ningún detalle fuera de lugar. Cerró la puerta con suavidad, sin hacer apenas ruido, y abandonó el edificio con paso firme.

Al arrancar el motor, decidió no dirigirse directamente a su casa. En lugar de eso, optó por dar varios rodeos, recorriendo calles y avenidas sin rumbo fijo. Notaba el leve temblor del volante en sus manos y cómo su respiración era más rápida de lo normal. Durante más de media hora condujo al azar recordando la palabra que contenía el archivo del *pendrive*, «INCOMPETENTE», un calificativo elegido con precisión, la definición exacta de lo que había demostrado ser su tercera víctima.

Matar al chico no había resultado sencillo, pero aun así consideraba que había sido un asesinato certero. Podría haberse recreado más, prolongar el sufrimiento de su víctima al ver que no había muerto al instante o saborear el momento como haría un psicópata cualquiera, pero él no era un criminal que gozaba asesinando, ni un monstruo sediento de sangre. No le gustaba matar. Simplemente era alguien buscando justicia, una justicia que nunca llegaría si no se la tomaba por su mano.

Al llegar a casa, borró cualquier rastro que pudiera vincularlo con los crímenes e ingirió su habitual dosis de somníferos. Después, se metió en la cama, exhausto pero tranquilo. A medida que las pastillas comenzaban a hacer efecto y los párpados se le iban cerrando, una extraña sensación de paz empezó a asentarse en su pecho.

Todo había terminado.

CAPÍTULO 28

LAIA

2024

Laia terminó la cuarta sesión del juicio con dolor de cabeza por la tensión acumulada. Cada sesión era más densa que la anterior, y empezaba a notar el cansancio. Antes de recoger sus cosas de la sala de descanso del jurado, decidió ir al baño del pasillo contiguo. Empujó la puerta y eligió el último aseo, junto a la pared.

Estaba a punto de salir cuando oyó cómo la puerta del baño se abría. Alguien entró deprisa y se encerró en la cabina contigua. Hablaba por teléfono, y la voz sonaba tensa.

—Joé, ama, ¿y si se enteran? —dijo con un tono claramente nervioso.

A Laia le pareció reconocer la voz y se quedó inmóvil. Sí, era Aroa, la estudiante, la misma que apenas había abierto la boca desde que fueron nombrados miembros del jurado popular.

—No lo sé —continuó Aroa—. No han dicho los nombres de las víctimas, pero quizá los digan en otra sesión. —Hubo una pausa—. Yo también quiero respuestas sobre lo que pasó, ama, pero como se enteren de esto, me van a echar del jurado. ¡Yo no quiero pasar esa vergüenza!

Aroa sonaba como una niña asustada, y Laia se la imaginó al instante: melena larga peinada con raya en medio, rostro pálido y

expresión preocupada. Sintió cómo se le erizaban los brazos. ¿Los nombres de las víctimas y saber lo que pasó? ¿De qué estaba hablando? ¿Y por qué iban a echarla?

—Hoy también han hablado del asesino de Gros. —Aroa bajó la voz, como si temiera nombrarlo en voz alta—. Dicen que este caso podría tener relación, pero no se sabe con seguridad. Lo mejor es que lo cuente yo misma, ama.

Tras la respuesta de su madre, Aroa terminó la conversación casi sin despedirse. Después, salió del baño sin darse cuenta de que no estaba sola.

Laia permaneció en silencio unos segundos más. No había comprendido la conversación, pero sabía que Aroa ocultaba algo, y parecía importante. Algo que quería contar y no la dejaban.

Al salir de los juzgados, llamó a su hermano y le pidió que intentara relacionar a Aroa Gutiérrez con el caso de Lander Foronda. Sabía que Iker haría todo lo posible por conseguir esa información. En parte, porque se la había pedido ella. Y, en parte, porque todo lo que implicara rebuscar en la red o en bases de datos ajenas le fascinaba. Trabajaba en una empresa tecnológica que desarrollaba sistemas de seguridad y mantenimiento de redes para distintas entidades públicas. Siempre había sido un friki de la informática, y aquel trabajo le venía que ni pintado. Gracias a él, tenía acceso a ciertos servidores de la Diputación Foral de Gipuzkoa y del Gobierno Vasco. Obtener información a través de esos canales no era, ni de lejos, tan rápido como lo haría un *hacker*. Pero con un poco de astucia y, sobre todo, paciencia, acababa dando con lo que buscaba.

En lugar de volver a casa a comer, Laia decidió entrar a por un par de *pintxos* en un bar cercano a los juzgados. La tarde anterior había estado investigando por su cuenta y tenía intención de seguir con ello. Tras apurar el café que se tomó a modo de postre, decidió

ir a hablar con la viuda de Kepa Muñoa. Había descubierto la dirección gracias a un antiguo documental sobre los crímenes del asesino y se plantó en Gros, frente a su casa, en menos de media hora.

Se alegró de que la mujer la recordara. Envejecida, con unas marcadas arrugas y el cabello canoso, se mostró amable y la invitó a pasar al salón. Laia le hizo varias preguntas tratando de no ser demasiado intrusiva, pero no consiguió sacar nada en claro. La viuda de Kepa Muñoa no tenía nada nuevo que ofrecerle: su marido no tenía enemigos ni se había metido en ningún lío. Tampoco creía que Kepa tuviera ninguna relación con las otras víctimas. Laia le dio las gracias, se disculpó por haberla molestado y se despidieron.

Encontrar a la madre de Gorka Téllez, la tercera víctima, fue también muy sencillo.

En el documental se mencionaba que, tras el asesinato de su hijo, la mujer se había mudado a su piso. Decía que necesitaba sentirlo cerca y había convertido el salón de la casa, la estancia en la que Gorka fue encontrado muerto, en una especie de altar: flores, velas, estampas, fotos... Allí pasaba las horas rezando o hablándole a su hijo, como si aún estuviera con ella. También se decía que, por las noches, solía poner en bucle las canciones del grupo Garraxi, a veces hasta bien entrada la madrugada. Los vecinos, que en un principio se mostraron comprensivos, estaban ya desesperados, y habían incluso presentado quejas a la comunidad.

Laia tocó el timbre y aguardó unos instantes, pero nadie contestó. Se sentó en un banco cercano, dispuesta a esperar. Tras unos veinte minutos, vio acercarse a una mujer arrastrando un carrito de la compra. La reconoció enseguida, aunque se sorprendió al ver cuánto había envejecido, mucho más que la viuda de Kepa. Se la veía muy mayor y extremadamente triste.

Creyendo que era periodista, la madre de Gorka la despachó enseguida. Al parecer, estaba harta de la prensa y lo único que quería era que la dejaran en paz.

Laia se marchó lamentando que la tarde no hubiera sido demasiado productiva. De hecho, no le había servido de nada. Con ese pensamiento en la mente, decidió despejarse un poco dando un paseo por el centro antes de coger un autobús que la llevara a casa a buena hora. Así podría cenar con sus padres.

A la altura del teatro Victoria Eugenia, sintió la vibración del móvil en el bolso. Lo sacó y vio el nombre de su hermano en la pantalla.

—Dime que tienes algo, porque llevo una tarde...

—¿Lo dudabas, o qué?

Laia imaginó a su hermano hinchado como un pavo real. Le encantaba dárselas de *hacker*. Iker continuó:

—Hermanita, no te lo vas a creer.

Laia Ortiz

ANOTACIONES - DÍA 4 DEL JUICIO

JUICIO LANDER FORONDA

16.04.2024 – martes

SESIÓN

Testimonios:

1. Vecina de Lander: la señora le da a la bebida y su testimonio ha resultado ser muy poco creíble. Pudo habérselo inventado todo.
2. Operador de emergencias: hemos podido escuchar la llamada de Lander al 112. Parecía realmente asustado.

3. Informático de la Ertzaintza: el *pendrive* fue conectado a ese ordenador en concreto, pero yo puedo conectar un *pendrive* al ordenador de Iker y hacer lo que sea. ¿Eso quiere decir que ha sido Iker? No, he sido yo.

Ahora bien, ¿no es mucha casualidad que su sesión estuviera abierta? Es contradictorio, pero, si solo me basara en esta prueba, pensaría que fue Lander quien conectó los dos dispositivos.

4. Forense: arrepentido de eliminar el *pendrive* del informe a petición del juez.
5. Psicóloga experta: ha sacado dos conclusiones. La primera, que el asesinato pudo ser obra del asesino de Gros, y la segunda, que Lander no da el perfil de un criminal.

LANDER

A pesar de que la señora Asun ha asegurado que tenían una relación normal de vecinos, Lander la miraba todo el rato con rabia. ¿Quizá porque la mujer mentía? Me ha parecido que se estaba conteniendo para no levantarse y gritar delante de todos que es una mentirosa.

Durante la intervención del forense y el resto de los peritos, ha estado tranquilo, pero se ha emocionado al escuchar la llamada al 112, como si la estuviera reviviendo.

MIEMBROS DEL JURADO

Todos siguen en su línea, pero hay una novedad:

¡AROA ES NIETA DE JOSEFA REBOREDO, LA PRIMERA VÍCTIMA DEL ASESINO DE GROS!

PREGUNTAS

¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Debería contarlo? Entiendo que, al tener una relación directa con el caso, no debería ser miembro del jurado y la tendrían que expulsar. ¿O no? Cuando el juicio comenzó, no había motivo para que Aroa no participara en él, pero ahora... creo que no debería.

PORCENTAJE DE CULPABILIDAD

Si el juicio terminara hoy, el jurado votaría la culpabilidad del acusado en un 40 %.

El testimonio de la vecina ha sido una chapuza, fiabilidad cero. La psicóloga, por el contrario, parecía muy segura de lo que decía y ha sido muy convincente.

Sumado esto a todo lo anterior, la acusación contra Lander tambalea.

CAPÍTULO 29

LANDER

2022

Como cada sábado, Lander pensaba quedar con Mikel para dar una vuelta por ahí, echar unos tragos y terminar la noche en su casa. Estaba acabando de vestirse cuando le entró una llamada al móvil. Era Mikel.

—Lo siento, tío, pero hoy no voy a poder quedar contigo. Elene me acaba de preparar una encerrona de mil pares de narices.

—¿Encerrona? ¿De qué tipo?

—Ha organizado por sorpresa una cena con sus padres. Llevaba tiempo queriendo que me conocieran. Le he estado dando largas, pero esta vez no me voy a poder escapar.

—Buah, qué putada —respondió Lander entre risas—. La Barbie te tiene bien cogido por las pelotas.

—No me ha hecho ninguna gracia, no te creas. Después me escapo un rato y estamos.

Lander se había quedado sin plan. Amaia le había propuesto muchas veces hacer algo juntos: ir al cine, tomar unas cañas... Cualquier excusa era buena para pasar tiempo con él. Pero Lander lo tenía claro: prefería quedar con Vega. Además, un par de días antes, en la cafetería del campus, habían estado a punto de besarse. Si no

fuera porque Kerman había aparecido de la nada cortándoles el rollo, seguro que habrían acabado enrollados.

Cogió el móvil para enviarle un WhatsApp. No quería parecer demasiado ansioso y escribió un mensaje que sonaba casual: «¿Plan para esta noche?». Vega respondió rápido. «He quedado con unos colegas. Vente si quieres». Lander habría preferido estar con ella a solas, pero era mejor eso que nada.

Quedaron en el quiosco del Boulevard. Para cuando Lander llegó, Vega ya estaba allí. Y estaba espectacular. Llevaba cazadora y minifalda de cuero, medias de rejilla, botas militares y una camiseta de los Ramones rota que dejaba ver el *piercing* de su ombligo. El *eyeliner* negro le enmarcaba la mirada y, esta vez, en lugar de pintarse los labios de negro, se los había maquillado de un color rojo oscuro que le quedaba genial.

Se saludaron y Vega echó a andar.

—¿Adónde vamos? —preguntó Lander.

—A la zona del Bata.

Vega se refería a la discoteca Bataplán, símbolo de la noche donostiarra, situada en un enclave privilegiado frente a la bahía de la Concha. Allí solía acabar las noches de fiesta buena parte de la juventud donostiarra, después de haber tomado unas copas en los bares cercanos.

En menos de cinco minutos, llegaron al bar Norte y se dirigieron directamente al fondo del local, donde cuatro tíos estaban sentados en una mesa. Eran todos mayores que ellos, e iban vestidos casi igual: el pelo muy corto, cazadora *bomber*, pantalón con dobladillo y botas militares. Lander se fijó especialmente en uno de ellos. Llevaba el pelo rapado al cero, el tatuaje de un dragón en el cuello y unos pectorales muy musculados, que se le marcaban incluso bajo la camiseta.

Lander se sintió fuera de lugar desde el principio, pero Vega no pareció notarlo. Los saludó con familiaridad y les presentó a su amigo con un simple «este es Lander».

Ninguno de ellos pareció especialmente interesado en saber más y siguieron charlando.

El bar se fue llenando y el ambiente festivo se intensificó cuando uno de los camareros anunció el pistoletazo de salida de una promoción muy particular: los dados. El juego era sencillo: cada vez que se pedía una copa, se lanzaba un dado, y el número que salía marcaba el precio de la consumición.

Vega llevó la voz cantante desde el principio. Se adueñó del dado y convirtió cada tirada en un pequeño espectáculo. Subida a la barra, feliz de acaparar todas las miradas, celebraba con euforia cada vez que sacaba un número bajo y sus acompañantes estallaban en vítores.

Lander intentó integrarse, charlar con los del grupo, pero se sentía cada vez más desubicado. Ella iba y venía: a veces le susurraba algo al oído, se apoyaba en él, le rozaba la pierna..., pero luego desaparecía sin más.

En una de esas idas y venidas, lo abordó por la espalda, lo rodeó con un brazo y le susurró:

—Luego tú y yo nos vamos por ahí, ¿vale?

Vega le guiñó un ojo y volvió a desaparecer entre la multitud. A Lander le bastó con eso. Dio por hecho que esa noche, por fin, acabaría con ella.

Pasó casi media hora sin volver a verla. Al principio no le dio importancia, pero empezó a ponerse nervioso. ¿Dónde se había metido? Salió a buscarla, miró en la barra, buscó en una especie de reservado..., pero no estaba. Se detuvo frente al baño. La puerta estaba entreabierta. La empujó con suavidad y entonces la vio.

Vega estaba allí, enrollándose con el tío del dragón en el cuello. Él la empujaba contra la pared mientras la besaba y la acariciaba con ansias por debajo de la ropa. Y ella le correspondía gimiendo con cada empujón. La escena era muy salvaje, y Lander se quedó petrificado.

De pronto, Vega lo vio, pero no se sobresaltó. Tampoco se apartó.

—¿Qué pasa?

Él tardó en reaccionar.

—Yo... Pensaba que tú y yo... —dijo sintiéndose ridículo.

Vega soltó una carcajada. El tipo de la cabeza rapada seguía lamiéndole el cuello como si nada.

—Piensas demasiado. —Vega cerró la puerta de un puntapié, dejando a Lander plantado.

Salió del local sin decir nada a nadie. Se sentía un imbécil y estaba furioso. Cerraba los puños con fuerza y tenía la mandíbula rígida. Caminó sin rumbo durante un rato y acabó en un bar cualquiera, donde se pidió un cubata. Y después otro.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí cuando sonó su móvil.

—¿Dónde andas? Ya estoy libre, y necesito un trago —le dijo Mikel—. ¡Los padres de Elene me han freído a preguntas!

Veinte minutos después, Mikel llegó al bar donde Lander había terminado ahogando sus penas. En cuanto lo vio, supo que algo no iba bien. Lander le contó lo ocurrido.

—Esa zorra se ha reído de mí. Iba de enrollada y no es más que una guarra.

—Olvídala, tío —le respondió Mikel pidiendo un par de tragos más—. Nos pillamos una buena y que le den. Mañana ni te acordarás.

Siguieron bebiendo y Lander pasó de la pena a los comentarios irónicos, y de ahí a las carcajadas. Mikel también empezaba a notar los efectos del alcohol y celebraba cualquier tontería que soltaba su amigo. En algún momento de la noche, decidieron que podrían continuar la fiesta en casa de Lander.

No tardaron en llegar. Subieron en el ascensor riéndose por cualquier estupidez y, ya en el salón, pusieron música y se sirvieron unas cervezas.

—¿Y tu compi de piso? —preguntó Mikel.

—Borja sabe que los sábados son nuestros. Se lo dejé muy claro cuando se vino, así que no vendrá. Tenemos la guarida para nosotros solos.

Mikel soltó una carcajada, se lanzó sobre el sofá y encendió la tele, mientras Lander decidía pasar del alcohol a algo más.

Un rato después, consciente de que llevaban un buen viaje encima, Lander se incorporó, sonrió y le dijo a su amigo:

—Ya sé qué podemos hacer para terminar bien la noche.

CAPÍTULO 30

KARMELE

2024

Ana Ruiz, la abogada defensora en el caso que Silvia dejó a medias antes de abandonar la fiscalía para siempre, cumplió su palabra. Apenas quince minutos después de colgar, Karmele recibió un *email* con la información del caso de Antonio Hervás. Pasó las siguientes dos horas sumergida en la documentación y, aunque no quería abusar de la generosidad de la abogada, decidió llamarla de nuevo.

—Perdona que te moleste otra vez, Ana, pero hay algo más que me gustaría preguntarte. ¿Crees que habría alguna posibilidad de que pudiera entrevistarme con Antonio?

—Claro, podrías presentar una solicitud por escrito justificando el motivo de la entrevista y esperar a que él la acepte. Pero ten en cuenta que la autorización puede tardar entre tres y diez días en llegar.

—Es demasiado —se lamentó la periodista. Néstor se subiría por las paredes si supiera que estaba perdiendo el tiempo con un caso que quizá no llevaba a ninguna parte.

—¿Tiene que ser de manera presencial?

—Hombre, por teléfono no es lo mismo —admitió Karmele apenada—, pero si es más rápido...

—Podrías probar con una videollamada, que es algo intermedio. Y si la solicito yo, como su abogada, será más rápido, seguro.

—¿Harías eso por mí?

—Dicen que hay que tener amigos hasta en el infierno, y tener a una buena periodista de tu parte puede ayudar en según qué casos. —Al otro lado de la línea, Ana pareció sonreír—. Quizá más adelante me cobre el favor.

—De acuerdo, trato hecho.

—Voy a ver qué puedo hacer y te digo algo cuanto antes. Pero te advierto que llevo muchos años sin contactar con él. No sé si querrá hablar conmigo —aclaró—. Por curiosidad, dime algo antes: ¿qué esperas encontrar en este caso que tenga que ver con Silvia Legarre?

—Probablemente nada. Me ha llamado mucho la atención el mensaje que te envió para después decirte que se había equivocado, pero quizá fue tan solo eso, un error. De todas formas, no pierdo nada por investigar un poco.

Al cabo de una hora, Karmele recibió un correo de la abogada en el que le explicaba que había resultado bastante sencillo concertar una videollamada con Antonio para esa misma tarde, a las siete. Como la había solicitado en calidad de abogada, en un principio se conectarían los tres, pero después ella se desconectaría para dejarlos hablar a solas.

Karmele dio pequeños saltos de alegría por toda la cocina. Era obvio que se estaba desviando del objetivo principal, pero el caso de Antonio tenía algo que le resultaba llamativo, y quizá lo que descubriera ahora le serviría para un reportaje futuro.

A las siete en punto, se conectó a la videollamada. Ana ya estaba en línea y Antonio tardó un par de minutos más en aparecer en la pantalla. Karmele lo observó con atención. Era un hombre que

rondaría los sesenta años, con una calva prominente y el rostro surcado de arrugas por el paso del tiempo. Era la primera vez que lo veía, pero intuyó, por la tristeza de su mirada, que los años en prisión le habían pasado factura. A su espalda, se podía adivinar una sala de paredes grises con un par de sillas metálicas al fondo. Parecía un lugar frío y muy poco acogedor.

—Hola, Antonio. ¿Qué tal? —lo saludó Ana—. Supongo que te habrá sorprendido esta videollamada después de tanto tiempo, pero la he solicitado porque quiero presentarte a Karmele Beltrán. Es periodista y le gustaría entrevistarte, si no tienes inconveniente.

—¿A mí? ¿Y para qué va a querer entrevistarme a mí?

—Será mejor que ella misma te lo explique. Con vuestro permiso, os dejo solos para que podáis hablar con tranquilidad. Me alegro de verte y que sigas bien, Antonio.

Hizo un gesto con la mano y se desconectó. Karmele, fiel a su estilo, decidió ir directa al grano y ser franca con el hombre que la miraba con una mueca de extrañeza desde el otro lado de la pantalla.

—Hola, Antonio. Me gustaría hacerte algunas preguntas sobre tu caso. Pero antes de nada quiero que sepas cómo he llegado hasta él: estoy escribiendo un artículo sobre Silvia Legarre, la fiscal que participó en tu juicio y que tuvo que ser sustituida en el proceso. ¿La recuerdas?

—¿Cómo no hacerlo? Mantuve mis esperanzas puestas en ella durante muchos de los años que he pasado aquí encerrado, hasta que me cansé.

—¿En ella? ¿Qué podría hacer ella para ayudarte? —preguntó Karmele desconcertada.

—Decir la verdad, para empezar.

—No te entiendo, Antonio. ¿Podrías explicarte mejor?

El hombre suspiró con resignación.

—¿Qué es lo que sabes sobre mi caso?

—No mucho, la verdad. Te agradecería que me lo explicaras tú.

Antonio volvió a suspirar, pero comenzó con el relato.

—Vamos a ver... Yo tenía un local de apuestas y máquinas tragaperras, entre otras cosas, y también tenía alquilado un pabellón en Oiartzun donde organizaba peleas de perros. Antes de que digas nada de que eso es algo ilegal, ya me condenaron por ello.

Karmele alzó los brazos y le mostró las palmas de las manos. Quería transmitirle que ella no estaba allí para juzgar, sino para escuchar.

—Un día alguien se puso en contacto conmigo por internet para alquilarme el recinto. Me dijo que quería organizar un evento privado y que quería usar el pabellón durante una noche. No me dio detalles de qué tipo de evento era y yo no se los pedí. A cambio, cobraría veinte mil euros. Solo tenía que dejar el sitio limpio y darle las llaves a un mensajero, y él me entregaría el dinero en metálico. Sencillo y sin complicaciones. Y ahí hubiera acabado todo si no fuera por lo que ocurrió la noche en cuestión.

—¿Qué ocurrió? —Karmele se inclinó hacia la pantalla con los ojos bien abiertos.

—Que me engañaron. A altas horas de la madrugada, cuando imaginé que el evento ya se había terminado, fui al pabellón para comprobar que lo hubieran dejado todo en orden. Pensé que encontraría vasos por el suelo, botellas..., no sé, cosas de esas. Pero lo que había era un cadáver. Un tío desnudo, muerto, en mitad del recinto. Me dio un ataque de pánico. No podía respirar y te juro que pensé que moriría ahí mismo, pero no. Poco a poco, conseguí tranquilizarme. Cogí el móvil e intenté contactar con el tipo que me lo había alquilado, pero fue imposible. ¡El muy cabrón! —Golpeó la

mesa con rabia y la imagen se tambaleó—. Desesperado, decidí deshacerme del cuerpo antes de que apareciera nadie, pero me pillaron en un control. Ya es mala suerte darte de bruces con un control de la Ertzaintza cuando llevas un muerto en el maletero.

—¿Por qué no acudiste a la policía cuando lo encontraste?

—¿Y decirles qué? —preguntó alterado—. ¿Que había alquilado el pabellón donde organizaba peleas de perros ilegales a un desconocido y cobrando en negro? ¿Que no tenía ni idea de para qué lo querían y que, oh, sorpresa, me había encontrado un cadáver en medio? Nadie me habría creído. Cuando me pillaron conté toda la verdad y, por supuesto, nadie me creyó.

—Lo siento mucho.

Antonio se inclinó hacia la cámara y bajó la voz.

—Mira, yo sé lo que puede parecer desde fuera, pero me tendieron una trampa. Estoy convencido de que había gente muy poderosa detrás de todo esto. Gente capaz de comprar jueces, policías y a quien hiciera falta —dijo con rabia—. No sé qué pasó exactamente esa noche en el pabellón, pero lo taparon cargándome a mí con el muerto. Fue todo un complot, y les salió redondo.

Karmele se quedó en silencio. Antonio parecía convencido de haber sido el cabeza de turco de una conspiración. Habría repetido esa versión tantas veces que había terminado creyéndosela, pero sonaba a película barata. En los documentos de Ana no había nada que la sustentara. Absolutamente nada.

—¿Y qué pinta Silvia Legarre en todo esto? —preguntó volviendo al motivo que la había llevado hasta él.

—Ella podía haber contado lo que sabía. Estoy seguro de que conocía la verdad. Le mandó un mensaje a mi abogada diciendo que tenía algo que lo cambiaba todo. Seguro que descubrió quiénes

estaban detrás, qué habían hecho y por qué. Podría haberlo contado y demostrar mi inocencia, pero se achantó.

—Bueno, quizá eso sea mucho imaginar, ¿no crees?

—Conseguí su dirección personal gracias a un amigo al que le pagué por seguirla, y le escribí un montón de cartas durante años —continuó Antonio ignorando el comentario de la periodista—. En todas le pedía que hablara, que mostrara esa información, pero me llegaron todas de vuelta, sin abrir. Cuando empecé a sospechar que ella también estaba metida en el ajo, decidí no enviar ni una más. Y ahora ya no quiero saber nada, ni de ella ni de nadie. Me queda poco para salir y lo único que quiero es terminar mi condena en paz.

La conversación se alargó unos minutos más. Antonio seguía aferrado a la idea de un gran complot en el que incluía a Silvia Legarre como encubridora, y Karmele sintió una punzada en el estómago. ¿Había ahí una historia que contar? ¿Existía realmente una conspiración como la que él describía? Se despidió agradeciéndole que hubiera hablado con ella y apagó el ordenador con más dudas que certezas: ¿estaba ante una buena historia o ante alguien con demasiada imaginación?

Lo único de lo que sí estaba segura era de que el tiempo se le echaba encima y aún no había escrito ni una sola línea del especial sobre Silvia Legarre.

CAPÍTULO 31

SILVIA

2024

Greta estaba a punto de terminar su jornada cuando Iñigo y Mikel entraron por la puerta. Aún se percibía en el aire el dulce aroma del bizcocho de chocolate que había preparado con Maialen. Con una sonrisa, saludó a los hombres de la casa y les ofreció un trozo, pero ambos lo declinaron. Mikel, con el rostro cansado, prefirió subir a su habitación hasta la hora de cenar. Maialen fue detrás. Quería aprovechar cada minuto con su hermano antes de que volviera a desaparecer.

—¿Seguro que no quieres un trozo? —le preguntó a Iñigo, sosteniendo el plato con sus rechonchas manos.

—Gracias, Greta, tiene una pinta estupenda, pero voy a salir a correr. Si queda algo después de cenar, me lo comeré encantado.

—Ya sabes lo que dicen, ¿no? Correr es de cobardes —bromeó ella con su gracia habitual llevándose un trozo a la boca.

Iñigo soltó una carcajada y se marchó. Greta era única e irradiaba una alegría que no siempre se respiraba en aquella casa.

—¿Te vas ya? —le preguntó Silvia a Greta en cuanto se quedaron solas.

—Sí, así te quedas un rato tranquila. Con Mikel jugando con Maialen y tu marido trotando por ahí, al menos podrás tener un

ratito para ti.

—Gracias, Greta. Por todo —le dijo con sinceridad—. Por cuidar tan bien de Maialen, por ser tan amable, por llenar esta casa de alegría... Estoy feliz de tenerte aquí.

—Y yo de teneros a vosotros. Llegué a esta casa en un momento de mi vida complicado y, aunque nunca te lo haya contado, me habéis ayudado mucho a salir del bache. Ahora estoy encantada.

Silvia frunció el ceño intrigada.

—¿Y eso?

—Otro día te lo cuento —dijo haciendo un gesto evasivo—. Este es tu momento, y seguro que prefieres darte un baño de espuma con muchas burbujas, rollo *Pretty Woman*, antes que escuchar mis miserias.

—No digas tonterías. ¿Nos tomamos un café?

—¡Vale! —respondió Greta enseguida—. Pero con un trozo de bizcocho, ¿eh?

Silvia preparó un par de cafés y se sentaron en la mesa de la cocina a charlar, como tantas otras veces. Aunque esta vez fue distinto. Greta parecía estar a punto de compartir algo muy privado.

—Año 2017 —comenzó a decir dándole un tono misterioso a la historia—. Llevaba dos años con mi novio Jon y estaba a punto de casarme. La boda sería el 24 de junio, San Juan. Ciento cincuenta invitados, una ermita pequeñita, un coche antiguo de alquiler precioso, el ramo de flores más bonito que puedas imaginar, un vestido de novia talla XXL que me sentaba como un guante... Todo.

Silvia la escuchaba con la boca abierta. Greta nunca le había hablado de ningún novio, mucho menos de un marido. Alguna vez había mencionado que vivía sola con su gato, por lo que algo se tuvo que torcer.

—Un mes antes, las chicas me prepararon una despedida de soltera. Ya sabes, con bandas de esas que ponen «Te casaste, la cagaste», y esas cosas. Eso sí, les avisé de antemano que no pensaba ponerme ninguna diadema de penes. Que a una le gusta la ropa alegre, pero tampoco hay que pasarse.

Greta hizo un gesto con la mano que dejaba claro que por ahí no pasaba, y a Silvia le entró la risa.

—La noche fue genial. Risas, *kalimotxo*, bailoteo... Hasta que, sobre las cuatro de la mañana, a mi prima Yoli le llegó un mensaje. Una amiga suya juraba haber visto a mi novio entrando en un portal, agarrado de la mano con otra. Otra que no era yo, claro.

—¿Y qué hiciste?

—Mi prima insistió tanto en que debíamos ir a comprobarlo que nos pusimos en modo detective, pero a lo cutre —explicó con una sonrisa amarga—. Nos despedimos del resto alegando que era tarde y que estábamos muy cansadas. Cogimos un taxi y nos plantamos en la dirección. Escondidas detrás de unos coches, tuvimos que esperar un buen rato hasta que los vimos salir. Yoli encendió la cámara del móvil de inmediato y les sacó varias fotos besándose frente al portal. Ella le metía mano y él parecía encantado. Después, se despidieron y cada uno se fue por su lado, mientras yo seguía en *shock*. Un rato después, hice de tripas corazón y le envié un mensaje de lo más normal: «Hola, bichito, me lo estoy pasando genial con las chicas. ¿Tú qué tal?». Y va el tío y me responde: «En la cama desde las diez. Me has despertado. Mañana hablamos. Te quiero». ¿Cómo te quedas?

—Lo siento mucho —dijo Silvia acariciándole el hombro.

—Uy, espera. Que ahora viene lo mejor. Yoli empezó a decirme que tenía que cancelar la boda, que ese desgraciado se merecía lo peor... Y yo le dije que no. Que no pensaba anular nada. Con lo que

me había costado encontrar novio y montar la boda de mis sueños, como hay Dios que yo me casaba. Y te puedes imaginar cómo se puso mi prima: «¡Tú estás loca! ¿Cómo vas a casarte con un tipejo que te pone los cuernos?». Y yo, erre que erre. —Greta hizo una pausa. Gesticulaba con mucho ímpetu y necesitaba un descanso. Después continuó—: Yoli no lo entendía, y no espero que alguien como tú lo entienda tampoco. Sois mujeres guapas, altas, delgadas..., y podríais tener a cualquier hombre a vuestros pies. Yo tenía veintinueve años y estaba igual de gorda que ahora. Que sí, que ya sé que lo de gorda ya no se lleva y ahora somos *curvy*, pero para el caso es lo mismo. Nunca había tenido novio hasta que empecé con él, que tampoco era Richard Gere, no te creas. Pero era resultón, y me hacía reír. Y yo quería tener mi boda de cuento, irme de viaje de novios y, sobre todo, tener hijos. ¡Cómo me gustaría tener hijos!

—Serías una madre estupenda, no lo dudes. —Silvia estaba convencida de ello.

—Mi príncipe azul resultó no ser tan azul. ¿Y qué pasa? Me trataba muy bien, nos lo pasábamos genial juntos y formaríamos una familia con una mini-Greta y un mini-Jon que serían la alegría de mis días —dijo con una sonrisa melancólica—. Además, yo ya lo sabía.

—¿Qué era lo que sabías? ¿Que te era infiel?

—Pues claro. Lo imaginaba desde hacía tiempo. Yoli simplemente me puso delante la oportunidad de verlo con mis propios ojos y cometí el error de aceptar. —Su expresión cambió de repente—. Seguro que te parezco muy cutre, ¿no? Estarás preguntándote dónde está mi dignidad.

En la mente de Silvia reaparecieron unas imágenes que había querido olvidar, pero que ahora emergían con nitidez. En ellas, Iñigo

salía de un apartamento en Suiza que no era el suyo, agarrando de la cintura a una mujer que no era la suya. Sintió unas ganas horribles de confesar que la entendía mejor de lo que creía, que ella misma había vivido algo parecido, y que por ser alta, guapa y delgada no se estaba a salvo de nada. Dudó en sincerarse y compartir con ella lo que tanto le había costado olvidar y que nunca le había contado a nadie. Pero, al final, prefirió no hacerlo. Le daba demasiada vergüenza admitirlo en voz alta, y no quería ver la decepción en los ojos de Greta.

—No me pareces cutre en absoluto —le aseguró—. Tu dignidad está donde tú quieras que esté y, si querías casarte con él a pesar de todo, tenías todo el derecho a hacerlo. Lo que no entiendo es qué pasó para que esa boda no se celebrara.

—Mi prima. Eso pasó. Me dijo que no permitiría que hiciera semejante idiotez y les enseñó las fotos a mis padres, a mis amigas y a todo pichichi. Sabía que, después de eso, no habría marcha atrás.

—¿Y a ella qué más le daba? —preguntó Silvia indignada.

—¡Eso mismo digo yo! Según ella, solo quería protegerme. Pero el resultado fue que tuve que cancelarlo todo y me quedé compuesta y sin novio, como se suele decir. Desde entonces, no he vuelto a estar con nadie, y mis óvulos me están gritando que me espabile si no quiero que se me pase el arroz. Y ella, la muy cochina, está casada y tiene tres hijos. Pero ¿sabes qué? Que son muy feos, los tres. Superfeos.

Silvia soltó una gran carcajada y le llevó unos segundos parar de reír. Greta era una bomba. Sabía que ella la admiraba, sobre todo por su figura esbelta y por la seguridad que proyectaba ante los demás, pero Silvia también sentía admiración por Greta. Su alegría,

su desparpajo y su forma de sobrevivir con humor eran inigualables. Era imposible no quererla.

—¿De qué habláis? —preguntó Iñigo al entrar en la cocina y verlas tan animadas. Con la camiseta mojada de sudor y el pelo revuelto, a ambas les pareció que estaba todavía más atractivo que antes de salir a correr.

—Ah, nada importante —respondió Greta con una sonrisa—. De lo asquerosos y miserables que podéis llegar a ser los hombres a veces. Y también de las primas llamadas Yoli. ¡Lo peor de lo peor! Si tienes una, ¡aléjate!

Se levantó de la silla, cogió su bolso y añadió:

—Y, ahora sí, me largo, que ya va siendo hora.

Greta se marchó con una sonrisa dibujada en el rostro. Le había venido bien sincerarse con Silvia. No solo no la había juzgado, sino que la había escuchado de verdad. Su jefa molaba, molaba mucho. Siempre se había mostrado cercana y jamás la había hecho sentir de menos por ser distinta.

Al llegar a su piso, se puso el pijama de cerezas, cenó algo ligero y se acomodó en el sofá junto a su gato. Encendió el ordenador portátil y empezó a buscar noticias sobre el juicio. Una página la llevó a otra y un artículo a otro. Hasta que, pasadas un par de horas, dio con un vídeo de YouTube que captó toda su atención. No era reciente, pero sí muy interesante.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —murmuró inclinándose hacia la pantalla.

Lo reprodujo varias veces, pausó, volvió a mirar. Y entonces, lo vio claro.

Se levantó de un salto. Agarró el portátil y las llaves del Fiat Punto anaranjado, y salió de casa a todo correr sin siquiera quitarse

el pijama. Subió al coche y puso rumbo al chalet de los Ajuria, en Igeldo.

Eran las once de la noche cuando Silvia le abrió la puerta, sorprendida por su visita.

—¡Ay, Silvia! —exclamó Greta a modo de saludo.

Entró sin pedir permiso, arrastrando las pantuflas a juego con el pijama de cerezas por el parquet, y se fue directa al salón. Colocó el portátil sobre la mesa y lo abrió con rapidez.

—¡Tienes que ver esto!

CAPÍTULO 32

EL JUICIO - DÍA 5

2024

Laia cruzó el control de la entrada de la Audiencia Provincial de Gipuzkoa con paso firme. Lo había hablado con Iker y, aunque él no terminara de verlo claro, ella no tenía dudas: tenía que contar lo que había averiguado sobre Aroa Gutiérrez.

Aún quedaban quince minutos para que comenzara la sesión, y agradeció no encontrarse con ningún otro miembro del jurado. Pasaron unos minutos hasta que vio pasar a la letrada de la Administración de Justicia. Llevaba el cabello cobrizo recogido en una coleta alta, zapatos planos y la carpeta de siempre bajo el brazo. Cuando Laia se acercó, la recibió con una sonrisa cordial.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito hablar con la jueza Solozábal, por favor. A solas.

—¿Tiene relación con el juicio? —preguntó con curiosidad.

—Sí, y es importante. Creo que puede afectar a la imparcialidad del jurado.

No hizo falta añadir más. La letrada le indicó que la siguiera y la condujo hasta el despacho de la magistrada. Mientras ella esperaba fuera, la letrada entró e informó a la jueza. Unos minutos después, la invitaron a pasar.

Carmen Solozábal todavía no se había puesto la toga, y a Laia le pareció una mujer distinta. Llevaba un jersey de cuadros en tonos rojos y unos pantalones azul marino, y las gafas de pasta que usaba durante las sesiones y que le daban un aire de catedrática descansaban sobre la mesa. Pensó que, si se la hubiera cruzado por la calle, jamás hubiera imaginado que se trataba de una jueza.

—Buenos días. Tome asiento, por favor —la saludó la magistrada con tono afable—. ¿Qué es eso que quiere contarme?

—He descubierto algo que creo que debe saber. Aroa Gutiérrez, la miembro del jurado, es nieta de la primera víctima del asesino de Gros, Josefa Reboredo.

Tanto la jueza como la letrada arquearon las cejas con asombro.

—La oí hablar por teléfono —continuó Laia un tanto nerviosa—. Dijo algo que me hizo sospechar, y quise corroborarlo. Deberán verificar que estoy en lo cierto, pero creo que sí. Pensé que debía contarlo.

—Ha hecho lo correcto, sin duda, y le doy las gracias por su sinceridad.

—¿Qué ocurrirá con ella ahora?

—Primero debemos hacer las comprobaciones pertinentes, pero puede que tenga que abandonar el jurado si se confirman las sospechas.

Laia asintió.

—Puede volver con sus compañeros.

Después, la jueza se giró hacia la letrada:

—Encárgate de que la policía judicial compruebe esta información lo antes posible, por favor. Y da el aviso de que la sesión se retrasa. Gracias.

Laia se dirigió a la sala reservada para los miembros del jurado. Sus compañeros ya estaban allí, incluida Aroa, que miraba absorta la

pantalla de su móvil. Se acomodó en su sitio y fingió normalidad. Algunos leían el periódico, otros se entretenían con sus teléfonos y el resto charlaba de cosas intrascendentes.

—¿Qué pasa hoy? —preguntó Irene al cabo de un buen rato—. Ya llevamos más de media hora de retraso. Es raro.

—Estarán tomándose un café, como si no tuviéramos otra cosa que hacer que perder el tiempo —respondió Monti.

Diez minutos más tarde, la letrada de la Administración de Justicia tocó la puerta y entró en la sala.

—Buenos días. Ha surgido un contratiempo y la sesión comenzará con retraso. En cuanto estemos listos, vendré para avisarles.

—¿Qué contratiempo? —preguntó Rosi con curiosidad.

—Lo siento, no puedo darles más detalles. Les agradezco su paciencia.

Se marchó sin añadir nada más, dejando la sala sumida en especulaciones y ceños fruncidos. Pasó más de una hora, en la que algunos se pasearon por allí mientras otros protestaban sin cesar. De pronto, la puerta se abrió de nuevo. Era un auxiliar judicial.

—¿Aroa Gutiérrez? ¿Puede acompañarme, por favor?

Todos se giraron hacia ella. Aroa alzó la vista de su móvil y sus mejillas se encendieron al sentir que sus compañeros le clavaban la mirada. Se encogió en el asiento, como si quisiera volverse invisible. Parecía un ratoncito asustado.

Guardó el móvil en el bolso y se levantó avergonzada. Siguió al auxiliar en silencio, mientras el resto de los miembros la miraban con asombro. Las manos le empezaron a sudar y comenzó a temblar en cuanto llegaron al despacho de la jueza. Carmen Solozábal y la letrada de la Administración de Justicia la observaban desde detrás del escritorio, y se sintió intimidada.

—Tome asiento, por favor. Necesitamos hablar con usted sobre algo importante, y le agradeceré que conteste con sinceridad. ¿Es usted nieta de Josefa Reboredo, la mujer asesinada presuntamente por el criminal conocido como el asesino de Gros en el año 2008?

La joven se estremeció y sus manos comenzaron a temblar.

—Sí, señora —reconoció al cabo de unos segundos en los que pensó que iba a desmayarse.

—En ese caso, existe una causa sobrevenida de incompatibilidad. Comprendo que no lo mencionara al inicio del juicio, ya que en ese momento este caso no parecía tener ninguna relación con aquellos crímenes. Pero el pasado viernes, cuando la defensa sugirió un posible vínculo entre ambos casos, su obligación era comunicar esta circunstancia.

—Perdón —susurró Aroa a punto de echarse a llorar.

—¿Podría decirme por qué no lo hizo?

—Porque mi madre no me dejó —admitió finalmente—. Dice que, si Lander Foronda sale culpable, nadie investigará los crímenes del asesino y nunca sabremos quién mató a mi abuela. Además, me da vergüenza que todo el mundo sepa quién soy.

La jueza la observó en silencio durante unos segundos y decidió no ser demasiado dura con ella. Aroa era muy joven, demasiado quizá, y tenía muchas cosas que aprender aún.

—Está bien. Pero debe saber que, en un jurado, la imparcialidad es esencial. Usted no puede formar parte de él en un caso que podría estar vinculado, aunque sea de manera remota, con el asesinato de un familiar. ¿Lo comprende?

Aroa asintió avergonzada y abandonó el despacho deseando desaparecer cuanto antes. La jueza se levantó y comenzó a ponerse la toga.

—Habrá que notificar al primer suplente que pasa a formar parte del jurado. Y vamos a empezar ya la sesión, que es muy tarde.

—No tan deprisa —la detuvo la letrada—. La abogada de la defensa ha solicitado hablar contigo antes y ha pedido que el fiscal esté presente también.

Carmen suspiró con resignación y le pidió al auxiliar que los hiciera pasar y que cerrara la puerta tras ellos.

Silvia Legarre entró en el despacho acompañada de Daniel Vilariño. Saludaron a la jueza y a la letrada con educación y tomaron asiento frente a ellas.

—¿Qué desea exponerme, abogada?

—Verá, anoche tuve conocimiento de cierta información que considero relevante para el procedimiento. Está vinculada con una persona que ya ha prestado declaración.

—¿Qué tipo de información? —intervino el fiscal frunciendo el ceño.

—Indicios de un posible conflicto de intereses.

—¿Está planteando la anulación de ese testimonio? —quiso saber la jueza.

—No. Basándome en el artículo 707 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, solicito que dicha persona vuelva a ser llamada a declarar, esta vez, en relación con esta información. Considero que el contenido es lo suficientemente serio como para considerar una nueva comparecencia.

—¿Estamos hablando de un documento, una grabación, un informe...?

—De un vídeo, señoría. Puedo mostrárselo ahora.

Silvia extrajo el portátil de su maletín, lo encendió y reprodujo el vídeo que Greta había encontrado la noche anterior. Mientras lo veían, se fijó en la expresión de sus acompañantes: la jueza y la

letrada mostraron sorpresa, pero no el fiscal. Daniel Vilariño parecía más molesto que sorprendido.

—De acuerdo —dijo la magistrada cuando Silvia paró el vídeo—. Remítaselo a la letrada para que iniciemos el proceso de verificación. Si se confirma, no tendré inconveniente en autorizar que vuelva a ser llamado a declarar.

Carmen Solozábal se puso en pie y se volvió a quitar la toga. La colgó en la percha y cerró el armario. Luego se giró hacia ellos.

—Dadas las circunstancias procesales extraordinarias que se han producido hoy, la vista queda aplazada hasta mañana.

CAPÍTULO 33

LAIA

2024

La puerta se abrió y la letrada de la Administración de Justicia entró en la sala de descanso de los miembros del jurado por segunda vez esa mañana.

—Debo informarles de que Aroa Gutiérrez ha sido apartada del jurado por una causa de incompatibilidad y será sustituida por el primer suplente, Jokin Sanz.

Jokin, uno de los ingenieros, levantó la mano con discreción para que la letrada lo identificara.

—Muy bien, señor Sanz, a partir de ahora forma parte del jurado popular como titular —aclaró con su habitual tono institucional.

—¡Ay, la Virgen! ¿Qué clase de incompatibilidad? —preguntó Rosi intrigada.

—Lo siento, no puedo darles esa información.

—¿Esto invalida algo de lo que hemos escuchado hasta ahora? —quiso saber Irene.

—No. Esto no cambia nada. Solo que se verá modificada la composición del jurado. Nada más.

—¿Y empezamos ya, o qué? —A Ramón le afectaba más el retraso que lo que hubiese ocurrido con Aroa.

—No, lo siento. La sesión de hoy se suspende hasta mañana, que comenzará a la hora habitual. Además de este, ha habido otros contratiempos —se excusó—. Les agradecemos su colaboración y su paciencia. Pueden irse.

La letrada no esperó a oír las reacciones. Cerró la puerta tras de sí y se marchó antes de que comenzaran las protestas. El silencio apenas duró dos segundos. Algunos empezaron a quejarse por la suspensión de la sesión y otros por la expulsión de Aroa. Todos querían saber qué había ocurrido con ella.

Laia escuchó las especulaciones en silencio, dudando si decir la verdad o no. Durante todo el proceso se había quejado de la falta de información, de los secretos, de las medias verdades... Si ahora callaba y no les contaba lo que sabía sobre Aroa, estaría haciendo con sus compañeros exactamente lo mismo que tanto le había molestado. El jurado tenía derecho a saberlo todo, y estaba claro que, si no hablaba ella, nadie lo haría. Además, las especulaciones no eran buenas: sus compañeros empezaban a elucubrar teorías absurdas, y era mejor cortar por lo sano.

—Aroa es nieta de Josefa Reboredo, la primera víctima del asesino de Gros —les dijo con voz firme—. Lo descubrí por casualidad y se lo he contado a la jueza.

Sintió todas las miradas clavadas en ella y, durante unos segundos, nadie dijo nada. Se habían quedado boquiabiertos con la revelación.

—Te ha faltado tiempo para ir a chivarte —le reprochó Monti con acritud.

—Era una incompatibilidad clara. Tenía que contarlo.

—No tenías que hacerlo —insistió él—. Lo has contado porque te ha dado la gana y porque te gusta dártelas de justiciera. ¿Qué más da quién fuera su abuela?

—Pues claro que da —replicó Laia con severidad—. Su voto podría estar condicionado por eso. Podría querer que no condenaran a Lander para que se reabriera el caso del asesino de Gros. O justo lo contrario, que lo condenaran rápido para pasar página de una vez. En cualquier caso, no sería imparcial.

Los miembros del jurado comenzaron a recoger sus cosas y a marcharse a sus casas. Algunos habían manifestado abiertamente su desacuerdo con lo que Laia había hecho. Otros no habían dicho nada, pero Laia notaba en sus miradas la desaprobación.

—Entiendo que lo hayas contado —le dijo Jokin al pasar por su lado—, pero menuda putada me has hecho.

Laia abrió la boca para contestar, pero Jokin no esperó su respuesta.

—¿Tú también crees que no debería haber dicho nada? —le preguntó a Irene buscando un poco de apoyo.

—No sé, Laia... —respondió ella dudando—. Tiene sentido lo de la incompatibilidad, sí, pero ¿Aroa? Quizá otro miembro sí podría votar movido por sus intereses y tratar de convencernos a los demás, pero Aroa...

—Aroa habría hecho lo que le dijera su madre, y sigo pensando que era mi deber contarlo.

—En ese caso, no le des más vueltas —sentenció Irene—. Solo espero que la prensa no se entere de quién es. Me daría mucha pena por ella.

Laia salió de la Audiencia Provincial de Gipuzkoa sintiéndose más revuelta que nunca. Sabía que había hecho lo correcto, pero la reacción de sus compañeros la había descolocado. No esperaba aplausos, aunque tampoco que la miraran como a una traidora.

Sabía que, si pasaba la tarde sin hacer nada en concreto, terminaría atrapada en una espiral de pensamientos que no la

llevarían a ninguna parte. Por eso, decidió mantenerse ocupada, como había hecho los días anteriores.

Tratando de dejar atrás el malestar que sentía, caminó hasta el Koh Tao Café, cerca de la plaza Gipuzkoa. El local tenía un encanto especial: muebles *vintage* rescatados de distintas épocas, libros apilados en las estanterías y paredes cubiertas de grafitis y obras de arte de todo tipo. Durante el día, ofrecían desayunos y meriendas espectaculares —café recién hecho, *bowls* de cereales y frutas, batidos, dulces caseros...—, y muchos viernes por la noche, el espacio se convertía en escenario de música en vivo, donde los donostiarras cambiaban los batidos y los zumos por un buen cóctel.

Se sentó en una mesa pequeña, junto a la ventana, pidió unas tostas de salmón con queso y disfrutó sin prisa de cada bocado. Después llegó el café moka acompañado de un par de *cookies* de chocolate, sus favoritas. Mientras saboreaba el contraste perfecto entre lo salado y lo dulce, sacó el cuaderno y se puso a anotar lo que sabía hasta el momento sobre el asesino de Gros.

La principal incógnita seguía sin resolverse: ¿eran víctimas al azar o habían sido elegidas por algún motivo? ¿Qué relación podía haber entre ellas? Anotó posibles hilos de los que tirar: ir al antiguo trabajo de Kepa y hablar con sus compañeros, aunque no sabía exactamente qué preguntar; buscar a los exmiembros de la banda Garraxi, disuelta tras la muerte de su cantante; llamar directamente a Aroa y preguntarle por su abuela, aunque dudaba mucho que lograra sacar algo en claro de esa conversación...

Volvió a repasar sus notas buscando conexiones invisibles y concluyó que tan solo había una coincidencia, y estaba cogida por los pelos: dos de las víctimas habían estado en el mismo lugar, el mismo día, justo antes de que ocurriera un accidente. ¿Hacia dónde podía tirar con solo esa información? No había ningún motivo lógico

para que esa coincidencia tuviera importancia, pero en ausencia de nada más, decidió ir al hospital. Josefa Reboredo había resultado herida en el accidente y tal vez hubiera un parte, un informe o un dato nuevo al que nadie más le había prestado atención.

Cogió el autobús de la línea 28, famoso porque el grupo de música La Oreja de Van Gogh le había dedicado una canción en su primer álbum, que unía el centro de la ciudad con la zona de hospitales. Al llegar al Hospital Universitario de Donostia, cruzó la entrada principal y se dirigió directamente al área de administración. Era por la tarde y agradeció que los pasillos estuvieran tranquilos. Se detuvo frente al mostrador, donde dos administrativas estaban concentradas en las pantallas de sus ordenadores. Esperó hasta que una de ellas le hizo un gesto para acercarse.

—Buenas tardes. Vengo buscando información sobre un accidente que ocurrió hace ya muchos años, el 11 de octubre de 2007. ¿Es posible acceder a algún informe de aquel día?

Ambas mujeres se miraron entre sí con extrañeza, como si Laia hubiera pedido algo disparatado.

—Lo siento, pero la ley de protección de datos nos impide facilitar ningún tipo de información.

—Lo entiendo —asintió Laia. Era la respuesta que esperaba—. Pero no busco datos confidenciales. De hecho, ya los conozco. El nombre de la persona que resultó herida es Josefa Reboredo, una mujer de edad avanzada que fue atropellada ese día. Con gusto le preguntaría a ella misma por el tema, pero falleció poco después.

—¿Y para qué necesitas esa información? —preguntó la otra, aún con desconfianza.

Laia habría preferido no tener que mentir, pero era su única opción.

—Soy abogada y estoy trabajando en un caso muy similar. Ya sabéis, de oficio. —Esperaba que ese detalle las pusiera de su lado —. Mi clienta también es una señora mayor que ha sido atropellada, y me sería muy útil conocer casos parecidos: lesiones, posibles secuelas, indemnizaciones... La mujer es encantadora, una mujer que se ha pasado toda la vida trabajando. Y ahora, con esta desgracia, va a necesitar cuidados, rehabilitación... Me temo que cualquier ayuda que le consiga será poca.

Las administrativas volvieron a intercambiar una mirada. Una parecía más reacia, pero la otra se encogió de hombros.

—Chica, total... Ya tiene los datos de la paciente y eso ocurrió hace mil años. No creo que por esto vayamos a meternos en líos.

Laia vio cómo la administrativa que tenía delante se ponía a teclear. Después de unos segundos, alzó la vista y dijo en voz baja:

—Josefa Reboredo, ochenta y dos años. Entrada a urgencias el 11 de octubre de 2007. Atropello leve. Tensión alta, algunos rasguños..., nada grave. Le dieron el alta ese mismo día.

Laia frunció el ceño. Ella recordaba los gritos de la mujer, tendida en el suelo.

—¿Ese mismo día? —preguntó extrañada.

—Así es. Este atropello parece ser mucho menos grave que el de tu clienta. No sé si te servirá como ejemplo.

—Tenía entendido otra cosa, pero me habré equivocado. Desde luego, esto fue una tontería comparada con lo que le ha pasado a mi clienta.

—Bueno, algo más que una tontería sí que fue —opinó la administrativa—. Murió una joven en el siniestro. Pero a la señora no le pasó nada. Eso sí te lo puedo asegurar.

Laia asintió y agradeció la información con una sonrisa educada. Salió del hospital y se sentó en un banco cercano. Cerró los ojos

unos segundos y las imágenes del día del accidente vinieron a su mente: el coche estampado contra el árbol, el cuerpo de Josefa en el suelo, el rostro pálido de la conductora del vehículo... ¿Era posible que la joven fallecida fuera ella? No podía ser. Ella misma había comprobado que estaba bien. Un poco mareada, pero consciente y sin ningún daño aparente. ¿Cómo iba a morir ese mismo día?

Muerta de curiosidad, sacó el móvil del bolso y comenzó a buscar en internet cualquier noticia relacionada con el accidente. Tenía la fecha, el nombre de una de las víctimas y el lugar, y no tardó en dar con varias noticias breves en medios locales. Todas repetían lo mismo: un vehículo se había salido de la calzada y había chocado contra un árbol, llevándose por delante a una anciana. La conductora, cuyas iniciales eran L. M. R., había fallecido poco después, de camino al hospital.

¿¡Cómo!?

Aquello no encajaba con los recuerdos que tenía ella.

Entró en la hemeroteca digital de *El Diario Vasco* y buscó las esquelas publicadas al día siguiente del accidente, el 12 de octubre de 2007. Entre las ocho pertenecientes a Donostia, una llamó su atención de inmediato. Coincidía con las iniciales y con la edad aproximada de la joven. Se llamaba Laura Morales Ruiz.

Pero lo que vio a continuación hizo que se le helara la sangre.

La esquela de Laura no era una esquela individual, sino doble. Laura Morales Ruiz y su madre, Rosario Ruiz Blanco. Fallecidas el mismo día.

Se quedó paralizada. ¿Podía ser que hubieran ido juntas en el coche y murieran a causa del accidente? No, era imposible. Recordaba con nitidez cómo se había acercado al vehículo, cómo había hablado con la joven. Estaba consciente, respondía con claridad... y estaba sola. De eso no tenía ninguna duda.

Entonces, ¿cómo era posible que madre e hija fallecieran el mismo día? ¿Existían coincidencias tan macabras?

Seguía absorta en ese pensamiento cuando un WhatsApp entró en su móvil. Era del grupo del jurado, enviado por Jontxu. El mensaje solo contenía un enlace a un diario digital. Laia lo pulsó sin pensar y el titular la golpeó de lleno:

INESPERADO GIRO EN EL JUICIO DE LANDER FORONDA: LA NIETA DE UNA VÍCTIMA DEL ASESINO DE GROS ESTABA EN EL JURADO

La joven ha sido retirada del juicio tras descubrirse el vínculo

Se llevó una mano a la frente y se quedó inmóvil durante varios segundos. Lo que le faltaba. ¿Habría sido algún compañero el que había hablado con la prensa? ¿O alguien del juzgado? No lo sabía. Ni quería saberlo. Antes de que el WhatsApp empezara a echar humo, lo silenció. Imaginaba cuáles serían los comentarios de sus compañeros y no tenía intención de leerlos.

Intentando calmarse y olvidarse de algo que ya no tenía remedio, volvió a fijar la atención en la esquela. Seguía sin encontrarle una explicación lógica y esa incertidumbre le generaba una sensación desagradable, como de desasosiego. Nunca le había gustado no entender las cosas, la ponía nerviosa.

Releyó la esquela varias veces y fue entonces cuando reparó en un detalle que se le había pasado por alto: en el año 2007 aún era habitual incluir la dirección del fallecido. Memorizó la calle y la buscó en Google Maps. Estaba en el barrio de Egia, uno de los más antiguos de la ciudad.

Con la mente aún agitada por el mensaje de Jontxu y la incómoda sensación de haberle hecho una faena a Aroa, decidió seguir ocupada para pensar en ello lo menos posible. Si iba a casa y se dejaba caer en el sofá con el móvil en la mano, acabaría metiéndose en redes, leyendo titulares, comentarios..., y alimentando su culpa. Mejor no.

El fallecimiento de la joven y su madre no tenía ninguna relación con lo que había estado investigando, pero la curiosidad que sentía era tan grande que, a falta de nada mejor que hacer, buscó en su móvil qué autobús la acercaría a Egia. Cuarenta minutos después, se encontraba frente a un edificio de cuatro plantas, con la fachada de color granate y varias macetas grandes rodeando el portal. ¿Qué podría decir si alguien le abría la puerta? Estaba pensando en ello cuando, de pronto, la puerta del portal se abrió y un niño de seis o siete años salió corriendo con un balón bajo el brazo. Aprovechó para entrar y subir al segundo piso.

Se detuvo frente a la puerta correspondiente y respiró hondo antes de tocar el timbre. Tardaron unos segundos en abrir.

Una mujer de unos cuarenta y cinco años apareció al otro lado. Llevaba ropa deportiva, una cinta en el pelo, y estaba empapada en sudor. Laia dedujo que estaría haciendo ejercicio frente al televisor.

—Perdona que te moleste. Estoy buscando a algún familiar de Laura Morales Ruiz. Tengo entendido que vivió aquí hace muchos años.

La mujer frunció ligeramente el ceño, tratando de hacer memoria.

—Supongo que sería la hermana del antiguo dueño del piso, Sergio Morales. Fue él quien nos lo vendió hace ya muchos años.

Laia asintió. Sabía por la esquela que Laura tenía un hermano. Era el único familiar al que se mencionaba, además de primos y

demás parientes cuyos nombres no aparecían.

—¿Y sabes dónde podría localizarlo?

—Pues creo que se fue a vivir a Francia, pero no sé mucho más.

—Gracias igualmente —dijo Laia.

Se giró con intención de marcharse, pero justo antes de comenzar a bajar las escaleras, dudó. Aun a riesgo de parecer una entrometida, se dio la vuelta y lanzó una última pregunta:

—Sé que Laura y su madre murieron hace muchos años y, si no me equivoco, el mismo día. ¿Tienes idea de lo que les ocurrió?

La expresión de la mujer se endureció ligeramente.

—La verdad es que no tengo ni idea. Alguna vez he oído que fue una desgracia lo que les pasó, pero no sabría darte detalles. No me interesa demasiado la vida de los demás, y no tengo por costumbre ir preguntando por ahí.

Laia se sintió aludida de inmediato y notó cómo se le encendían las mejillas. Forzó una sonrisa educada, se despidió con un leve gesto de cabeza y bajó las escaleras sin decir nada más.

En cuanto salió del portal, queriendo quitarse el mal sabor de boca que le había dejado la contestación de la mujer, sacó el móvil y llamó a su hermano. Iker respondió al primer tono, como de costumbre.

—Dime, hermanita.

—¿Cenas hoy en casa de los aitas? —preguntó intuyendo la respuesta.

—Claro, igual que ayer y que mañana. ¿Por?

—Porque tengo muchas cosas que contarte.

—¿Sigues en modo Jessica Fletcher? —bromeó Iker entre risas.

—Algo así. En media hora estoy ahí.

Colgó, guardó el móvil en el bolso y echó a andar con paso firme. No había descubierto nada realmente útil en toda la tarde, pero al

menos había logrado mantener la mente ocupada. Y, tal y como estaban las cosas tras su revelación en el juzgado, eso ya era bastante.

Laia Ortiz

ANOTACIONES - DÍA 5 DEL JUICIO

JUICIO LANDER FORONDA

17.04.2024 – miércoles

SESIÓN

No ha habido sesión.

MIEMBROS DEL JURADO

Aroa ha sido expulsada por tener un vínculo directo con el caso.

Uno de los ingenieros, Jokin, la sustituirá.

El grupo se me ha echado encima por haber ido a la jueza con el cuento, pero tenía que hacerlo.

PREGUNTAS

Las mismas que hasta ahora.

PORCENTAJE DE CULPABILIDAD

Lo ocurrido hoy no ha hecho variar la percepción de los miembros del jurado en cuanto al caso. Este día no cuenta. Solamente ha servido para una cosa → ahora les caigo peor a mis compañeros (bastante peor).

Y seguro que Aroa me odia.

Pero no me arrepiento. Era mi deber.

CAPÍTULO 34

ANTONIO

2024

La noche anterior apenas había conseguido pegar ojo. La videollamada con la periodista lo había removido por dentro, desenterrando recuerdos y sensaciones que creía superados. Pensaba que lo había dejado todo atrás, sepultado bajo años de asfixiante rutina carcelaria, pero estaba claro que no. Hacía tiempo que no sentía esa mezcla de furia e impotencia y, con una nitidez sorprendente, volvieron a su mente las imágenes, el olor y la horrible escena que se encontró esa noche en el pabellón.

No le había contado todo a la periodista y se revolvió en su litera preguntándose si había hecho bien. Si aquella videollamada hubiera tenido lugar años atrás, cuando aún creía que merecía la pena luchar, no habría dudado en contarle la verdad y tratar de ponerla de su parte. Pero ahora, a punto de cumplir su condena, ¿de qué le iba a servir remover toda esa mierda? De nada.

Cuando todo sucedió llevaba ya algunos años al frente del local de apuestas y máquinas tragaperras. Cara al público, era un negocio completamente legal, y él, un empresario más. Por detrás, sin embargo, había decidido arriesgarse, y comenzó a organizar timbas de póker ilegales en la trastienda. Al principio no eran gran cosa: unos pocos clientes que se dejaban unos dineros mientras bebían,

fumaban y charlaban animadamente. Pero la voz se corrió, y el negocio comenzó a crecer. Las timbas empezaron a llenarse y llegaron nuevos interesados, tipos a los que no solo les gustaba el juego, sino que lo necesitaban. Cuanto más ganaban, más querían apostar. Y cuanto más perdían, más desesperados estaban por recuperar lo perdido.

Antonio se dio cuenta de que ahí había filón y decidió jugársela y ofrecerles algo distinto: peleas de perros en directo. Las ventajas eran evidentes: más espectáculo, más emoción, más salvajismo... y también más adicción. Alquiló un pabellón medio abandonado en Oiartzun, a unos quince kilómetros de Donostia, lo adecentó y comenzó a organizar las peleas. Igual que había ocurrido con las timbas de póker, el boca a boca hizo su labor y cada vez comenzó a presentarse más gente.

—Se te está llenando esto de chusma —le soltó uno de los jugadores más antiguos señalando a un par de camellos de medio pelo que acababan de entrar en el recinto—. Como esto siga así, yo me bajo del carro.

Antonio sabía que tenía razón. Ciertos jugadores con pasta y ganas de apostarse cantidades obscenas de dinero habían dejado de aparecer por no dejarse ver en según qué ambientes y con según qué gente. El pabellón ya no era sitio para ellos: demasiado ruido, demasiado público y poca discreción. Por eso, decidió ir más allá y montar cámaras para retransmitir las peleas por circuito cerrado. De esta manera, solo él tendría el control sobre quién podía acceder al sistema.

Como no entendía demasiado de informática, contrató a alguien que no hacía preguntas para que le montara el tinglado: cámaras, sistema de emisión en directo, autorización de accesos y gestión de apuestas *online*. Aprendió lo justo para poder apañarse solo y

comenzó con la aventura. Se dejó una pasta en todo ello, casi la totalidad de lo que había ganado con las timbas de póker, pero mereció la pena. En muy poco tiempo, el negocio despegó, y no tardó en recuperar lo invertido para después comenzar a tener ingresos más importantes.

El pabellón siguió llenándose de gente de barrio, trapicheros, niñatos, vividores... Todos pegados a la valla, gritando, apostando, creando un ambiente cargado de adrenalina que generaba más emoción. Mientras tanto, los peces gordos lo veían desde la comodidad de su casa o su despacho, copa en mano, disfrutando del espectáculo desde una posición privilegiada y con el anonimato asegurado, ya que ni siquiera él conocía la identidad de los que se conectaban al sistema. Eran clientes que venían recomendados por gente de su plena confianza: habituales en las timbas o en las peleas, tipos que sabían distinguir a un apostador serio de un simple curioso, y a él con eso le bastaba. Por cada uno de ellos creaba un usuario y una contraseña, y nunca pedía nombres ni hacía preguntas. Intuía que detrás de cada *nickname* había personas con apellidos ilustres, empresarios, políticos, banqueros, abogados... No lo sabía con seguridad, pero tampoco le importaba. Cuanto menos supiera, mejor.

Un día, el usuario Reta59, uno de los más activos de la plataforma *online* y cuyas apuestas solían mover cantidades indecentes de dinero, contactó con él a través del chat interno de la aplicación con la que se gestionaba el juego. Quería alquilarle el pabellón para organizar un evento puntual, solo por una noche. No dio más detalles y Antonio tampoco se los pidió. Lo único que tenía que hacer era dejar el local listo y entregar las llaves a un mensajero la mañana del evento. A cambio, recibiría un sobre con veinte mil euros en metálico. Y había una condición: durante el evento, un

informático de su organización tomaría el control del sistema de cámaras, por lo que nadie que no fuera autorizado —Antonio incluido— podría acceder a la retransmisión. Por lo tanto, él no podría ver, grabar ni controlar nada.

Antonio dudó. La propuesta era, cuando menos, extraña. Nadie le había pedido alquilar el pabellón antes, y las condiciones lo hacían desconfiar, pero la cifra era muy tentadora y, lo que se le requería, muy sencillo de hacer: limpiar, entregar unas llaves y mirar para otro lado durante unas horas. No tardó en decidirse y aceptó.

El día del evento, Antonio lo dejó todo listo en Oiartzun. Fregó el suelo, ventiló el lugar y se encargó de que no quedara ni rastro de las peleas de animales. A media mañana, un joven con uniforme de una empresa de mensajería se presentó en su local de apuestas y tragaperras con un sobre que le entregó a cambio de las llaves. Poco después, recibió un mensaje de Reta59 pidiéndole las claves de administrador del circuito cerrado, tal y como habían acordado. Antes de despedirse, le aseguró que al día siguiente otro mensajero le devolvería las llaves y ahí acabaría todo.

Esa noche, en la trastienda del local, se jugaba una timba de póker muy concurrida. Antonio intentó centrarse en la partida, pero tenía la cabeza en Oiartzun. ¿Qué clase de evento se estaría celebrando? ¿Por qué tanto secretismo? ¿Qué tipo de gente habría acudido al pabellón? Cuando la partida terminó y los últimos clientes se marcharon, unos más contentos que otros, lo recogió todo y se encerró en su despacho. La curiosidad que sentía era demasiado fuerte y, a pesar de saber que tenía prohibido conectarse al sistema de cámaras, lo intentó. Tecleó el usuario y la contraseña del administrador varias veces, pero no lo consiguió. Acceso denegado. Tal y como le habían advertido, habían capado su entrada y ni siquiera podía ver el panel de control.

El hecho de que hubieran cumplido su advertencia no hizo más que acrecentar su interés, y recordó que existía una alternativa para ver en directo lo que ocurría en el recinto: una cámara de seguridad extra, independiente del resto del sistema. «Quizá no la uses nunca, pero si el servidor falla en medio de una retransmisión, al menos podrás acceder a esta cámara. No tiene sonido, pero evitarás dejar colgados a los usuarios», le había dicho el tipo que contrató para instalar el sistema de grabación. Buscó entre los cajones las instrucciones para conectarse a esa cámara y, debajo de la garantía de la última tragaperras que había comprado, las encontró. Siguió los pasos, cruzó los dedos... y conectó. Estaba dentro.

La imagen tardó en cargar. Tras varios segundos, una persona desnuda, atada de pies y manos a una camilla metálica, apareció en pantalla. El prisionero temblaba y respiraba con dificultad. El pecho se le hinchaba y deshinchaba con una rapidez agónica, estaba empapado en sudor y, por la expresión de su cara y su cuerpo, parecía estar profiriendo gritos desgarradores, aunque Antonio no podía oírlo.

A su lado, un hombre grande, de espaldas anchas y brazos fuertes. Vestía de negro y llevaba la cara cubierta con una especie de máscara. En la mano derecha sostenía unos alicates. En la izquierda, una *tablet*. El grandullón observaba la pantalla con atención. De pronto, sonrió y asintió levemente. Depositó la *tablet* en una mesa repleta de todo tipo de instrumental y se acercó a la camilla. Con movimientos pausados, como si estuviera disfrutando del momento, se inclinó sobre el prisionero y, sujetándole con fuerza la mano temblorosa, le arrancó la uña del dedo meñique. El prisionero pareció enloquecer de dolor.

Antonio abrió los ojos como platos y se le cortó la respiración. ¿Qué cojones era lo que estaba viendo? Se levantó de golpe, con el

corazón a mil. Tiró la silla hacia atrás y apagó el ordenador de un manotazo. Cerró los ojos con fuerza tratando de borrar aquella imagen de su mente, pero ya era tarde. Se le había grabado a fuego.

Comenzó a pasearse por el despacho. «Hostia puta, ¡no me jodas!», repetía una y otra vez. Lo primero que le vino a la cabeza era que debía llamar a la policía, pero desechó la idea de inmediato. Si hablaba, quienquiera que fuera Reta59 se lo llevaría por delante, estaba seguro. Siguió paseándose de un lado a otro, buscando una explicación. Tal vez lo había malinterpretado todo. ¿Y si era un montaje? ¿Una escenificación? ¿Un maldito teatro? Volvió al ordenador con las manos temblorosas y decidió volver a conectarse a la cámara auxiliar. No podía con la incertidumbre y necesitaba saber. La imagen tardó unos segundos en aparecer. Cuando por fin se cargó, el corazón se le aceleró aún más. El hombre de la máscara estaba encima del prisionero y lo estaba estrangulando. A su lado, una pantalla mostraba una cuenta atrás. Ocho, siete, seis... Cuando el contador llegó a cero, el verdugo disminuyó la presión. El prisionero, con los ojos en blanco y desesperado por llenar sus pulmones, aspiró una bocanada de aire entre toses.

La imagen de la pantalla parpadeó durante una fracción de segundo y, de pronto, el verdugo se detuvo, como si hubiera notado que algo no iba bien. Se volvió hacia la cámara auxiliar y su mirada se clavó en el objetivo. Antonio sintió un pinchazo de puro pánico en el pecho. Lo estaba mirando fijamente.

El verdugo comenzó a gesticular, furioso. Señalaba la cámara extra con insistencia. Después, sacó un móvil del bolsillo, hizo una llamada y comenzó a discutir acaloradamente con alguien, sin dejar de señalar la cámara.

Antonio apagó la pantalla de golpe y desenchufó el cable del ordenador invadido por una sensación de pavor. Le costaba respirar por el impacto y sentía los latidos de su corazón como si fueran martillazos golpeándole las sienes. Se desplomó sobre la silla e intentó ordenar sus pensamientos. ¿Lo habían descubierto? ¿Sabrían que se había conectado? Y, después de lo que había visto, ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Llamar a la policía? ¿Salir corriendo? ¿Hacer como si nada y ya está? Volvió a pasearse por el despacho. No podía quedarse allí parado. Necesitaba saber, asegurarse de que todo había terminado y de que no habían dejado ni rastro de lo ocurrido. Pero no debía precipitarse. Llegar al pabellón cuando todavía el hombre de la máscara y el prisionero estaban allí sería un error descomunal. Por eso, esperó un par de horas.

Al cabo de ese tiempo, cuando la ciudad dormía, con las llaves de repuesto en el bolsillo, se subió al coche y condujo en silencio los quince kilómetros que separaban su local del pabellón. Al llegar, encontró el lugar sumido en un silencio absoluto. Ni un alma, nada. Abrió la puerta despacio, con cautela, y un olor ácido le golpeó de lleno. Prefirió no encender las luces y avanzó alumbrando con la linterna del móvil. Y entonces lo vio.

El prisionero seguía allí, tendido sobre la camilla, desnudo, muerto. Estaba empapado, aunque no pudo determinar si era sudor, orina o si lo habían sumergido en el barreño de agua fría que aún había a un lado. Tenía contusiones y magulladuras por todas partes, especialmente en la zona del cuello. Sus uñas, tanto las de las manos como las de los pies, habían desaparecido. Y no solo eso. Al acercarse a él, vio que tenía las yemas de los dedos quemadas, abrasadas.

Se le revolvió el estómago y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no vomitar. El hedor y la visión del cuerpo torturado eran

demasiado. Se desplomó en el suelo, cerró los ojos y se concentró en respirar. Tenía que tranquilizarse. Si no, no podría pensar con claridad.

Al cabo de unos minutos, cuando consiguió recuperar el control, cogió el móvil, entró en la aplicación de chat y escribió a Reta59. El mensaje fue claro y conciso: «¿¡Qué mierdas habéis hecho aquí!? ¿Quién es este tío?». La respuesta no tardó en llegar y fue aún más clara que su mensaje: «No vuelvas a contactar conmigo». Apenas unos segundos después, el chat se cerró y apareció un texto en la pantalla: «Usuario inexistente».

Antonio se quedó helado mirando el móvil. Lo habían dejado solo con un cadáver en mitad de su pabellón. Nadie vendría a llevárselo, nadie limpiaría el lugar. Nadie. Por eso, decidió que tendría que hacerlo él y comenzó encendiendo las luces para ver con claridad a qué se estaba enfrentando.

A un lado del cuerpo, estaba el barreño de agua que ya había visto antes y, al otro, una mesa con restos de comida, insectos muertos, varias jeringuillas desechables, cuchillas y otros utensilios que no alcanzaba a identificar. Alzó la vista y descubrió algo aún peor: se habían llevado todas las cámaras. Habían cortado los cables y las habían arrancado de sus soportes a golpes. Todas. Incluida la auxiliar.

Entendió que tenía dos opciones: llamar a la policía, contar lo que sabía y rezar para que le creyesen, o limpiarlo todo, deshacerse del cadáver y cruzar los dedos para que nadie descubriera lo ocurrido.

Eligió lo segundo, y le salió mal.

Muy mal.

Después de limpiar el pabellón a conciencia, consiguió meter el cuerpo en el maletero de su coche y se dirigió hacia el parque

natural de Peñas de Aya con el objetivo de encontrar un lugar apartado donde cavar un agujero y enterrarlo. Pero nunca llegó. A la salida de Oiartzun, uno de los controles de alcoholemia de la Ertzaintza, más frecuentes en esa época por ser temporada de sidrerías, lo detuvo. El estado de nerviosismo extremo que mostraba Antonio llevó a los ertzainas a registrar también el vehículo. Ahí fue cuando todo se fue al garete.

Decidió contar lo que sabía en comisaría y repitió una y mil veces que no tenía nada que ver y que había sido tan solo un cabeza de turco, pero a la policía le faltaron motivos para creer su versión: no había ningún testigo que corroborara nada de lo que decía, el usuario Reta59 no existía, y las conversaciones mantenidas con él, tampoco. Nunca se encontró ningún vídeo que explicara lo que había sucedido esa noche en el pabellón, y tampoco pudo demostrar que los veinte mil euros que hallaron en su caja fuerte, junto con otro montón de dinero más, provenían del pago de ese supuesto alquiler y no de las timbas ilegales de póker que organizaba en la trastienda.

Con todo ello, Antonio fue condenado a catorce años de cárcel. Con el paso del tiempo, se convenció de que Reta59 debía de ser alguien con mucho dinero y mucho poder también, y que lo que fuera que había ocurrido esa noche en su pabellón lo habían presenciado personas que pagaban por ver atrocidades que no se atreverían ni a nombrar en voz alta.

Pero ¿cómo demostrarlo?

Antes del juicio, su abogada fue franca con él:

—No hay nada que hacer, Antonio. No hay pruebas que sostengan tu versión. Te van a declarar culpable. Quizá no de asesinato, pero sí de otros delitos graves.

Ardió de rabia solo de pensar en ellos, los peces gordos. Se habían salido con la suya y lo habían abandonado. El mensaje de la

fiscal Silvia Legarre, sin embargo, le devolvió la esperanza. Esa información de la que hablaba lo esclarecería todo. Por fin sabría quién estaba detrás de Reta59 y qué ocurrió esa noche, y podría demostrar su inocencia. Pero la esperanza le duró solo lo que tardó la fiscal en presentarse en el juzgado, echarse atrás alegando que todo había sido una equivocación y largarse para no volver.

Y ahora ya, a esas alturas, de poco le valía que una periodista viniera a remover la mierda.

CAPÍTULO 35

SILVIA

2010

Iñigo le había insistido varias veces a lo largo del embarazo para que cogiera la baja laboral, pero ella prefería no hacerlo. Todavía le quedaban tres meses para que su niña naciera y necesitaba mantenerse activa.

—Tienes que parar, cariño —le había dicho él esa misma mañana mientras hacía la maleta para marcharse fuera hasta el sábado—. La fecha del parto se acerca y trabajas demasiado. Ahora que no tienes a Rocío dándote la tabarra, es buen momento para tomarte un descanso.

Sabía que su marido tenía razón, pero la idea de quedarse sola en casa mientras él viajaba a Suiza y Mikel estaba en el colegio le resultaba muy poco alentadora.

El comentario de Iñigo le hizo pensar en Rocío y se dio cuenta de que, en cierto modo, la echaba de menos. No podía negar que sintió un alivio inmediato cuando se marchó. Había estado meses cargando con su trabajo y con parte del de su compañera, y al fin podía respirar. Pero el alivio se mezclaba con la pena. Ver a una amiga, muy buena profesional, viniéndose abajo de esa forma le parecía muy injusto. Ahora que ya no estaba, todo era más fácil, pero la echaba en falta.

—Encima cada vez duermes peor y se te ve cansada —oyó que insistía él sacándola de sus pensamientos.

—Estoy embarazada, no enferma. —Se negaba a reconocer que comenzaba a notar los primeros dolores de espalda—. Y necesito distraerme. Te prometo que en las últimas semanas me centraré en Mikel y en preparar la llegada de la niña. Además, hoy comienzo un nuevo juicio. No es un buen momento para parar.

Iñigo puso los ojos en blanco. Ambos sabían que, tras ese juicio, vendría otro, y después otro más, hasta que el parto estuviera tan cerca que no le quedara más remedio que retirarse a descansar.

A Silvia le venía muy bien estar ocupada, aunque el caso que tenía entre manos, más que distraerla, la desconcertaba: un cuerpo brutalmente torturado hallado en el maletero de un coche; el acusado, un buscavidas amigo de las apuestas ilegales, con demasiado dinero en metálico y sin pruebas a su favor; y una historia absurda sobre un tal Reta59 y unas retransmisiones inexistentes. Todo muy rebuscado. Y, sobre todo, la sensación de que algo no terminaba de encajar.

La versión del acusado no había por dónde cogerla, de eso no había duda, pero tampoco creía que todo fuera tan simple como para que el peso del crimen recayera solo en él. Antonio Hervás no parecía el tipo de hombre que tortura a otro durante horas hasta matarlo.

A lo largo de su carrera como fiscal había aprendido a leer la mentira en la voz, en los gestos, en la mirada. Y también el remordimiento, la culpa o el dolor sincero. Pero en Antonio solo había visto desesperación, angustia por verse envuelto en algo cuyas dimensiones, según él, alcanzaban niveles mucho mayores. Además, seguían sin identificar a la víctima. Ni huellas, ni documentación, ni

denuncias de desaparición que encajaran con sus rasgos. Todo muy raro. Demasiado raro.

Como fiscal, su trabajo consistía en demostrar la culpabilidad del acusado más allá de toda duda razonable, y en este caso tenía las de ganar. Todas las pruebas apuntaban en una única dirección, y cualquier tribunal lo consideraría culpable. Debía pedir una condena ejemplar y lo haría, pero al finalizar el primer día de juicio, abandonó los juzgados sin poder quitarse de encima la sensación de que, cuando absolutamente todo apunta, de una manera tan obvia, en una única dirección, es porque alguien se ha esforzado en que así sea.

Esa tarde, recogió a Mikel de sus clases de judo a las siete. El niño salió corriendo del vestuario con el pelo alborotado y la mochila a medio cerrar. Estaba emocionado porque había conseguido ganar un combate contra un niño un par de años mayor que él.

—¡Tenías que haberme visto, ama! Le he hecho una llave nueva y ha caído como un saco. ¡Y eso que tiene nueve años!

—¡Qué bien, *maitia*! Tu hermana y yo vamos a estar superseguras contigo —le respondió Silvia con una sonrisa.

Esa noche, en su chalet de Igeldo y después de darse un buen baño, Mikel hizo los deberes mientras ella preparaba unas empanadillas de atún para los dos. Cenaron, leyeron juntos uno de sus cuentos favoritos y Silvia arropó a su hijo a la hora de dormir. Después, se acomodó en el salón con una taza de té caliente entre las manos. Lo saboreó, cerró los ojos unos segundos y disfrutó del silencio. Cuando Maialen naciera, sabía que no habría muchas ocasiones como aquella.

Se descalzó y comenzó a masajearse los pies, cada vez más hinchados. De pronto, sonó el timbre, algo que le pareció muy extraño. Era muy tarde para recibir visitas. Con una mano, descorrió

un poco la cortina para ver quién era a través del ventanal. Junto a la puerta, distinguió una figura con el rostro cubierto por un casco de moto. Parecía un repartidor.

Se puso las zapatillas de casa y cruzó el jardín acariciando su vientre con la mano, un gesto instintivo que repetía casi sin darse cuenta. Abrió la puerta con precaución y se acercó al motorista, pero este, sin mediar palabra, dejó caer un sobre de color sepia a sus pies, aceleró la moto y desapareció a toda velocidad.

Silvia se quedó paralizada ante la repentina y abrupta marcha del motorista. Cogió el sobre con sumo cuidado, como si pudiera contener una bomba a punto de estallar. De hecho, podía ser. Que un juez o un fiscal recibiera una carta bomba enviada por la banda terrorista ETA era algo que ya había ocurrido antes.

Entró en casa, cerró la puerta con llave y bajó las persianas. Solo entonces, en la mesa del salón, se atrevió primero a oler el sobre, consciente de que un olor amargo podía delatar la presencia de un explosivo. Al no detectar ningún olor específico, examinó el sobre con detenimiento y lo palpó con cautela. Cuando creyó que no había peligro, lo abrió. Dentro encontró varias hojas impresas y un objeto pequeño y rígido, envuelto en una bolsa de plástico transparente: un disco duro portátil.

Dejó el disco duro a un lado y comenzó a leer. Revisó la primera hoja, la segunda, la tercera... Poco después, cuando comprendió el contenido de los documentos, se puso pálida y se le aceleró el pulso. Aquello demostraba que Antonio Hervás no mentía al asegurar que él tan solo era un simple peón, el rostro visible de una trama mucho mayor. Avanzó de página en página con los labios entreabiertos y la respiración cada vez más agitada. No daba crédito a lo que estaba leyendo.

—No puede ser —murmuró en voz baja, con los folios temblándole entre los dedos.

Nombres, fechas, ubicaciones, pagos. Una red perfectamente estructurada. Reconoció en la lista a personas conocidas e influyentes, gente con dinero y también con poder: políticos, empresarios, deportistas, incluso alguna cara habitual de los medios. Había coincidido con algunos en actos oficiales, y había quien le había estrechado la mano. ¿Quién de todos ellos sería Reta59? Con esa pregunta martilleándole la cabeza, pasó a la siguiente sección. Allí, el nombre de un juego: *La resistencia humana*. Más adelante, las reglas. A medida que las leía, sintió una punzada en el estómago, distinta a las sufridas a causa del embarazo. Se llevó la mano a la frente y notó cómo el corazón le golpeaba el pecho demasiado fuerte.

Se obligó a parar, a respirar. Después, conectó el disco duro a su ordenador portátil. Tan solo encontró un único archivo en su interior: un vídeo. Lo abrió y adelantó la reproducción hasta la mitad, incapaz de esperar. Lo que vio fue tan atroz, tan brutal, que soltó el ordenador de golpe, corrió hasta la cocina y, abrazándose el vientre con ambas manos, vomitó en el fregadero.

Se quedó allí unos segundos. Con Iñigo lejos de casa y Mikel y ella solos en el chalet, se sintió de pronto vulnerable, expuesta. Activó la alarma de seguridad, cerró con llave todas las puertas y volvió al salón. Recogió los documentos y el disco duro, se dirigió al despacho y los guardó en la caja fuerte. El material que había recibido levantaría muchas ampollas. Lo sabía. Estaba ante algo grande. Aquellos documentos podían destruir carreras, reputaciones, familias. Pero también podían salvar a un hombre que estaba a punto de ser condenado injustamente. No podía mirar hacia otro lado. Callar no era una opción. Silenciar aquello, tampoco.

Mientras subía al piso de arriba pensó en quién podía haberle enviado el sobre. ¿Quién querría que esa información saliera a la luz? ¿Y por qué se la había dado a ella y no a Ana Ruiz, la abogada de Hervás? Solo se le ocurrió una explicación: fuera quien fuese, la conocía. Sabía cómo actuaba y que no se acobardaría ante algo de semejantes dimensiones.

Se metió en la cama de su hijo y lo abrazó con ternura. Necesitaba tenerlo con ella, protegerlo. Antes de apagar la luz, cogió el móvil y le escribió un mensaje a Ana Ruiz:

«He recibido nueva información sobre el caso. Esto lo cambia todo. Mañana hablamos».

Al día siguiente, lo primero que hizo nada más levantarse fue extraer los documentos de la caja fuerte. Fotocopió las hojas una por una e hizo una copia del vídeo en un disco externo vacío. Cuando terminó, guardó las copias en la caja fuerte y los originales en su maletín.

Como si fuera un día más, despertó a su hijo, le preparó el desayuno y lo ayudó a vestirse mientras comentaban la obra de teatro que estaban preparando con Mrs. Logan en clase de inglés. A Mikel le habían asignado el papel de rana y no estaba demasiado contento por ello.

Salieron de casa como cada mañana, llevó a Mikel al colegio y esperó frente a la puerta hasta verlo entrar. Después, arrancó el coche de nuevo y condujo hasta los juzgados. Como si estuviera custodiando el santo grial, salió del coche con el maletín bien sujeto bajo el brazo. Sabía la magnitud de lo que había en su interior y no podía evitar agarrarlo con fuerza.

Sintió la vibración de su teléfono móvil justo cuando estaba a punto de subir las escaleras centrales de entrada al juzgado. Se detuvo, sacó su BlackBerry de última generación y miró la pantalla.

Mostraba un número que parecía extranjero, y los últimos cuatro dígitos le llamaron la atención: 7777. Descolgó.

—¿Sí? ¿Dígame?

—Detente. No entres en los juzgados —le ordenó una voz distorsionada desde el otro lado de la línea. Sin duda, era una voz manipulada con un modulador. Imposible saber si era hombre o mujer. Imposible identificar la edad o el acento.

—¿Perdón? —respondió ella desconcertada.

—No entres en el edificio. Da la vuelta y dirígete a tu derecha. Cruza la carretera y entra en la calle Manterola. Busca el número 7.

—¿Cómo dices? ¿Por qué iba a hacer eso? ¿Quién eres?

—Alguien que puede hacerle mucho daño a tu familia y que se va a encargar de que la persona que te ha hecho llegar la información que llevas en el maletín pague por habértela entregado.

Silvia se quedó paralizada y agarró aún con más fuerza el maletín.

—Esta información va a ver la luz y todos los depravados que formáis parte de esto terminaréis entre rejas —se encaró ella.

No oyó nada al otro lado de la línea durante unos segundos. Por un momento, pensó que la llamada se había cortado, pero no tardó en descubrir que no era así.

—Mira en tu móvil. Te hemos enviado una foto.

Sin colgar la llamada, Silvia bajó lentamente la mano que sostenía el teléfono y abrió la aplicación de mensajes. Tenía un nuevo SMS, enviado desde el número de los sietes. Dentro, una imagen. La abrió con un mal presentimiento y tardó apenas un segundo en reconocer la escena: era su hijo Mikel en el patio del colegio. Vestía la ropa que ella había elegido para él esa misma mañana.

Se tapó la boca con una mano y dejó escapar un sonido ahogado. Las piernas le temblaban, se tambaleó y tuvo que apoyarse en la pared de piedra del juzgado para no desplomarse. Le costaba respirar.

—Tú eliges si quieres que le hagamos daño o no —continuó la voz metálica—. Si quieres mantenerlo a salvo, haz exactamente lo que te decimos. Ve a la calle Manterola número 7 y entra en el portal.

Silvia no respondió. Estaba demasiado aterrada como para discutir o preguntar nada. Su instinto de madre se impuso a todo lo demás y, sin soltar el teléfono, comenzó a cruzar la calle.

Apenas unos segundos después, se plantó frente al número 7 de la calle Manterola, un edificio situado en una calle perpendicular al juzgado. Tenía cuatro plantas, con balcones forjados de hierro negro y miradores altos enmarcados por madera blanca. A un lado del portal, un garaje cerrado; al otro, un pequeño comercio con la persiana aún a medio subir. En cuanto se acercó a la puerta de entrada, el zumbido del portero automático sonó, y solo tuvo que dar un pequeño empujón para abrirla y entrar. La estaban vigilando. Lo sabía.

—Al fondo, a la izquierda, hay un cuarto de contadores. Deja el maletín en el suelo y cierra la puerta.

—En el maletín tengo documentación personal, anotaciones...

—No se te ocurra sacar nada —la interrumpió la voz metálica.

Silvia obedeció sin decir una palabra. Recorrió el portal de techos altos y baldosas de colores sintiendo cómo el contacto con el maletín le abrasaba la mano. Al llegar al fondo, abrió la puerta metálica del cuarto de contadores. Olía a humedad y había mucho polvo, y dejó el maletín en el suelo, junto a una caja de fusibles.

—¿Existe alguna otra copia de la documentación?

Silvia tragó saliva. Le temblaba el cuerpo, pero logró mantener la voz firme.

—No, ninguna —mintió haciendo acopio del coraje que le quedaba.

Después, como si el mero hecho de haber sido capaz de mentir le diera fuerza, se atrevió a levantar la voz.

—¡Más os vale no tocar a mi hijo!

—Tranquila. Tu hijo está perfectamente, y lo seguirá estando si cumples las reglas.

Silvia contuvo unas ganas enormes de gritar. Amenazándola con hacerle daño a Mikel, la tenían justo donde querían.

—¿Qué reglas? —preguntó con rabia.

—Nunca revelarás el contenido de esos documentos. Nunca. A nadie. Si lo haces, lo sabremos. Y entonces iremos a por ti y a por los tuyos.

Silvia no respondió. Sabía que la estaban observando y no quería darles el gusto de verla derrumbarse.

—Ahora —continuó su interlocutor con un tono frío y amenazante —, ve al juzgado y abandona el juicio con cualquier excusa.

—No puedo hacer eso.

—Claro que puedes, y lo vas a hacer. ¿O quieres que te repita lo que ocurrirá si no lo haces?

Apretó los dientes contra su labio inferior. Quería gritar, llorar, coger el teléfono y estrellarlo contra la pared, pero debía mantener la calma. Inspiró hondo varias veces.

—Recuerda —dijo la voz al otro lado a modo de despedida—. Si tú cumples, nosotros cumplimos.

La llamada se cortó de repente. Silvia guardó su móvil en el bolso con manos temblorosas, regresó rápidamente a los juzgados y se metió en un baño. Con la espalda apoyada contra los fríos azulejos

de la pared, se desmoronó. Necesitaba recuperar el aliento y decidir qué debía hacer.

Al cabo de un rato, se recompuso y pidió hablar con el juez. Cuando este la recibió en su despacho, improvisó lo mejor que pudo.

—No me encuentro bien. Necesito que me vea un médico —dijo cubriéndose el vientre con ambas manos.

El magistrado la observó con preocupación.

—Ahora mismo llamo a una ambulancia.

—No, no es necesario. Puedo conducir. Gracias.

Antes de que nadie pudiera decir nada más, recogió sus cosas y salió del despacho. Al atravesar el pasillo, se cruzó con la abogada de Antonio Hervás. Sabía que le debía una explicación y se detuvo apenas un segundo.

—Lo siento. Creía que tenía algo importante, pero me equivoqué. Ha sido un error.

Ni siquiera esperó a ver la reacción de la abogada. Sabía que no se lo creería y que sospecharía de su repentina retirada. Ana no era tonta, pero ella no podía hacer otra cosa. Solo rezar para que no indagara demasiado y no la metiera en problemas.

Se dirigió a su coche con paso rápido, arrancó y condujo directa al colegio de Mikel. Necesitaba comprobar con sus propios ojos que estaba bien. Atravesó los pasillos hasta llegar a su clase, llamó a la puerta y, al entrar, lo buscó con la mirada. Lo encontró al fondo, con un pincel en la mano y la bata llena de manchas de pintura, concentrado en el mural que decoraría el escenario para la obra de teatro.

Sintió cómo una oleada de alivio le recorría el cuerpo. Se recompuso y, con una excusa vaga, convenció a la profesora para llevárselo antes de tiempo. Pasaron el resto del día juntos, en casa, jugando, cocinando y leyendo. Y al día siguiente también. Silvia

estaba demasiado asustada y necesitaba tenerlo junto a ella en todo momento. Cuando Iñigo llamó desde el extranjero para ver qué tal iba todo, Silvia disimuló, haciendo como si no hubiera pasado nada.

—He visto a Mikel un poco raro estos días y no está yendo al cole —le explicó a su marido—. Y por fin he decidido darte la razón y tomarme un descanso.

Durante esos días, Silvia no dejó de pensar en lo que había ocurrido. Siempre se había considerado una mujer fuerte, firme en sus convicciones, alguien que creía en la justicia y en la verdad, en hacer lo correcto incluso cuando era la opción más difícil. Pero esta vez todo era distinto. Esta vez le habían dado justo donde más dolía. Su familia era para ella lo más sagrado, y no pensaba ponerla en peligro, ni por este caso ni por ningún otro. Le dolía admitirlo, pero ellos habían ganado y ella había perdido. Aunque, en el fondo, ¿garantizar el bienestar y la seguridad de los suyos no era una forma de ganar también?

Convencida de que era lo correcto, pidió cita en la Policlínica con su ginecóloga. Le explicó que llevaba un par de días sin ir a trabajar, pero que ya se encontraba mejor. Aun así, solicitó la baja médica alegando que el nivel de estrés en la fiscalía era demasiado.

—Claro, es lo mejor que puedes hacer ahora —respondió la ginecóloga con una sonrisa amable—. Tomártelo con calma y descansar. Ya sabes que, con un niño y una recién nacida en casa, no será tan fácil hacerlo.

Silvia asintió sin imaginar que aquella decisión que parecía temporal, una pausa, acabaría siendo irreversible. Con la llegada de Maialen y el posterior diagnóstico de su enfermedad —además del miedo que se le había metido en el cuerpo por que pudieran atentar contra su familia—, su vida daría un vuelco tan grande que la fiscalía

quedaría atrás para siempre. Y, con ella, el caso de Antonio Hervás también. Al menos en apariencia.

Porque nunca destruyó la documentación.

En su despacho, detrás de un cuadro y empotrada en la pared, la caja fuerte guardaba en su interior un gran secreto que ella conservaría por precaución, y también por estrategia. Si algún día las cosas se torcían, si volvían a amenazarla o alguien se atrevía a tocar a los suyos, tendría con qué defenderse.

Esa sería su última bala.

Y no dudaría en utilizarla si era necesario.

CAPÍTULO 36

EL JUICIO - DÍA 6

2024

El reloj marcaba las nueve de la mañana en punto cuando dio comienzo la sexta sesión del juicio. Los miembros del jurado ocupaban sus asientos en silencio. Parecían más tensos de lo habitual y se les veía cansados. El día anterior no había habido sesión, suspendida primero por la expulsión de un miembro del jurado y después por un contratiempo del que nadie les había querido decir nada. El proceso se estaba alargando y los días pesaban cada vez más.

Silvia Legarre había llegado temprano. El descubrimiento de Greta había resultado ser muy beneficioso para su estrategia, y no pensaba desaprovecharlo. A Lander, sin embargo, no había querido contarle demasiado. Tan solo le explicó que había dado con una información relevante que jugaba a su favor. Él no preguntó de qué se trataba. Simplemente asintió con un leve movimiento de cabeza. El proceso estaba siendo emocionalmente devastador. Aun así, que el juicio se alargara un día más no le parecía una mala noticia. Cualquier cosa era mejor que estar en la cárcel.

Un murmullo leve recorrió la sala cuando la jueza Solozábal tomó asiento y ordenó al auxiliar que hiciera pasar al testigo. Silvia se

sentía más que preparada para interrogar a la única persona que lo haría por segunda vez.

Todos los ojos se volvieron hacia la puerta lateral de la sala. La figura que apareció hizo que los miembros del jurado, así como parte del público, se miraran entre sí, confusos. Era el ertzaina Javier Larrañaga, jefe de la investigación policial, el mismo al que Silvia había acusado de incompetente por no haber seguido todas las líneas de investigación y de mentiroso por haber ocultado pruebas.

Larrañaga entró con paso firme y tomó asiento. No parecía estar de muy buen humor.

Silvia se levantó despacio, se colocó frente a él y pidió la venia después de que la magistrada lo presentara. Comenzó el interrogatorio.

—Buenos días, oficial. Gracias por volver a comparecer.

Larra asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Preferiría no andarme con rodeos e ir al grano, si me lo permite. Así que le voy a hacer una pregunta directa: ¿sabe usted que existe un vídeo en YouTube en el que aparece portando una pancarta?

—No sé de qué vídeo me habla —respondió él frunciendo el ceño.

—No es un vídeo reciente. Se grabó hace unos años, durante una manifestación que recorrió varias calles de la ciudad. En las imágenes se ve claramente cómo usted sostiene una pancarta junto a otras personas. ¿Recuerda el motivo de esa protesta?

Larra se revolvió en su asiento. El primer interrogatorio había sido muy agresivo, y todo indicaba que este no sería distinto.

—No se preocupe —se anticipó Silvia—. Se lo recordaré. El lema que figuraba en la pancarta era: «Lurberri, devuélvenos la Parte Vieja». Y el grito que coreaban los manifestantes una y otra vez era

«Foronda *kanpora*», que significa, literalmente, «Foronda fuera». Aclárenos una cuestión, por favor. Ese Foronda al que se refiere, ¿es el padre del acusado?

—Sí —Larra lo admitió visiblemente incómodo.

—Permítame explicar algo al jurado. —Silvia se giró hacia ellos—. Lurberri es una gestora inmobiliaria muy cuestionada por sus prácticas. Su objetivo principal es adquirir pisos en la Parte Vieja de Donostia para transformarlos en apartamentos turísticos, desplazando a los vecinos de toda la vida. En el año 2021, el medio *Donostia Press* destapó que el verdadero propietario de esta empresa, a través de sociedades interpuestas, es el empresario Josean Foronda, padre de mi defendido.

Algunos miembros del jurado asintieron, dando a entender que conocían esa información. Otros, como Laia y Jontxu, levantaron las cejas y se mostraron sorprendidos.

—Dicho esto, ¿puede explicarnos qué hacía usted en esa manifestación?

—Protestar, como el resto —respondió él con firmeza—. Esa gestora ha hecho mucho daño. Ha transformado uno de los barrios más emblemáticos en un avispero de turistas, donde no hay más que ruido y masificación.

—¿Tiene usted alguna vinculación personal con el barrio?

—Yo crecí en la Parte Vieja.

—¿Considera que las prácticas de esa gestora son... agresivas?

—No es que lo considere. Es que lo son.

—Ya... ¿Y usted lo sabe porque...?

Silvia dejó la frase suspendida en el aire a fin de que Larra explicara su verdadera motivación para estar en aquella manifestación. Pero él se mantuvo en silencio, dispuesto a responder solo si la pregunta era directa. Silvia entendió el juego y decidió dar

la explicación por él. Después de que Greta le enseñara el vídeo, había tirado del hilo y venía preparada.

—Tengo entendido, oficial, que su madre, hasta hace unos años, residió en la vivienda en la que usted se crio. Es decir, en su casa de toda la vida. Poco a poco, la empresa Lurberri fue haciéndose con las propiedades del edificio, pero su madre se negaba a abandonar su hogar. En vista de esto y a falta de ese piso para poder convertir todo el bloque en apartamentos turísticos, comenzaron las presiones. Primero, obras interminables en las viviendas colindantes. Después, cortes de luz y agua aparentemente accidentales, averías en el ascensor... Pero eso no fue todo. ¿Qué ocurrió debido a una fuga de gas?

—Mi madre se intoxicó mientras dormía —reconoció Larra con rabia—. Tuvo que ser hospitalizada.

—Lamento mucho oír eso. —Silvia se mostró sincera—. Espero que se haya recuperado.

—Sí, ahora está bien.

—¿Sigue su madre viviendo allí o se tuvo que marchar de la Parte Vieja?

—Vivir allí se convirtió en una pesadilla. Tuvo que vender el piso y ahora vive conmigo.

—Debo reconocer que no me sorprende que usted participara en cualquier manifestación que se hiciera en contra de Lurberri. Yo, en su situación, también lo haría. Pero, respóndame a una pregunta: cuando se grabó ese vídeo en 2021, ¿sabía usted quién estaba detrás de Lurberri?

—Claro, como todo el mundo después de que se destapara el escándalo.

—El 21 de mayo de 2022 usted acudió al domicilio de la cuesta de Aldapeta, donde se encontró el cuerpo sin vida de Borja Miranda.

A su lado estaba Lander Foronda, su compañero de piso y quien realizó la llamada a emergencias —explicó Silvia dirigiendo el rumbo del interrogatorio por el cauce que más le convenía—. ¿Cuándo supo usted que Lander era hijo de Josean Foronda? ¿En qué momento los relacionó?

—Pues... no lo recuerdo con exactitud, pero supongo que esa misma noche. El apellido Foronda no es tan común, y me suena que alguno de los presentes lo mencionó. No sabría decirle si fue algún sanitario, la policía uniformada, el forense... No lo sé.

Silvia dio un par de pasos hacia él y le sostuvo la mirada con firmeza. Era el momento de recapitular.

—Vamos a ver. Usted acude a un escenario donde encuentra, junto a un cadáver, al hijo del hombre al que lleva años considerando el responsable del sufrimiento de su familia. Y, casi desde el principio, lo señala a él como culpable, descartando otras líneas de investigación y ocultando información. ¿Tenemos que creernos que su animadversión pública hacia Josean Foronda no influyó en su criterio?

La tensión en la sala se podía cortar con un cuchillo. Todos los presentes habían fijado la mirada en Javier Larrañaga.

—Le aseguro que no influyó —respondió con rotundidad.

—¿Ni siquiera un poco?

—He trabajado en multitud de casos con absoluta profesionalidad, y este no fue una excepción. —Tenía los puños apretados y hablaba con firmeza—. Además, había pruebas suficientes.

—¿Suficientes o convenientes? —añadió Silvia mientras notaba cómo varios de los miembros del jurado asentían mostrándose de acuerdo con ella.

Larra la miró irritado. Sabía que no podía negar la ocultación del *pendrive* porque había quedado más que demostrada.

—No dudo de que sea un buen profesional, oficial, pero también es humano. Y es comprensible que sintiera rabia hacia quien causó tanta angustia a su madre. Verla abandonar el hogar donde se criaron, hospitalizada por una fuga de gas... No es tan descabellado pensar que quisiera que pagara el hijo, ya que el padre no lo iba a hacer.

—¡Le he dicho que no! —exclamó Larra alzando la voz—. ¡Y no le voy a permitir que cuestione mi profesionalidad! Hice lo que tenía que hacer. ¡Ni más, ni menos!

—No, oficial —replicó ella con contundencia—. Ahí se equivoca. Lo que tenía que hacer era informar a sus superiores del conflicto de intereses y apartarse de la investigación, en lugar de continuar con el caso y decidir, a la primera de cambio, que mi defendido era culpable.

Silvia se giró con decisión hacia la magistrada, sin concederle a Larrañaga la posibilidad de contestar. Disfrutaba dejándolo con la palabra en la boca.

—No hay más preguntas, señoría. —Era consciente de que sus últimas frases ya habían sido lo suficientemente contundentes y no necesitaba más.

La jueza Solozábal esperó unos segundos y le dio permiso al fiscal para interrogar al testigo. Daniel Vilariño se levantó despacio y se colocó frente a Larrañaga. Esta vez fue mucho más breve que la anterior ocasión en la que lo había interrogado.

—¿Considera usted que los indicios para detener al acusado eran sólidos?

—Sí, lo eran —Larra utilizó un tono más calmado.

—¿Cree que, a pesar de su situación personal con respecto a la familia del acusado, actuó conforme al procedimiento y con la profesionalidad que exige su cargo?

—Sin ninguna duda.

—Usted no llevó esta investigación en solitario. Hubo más agentes, un juez instructor, un fiscal... Puede que usted tuviera un conflicto personal con el caso, pero el resto no. ¿Estuvieron todos ellos de acuerdo con su conclusión respecto a la culpabilidad del acusado?

—Así es. A ellos les daba igual si el acusado se llamaba Lander Foronda o Perico el de los palotes. Y, aun así, lo vieron tan claro como yo.

Vilariño asintió con una leve sonrisa, satisfecho con la contundencia de la respuesta.

—No hay más preguntas, señoría.

CAPÍTULO 37

LANDER

2024

Desde su ingreso en prisión, Lander había aprendido a sobrevivir en un mundo que no era el suyo. Lo peor no era la falta de libertad. Lo peor eran las miradas, los rumores y el miedo. Un miedo constante que se le había instalado en lo más hondo de su ser y que no lo abandonaría hasta que estuviera fuera de esos enormes muros de piedra. En un mundo que prefería no haber conocido, pronto aprendió a no levantar la voz, a no hacer preguntas y a no confiar en nadie. Y, sobre todo, a callar. Aun así, ser el hijo de Josean Foronda no ayudaba. Ser el presunto asesino de su compañero de piso, tampoco.

Muchos días le costaba recordar qué día de la semana era, de qué mes. Pero los últimos días habían sido diferentes. El juicio había supuesto un paréntesis extraño dentro de su encierro. Una forma de romper la opresiva rutina de la cárcel, aunque la presión de las miradas del jurado, de los periodistas y de los curiosos lo habían hecho sentirse como un animal enjaulado. Quizá incluso más cautivo que dentro de la propia prisión.

Había aguantado todas las declaraciones con estoicismo. Y, sobre todo, había soportado las mentiras. La sarta de afirmaciones falsas que había tenido que escuchar sin poder levantarse y gritar que no

eran ciertas lo había consumido por dentro. Pero esta vez sería distinto. Por fin le tocaba hablar. Por primera vez, sería él quien contara la verdad.

Silvia le había explicado que tenía derecho a no declarar contra sí mismo y a no confesarse culpable. Por lo tanto, podía elegir a quién quería responder: a la defensa, a la acusación, a ambos o a ninguno. Él lo tenía claro: quería hablar, pero acordaron que solamente respondería a su abogada. No sabían por dónde podía salir Vilariño, y exponerse a sus preguntas era demasiado arriesgado.

Habían preparado el interrogatorio a conciencia. Sabía lo que quería decir y cómo debía hacerlo. Estaba preparado.

El testimonio anterior había vuelto a dejar en evidencia al jefe de la investigación, esta vez por su inquina hacia los Foronda. Era un buen momento para hablar y romper su silencio.

Tras un descanso de veinte minutos, la sala fue llenándose de nuevo poco a poco. Tal y como había solicitado la defensa al inicio del juicio, Lander sería el último en testificar, y la expectación era enorme. Lo haría desde su sitio, sin necesidad de levantarse ni de ocupar la silla de los testigos. Silvia, sentada a su lado, encendió el micrófono. Dirigiéndose a la magistrada, le pidió permiso para tutear al acusado. La jueza Solozábal no puso objeción y aceptó la petición.

Silvia se volvió hacia Lander y apoyó su mano en el brazo del chico, en un gesto apenas imperceptible para el resto, pero de vital importancia para él. Sabía cómo tranquilizarlo.

Y entonces, por primera vez en todo el juicio, le habló directamente delante de todos los presentes.

—Lander —dijo con suavidad, mirándolo a los ojos—, vamos a ir poco a poco. Sé que hay muchas cosas que quieres explicar, y vas a poder hacerlo, ¿de acuerdo? Solo tienes que responder con sinceridad.

Lander asintió.

—Vamos a empezar por tu relación con Borja. Sabemos, porque lo hemos escuchado aquí, cómo os conocisteis. Pero dime: ¿de verdad fuisteis tan amigos desde el principio?

—Sí, lo fuimos —respondió Lander. Era la primera vez que oían su voz en la sala y el silencio era absoluto—. Fue él quien se acercó a mí en la cafetería del campus, y desde el principio me pareció un buen tipo. Nos hicimos amigos enseguida, y le presenté a mi grupo. A ellos también les cayó bien. Empezó a salir con nosotros y, unos meses después, me dijo que tenía que dejar su piso y no tenía adónde ir. Me pidió quedarse conmigo hasta que encontrara otra cosa y le dije que sí.

—¿Y qué tal fue la convivencia? ¿Cuándo empezaron los problemas?

—La convivencia fue bien durante unos meses, hasta que un día me chantajeó. No me lo podía creer. Parecía otra persona. De un día para otro se había transformado.

—Háblanos del vídeo con el que te chantajeó. Nunca ha sido hallado, por lo que no puede ser considerado una prueba en este juicio. Pero dime, ¿era tan grave como para que la policía piense que lo mataste por eso?

—Borja me grabó haciendo algo ilegal. Me amenazó con subirlo a las redes y quise evitarlo a toda costa. Desde que mi padre se hizo famoso por sus chanchullos, todo el mundo me conoce. Y a los medios les habría encantado la historia: el hijo de uno de los hombres más odiados de la ciudad cometiendo una ilegalidad, y encima en un cementerio. Me habría caído una denuncia, además de la humillación que tendría que soportar por haber hecho una estupidez como esa. Por eso, le di a Borja los cinco mil euros, creyendo que ahí acabaría todo.

—¿Y acabó?

—No. Volvió a por más, pero esta vez no se lo di. Si lo hubiera hecho, habría habido una tercera vez, una cuarta...

—Háblame del día de su muerte. Según los miembros de tu grupo, te reuniste con ellos sobre las once de la noche, pero luego te marchaste enfadado. ¿Sabían ellos lo del chantaje?

—No. Decidí no contarles nada por varias razones —explicó—. La primera, que me daba vergüenza reconocer que no tuve ningún problema en conseguir cinco mil euros y dárselos casi al momento.

Hizo una pausa y bajó la mirada unos segundos.

—Sé cómo suena eso, pero al que anda justo de dinero le revienta ver que al de al lado le sobra. Yo no llevo una vida de lujo como mi padre, ni voy presumiendo de lo que tengo, pero si les decía que le había soltado cinco mil euros a Borja como quien paga una multa de aparcamiento, me iban a ver de otra manera.

Silvia asintió levemente, animándolo a seguir.

—Y tampoco quería que nadie del grupo se fuera de la lengua. Eso de confiarle un secreto a alguien y pedirle que no se lo cuente a nadie... nunca funciona. Lo sé yo y lo sabe todo el mundo. El secreto se habría convertido en rumor, y habrían empezado las especulaciones: qué contenía el dichoso vídeo, por qué había pagado tanto... La bola se haría cada vez más grande y volvería a ser el centro de atención.

—De acuerdo. Volvamos a la noche en cuestión. ¿Qué pasó cuando te reuniste con tus amigos? —recondujo Silvia.

—Sabían que Borja y yo nos habíamos enfadado, pero no sabían por qué. No quise contarlo, me presionaron y me largué.

—¿Fuiste directo a casa?

—No. Me fui al parque de Aiete a estar tranquilo un rato. Es un lugar al que suelo ir..., solía ir bastante a menudo. Me gusta ese

sitio, me da tranquilidad. Me fumé un par de porros sentado en un banco y, cuando me harté, me fui a casa.

—Has visto las imágenes de las cámaras. No son nada nítidas y la policía ha determinado que no son concluyentes, pero dime: ¿eres tú la persona que se ve en esas imágenes?

—Sí, soy yo —respondió sin dudar.

—Bien. ¿Qué ocurrió cuando llegaste a casa? ¿Qué hora era?

—Llegué sobre la una y diez, una y cuarto de la madrugada, y encontré a Borja muerto en el salón. Corrí hacia él y vi el charco de sangre. No tengo ni idea de primeros auxilios, pero coloqué mis dos manos sobre su pecho y comencé a presionar, una y otra vez. Es lo que suelen hacer en las películas —añadió encogiéndose de hombros —. No sé cuánto tiempo estuve así, pero no conseguí nada.

—Según la policía, tardaste al menos siete minutos en llamar a emergencias. Es mucho tiempo para estar intentando reanimar a alguien. ¿Hiciste algo más? Esa noche declaraste que te habías quedado en *shock*.

—Sí, eso fue lo que dije..., pero no era verdad. Cuando vi que Borja no reaccionaba, que estaba muerto, me puse a buscar su móvil y su ordenador. Quería recuperar el vídeo. Pero allí no había nada. Entonces llamé al 112. No quería contar lo del chantaje para que no pensaran que había sido yo. Y justo eso fue lo que pensaron cuando lo descubrieron por mi móvil.

—¿Manipulaste algo en la escena del crimen?

—Nada. Solo traté de encontrar el vídeo, pero allí no había ni rastro de sus dispositivos. Solo quedaba el cable del portátil.

—A lo largo de la investigación, ¿notaste que la policía te diera el beneficio de la duda en algún momento?

—Para nada. Fueron educados conmigo, pero me señalaron desde el minuto uno. Para ellos, yo ya era culpable. Ni siquiera se

plantearon otra opción. De hecho, esa misma noche, mientras me cambiaba de ropa y se la entregaba para que la analizaran, escuché a dos ertzainas hablando mientras creían que yo no los oía. Uno le dijo al otro que no le extrañaba nada, que «de tal palo, tal astilla». Y el otro le contestó que los hijos de puta, por lo general, engendran más hijos de puta.

Silvia hizo una pausa a propósito. Quería que el jurado asimilara bien las últimas palabras de Lander.

—¿Tenías costumbre de apagar el ordenador cuando no estabas en casa o solías dejarlo encendido?

—Casi nunca lo apagaba. Dejaba la sesión abierta para las copias de seguridad y la sincronización de los trabajos de la universidad en Google Drive.

—¿Conocías la historia del asesino de Gros? ¿La habías estudiado en clase?

—Sí. La estudiamos en la asignatura de Perfilación Criminal. El profesor nos mostró varios casos de asesinos en serie con patrones similares, y uno de ellos fue el del asesino de Gros.

—¿Se mencionó algo sobre un dedal en esas clases?

—En absoluto. Si el profesor hubiera conocido ese dato, estoy seguro de que lo habría compartido con nosotros. Pero no lo hizo.

Silvia respiró hondo. La siguiente era, sin duda, la pregunta más importante de todas.

—Lander, ¿mataste tú a Borja Miranda?

—No —respondió con rotundidad.

—¿Sabes quién lo hizo?

—No. Solo sé que no fui yo.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Lander se irguió en su asiento. Esta vez no miró a Silvia. Se giró ligeramente y clavó la mirada en el jurado.

—Porque yo era la opción más rápida y sencilla. Y porque quien tenía el deber de buscar la verdad prefirió no hacerlo.

Silvia le cogió la mano a la vista de todos y la apretó con afecto.

—Esto es todo, señoría. Hemos terminado.

CAPÍTULO 38

LAIA

2024

Al terminar la sesión, los miembros del jurado se dirigieron a la sala de descanso. Algunos comenzaron a recoger sus cosas, mientras otros, sin prisa, se acomodaron en los asientos y se sirvieron un café.

Agustín, apenado, seguía sin creer que el acusado hubiera matado a nadie. Rosi arremetía contra el jefe de la investigación, alegando que se le había metido el chaval entre ceja y ceja desde el principio. Y otros, como Jontxu, seguían sin tomárselo demasiado en serio.

Laia escuchaba en silencio mientras recogía sus cosas. El episodio de Aroa era demasiado reciente y percibía cierto resquemor hacia ella. Mejor estar callada. Se puso la chaqueta, se despidió de ellos y salió de los juzgados.

Había quedado con Iker para comer y decidió ir andando desde la sede de la Audiencia Provincial de Gipuzkoa hasta su casa. El cielo se había cubierto de nubes grises. Era un día triste, como el ánimo que arrastraba ella. El juicio estaba llegando a su fin y, desde el principio, todo había resultado demasiado confuso, caótico. Su entusiasmo inicial y las ganas de realizar un buen trabajo se habían

ido diluyendo por el camino, y no podía evitar un sentimiento similar al de la derrota.

Al llegar a casa, el aroma familiar de las alubias recién hechas de su madre la envolvió por completo.

—¡Ya era hora! —la recibió ella desde la cocina—. Venga, que se enfrían las alubias. Se las he comprado a Bittori, la del mercado de La Bretxa, y me ha dicho que son de Tolosa, de las buenas buenas.

Laia sonrió. Su madre era una extraordinaria cocinera, y parte de su secreto recaía en recorrerse todos los puestos del mercado hasta encontrar el mejor género.

—¿Qué tal ha ido hoy? —le preguntó Iker sentándose a la mesa.

—¿Quieres la versión corta o la larga? —Laia suspiró—. Tengo tal bombardeo de información en la cabeza que ya no sé ni por dónde me da el aire.

—¿No se tenía que haber terminado ya el dichoso juicio? —intervino su madre mientras servía una generosa ración de alubias con sacramentos a cada uno de sus hijos.

—Hoy debería haber sido la última sesión. Ahora estaríamos deliberando, pero se ha retrasado un día por varios contratiempos.

Iker la miró con una media sonrisa. Sabía que uno de esos contratiempos lo había provocado ella, pero prefirió no decir nada delante de su madre. Si se enteraba, no haría otra cosa que lamentarse por la pobre Aroa.

—¿Y tú qué? —Laia se dirigió a su hermano cambiando de tema —. ¿Has encontrado algo?

La noche anterior le había puesto al corriente de sus últimos descubrimientos, que no eran gran cosa.

—He seguido intentando encontrar una conexión entre las tres víctimas.

—Mejor harías en dejarte de investigaciones y tonterías en horas de trabajo —le reprendió su madre—. Te van a acabar echando.

—Tranqui, ama. Lo he hecho en mis ratos libres —mintió con desparpajo—. Además, ya sabes cómo es tu hija cuando algo no le cuadra. Puede llegar a ser muy insistente.

Laia sonrió. No le faltaba razón.

—Después de repasar todo lo publicado sobre Kepa Muñoa, he intentado relacionarlo con el cantante de *rock*, pero no he sido capaz de encontrar nada. El nombre de Gorka Téllez no aparece por ningún lado en los datos de la empresa donde trabajaba Kepa, ni en el club cicloturista. Se me ha ocurrido que, al ser cantante, quizá habrían coincidido en el coro Easo, donde cantaba Kepa, pero tampoco. A Téllez le iba más el *rock* que las sinfonías y las óperas. Además, creo que ni siquiera sabía solfeo. Se juntó con unos colegas, montaron un grupo y se pusieron a tocar.

—¿Y si Gorka tuvo relación con los hijos de Kepa? —preguntó Laia.

—Lo he pensado, pero nada. Después de examinar cuatrocientas mil fotos en los perfiles de Facebook de los tres y del resto del grupo, no he encontrado nada. No hay ni rastro de los hijos de Muñoa en ningún concierto de Garraxi. Así que me he puesto con la vieja.

—¡Oye! —protestó su madre—. Viejos son los trapos.

—Vaaaale. Me he puesto con la anciana, pero ha sido todavía más difícil. Según la prensa de la época, salía poco de casa. Iba al centro de jubilados y poco más. Trataba con muy poca gente. Así que, hermanita, esto no hay por dónde cogerlo.

—¿Y qué os pensabais pues? —intervino su madre levantando la barbilla—. ¿Que ibais a poder relacionarlos vosotros cuando la policía no pudo? Anda que...

—Tienes razón, ama, y yo me planto. —Laia alzó los brazos mostrando las palmas de las manos en señal de rendición—. Esto nos queda grande. No sé en qué momento pude pensar que iba a sacar algo en claro. Coincidí con dos de ellos en el mismo sitio, cuando ocurrió un desgraciado accidente que presenciamos los tres, pero eso no significa absolutamente nada.

—Me ha dicho Iker que la chica murió —comentó su madre—. Pobre hija...

—Así es. Y no me lo explico. ¡Os juro que estaba bien! Tampoco entiendo que su madre falleciera ese mismo día. La esquela era de las dos. ¿Qué sentido tiene eso?

Su madre se santiguó varias veces con expresión sombría. Sin duda, se había imaginado a ella misma compartiendo esquela con su hija, y la imagen le pareció terrible.

—Puedes preguntárselo a su hermano —respondió Iker con una sonrisa—. Tengo su dirección en Francia.

—¿¡Qué!? ¿Cómo la has conseguido?

—Porque soy un hacha —fanfarroneó—. Y por la plusvalía de la venta del piso.

—Eres un artista. —Laia le dio una palmada en el hombro mientras su madre lo miraba con escepticismo, convencida de que le iría mucho mejor si dedicara tanto empeño a su trabajo, en lugar de perder el tiempo en otras cosas.

—De hecho, he encontrado dos plusvalías a su nombre: una por la venta del piso que compró él y otra por el que heredó de sus padres. Y en ambas viene la misma dirección de Hendaya.

Laia se quedó pensativa unos segundos. Se había dado por vencida en cuanto a las víctimas del asesino de Gros. No tenía sentido seguir hurgando. Y el hecho de quedarse sin saber qué le ocurrió exactamente a la chica del accidente no le gustaba en

absoluto. No soportaba quedarse con la duda: si había malinterpretado sus palabras, si no había sabido ver la gravedad real... Podía pasarse la tarde buscando a Sergio Morales Ruiz en redes sociales, escribirle un mensaje y esperar una respuesta que quizá nunca llegaría. O podía plantarse en Hendaya en tan solo veinticinco minutos. Y eligió lo segundo.

Cogió las llaves del coche de su padre y se despidió de su madre y de su hermano. Aunque no lo encontrara, al menos pasaría la tarde en un lugar tan bonito como Hendaya, una ciudad de playa y frontera en continuo movimiento.

Aparcó cerca de la dirección que le había dado Iker. Era un edificio de tres plantas, con contraventanas azules y un pequeño jardín delantero. Desde el asiento del conductor, podía ver con claridad la puerta del portal. Apagó el motor y sacó el móvil. Buscó el perfil de Laura Morales Ruiz en Facebook y se puso a husmear en él. Su cuenta seguía activa, aunque no se publicaba nada desde 2007. Comenzó a curiosear entre las fotos: viajes, cenas, encuentros con amigas... y una imagen con fecha del 31 de diciembre de 2006 en la que Laura aparecía con dos personas más: una mujer en silla de ruedas y un joven. Laia supuso que serían su madre y su hermano. Los tres sostenían un matasuegras en la mano y sonreían a la cámara.

Pasaron los minutos y Laia dudó. ¿Debía acercarse al portal y tocar el timbre? ¿Qué le iba a decir? «Hola, no me conoces de nada, pero yo vi cómo tu hermana se estrellaba contra un árbol y hablé con ella antes de que muriera». No, no podía hacer eso. Parecería una lunática.

Estaba aún dándole vueltas cuando una pareja salió del portal junto a una niña de unos nueve o diez años. Laia se incorporó en el asiento para verlos mejor. Él era alto y de complexión atlética. Ella

era más baja, pero tenía una figura estilizada también. El pelo largo y liso le caía por la espalda, y unos pantalones ceñidos remarcaban su silueta. La niña, en medio de ambos, llevaba una mochila rosa fucsia con grandes letras de colores y la foto de varios personajes de alguna serie de televisión.

Laia miró al hombre y volvió a mirar al móvil. Era él. No había duda. Lo reconoció de inmediato por la foto de aquella Nochevieja, aunque hubieran pasado bastantes años.

Los observó mientras avanzaban por la acera. Se bajó del vehículo y los siguió con discreción. Primero entraron en una frutería, luego en una carnicería. No parecían tener prisa. Al pasar por una cafetería cuyo logo era un gran *croissant* dorado, entraron y se sentaron en una mesa.

Esperó unos minutos en la acera, dudando en cómo abordar la situación. Cuando más o menos lo tuvo claro, entró y se acercó a la mesa donde la pareja se había sentado junto a su hija. La niña había abierto la mochila, había sacado un montón de papeles, pinturas y lápices que puso sobre la mesa y se entretenía pintando.

Se acercó con paso firme.

—Perdona, ¿tú eres Sergio, el hermano de Laura? —preguntó con una sonrisa en los labios.

Sergio alzó la vista sorprendido. Era raro que alguien lo relacionara con su hermana en Hendaya, y más aún después de tantos años. Su mujer también se giró hacia Laia y la observó con atención.

—Sí —respondió él tras una breve pausa—. ¿Nos conocemos?

—Tú a mí puede que no, pero creo que te vi alguna vez con ella. Laura y yo íbamos juntas a clase de *spinning*. Hace ya mil años.

Laura había subido a su perfil de Facebook algunas fotos con amigas durante una de esas clases. Laia cruzó los dedos. Esperaba

no haber metido la pata.

Sergio asintió, aún desconcertado.

—Vaya memoria...

—Sí, tengo una habilidad especial para quedarme con las caras —dijo ella encogiéndose de hombros.

Hubo un silencio incómodo y Laia no supo cómo continuar. Varios segundos después, cambió el tono y su expresión se volvió más seria.

—Siento mucho lo que le pasó a tu hermana. Una amiga en común me lo contó. Fue un golpe duro, incluso para los que no la conocíamos tanto.

Sergio asintió despacio.

—Gracias —murmuró bajando la mirada por un instante.

—Qué mala suerte que tuviera un accidente. Además, en un principio no parecía nada grave, ¿no?

Él se removió ligeramente en la silla. Laia notó que la pregunta lo incomodaba. Aun así, fue lo bastante educado como para responder.

—Al principio no parecía gran cosa, pero la situación se complicó, y no..., no salió adelante.

Otro desagradable silencio se instaló entre ellos. Saltaba a la vista que Sergio deseaba terminar la conversación. Su mujer los observaba con atención, sin intervenir, pero sin perderse una sola palabra. La niña, ajena a todo, seguía concentrada en su dibujo.

Laia supo que era su última oportunidad.

—Perdona, no quisiera incomodarte, pero... mi amiga me dijo que tu madre murió el mismo día, y no podía creérmelo.

La expresión de Sergio se tensó aún más. Tardó unos segundos en responder.

—Sí. Fue una horrible casualidad, de esas que ni en un millón de años imaginas que puedan ocurrir —respondió con tono seco—. Pero

no es algo que me guste recordar, lo siento.

Se volvió hacia su mujer. Ella ya se había puesto la chaqueta y ayudaba a la niña a recoger. La pequeña tardó unos segundos en guardar en la mochila lápices, rotuladores, pegatinas, recortables, tijeras..., mientras sus padres la observaban impacientes.

—Que vaya bien —dijo Sergio antes de girarse para marcharse.

Laia se quedó unos segundos inmóvil, con la sensación de haberse excedido. Sergio parecía un buen hombre. Alguien herido que solo quería dejar atrás un episodio devastador. Se sintió culpable por haber removido un dolor tan íntimo y decidió olvidarse de todo. ¿Qué derecho tenía ella de meter las narices en los problemas ajenos por mucha curiosidad que tuviera?

Se acercó al mostrador, pidió un café con leche y un bollo, y se sentó en una mesa junto al ventanal. Mientras removía el azúcar, trató de convencerse de que todo aquel tema no le concernía. Además, estaba cansada. Estaban siendo unos días de locos. Era mejor desconectar, merendar tranquila, dar un paseo por Hendaya y volver a casa. Pero, de pronto, su móvil vibró. Era un mensaje de WhatsApp. Jontxu. Otra vez.

Abrió el mensaje y vio que contenía un vídeo. Se colocó los auriculares para no molestar a los demás clientes y pulsó el botón de reproducir. Era el vídeo de YouTube donde Javier Larrañaga se manifestaba junto a una multitud contra la gestora Lurberri. El jefe de la investigación portaba una pancarta y gritaba a pleno pulmón: «Foronda *kanpora*».

Laia lo vio un par de veces. Aquello confirmaba lo que la abogada de la defensa había dicho esa misma mañana. Si ya tenía sus reservas respecto a él, la sensación de desconfianza hacia el jefe de la investigación se hizo aún mayor.

Enseguida comenzaron a entrar más mensajes en el grupo del jurado. El vídeo había comenzado a circular entre ellos, y las reacciones no se hicieron esperar. Fue entonces cuando Irene escribió:

«Eh, chicos, no quiero ser aguafiestas, pero estoy con una amiga abogada y me dice que no deberíamos estar viendo esto».

«¿Por qué no?», preguntó Jontxu.

«Porque tenemos prohibido informarnos por medios externos. Solo tenemos que tener en cuenta lo que nos hayan presentado oficialmente en la sala», escribió Irene.

«Si nos cuentan la película a medias, tendremos que informarnos como podamos, ¿no?», escribió Rosi.

«Totalmente de acuerdo», añadió Jontxu.

«Yo también», escribió Jokin.

Laia silenció el móvil y lo guardó.

Estaba harta. Harta del juicio, de los giros inesperados, de los comentarios constantes de los miembros del jurado... Harta de dudar de todo y de no ser capaz de ver con claridad. De querer mantener el control y sentir que, cada vez, estaba más alejada de la verdad. Y, sobre todo, harta de no poder confiar, ni siquiera, en su propio criterio.

Esa noche, la última antes de que finalizara el juicio, pasó a limpio las impresiones de la sexta sesión, sacó de su viejo archivador rojo las demás anotaciones y las repasó con detenimiento. Necesitaba tener cada detalle del caso grabado a fuego. Por fin, al día siguiente, escucharían los alegatos finales y se encerrarían a deliberar.

No veía el momento de que todo terminara.

Laia Ortiz

ANOTACIONES - DÍA 6 DEL JUICIO

JUICIO LANDER FORONDA

18.04.2024 – jueves

SESIÓN

Testimonios:

1. Jefe de la investigación: ¿cómo es posible que no mencionara en su momento su vinculación personal con Lurberri?
    - Ocultó el tema del *pendrive*, convenció al resto de la culpabilidad del acusado, silenció que tenía motivos personales contra los Foronda... Ha quedado en evidencia y es una de las personas menos fiables de todo el proceso.
2. Lander Foronda: se le ha visto tranquilo, probablemente por lo bien preparado que tenían él y su abogada el interrogatorio (estaba todo guionizado).
    - Ha reconocido hechos que no le benefician (mintió al decir que se había quedado en *shock*, conocía el caso del asesino de Gros...), y eso me ha generado confianza.
    - Sinceramente, no me parece que esté mintiendo. Aun así, me habría gustado que contestara también al fiscal, no solo a su abogada.

MIEMBROS DEL JURADO

Después del asunto de Aroa, no soy precisamente la más popular entre ellos y apenas les he hablado, pero creo que, con el jefe de la investigación, les ha pasado lo mismo que a mí. Y eso juega a favor de Lander.

PREGUNTAS

Cada vez estoy más convencida de que Lander no mató a Borja. Pero, si no fue él, ¿lo hizo el asesino de Gros? ¿Por qué Borja y por qué ahora?

PORCENTAJE DE CULPABILIDAD

Si el juicio terminara hoy, el jurado votaría la culpabilidad del acusado en un 20 %.

El jefe de la investigación tenía motivos personales para cargarle el muerto a Lander, solo por ser hijo de quien es. Una especie de justicia poética.

Y Lander ha estado muy convincente.

Tengo que reconocer que me lo he creído.

CAPÍTULO 39

RETA59

2010

Colgó el teléfono de prepago y lo volvió a meter en el cajón de su escritorio. Giró la llave para bloquearlo y la guardó en la caja fuerte. Esperaba que la fiscal hubiera aprendido la lección y no diera problemas. No quería repetir la amenaza, y mucho menos tener que cumplirla. Por lo que sabía de ella, era una tía decidida, pero también inteligente, y creía que habría captado el mensaje. Por suerte, la llamada había llegado a tiempo, antes de que pudiera mostrar el contenido del sobre en los juzgados y todo saltara por los aires. El juicio debía terminar con Hervás en prisión como único culpable de tortura y asesinato. Punto. Solo entonces podría respirar tranquilo y comenzar de nuevo, como ya hiciera un par de años atrás.

Por aquel entonces había viajado a Colombia por negocios. Llevaba meses colaborando con un nuevo socio, y la alianza estaba dando muy buenos resultados. Tocaba cerrar algunos acuerdos y conocerse, por fin, cara a cara.

El colombiano resultó ser un tipo excéntrico, con una risa contagiosa y un diente de oro que brillaba cada vez que sonreía, dándole un aspecto de capo de película. Y siempre iba acompañado

de varios guardaespaldas armados, como si viviera en una guerrilla constante.

Él le siguió el juego desde el primer momento. Rio sus bromas y juntos brindaron, bebieron, se fueron de putas... Ambos sabían lo que era tener que ganarse la vida a base de trabajar duro. Se entendían e hicieron buenas migas.

Una noche, entre risas y copas de aguardiente, dejándose llevar por el ambiente y la camaradería, le confesó a su anfitrión que a él lo que le gustaba era ir a apostar de vez en cuando.

—Suelo ir al casino, pero también a cosas más... ilegales, ya sabes —dijo bajando la voz—. Peleas de perros. Auténticos combates, sangrientos, salvajes.

Lo contó como si acabara de contar una hazaña digna de respeto, pero el colombiano, lejos de impresionarse, soltó una carcajada burlona y le dio una palmada en la espalda.

—Ay, compadre... —dijo entre risas—. ¿Y eso le parece fuerte? No, hombre, no. Yo le voy a mostrar lo que es salvaje. Una experiencia única, algo que no se le olvide jamás.

Se sintió intrigado al instante y quiso saber más, pero su socio no estaba dispuesto a desvelar todo tan pronto.

—Solo le diré una cosa —añadió bajando la voz—. Descubrirá al ser humano en su estado más puro. Su esencia, su capacidad... y también su dolor.

Pensó que sería algún tipo de ritual o ceremonia extraña. Le quedaban aún unos días en Colombia y la verdad era que tenía ganas de emociones fuertes. Así que ¿por qué no? Las negociaciones habían ido muy bien y no quería estropear la buena sintonía entre ellos por negarse a participar.

Dos noches después, lo llevaron a las afueras de Bogotá, a una finca custodiada por varios hombres armados. Lo guiaron por un

pasillo estrecho hasta una sala oscura, desde la que, a través de un cristal, se podía ver el centro del recinto. El colombiano se sentó a su lado con su habitual sonrisa. Tras una señal suya, se encendieron las luces del otro lado del cristal, y entonces lo vio: un hombre desnudo dentro de una jaula metálica. Estaba sucio, débil, y apenas podía mantenerse erguido. Jadeaba, su voz era apenas un susurro, pero le pareció que suplicaba. A su lado, de pie, un tipo grande y fuerte con la cara cubierta por una máscara.

—¿Qué es todo esto? —preguntó sin salir de su asombro.

Su anfitrión sonrió y le explicó las reglas del juego como quien enseña a jugar a un juego de mesa.

—Ese tipejo lleva días sin comer ni beber, lo justo para tenerlo donde lo queremos: suplicando —dijo con naturalidad—. Hay muchas salas como esta, todas con vistas al mismo escenario. En cada una, un grupo selecto de jugadores hace sus apuestas. El que le atina se lleva la plata.

—¿Acertar el qué? No entiendo.

—Ahora lo verá.

El colombiano sacó una *tablet*. En la pantalla aparecieron varias opciones, como si fuera un menú interactivo.

—Por ejemplo —comenzó a explicar—, el prisionero quiere agua, y el verdugo se la va a dar, pero con condiciones. Solo podrá beber si se autolesiona antes. Los jugadores pueden apostar qué va a elegir. ¿Lo hará? ¿Se echará atrás? ¿Qué parte del cuerpo elegirá? ¿Aguantará el dolor?

No daba crédito. Volvió a mirar al prisionero, que temblaba y apenas podía mantenerse en pie.

—Mire, para que lo vea. Voy a jugarme cien millones de pesos colombianos en una apuesta con tres opciones: cortarse una oreja,

un dedo o un pezón. El verdugo se las trasladará al prisionero y vemos qué decide. Si le atino, me llevo cinco veces más.

Tecleó algo en su *tablet* con rapidez. Al otro lado del cristal, el verdugo revisó su propio dispositivo, abrió una caja de herramientas y sacó unas tijeras de jardinería que le tendió al prisionero. Después, se inclinó y le susurró algo al oído. El hombre, fuera de sí, lanzó un gemido gutural y se arrinconó en la jaula. El verdugo aprovechó para colocar frente a él un botellín de agua, lo bastante cerca para tentarlo, pero demasiado lejos para que lo pudiera alcanzar.

Él no era capaz de apartar la vista. Estaba impactado, pero también sentía cómo una corriente parecida a la adrenalina recorría su cuerpo. No era exactamente placer, aunque tampoco era repulsión. Era fascinación. Pura y dura fascinación.

Tras unos minutos en los que tan solo se oyeron los sollozos del prisionero y el sonido metálico de las tijeras temblando en su mano, el hombre se arrodilló, apoyó el brazo sobre el suelo de la jaula, respiró hondo y, con un grito desgarrador, se cortó el meñique de un tajo seco. El grito que lanzó fue inhumano. El verdugo rio entre dientes, le vació la botella sobre la boca, sin ni siquiera dejarle sujetarla, y le dio un trapo para que se cubriera la herida, que sangraba a borbotones.

—¡Hijueputa cabrón! Me hizo perder cien millones —exclamó el colombiano, que había apostado a que se cortaría una oreja.

El resto de la velada fue igual de brutal. En una de las pruebas, la apuesta consistía en adivinar cuántos segundos aguantaría el prisionero antes de empezar a convulsionar por culpa de las descargas eléctricas. El recinto estalló en vítores y gritos de alegría cuando alguien clavó los treinta y siete segundos exactos. En otra, los jugadores tenían que adivinar el número de uñas que lograrían arrancarle antes de que perdiera el conocimiento.

Entre apuesta y apuesta, el colombiano bebía, bromeaba y se jactaba de sus ganancias, eufórico, mientras él permanecía callado, clavado en su asiento, observando, asimilando. Había algo en aquel escenario que lo atraía como un imán. Era consciente de que todo lo que estaba viendo era una total y absoluta aberración, pero sentía una fuerza invisible que lo empujaba a no apartar la mirada. No era solo morbo. Era otra cosa. Una conexión primitiva, salvaje, animal.

El hecho de poder poner precio al sufrimiento ajeno le había parecido, al mismo tiempo, monstruoso y alucinante, y tenía que reconocer que había experimentado sensaciones nuevas, inquietantes, excitantes... Tanto, que lo habían dejado hipnotizado. No se trataba solo de matar, sino de mostrar los límites del ser humano.

Volvieron al recinto varias noches después. Distinta víctima, distintas pruebas, pero el mismo verdugo. El ambiente era tan violento como en la ocasión anterior, pero esta vez, sin embargo, algo cambió para él. Dejó de ser un mero espectador para empezar a apostar, anticipando los movimientos del prisionero, tratando de adivinar cuáles eran sus límites al dolor. Sintió cómo algo dentro de él se había activado y disfrutó de cada apuesta.

El colombiano lo observaba con atención y, cuando vio que su socio español seguía fascinado, le lanzó una propuesta inesperada:

—Esto está creciendo, y lo estamos llevando a otros países —explicó mientras encendía un puro—. La gente está dispuesta a pagar por algo real, emocionante, bestial... Y esto lo es —asintió con seguridad—. Si quiere, podría ser nuestro hombre en España. El veinte por ciento de lo recaudado con la entrada y las apuestas sería para usted.

Hizo un cálculo mental rápido y concluyó que estaban hablando de muchísimo dinero. Pero también había riesgo.

—Yo no sabría ni por dónde empezar a organizar todo esto. Me viene demasiado grande —se excusó, aunque la idea le rondara la cabeza.

—Tendrá mi respaldo, que para eso me llevaré un buen pellizquito. —Sonrió mostrando su diente de oro—. El verdugo siempre es el mismo, y de las víctimas me encargo yo: vagabundos de la zona a los que nadie echará de menos. Y podrá decidir quién puede acceder al juego y quién no. Confío en usted, socio. Piénselo bien.

Durante unos días no pensó en otra cosa. El dinero que ganaría era muy tentador, sí, pero no era solo eso. Era la fascinación que le había creado aquella mezcla de poder y control. Era algo distinto, algo grande, adictivo. Solo cuando su socio le aseguró que no estaría solo y que siempre contaría con su apoyo y protección, aceptó.

Apenas una semana después, aterrizaron en Alemania, uno de los países europeos donde el colombiano ya había puesto en marcha *La resistencia humana* en un viejo matadero reconvertido en escenario. Quería que viera cómo otros, antes que él, habían aceptado la propuesta y les había salido bien. En Alemania todo funcionaba a la perfección. Los protocolos, la seguridad, la discreción... Sin embargo, había una gran diferencia: algunos habían pagado una enorme suma de dinero por presenciar el juego en directo, pero la mayoría de los espectadores no estaba allí, sino en sus casas. Veían la retransmisión y jugaban en tiempo real desde la comodidad y el anonimato de su hogar, en pantallas de alta definición. El futuro estaba en las retransmisiones en *streaming*, y las cifras de participación y las cantidades apostadas eran abrumadoras.

Le gustó esa nueva fórmula. Quizá en Colombia, Bolivia o Venezuela se podían tomar ciertas licencias sin que la policía interviniera, pero en Europa era distinto, y no podía arriesgarse. Necesitaba un sistema limpio y sin fisuras.

Bajo la supervisión y el respaldo del colombiano, comenzó a organizarlo todo para ponerlo en marcha en su ciudad. Al ser su primera vez, decidió escoger un lugar que estuviera ya preparado, y el recinto donde se celebraban las peleas de perros le pareció una buena opción: estaba en una zona alejada, discreta, y contaba con un circuito cerrado de transmisión. Él mismo se había conectado en múltiples ocasiones desde su casa para ver las peleas y apostar en directo. Le propuso al dueño alquilarlo solo por una noche a cambio de una buena suma de dinero y, como era de esperar, aceptó. Conocía bien a los tipos como aquel. Con un buen fajo de billetes de por medio, decían a todo que sí.

—Tiene que quedar todo bien amarrado —insistió el colombiano —. Si algo se tuerce, debe haber alguien a quien culpar.

Hervás encajaba como un guante en ese papel y, por ese lado, se quedó tranquilo. Si salía bien, habría más veces, siempre en una localización distinta.

Lo más difícil fue decidir quiénes serían los espectadores, tanto los que acudirían *in situ* como los que tendrían el privilegio de poder conectarse desde sus casas y apostar. No era una invitación que se pudiera hacer a cualquiera. Era algo muy distinto a ver cómo se mataban dos perros de presa. Esta era otra liga. Y necesitaba gente sin escrúpulos ni conciencia, con estómago. Lo pensó mucho, eligió bien, hizo llamadas, dejó caer promesas de algo único, irrepetible... Y lo consiguió.

La noche del evento, para cuando el militar bielorruso que el colombiano siempre contrataba como verdugo llegó al recinto, todo

estaba preparado. El prisionero, también: un vagabundo captado en la frontera de Irún, cuya ausencia nadie notaría. Al principio, las apuestas apenas se movieron, y Reta59 sabía por qué. La mayoría de los espectadores estaban tan impactados que no lograban reaccionar. Pero bastaron un par de pruebas más para romper el hielo. La adrenalina comenzó a circular como un veneno dulce por sus venas, y las apuestas se dispararon.

Todo marchaba a la perfección hasta que una de las cámaras se encendió de pronto. El piloto rojo de la parte delantera parpadeó, y el verdugo detuvo el juego de inmediato. A través del teléfono, contactó con el colombiano, que estaba sentado al lado de Reta59, y exigió explicaciones. Trataron de tranquilizarlo, pero no lo consiguieron. Ante la posibilidad de que fuera una trampa y de que pudieran estar siendo grabados por alguien ajeno a la organización —quizá la policía—, el verdugo, fuera de sí, se negó a continuar. Comenzó a golpear todas las cámaras y a arrancarlas de sus soportes. Todas.

No les quedó más remedio que abortar. Se llevaron las cámaras dejando la instalación con los cables sueltos y, rápidamente, eliminaron cualquier posible rastro digital. En cuanto al cuerpo, sabían que sacarlo de allí era un riesgo demasiado alto, así que optaron por dejarlo. Lo prioritario era poner a salvo a los espectadores que habían acudido al pabellón. Antes de marcharse, sin embargo, el verdugo, por si acaso, cogió un soplete y quemó las yemas de los dedos del prisionero, que apenas tenía un halo de vida.

Pese al fracaso, no hubo represalias por parte del colombiano.

—No todo ha salido mal —le dijo con su habitual calma—. La plata se movió bien mientras duró el juego, y hemos dejado a toda esa gente con la miel en los labios. Se la dimos a probar y se la

arrancamos de cuajo, y eso es bueno para el negocio. Querrán más, y nosotros estaremos ahí para dárselo.

—¿Y si tiran del hilo y nos pillan?

—Usted por eso no se preocupe. Nos hemos cubierto las espaldas —dijo con una gran seguridad—. Ahora tómese un descanso y, cuando las aguas se calmen, volveremos a la carga. Si surge algún problema mientras tanto, use el celular que le di, comuníquese conmigo y lo arreglaremos.

Reta59 metió la mano en el bolsillo del pantalón y rozó con los dedos el pequeño teléfono móvil que guardaba como un tesoro. Era un número de prepago extranjero, acabado en varios sietes. El colombiano se lo había dado como línea directa y segura.

Un par de días después de la celebración del juego, supo que Hervás había sido descubierto transportando el cadáver del prisionero en el maletero de su coche y respiró aliviado. El pobre diablo se había metido en la boca del lobo él solito. Ahora sí que no iba a poder salir airoso de la situación.

Pensó que la suerte le había sonreído y que todo acabaría ahí, al menos por un tiempo, pero no. Uno de los participantes, alguien en quien había confiado y que sabía demasiado, empezó a dar señales de debilidad. Comenzó a comportarse de manera extraña hasta que, una noche en la que habían bebido de más, explotó.

—Lo he intentado, pero no puedo con esto... —le confesó con expresión de angustia—. Cierro los ojos y lo revivo todo con una nitidez aterradora. ¿Y los gritos? No me los puedo sacar de la cabeza. ¡No puedo! Las torturas fueron terribles, y me despierto por las noches, sudando, reviviéndolo todo. Además, hay un pobre desgraciado que va a ir a la cárcel por algo que no ha hecho, y nosotros aquí, bebiendo como si nada. ¡No es justo! Solo un monstruo sería capaz de callarse lo que pasó esa noche, y yo no lo

soy. Lo siento, pero voy a contarlo. Lo he escrito todo y tengo la grabación. No puedo seguir callando.

Reta59 se vio acorralado, pero logró frenarlo a base de amenazas. Durante un tiempo, consiguió mantenerlo a raya, sin que se saliera del tiesto. El día en que comenzó el juicio de Hervás, sin embargo, el traidor, al que siempre había considerado un amigo, cumplió su amenaza y le entregó un sobre con la información a la fiscal del caso. Por suerte, lo tenía vigilado desde hacía tiempo y supo en tiempo real lo que había hecho. Sopesó asaltar la casa de la fiscal esa misma noche y recuperar los documentos, pero habría levantado demasiadas sospechas. Por eso, llamó al colombiano para pedirle ayuda. Después de seguir sus instrucciones, todo había acabado bien.

—La información ya está en mi poder —le confirmó al día siguiente, después de recoger el maletín del cuarto de contadores donde lo había dejado la fiscal—. Creo que no hablará, por la cuenta que le trae.

—Bien. Ya hemos entrado en su celular y borrado todo lo relacionado con el caso. Ahora debemos esperar a que todo se calme.

—¿Y el traidor? ¿Va a ser castigado? —preguntó él temiendo la respuesta. Esperaba que las consecuencias para su amigo no fueran demasiado drásticas.

—¡Claro, compadre! —respondió su socio con una sonrisa—. El juego no perdona. Nadie sale de él sin escarmiento.

Tres semanas después, recibió una nueva invitación del colombiano para conectarse a otra sesión de *La resistencia humana* que se celebraría en una ubicación distinta, quizá en Europa, en América o en Asia, donde su socio había comenzado a expandir el negocio también. Le sorprendió recibirla sin haberla solicitado, pero

en cuanto se estableció la conexión y la imagen apareció en su televisor de sesenta pulgadas, lo comprendió todo. Desnudo, atado de pies y manos y colgado de un poste, la próxima víctima no era ningún vagabundo. Era su amigo, del que no se sabía nada desde hacía unos días.

Por primera vez desde que se había asociado con el colombiano, Reta59 sintió verdadero miedo por haberlo hecho.

En lo más profundo.

De corazón.

Aunque en el fondo, él también creía que el traidor se lo merecía.

CAPÍTULO 40

ANTONIO

2024

A lo largo de los años de condena en la cárcel de Martutene, a Antonio le habían cambiado de compañero de celda en numerosas ocasiones. Al principio lo llevaba peor, pero con el tiempo había terminado por acostumbrarse. Era lo que tocaba.

Entre los funcionarios y también entre los presos, tenía fama de ser un tipo tranquilo. No se metía en líos, intentaba no hacer ruido y no era demasiado exigente con sus compañeros de celda. Mientras no se metieran con él y respetaran sus silencios, se adaptaba. Tumbado en su litera, sonrió al recordar al único compañero que jamás respetó sus silencios, pero que acabó siendo con el que mejor se entendió: Tirso, el charlatán.

Tirso había nacido en algún rincón de Extremadura y llegó con su familia a Irún cuando apenas tenía diez años. Juerguista, vividor y bastante zángano, de joven cambió de trabajo como quien cambia de chaqueta: albañil, fontanero, camarero..., y ninguno le duró demasiado.

A los veintiséis años dejó embarazada a su novia, una chica donostiarra con la que acabó casándose más que por amor, por no oír a su suegra —según contaba entre risas—. Como era de esperar, la paternidad no hizo que sentara la cabeza. Siguió saliendo,

bebiendo y enredando, hasta que acabó metiéndose en líos. Robos, fraudes, estafas... Tirso era de los que te vendían un bolígrafo por veinte euros y encima le terminabas dando las gracias. Con el paso de los años, comenzó a pasar más tiempo dentro de la cárcel que fuera y, en una de esas estancias, allá por el año 2019, cuando Antonio ya llevaba buena parte de su condena cumplida, les tocó compartir celda.

El comienzo no pudo ser peor. Tirso irrumpió como un torbellino, y a Antonio le horrorizó la idea de pasar los próximos años con aquel caradura que no se callaba ni debajo del agua. No llevaba ni dos minutos en la celda y ya estaba bromeando, soltando chascarrillos, canturreando... Antonio, que no soportaba semejante incontinencia verbal, sintió que le habían metido una bomba de relojería en la celda. Le molestaba todo de él: que siempre estuviera de buen humor, que siempre tuviera que hacer la gracia, que no pudiera estarse quieto ni un segundo... Pero Tirso no parecía darse cuenta. Y si lo notaba, le daba igual.

Antonio no sabría decir cuándo se produjo el cambio, pero, poco a poco, terminó acostumbrándose a él. Incluso comenzó a disfrutar de su compañía. Tirso siempre tenía alguna anécdota graciosa, alguna confidencia inesperada o un comentario jocoso que acababa por sacarle una sonrisa. Y Antonio se dio cuenta de que el tiempo, que normalmente pasaba muy despacio entre aquellas cuatro paredes, transcurría mucho más rápido desde que lo tenía como compañero.

—Con lo acojonado que estaba yo cuando me pusieron contigo..., ¡y al final te voy a echar de menos cuando salga de aquí! —le soltó Tirso una noche entre risas.

—¿Acojonado? ¿Por qué?

—¿Por qué va a ser? Pregunté en el patio qué habías hecho para acabar entre rejas y me dijeron que torturar y matar a un tío. ¡Casi me cago encima!

—No te creas todo lo que te digan —respondió Antonio antes de darse la vuelta en su litera, zanjando la conversación.

Por mucho que Tirso insistió, Antonio no le contó nada de lo que le había pasado. La etapa de inconformismo, de rebeldía, de tratar de demostrar su inocencia había quedado atrás. Una tarde, sin embargo, sucedió algo que hizo que esto cambiara.

Antonio volvía del taller al que se había apuntado por iniciativa propia: «Apoyo a la reinserción». Aún le quedaban varios años dentro, pero imaginar su vida fuera y planificar su salida le ayudaba a sobrellevar la condena. El taller terminó cinco minutos antes y decidió pasar por su celda a dejar el cuaderno donde había estado tomando notas. Al abrir la puerta, se encontró a Tirso sentado en su cama, rodeado de sobres y papeles desordenados.

—¿Se puede saber qué cojones estás haciendo? —le soltó Antonio en cuanto reconoció de qué se trataba.

—¡Eh, Antoñito, no me jodas! No te enfades, que me he topado con esto sin querer. Estaba buscando un mechero.

Antonio se acercó de un salto y le arrancó las cartas de las manos.

—Esto es algo privado. No tienes derecho a hurgar en mis cosas.

—Ya lo sé, tío, pero me han llamado la atención. Estaban todas sin abrir y dirigidas a la misma persona. ¿Quién es Silvia Legarre?

—Ya que te has tomado la libertad de abrirlas y leerlas, sabrás que no es mi novia precisamente —respondió él en tono seco.

Tirso insistió, pero Antonio estaba tan enfadado que no quiso ni mirarle. Se había entrometido en su intimidad, había cruzado una línea, y no pensaba perdonarlo. Durante varios días, apenas le

dirigió la palabra. Tirso intentó disculparse varias veces, pero Antonio se mostró muy dolido.

—Joder, no lo hice con mala intención, te lo juro. Perdóname, tío, ya sé que la cagué.

Pasaron semanas antes de que la tensión empezara a aflojarse, y a Tirso le costó mucho esfuerzo volver a recuperar la confianza de Antonio. A base de respeto, paciencia y alguna que otra torpeza con buen fondo, al final, con un poco de insistencia, lo consiguió.

Una tarde, cuando las aguas se habían calmado y la relación entre ellos parecía estar mucho mejor, sin que Tirso se lo pidiera, Antonio comenzó a hablar. Y lo contó todo. Lo que sabía, lo que intuía y lo que nadie había querido escuchar. Todo. Cuando terminó, sintió como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

—Joder, Antonio... ¡Aquí hay algo muy gordo! —exclamó Tirso fascinado con la historia—. ¿Crees que la fiscal esa consiguió la información y después se achantó cagada de miedo?

—No lo creo. Estoy seguro. Esa puta sabe quién es Reta59 y quién más estuvo detrás de todo, y no me extrañaría nada que ella estuviera metida en el ajo también.

—¡La madre que me parió! Tienes que hacer algo con todo esto, Antonio. ¡Es la hostia!

Tirso no podía pararse quieto. Daba vueltas por la celda, alterado, emocionado.

—No pienso hacer nada —le cortó Antonio tajante.

—Si de verdad hay gente tan gorda detrás, esa información es dinamita pura. Tienes que conseguirla y usarla para chantajearlos a todos y hacerte de oro a su costa. ¡Es lo que se merecen esos hijos de puta!

—Se merecen eso y mucho más, pero no pienso hacer nada. Ya salí escaldado una vez.

Tirso insistió. Sabía reconocer un buen negocio cuando lo tenía delante, sobre todo cuando se trataba de sobornar, chantajear o sacar tajada de alguna debilidad ajena. Y esta historia era una oportunidad incomparable, mucho mejor que nada que hubiera tenido entre manos antes. Pero Antonio no quería ni oírlo, y no cedió.

Tirso se despidió de su compañero de celda dos años después de haberse conocido, con la condena ya cumplida, las cartas de Antonio guardadas en el bolsillo delantero de la mochila y la firme decisión de que, si su amigo no pensaba aprovechar la oportunidad, lo haría él. Chantajear no era ninguna novedad para alguien con su historial. Lo había hecho antes y, aunque el objetivo siempre había sido gente de poca monta, un chantaje seguía siendo un chantaje, se mirase por donde se mirase. Y esta vez, si de verdad había peces gordos involucrados, pensaba jugar bien sus cartas. Por fin se desharía de todas sus deudas.

Su mujer lo recibió con el mismo escepticismo de siempre. Se había acostumbrado a sus idas y venidas, a sus grandes promesas y a sus constantes fracasos, y ya no esperaba nada de él. El recibimiento de su hijo fue algo mejor. A pesar de haber cumplido ya la mayoría de edad, todavía creía en él. Su relación había estado marcada por las ausencias, pero Tirso había conseguido mantener viva una chispa de complicidad entre ellos. Además, podía afirmar con orgullo que su hijo se le parecía cada vez más. No solo físicamente, sino también en la forma de ser.

Esa noche, en cuanto estuvieron a solas, Tirso le contó la historia de Antonio y la idea que tenía entre manos para salir beneficiados de todo aquello. Le habló con entusiasmo, como si hubiera dado con un plan maestro.

—Pero no sabemos qué pasó en ese pabellón ni quién se cargó al muerto —apuntó el chico.

—No, pero sí sabemos quién tiene esa información. —Alzó una de las cartas de Antonio, donde figuraban el nombre y la dirección de Silvia Legarre—. Esta tía es la clave. Ella tiene lo que necesitamos. Iremos a por ella. Y después, si todo va bien, a por los de arriba.

—¿Y si esa mujer no sabe nada?

—Entonces no habrá negocio, pero Antonio está convencido de que ella tiene la información, y yo también lo creo.

No sabía si estaba en lo cierto o no, pero deseaba que así fuera. Guardó las cartas con cuidado, se acercó a su hijo y le puso una mano en el hombro.

—Escucha, campeón. Esta vez va a salir bien. Vamos a ganar mucha pasta, pagaremos todas las deudas y todavía nos quedará dinero para vivir como reyes. ¿Me oyes? Nos lo merecemos. Solo tienes que confiar en mí.

Conseguir el número de teléfono de la antigua fiscal no fue difícil. Tampoco lo fue localizar la dirección a la que Antonio había estado enviando sus cartas durante años. Cuando Tirso llegó al lugar, se quedó boquiabierto. Era un chalet enorme, de fachada de piedra, con un bonito jardín que rodeaba toda la casa. A un lado, un coche de alta gama descansaba frente a la puerta del garaje. «Aquí hay pasta», murmuró embelesado.

Durante varios días la estuvo vigilando. La observó entrar y salir, llevar a su hija al colegio, volver con las bolsas de la compra... Todo normal. Cuando una mañana, el marido salió de casa con una maleta y se marchó, Tirso decidió que era el momento perfecto y la llamó.

—¿Silvia Legarre? No cuelgues. Tengo algo que decirte —soltó con voz firme y autoritaria.

—¿Quién eres? —preguntó ella nerviosa.

—Escúchame bien. Año 2010. Caso Antonio Hervás. Sabes cosas. Yo también. Durante el juicio te llegó información importante, y me la vas a dar si no quieres salir mal parada.

—Yo no recibí nada.

—Sí lo hiciste. Ambos lo sabemos.

—Te digo que no tengo nada. —Silvia se mostró firme.

—¡*Mecagüen* Dios! —estalló él cabreándose—. No te vas a reír de mí, ni de Antonio tampoco. ¿Me oyes? Si no quieres que te arranque de cuajo ese pijama rosa de cuadros que llevas ahora mismo, prepara la información. Quiero nombres, ¿entendido? Y detalles. Todo bien clarito.

Vio cómo Silvia se giraba bruscamente hacia la cristalera, con el teléfono todavía en la oreja. A través del vidrio, la observó correr hacia la puerta y cerrar con llave. Después, activó la alarma y cerró las cortinas del salón de golpe. Tirso sonrió. Estaba asustada, y eso era bueno.

—No te vas a poder esconder tan fácilmente —se burló.

—¿Cómo te tengo que decir que no tengo nada? —alzó la voz.

—Claro que lo tienes, y me lo vas a entregar. Mañana a las siete de la tarde, te espero en Miramón, frente al hotel Arima. Más te vale traerlo todo. Y no hagas tonterías, no te conviene hacerme enfadar.

En cuanto vio a su hijo, Tirso le contó que todo iba según lo planeado.

—No le he dado opción —explicó orgulloso—. Mañana por la tarde me lo tendrá que entregar todo.

—¿Quieres que te acompañe, aita?

—Es mejor que no vengas. Me jugaría el cuello a que no va a hacer ninguna tontería como llamar a la poli, pero por si acaso, será mejor que vaya solo.

Tirso acudió nervioso a la cita del día siguiente, pero, sobre todo, excitado. El corazón le latía con fuerza por la adrenalina, y sentía en el estómago ese cosquilleo inconfundible de cuando algo está a punto de salir bien. Su intuición le decía que lo iba a conseguir, y tan solo estaba a un paso. Su vida iba a cambiar. Esta vez sí.

Llegó a Miramón, un barrio situado en la parte alta de Donostia que albergaba el parque tecnológico de la ciudad, en su vieja moto. Aparcó en un lugar discreto y se acercó al hotel Arima. Entonces la vio.

Estaba sola, frente a la entrada del hotel, mirando su reloj cada pocos segundos. Era una mujer elegante y bien parecida, de esas que jamás se habrían fijado en un tipo como él. Al ver la carpeta que llevaba bajo el brazo, Tirso no pudo evitar sonreír. Ahí estaba lo que había ido buscando, y había sido muy fácil conseguirlo. Un poco de investigación, una llamada, algo de presión y listo. No le había hecho falta tener dinero ni estudios. La clave estaba en tener huevos, y él los tenía. Bien puestos, además.

Comenzó a cruzar la calle saboreando el momento, imaginando cómo sería abrir esa carpeta junto a su hijo y planear los siguientes pasos. Ya estaba casi al otro lado cuando oyó el rugido de un motor acelerando sin piedad. Giró la cabeza, pero apenas tuvo tiempo de verlo: un coche negro venía directo hacia él, a toda velocidad. No tuvo ocasión para reaccionar.

El impacto fue brutal, y lo lanzó varios metros por el aire. Durante una fracción de segundo, le pareció que flotaba. Después oyó el crujido de sus huesos al estrellarse contra el asfalto. Y llegó el dolor. Y la sangre. Mucha sangre.

Su último pensamiento fue para su hijo, y recordó con una claridad sorprendente su última conversación:

—Esta vez sí, Borja. Esta vez va a salir todo bien, y te prometo que estarás orgulloso de mí. Ya lo verás.

Después, todo se volvió negro.

CAPÍTULO 41

EL ASESINO DE GROS

2024

Fue un terrible mazazo ver cómo, dieciséis años después, los crímenes que había cometido en el pasado volvían a salir a la luz de una manera tan escandalosa. Habían pasado muchas cosas desde entonces, y él ya no era el mismo hombre. No había resultado sencillo, pero había logrado enterrar su oscura historia bajo capas de normalidad, reconstruyendo su vida desde los cimientos. Y, contra todo pronóstico, había conseguido salir adelante. Ahora llevaba una existencia tranquila, sin sobresaltos, lejos de aquella versión de sí mismo que prefería no recordar.

La noticia lo alcanzó como una bofetada, y lo que leyó en la prensa lo dejó de piedra. En la Audiencia Provincial de Gipuzkoa se estaba celebrando un juicio por asesinato en el que la estrategia de la defensa había resultado tan sorprendente como disparatada: la abogada del acusado se había sacado de la chistera la teoría de que el verdadero culpable era él, el asesino de Gros, ni más ni menos.

Fue muy duro volver a protagonizar los titulares. Las teorías se multiplicaban y la alarma social no tardó en prender.

—¿Crees que ha podido ser él? ¿Que después de dieciséis años ha decidido volver a matar? —le preguntó ella mientras desayunaba,

con el especial del periódico dedicado a la figura del asesino entre las manos.

—No lo creo. —Sentía una presión casi asfixiante en el pecho, aunque procuró fingir normalidad—. Después de tantos años, es probable que incluso esté muerto.

—Eso espero, porque no se merece otra cosa. Un tipo que mata al tuntún, entrando en las casas de la gente y dejando mensajitos macabros en la boca de sus víctimas, no puede estar bien de la cabeza.

—Eso nunca lo sabremos —murmuró él, apenas audible, mientras se centraba en su taza de café para evitar mirarla.

—Ya te lo digo yo. Lo que hizo solo pudo haber sido obra de un puto trastornado. Y no solo sufrieron las consecuencias sus víctimas. Al resto nos afectó mucho también.

—¿A qué te refieres?

—A la histeria colectiva que provocó —explicó ella dejando el periódico sobre la mesa con un gesto de disgusto—. En 2008 yo tenía veinticuatro años y aún vivía con mis padres. El primer asesinato fue muy impactante para todos, pero después del segundo, mi madre se puso como una loca, entró en pánico y me prohibió salir de noche. No fui la única. A mis amigas les pasó lo mismo. Nos decían que al asesino le daba igual una víctima que otra, que vivíamos demasiado cerca de Gros como para andar solas por ahí, que era mejor no arriesgarse... Al final, nos metieron el miedo en el cuerpo. Quedábamos solo de día y nunca íbamos solas a ninguna parte. Empezamos a vivir siempre alerta, como si el peligro estuviera a la vuelta de cada esquina. ¿Te imaginas cómo era vivir así? Todo el tiempo con la sensación de que algo terrible podía pasarte en cualquier momento.

Él asintió lentamente, tratando de parecer comprensivo mientras la culpa lo carcomía por dentro.

—Solo espero no tener que volver a vivir nada igual —sentenció ella.

Él se levantó de la mesa con el estómago encogido. Murmuró una disculpa y se encerró en el baño. Una vez dentro, apoyó la espalda contra la puerta, se dejó caer y comenzó a sollozar tapándose la cara con las manos. Nunca había medido las consecuencias de sus actos más allá de las que había ocasionado a sus víctimas directas. Estaba tan cegado por que aquellas tres personas pagaran por lo que habían hecho que, en su afán de venganza, no había sabido ver ninguna otra cosa al margen de su propia tragedia. Ahora, tras escuchar lo que había vivido ella, entendía lo egoísta que había sido él.

De todo aquello habían transcurrido ya muchos años y no estaba dispuesto a que el pasado le explotara en la cara y destruyera lo que había construido: una vida tranquila y feliz. Sin embargo, el caso de Lander Foronda lo había puesto todo patas arriba. Lo más probable era que el chico le hubiera puesto el *pendrive* a su víctima en la boca para despistar a la policía e intentar irse de rositas, desenterrando al asesino de Gros y sacándolo a la palestra, algo que no pensaba permitir. Por eso, decidió actuar.

Debía tomar cartas en el asunto.

CAPÍTULO 42

KARMELE

2024

Por mucho que Karmele insistiera, Néstor no le dio permiso para faltar a ninguna sesión del juicio más con la excusa de estar recabando material para el especial sobre Silvia Legarre.

El miércoles por la mañana lo pasó entero en el juzgado, aguardando sin éxito a que comenzara la sesión. No supo que quedaba suspendida hasta que la letrada de la Administración de Justicia les dio el aviso. Por mucho que preguntaron, no consiguieron descubrir los motivos.

Por la tarde, volvió a centrarse en su investigación sobre Silvia, decidida a averiguar, de una vez por todas, qué se escondía detrás de su repentino abandono de la fiscalía y por qué había mentido. Pero, a última hora, cuando seguía tan perdida como al principio, recibió una llamada de Néstor. Estaba furioso.

—¿¡Adónde andas mirando, Beltrán!? —le soltó en cuanto descolgó—. ¡Se nos han adelantado!

—¿De qué hablas?

—Acaban de publicar que una miembro del jurado ha tenido que ser sustituida porque resultó ser la nieta de la primera víctima del asesino de Gros. ¿Cómo se te ha podido escapar algo así?

Karmele tuvo que morderse la lengua. Llevaba días enfrascada en el pasado de Silvia Legarre, persiguiendo conexiones, buceando en archivos, revisando hemerotecas..., y había descuidado todo lo demás.

El jueves quiso enmendar su error y siguió con atención el sexto día del juicio. La segunda comparecencia del jefe de la investigación y la revelación de su animadversión personal hacia los Foronda, junto con el testimonio del propio Lander, le proporcionaron material suficiente para escribir una buena crónica. A media tarde, tras revisarla y pulirla, se la envió a Néstor. Pero sabía que no sería suficiente. El director del *Donostia Press* se había empeñado en publicar un segundo especial, y ella no tenía prácticamente nada. El caso de Antonio Hervás había resultado ser una total pérdida de tiempo. Y lo que había conseguido sobre Silvia no pasaba de ser un puñado de datos inconexos y sospechas sin fundamento. Con eso no podía escribir nada que valiera la pena. Mucho menos un especial.

Consciente de que al día siguiente terminaría el juicio, decidió hacer un último esfuerzo. Llamó de nuevo a Josune, su contacto en la Policlínica, por si había conseguido averiguar algo más. Pero la respuesta fue que no había nada nuevo. Colgó decepcionada y volvió a revisar todo lo que tenía. Incluso hizo un último intento desesperado de contactar con antiguos compañeros de Silvia en la fiscalía, pero no logró sacar nada en claro. Silvia seguía siendo una muralla inexpugnable.

Eran casi las diez de la noche cuando apagó el ordenador. Estaba agotada y le dolían las cervicales tras tantas horas en la misma postura. Se puso en pie, estiró los brazos y el cuello, y fue hasta la cocina. Metió unas rodajas de calabacín y un par de pechugas de pollo en la freidora de aire y esperaba frente a la encimera cuando sonó el timbre.

Se sobresaltó. No esperaba a nadie, y menos a esas horas. Se acercó a la puerta y la abrió casi de inmediato. Lo primero que vio fue un sobre pequeño de color sepia sobre el felpudo. Alzo la vista rápidamente y vio a un chico, alto y delgado, alejándose escaleras abajo. Vestía una sudadera verde militar y unos vaqueros gastados. Aunque no vio su cara, le pareció que debía de ser bastante joven.

—¡Eh, oye! —lo llamó desde el rellano, pero el chico no se detuvo ni se giró—. ¡Oye, tú!

El muchacho siguió bajando las escaleras mientras decía algo que Karmele no llegó a entender muy bien. Con el sobre a sus pies, lo observó de cerca y lo recogió con cautela. Escrito a mano, solo figuraba su nombre. Sin sello y sin remitente. Estaba cerrado y parecía contener algo más sólido que papel en su interior.

Cerró la puerta y regresó a la cocina. Lo dejó sobre la mesa y fue a por su móvil. No era la primera vez que recibía documentación sensible de forma anónima, y tenía por costumbre documentar cualquier cosa que le pareciera extraña antes de tocarla demasiado. Encendió la cámara y fotografió el sobre desde distintos ángulos. Después, lo abrió con cuidado, deslizando una tijera por un lateral. El interior estaba acolchado, y lo primero que vio fue un *pendrive* pegado con un trozo de celo anaranjado. Antes de despegarlo, lo fotografió también. Lo sacó e hizo una última foto del dispositivo.

Encendió el ordenador sintiendo cómo la adrenalina recorría todo su cuerpo. Insertó el *pendrive* y contuvo el aliento. Solo había un archivo: un .txt sin nombre, sin fecha... y sin metadatos.

Lo abrió con el corazón bombeando con fuerza. El texto no ocupaba más de media página. Lo leyó con rapidez y se quedó de piedra. Volvió a leerlo, esta vez más despacio y asimilando bien toda la información, y la sensación de estar ante algo grande no se

desvaneció ni un ápice. A Néstor le iba a encantar. Mucho más que cualquier especial sobre Silvia Legarre.

Sin perder el tiempo, hizo una copia del archivo de texto y la guardó en el escritorio del ordenador. Después, expulsó el *pendrive* de forma segura, apagó el equipo y miró la hora. Las diez y diez de la noche. Demasiado tarde. Pero antes de enseñárselo a Néstor, había alguien más a quien debía mostrárselo. Alguien cuya opinión era de vital importancia para dar veracidad a la información que había recibido.

Volvió a meter el *pendrive* en el sobre y lo guardó en el bolso. Cogió la chaqueta del perchero y salió de casa con la esperanza de que esa persona no estuviera dormida aún y aceptara recibirla.

A pesar de la hora.

Y después de tanto tiempo.

CAPÍTULO 43

EL JUICIO - DÍA 7

2024

Era viernes, el último día de juicio, y Silvia se despertó antes de que sonara el despertador. El momento de exponer sus conclusiones en un alegato final sólido, trabajado y sin fisuras había llegado, y se sentía preparada.

El juicio había comenzado con todo en su contra: un acusado señalado por la opinión pública, un jurado que parecía tener ya su veredicto decidido y un fiscal con una acusación que, a simple vista, parecía irrebatible. Pero ella había sabido jugar sus cartas, destapando pactos de silencio, presentando nuevas teorías y, sobre todo, sembrando la duda. Cada sesión había sido una oportunidad, y cada testimonio, una rendija por la que dejar entrar la duda razonable.

Tras un desayuno ligero, se dio una ducha larga con agua bien caliente. Se secó el pelo con esmero y se maquilló con precisión, repasando cada detalle frente al espejo. Después, eligió uno de sus trajes más elegantes. Era un día muy importante, y debía estar perfecta.

Iñigo había vuelto la noche anterior de Suiza y sería él quien se encargaría de darle el desayuno a Maialen y quedarse con ella hasta que llegara Greta.

Mientras guardaba en el maletín el borrador del alegato que ya se sabía de memoria, Mikel salió de su habitación.

—*Egun on*, ama —saludó dándole un beso en la mejilla—. Voy contigo al juzgado.

Ella asintió, lo miró con ternura y aprovechó para repasar sus apuntes una última vez mientras su hijo terminaba de desayunar. Cuando estuvo listo, bajaron al garaje y se subieron al coche. Le habría encantado ir en moto. El viento golpeando el casco, el rugido constante del motor y la sensación de volar sobre el asfalto siempre le habían ayudado a ordenar sus pensamientos. Esa mañana, sin embargo, las prendas que vestía no eran las más adecuadas para subirse a una moto.

Se ajustó el cinturón y, en ese preciso instante, oyó el sonido de una notificación. Miró la pantalla del móvil. Era un WhatsApp de Greta: «Tienes que ver esto, Silvia. Lo siento mucho».

Intrigada, pulsó el enlace que acompañaba al mensaje. La redirección la llevó a una página del *Donostia Press*. El artículo, firmado por Karmele Beltrán, llevaba por título: «¿Y ahora qué?».

Silvia comenzó a leerlo.

¿Y AHORA QUÉ?

Por Karmele Beltrán

Anoche, sobre las diez, alguien dejó un sobre en el felpudo de mi casa. Sin remitente, sin sello. Tan solo mi nombre escrito a mano. Dentro, un *pendrive* pegado al interior. Nada más. Al conectar el dispositivo al ordenador, apareció un único archivo: un .txt sin nombre, sin fecha y sin metadatos.

¿Les suena?

Era un mensaje breve, conciso y directo, y venía firmado por alguien que asegura ser el asesino de Gros. El mismo que durante meses sembró el pánico en la ciudad y del que no habíamos vuelto a saber hasta ahora. Sus afirmaciones son claras: no ha vuelto ni volverá. Mató hace dieciséis años a esas

tres personas porque se lo merecían, pero no es ningún asesino en serie. Lo único que quiere —y cito textualmente— es que lo dejen en paz.

Antes de sacar ninguna conclusión, quise contrastarlo con alguien que conoce hasta el último detalle de este caso: Anselmo Dávila, el jefe de investigación de la Ertzaintza que dedicó buena parte de su trayectoria profesional a encontrar a este asesino. Hoy en día está retirado, pero recuerda con claridad cada aspecto del caso.

El presunto asesino de Gros, tratando de demostrar su identidad, detalla en el texto que recibí datos que no figuran en ningún informe oficial, como el contenido del costurero de Josefa Reboredo, la postura en la que quedó Kepa Muñoa o el programa de televisión que estaba viendo Gorka Téllez en el momento del ataque.

El juicio por el asesinato de Borja Miranda entra hoy en su fase final. La defensa de Lander Foronda ha sostenido casi desde el primer momento que el crimen es obra del asesino de Gros, pero el autor de este mensaje lo niega.

El *pendrive* no puede ser incorporado al juicio como prueba válida y no tiene valor procesal: al haber sido entregado de forma anónima y extraoficial, sin custodia judicial, policial ni pericial, no es posible garantizar su autenticidad ni su procedencia. ¿Esto qué quiere decir? Que son ustedes los que deben juzgar esta información. Pueden pensar que se trata de un imitador, de alguien que participó en las investigaciones y por eso conoce los detalles o, simplemente, de un bromista con ganas de divertirse. Pero también pueden pensar que es auténtico y que lo ha enviado el mismísimo asesino de Gros.

Y Anselmo Dávila lo tiene claro: «Es él».

Silvia comenzó a golpear el volante mientras gritaba de impotencia. No se podía creer que el artículo que echaba por tierra su defensa se hubiera publicado justo antes de las deliberaciones. A su lado, Mikel la miró asustado.

—Ama, ¿qué pasa?

Silvia le resumió la situación en pocas palabras, mientras arrancaba el coche con brusquedad y pisaba el acelerador.

—Si los miembros del jurado leen este artículo antes de encerrarse a deliberar, mi defensa se irá al garete —dijo rabiosa.

Al llegar a los juzgados, ni se detuvo a saludar al personal de seguridad. Se despidió de Mikel con un gesto rápido y se fue de

inmediato al despacho de la magistrada Solozábal. Llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

—Señoría, necesito hablar con usted. Es urgente —dijo con la respiración agitada—. El artículo publicado por el *Donostia Press* puede poner en entredicho todo el juicio. Contiene información que no se ha expuesto en la sala y que puede influir de forma directa en la percepción del jurado.

La jueza alzó la vista de los papeles que tenía sobre la mesa. Silvia continuó:

—Necesito pedir la suspensión del juicio.

—Comprendo su preocupación y no se la discuto. El momento en el que se ha publicado es, cuando menos, muy poco oportuno. Pero no voy a suspender el juicio por ello —sentenció—. El artículo no tiene ningún valor probatorio y no aporta hechos nuevos respecto al caso que nos ocupa. El jurado debe ceñirse exclusivamente a las pruebas presentadas, practicadas y debatidas en el juicio. Nada más. Si es necesario, se lo recordaremos, pero no puedo permitir que una noticia periodística condicione el curso de un juicio.

Silvia asintió en silencio, con la mandíbula apretada, y salió del despacho sintiendo una gran frustración. Se metió en el baño, cerró la puerta con pestillo y se sentó sobre la tapa del inodoro. Necesitaba pensar, calmarse, asimilar. Al cabo de unos minutos, se levantó con decisión. Lo único que podía hacer, llegados a este punto, era mantener su versión con firmeza hasta el final, y actuar como lo había hecho siempre: con temple, con estrategia, sin mostrar debilidad.

Entró en la sala con expresión serena y saludó a Lander como si todo marchara según lo previsto. Los miembros del jurado comenzaron a entrar y se volvió ligeramente hacia ellos, tratando de adivinar en sus rostros si alguno había leído el artículo de Karmele

Beltrán. Algunos parecían cansados mientras otros mantenían el semblante de siempre, y no pudo sacar nada en claro.

Tras los trámites iniciales, la jueza dio la palabra al fiscal para que iniciara su alegato final. Daniel Vilariño se puso en pie con elegancia. Su imagen era, una vez más, impecable, y lucía una sonrisa en los labios. Sin duda, sabía que los últimos acontecimientos jugaban a su favor, y mucho. Se colocó frente al jurado y dio inicio a su último acto, su gran final.

—Señoras y señores del jurado —comenzó en un tono solemne —. Hoy concluye un proceso doloroso. No solo para la familia de Borja Miranda, sino para todos los que confiamos en la justicia. Ha llegado el momento de que juzguen los hechos, las evidencias presentadas en la sala, y determinen si el acusado, Lander Foronda, es culpable más allá de toda duda razonable.

Hizo una pausa breve y continuó.

—La noche del 20 al 21 de mayo de 2022, Borja Miranda fue asesinado de un golpe en la cabeza. Fue su compañero de piso, Lander Foronda, quien llamó al 112. Pero no lo hizo de inmediato, sino siete minutos después. El acusado alegó que, tras intentar reanimarlo, quedó en estado de *shock*, pero en esta sala ha reconocido que mintió. Antes de la llamada, buscó el móvil y el ordenador de la víctima, intentando eliminar cualquier rastro del chantaje que, según él mismo ha admitido, Borja le estaba haciendo. Y es aquí donde llegamos al móvil del crimen: el chantaje. Lander Foronda pagó cinco mil euros sin pestañear. No lo digo yo, lo ha dicho él. Y lo hizo para evitar que se difundiera un vídeo cuya existencia ni siquiera se ha podido demostrar. El pago, en cambio, ha quedado acreditado. Borja no se conformó. Pidió más. Y ese fue el detonante para que el acusado actuara con rabia, miedo o despecho.

»Es ahora cuando llegamos a lo más llamativo de este caso: la puesta en escena. El acusado manipuló la escena del crimen para que pareciera obra de otra persona: un asesino cuyo *modus operandi* conocía bien porque lo había estudiado en la carrera de Criminología. Tanto, que conocía detalles como el del dedal en la mano de las víctimas, un dato que, supuestamente, solo conocían quienes participaron en la investigación del caso, pero que, a todas luces, parece haberse filtrado. La abogada de la defensa, de una manera muy inteligente, todo hay que decirlo, ha aprovechado esta representación tan cuidadosamente planificada para crear una película con suspense, drama y misterio, resucitando al asesino de Gros. Un asesino que, según parece, ni ha regresado de las catacumbas para matar, ni tiene intención de hacerlo algún día.

Silvia notó cómo algunos miembros del jurado esbozaban una sonrisa. Vilariño no podía mencionar directamente el artículo publicado esa mañana, pero había logrado hacerlo de manera indirecta. Y se los estaba metiendo en el bolsillo.

—La maniobra de la defensa habría sido brillante, si no fuera porque no se sostiene —continuó—. Ha tratado de colarnos una versión tan disparatada que no hay por dónde cogerla. Y permítanme que lo diga con claridad: ha sido muy poco considerada al hacerlo. Sacar a la palestra a un asesino que sembró el pánico solo por intentar que su defendido se vaya de rositas me parece muy egoísta. La policía, el juez instructor del caso y yo mismo decidimos en su día ocultar esta información para no convertir la ciudad en un hervidero de miedo e histeria colectiva. Ella, en cambio, no ha tenido ningún problema en hacerlo. Pero la jugada no le ha salido bien.

Vilariño, poco a poco, se fue acercando al jurado.

—Señoras y señores del jurado. Lander Foronda imitó unos crímenes del pasado porque los conocía bien y porque era lo

bastante inteligente como para hacerlo. Lo hizo para despistar a la policía. Para ganar tiempo. Para que personas como ustedes dudaran. Pero no se dejen engañar. Tuvo la oportunidad, tuvo el motivo y, principalmente, tuvo la sangre fría. No estamos aquí para juzgar lo que pasó hace dieciséis años, sino para decidir qué ocurrió la madrugada del 21 de mayo de 2022. Y sobre eso, no hay duda: Lander Foronda mató a Borja Miranda. Todo lo demás —el *pendrive*, el dedal...— no es más que ruido. Una cortina de humo que el acusado ha utilizado para tratar de eludir su responsabilidad.

Hizo una última pausa y su voz se volvió más grave.

—Tal y como ya consta en el escrito de acusación, la fiscalía solicita una pena de veinte años de prisión por un delito de asesinato, solicitud en la que me ratifico —aclaró—. Hoy les pido que valoren los hechos con la razón, y que no se dejen engañar por el espectáculo. Borja Miranda no murió por casualidad. Murió porque alguien decidió acabar con su vida. Ese alguien está aquí sentado y se llama Lander Foronda. Hagan justicia. Gracias.

Se giró hacia la magistrada con determinación.

—Es todo, señoría.

Daniel Vilariño regresó a su asiento y Silvia tomó su lugar en el centro del estrado. Respiró hondo y comenzó:

—Señoras y señores del jurado. Estamos llegando al final, y créanme cuando les digo que estar aquí, frente a ustedes, conlleva una enorme responsabilidad. Porque lo que ustedes decidan en este juicio marcará para siempre la vida de una persona.

Hizo una breve pausa, se ajustó la toga y continuó.

—Lander Foronda, mi defendido, ha sido juzgado por partida doble en esta sala, y fuera de ella también. Carga con un apellido que, para muchos, representa privilegio, abuso y corrupción. Pero no se puede juzgar a alguien por los actos de su padre. Y,

lamentablemente, eso es justo lo que hizo quien dirigió la investigación, Javier Larrañaga, pues tenía motivos personales para querer que lo declararan culpable. Desde el inicio, Lander tuvo que enfrentarse a una investigación subjetiva, parcial, en la que se desechó cualquier línea que no lo señalara a él. Una investigación chapucera, hecha rápido y mal, donde se ocultaron pruebas y se manipularon informes. Las personas que decidieron mentir, a ustedes, a nosotros, a la ciudad entera, se presentan ahora como los salvadores, alegando que no querían crear una histeria colectiva. Pero yo me pregunto: ¿y dónde queda el derecho a la verdad? ¿Quién decide qué debe conocer la población o el jurado y qué no?

Volvió a hacer una pausa y se acercó un par de pasos al jurado.

—Mi compañero —dijo refiriéndose al fiscal, consciente de que a Vilariño ese término no le iba a agradar en absoluto— ha afirmado que Lander quiso imitar al asesino de Gros. Pero ¿cómo iba a conocer el dato del dedal si era un detalle que nadie conocía excepto el equipo investigador? Es imposible que lo supiera. Y el fiscal lo sabe. Por eso, ha hecho lo más cómodo: convertirlo en una supuesta filtración. Pero ¿filtrado por quién? ¿Cuándo? ¿Cómo? Nadie lo sabe. Porque esa filtración no existe. Es solo una conjetura, una suposición muy conveniente para la acusación.

Bajó la mirada por un instante antes de continuar.

—Han de tener muy presente que deben juzgar únicamente lo que han escuchado y visto en esta sala. Solo aquí. Olvídense de lo que circula en redes o lo que se publica en la prensa. Desde el inicio se les indicó que debían atenerse exclusivamente a las pruebas practicadas en el juicio, y les ruego que lo tengan muy presente, ahora más que nunca.

Se detuvo unos segundos, pensativa.

—Señoras y señores, en este caso no hay solo dudas razonables: hay mucho más que eso. Hay procedimientos irregulares, decisiones altamente cuestionables, sesgos deliberados y numerosas anomalías más que no se pueden pasar por alto. Esto ha sido, desde el principio, un auténtico despropósito, un sinsentido. Y cuando hay dudas, no se puede condenar. No se debe condenar. Y no lo digo yo, lo dice la ley.

Silvia respiró hondo por última vez y procedió a concluir su alegato. Había defendido la inocencia de Lander hasta el final. Había hecho un buen trabajo, rozando la victoria con los dedos incluso habiendo comenzado el juicio con todo en contra. Sin embargo, el artículo de Karmele Beltrán había dinamitado lo que tanto le había costado conseguir, y tenía todas las de perder. Seguía convencida de la inocencia de Lander y confiaba en su estrategia, pero las circunstancias habían cambiado. Debía ser honesta consigo misma y admitir que la condena era, en ese momento, la opción más probable. Por eso, como último recurso y con un nudo en el estómago por Lander y por su madre, decidió ofrecer al jurado una alternativa menos desproporcionada.

—Si, aun así, después de todas las cuestiones que la acusación no ha podido aclarar, consideran que Lander es culpable, les ruego que se pregunten si lo ocurrido fue realmente un asesinato o, en todo caso, un homicidio. Lo que hubo, como mucho, fue un enfrentamiento, pero no un crimen premeditado.

Se giró un instante hacia Lander, le dedicó una sonrisa cálida y volvió a mirar al jurado.

—Decidan con justicia y con rigor —dijo para terminar—. En sus manos está no cometer ningún error ni tampoco una injusticia. Gracias, señoría.

La jueza Solozábal asintió y dio las gracias a la abogada. Luego, se dirigió al acusado:

—Señor Foronda, antes de que el jurado se retire, tiene usted derecho a hacer uso de la última palabra, si así lo desea.

Lander miró a Silvia, y ella asintió ligeramente con la cabeza, animándolo a hablar. Ya le había explicado que podía dirigirse al jurado con unas palabras breves, siempre que no ofendiera ni faltara al respeto a nadie y se ciñera a lo que fuera pertinente. Él se incorporó ligeramente en su asiento y miró al frente. Estaba nervioso. Aun así, su voz sonó firme.

—Solo quiero que sepan que yo no maté a Borja —comenzó sin poder disimular la angustia—. Llevo casi dos años encerrado por algo que no hice. Dos años de mi vida que nadie me va a devolver. La policía se empeñó en señalarme desde el primer momento, sin una sola prueba sólida. —Bajó la mirada, respiró hondo y su voz se quebró levemente al continuar—. Lo que siento es impotencia. Y miedo también. Miedo a pagar por los errores de otros, no por los míos. He podido cometer muchos en esta vida, seguro. Pero no este. Lo digo ahora y lo repetiré siempre: nunca he matado a nadie.

Lander bajó la cabeza y murmuró un último «gracias» apenas audible. Era como si, tras su intervención, se hubiera desinflado por completo.

La jueza esperó unos segundos y luego se dirigió al jurado:

—Señoras y señores del jurado, con esto concluye la fase del juicio oral. Dentro de unas horas, se les entregará el objeto del veredicto con las instrucciones necesarias. Hasta entonces, pueden descansar. Y recuerden: deben basarse únicamente en las pruebas presentadas, practicadas y debatidas en esta sala. Nada de lo que hayan leído, oído o comentado fuera del juicio debe influir en su decisión. Nada.

Miró a los ojos a cada uno de los miembros del jurado antes de concluir.

—Tienen una gran responsabilidad. Y estoy segura de que estarán a la altura.

CAPÍTULO 44

BORJA

2021

Borja estaba sentado en las escaleras de la plaza Harrobieta, en su barrio, cuando sonó su móvil. Era casi la hora de cenar y, como cada día, estaba fumándose un cigarro y bebiendo unas cervezas con sus colegas. Ninguno de ellos había seguido estudiando tras dejar el instituto, y lo de buscar curro lo preferían dejar para más adelante. Todos los días, tanto por la mañana como por la tarde, solían quedar para patinar, echar unas risas y pasar el rato.

Vio que era su madre la que llamaba y puso cara de fastidio. Últimamente, se estaba poniendo muy pesada con lo de encauzar su vida y hacer algo provechoso. Llevaba tiempo dándole la brasa con lo mismo: que tenía que espabilar y construirse un buen futuro. Según ella, pasar los ratos muertos con sus amigos sin hacer nada no era una opción. Además, siempre terminaba el discurso con la misma frase: «Vas a acabar igual que tu padre». Pero Borja hacía tiempo que pasaba de sus comentarios, y de ella también.

Descolgó y se dio cuenta de que su madre estaba llorando. Era un llanto roto, desconsolado.

—Ama, ¿qué pasa? —preguntó extrañado.

Su madre tardó en contestar. Cuando lo hizo, su voz salió entrecortada, desgarrada.

—Borja, cariño... El aita ha tenido un accidente. Ven a casa, por favor.

Ni siquiera se despidió de sus amigos. Se levantó de un salto y salió disparado, calle abajo, sin mirar atrás. Al llegar a casa, encontró a su madre hundida en el sillón, con la cara desencajada y los ojos irritados de tanto llorar. A su lado, una pareja de ertzainas. La agente le acariciaba el hombro y trataba de convencerla para que se bebiera la tila que había sobre la mesa.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está mi padre?

Borja agradeció que no se anduvieran con rodeos. La respuesta fue directa: un vehículo lo había embestido a gran velocidad, causándole la muerte en el acto. El conductor se había dado a la fuga y aún no lo habían identificado.

Sintió que la ira lo invadía y su reacción fue, quizá, un tanto desmedida. Empezó a golpear la pared con los puños, sin parar. Su madre gritó y los ertzainas intentaron sujetarlo, calmarlo, pero él solo quería arrancarse a golpes aquel dolor que sentía por dentro.

Los días siguientes fueron un caos. Reconocer el cadáver, firmar papeles, preparar el funeral... Borja vivió esos días como si no fuera él, como si estuviera viviendo la vida de otra persona. Iba y venía por inercia, sin pensar, sin sentir. No quería ver a nadie, ni siquiera a sus amigos, y tan solo quería estar aislado en su habitación. Hasta que un día alguien llamó a la puerta. Eran unos hombres que venían a reclamar las deudas de su padre. Tirso había conseguido aplazarlas mientras estaba en la cárcel, pero ahora que estaba muerto, era su familia quien se tendría que hacer cargo de ellas.

Lo único que hizo su madre fue echarse a llorar. No tenían suficiente dinero para afrontar aquello y no podía más. Por eso, Borja tuvo que tomar las riendas y hacerse cargo de la situación.

Fue al banco y, aunque apenas entendía de números, hipotecó la casa. Su madre firmó sin protestar.

Con el problema resuelto de forma temporal, pero siendo muy consciente de que tarde o temprano todo les estallaría en la cara y podrían perder la casa, decidió revisar la carpeta que su padre había escondido en un doble fondo del armario. Leyó una por una las cartas que Antonio le había enviado a la fiscal y no tardó en convencerse de algo que ya había sospechado desde el principio: el atropello de su padre no podía haber sido un accidente. Era demasiada casualidad que justo lo atropellaran cuando estaba a punto de conseguir la información que comprometería a los peces gordos que, según él, estaban involucrados. Y de algo estaba seguro: si alguien se había tomado la molestia de cargárselo, era porque estaban frente a algo muy grande. Y no solo eso. Para haber hecho algo así, debían de estar cagados.

En ese mismo instante decidió que él continuaría con el plan, pero lo haría a su manera. No sería tan torpe como lo había sido su padre y pensaría cada paso con calma, con cabeza. Terminaría lo que Tirso había empezado, no solo por él, sino también por su madre y por él mismo. Porque si alguien se había creído con derecho a matar a una persona solo para que no saliera a la luz toda su mierda, lo mínimo que se merecía era que le jodieran bien y, de paso, le sacaran toda la pasta.

Sabía que, sin la información que tenía la fiscal, no podría hacer nada. Su padre había muerto intentando conseguirla, así que, si quería llegar hasta esos documentos, tenía que encontrar otra manera. Pasó una semana entera vigilando el chalet donde vivía Silvia Legarre con su familia y no necesitó más para sacar dos conclusiones: tenían mucha pasta y él nunca podría acceder a ese

chalet. Cualquier intento de entrar activaría las alarmas, y podría acabar muy mal si no conseguía escapar a tiempo.

Con la opción del allanamiento descartada, trató de buscar una alternativa. Tenía que obtener esa información sin que la fiscal se enterara y lo vio claro: la clave estaba en su hijo. Tenían más o menos la misma edad. Quizá acercándose a él podría ganarse su confianza y conseguir que lo invitara a casa.

Dejó de vigilar a Silvia y comenzó a vigilarlo a él, a Mikel Ajuria. Debía encontrar el mejor momento para abordarlo y entablar conversación con él, pero, tras un par de semanas observándolo, no le quedaron dudas: era imposible. Mikel estudiaba en una universidad privada a la que él no tenía acceso, y su círculo de amistades era muy cerrado. Con unas rutinas muy definidas, entre semana se movía entre las clases, las prácticas en un bufete de abogados y el gimnasio, privado también, por supuesto. Y los fines de semana, solía ir con su novia o con sus amigos de siempre a bares que a él siempre le habían parecido de pijos. Con todo esto, tuvo que rendirse a la evidencia y admitir que nunca conseguiría ser amigo de Mikel y que este lo invitara a su casa. Tocaba cambiar de estrategia, y solo se le ocurrió una: llegar hasta Mikel a través del único de sus amigos que sí parecía accesible, Lander Foronda. Lo conocía de haberlo visto en los medios por el escándalo de la constructora de su padre, y se movía en un entorno mucho más asequible. Además, parecía un buen tipo, mucho menos estirado que el resto de los amigos de Mikel.

Estudió a Lander con atención y descubrió que, además del de Mikel, tenía otro grupo de amigos con el que se movía por la universidad pública, todos estudiantes de Criminología. Sabía que no podía hacerse pasar por uno de ellos porque lo pillarían enseguida, así que simuló estudiar Psicología en la facultad de enfrente. Con un

poco de morro y mucha labia, consiguió acercarse a Lander e integrarse en su círculo. Una vez dentro, sin embargo, no tardó en darse cuenta de que tampoco así conseguiría su objetivo. Mikel y Lander eran muy amigos, sí, pero en su relación solo había espacio para ellos dos, y Lander nunca mezclaba un grupo con el otro.

Las cosas no estaban saliendo como él esperaba. Tenía la amistad de Lander, pero poco más. Le dio otra vuelta al asunto y se le ocurrió un nuevo plan: proponer al grupo de Lander grabar la recreación de distintos crímenes para venderlas en la *Deep Web*. Se inventó que tenía un amigo que controlaba del tema y que les ayudaría a colocar el material con el que ganarían dinero, y consiguió convencer a todos de que era una buena idea. La primera parte estaba hecha, pero faltaba la segunda, la más complicada: conseguir que Mikel participara en uno de esos vídeos. Si lograba grabarlo en alguna situación comprometida o directamente cometiendo una ilegalidad, lo podría chantajear con eso. Y algo le decía que Mikel estaría dispuesto a rebuscar entre los papeles de su madre con tal de mantener, frente a su novia, su familia y el bufete, la imagen de novio ideal, hijo ejemplar y futuro abogado impecable.

Pero tampoco funcionó. Mikel no quiso saber nada del tema y Lander no fue capaz de convencerlo. El tiempo pasaba y Borja seguía sin acercarse a su objetivo. Y, además, se había metido en un lío absurdo de vídeos y recreaciones que no le valía para nada, pero que tenía que mantener para no levantar sospechas.

Harto de que todo le saliera mal, decidió que haría un último intento de acercarse a Mikel. Sabía que él y Lander se veían todas las semanas en casa de este último. Si quería tener una oportunidad, por mínima que fuera, tenía que forzar la situación para estar ahí. Fingió haberse quedado sin casa e interpretó su papel con convicción: una casera sin escrúpulos, una tía que quería

llevárselo a La Rioja, tener que dejar el curso a medias... Y coló. Lander aceptó acogerlo en su casa hasta final de curso. Iba a vivir en un casoplón con vistas a la playa de la Concha y ni siquiera tendría que pagar un duro. Solo había una condición: los sábados no podía estar allí.

Mierda.

Y ya no pudo quitárselo de la cabeza. ¿Qué hacían Mikel y Lander para que nadie más pudiera estar presente? ¿Qué tenían de especial esos encuentros? Lander lo había vetado, así que no podría verlo con sus propios ojos, pero había otros modos de descubrirlo.

Una tarde, aprovechando que Lander había salido, instaló varias cámaras ocultas por la casa. Las escondió entre libros, figuras y jarrones. Cada una llevaba incorporada una tarjeta micro-SD que después revisaría conectándolas a su portátil mediante un lector de tarjetas.

En las primeras grabaciones no encontró nada destacable: Lander y Mikel fumándose un porro, jugando a la consola, charlando de cosas intrascendentes, bebiendo cerveza hasta terminar bastante borrachos... En una ocasión, sentados en el sofá, se metieron una raya de algo que Borja no supo identificar, pero no le pareció gran cosa. Lo de drogarse estaba a la orden del día, y él necesitaba algo más.

Hasta que, un día, la suerte le sonrió.

El vídeo comenzaba más tarde de lo habitual, y tanto a Mikel como a Lander se les notaba bastante pasados de vueltas. Sin duda, habían comenzado la fiesta antes. Lander sacó unas cervezas, pusieron música y siguieron bebiendo entre risas.

Borja subió el volumen del ordenador. Quería escuchar lo que decían.

—¿Y tu compi de piso? —oyó que preguntaba Mikel.

—Borja sabe que los sábados son nuestros —respondió Lander—. Se lo dejé muy claro cuando se vino, así que no vendrá. Tenemos la guarida para nosotros solos.

Borja se acercó aún más a la pantalla del ordenador, deseoso de saber qué era lo que esos dos hacían cuando estaban a solas en su «guarida».

Lo siguiente fue ver cómo se fumaban un porro. Después, Lander sacó del bolsillo de su pantalón una pequeña bolsa con varias pastillas. Cada uno se tomó una y siguieron bebiendo. El vídeo habría quedado en una noche de desfase más si no fuera porque, media hora después, subieron la apuesta.

Borja reprodujo esa parte del vídeo varias veces. Ahí estaba lo que llevaba tanto tiempo buscando. El premio gordo. No, mejor aún: oro puro.

Saltó de alegría al ver que lo había conseguido. Pero se detuvo en seco al darse cuenta de algo más: ese vídeo no solo valía para cumplir su principal objetivo, chantajear a Mikel, sino que también le servía para chantajear a Lander. Ambos estarían dispuestos a darle lo que hiciera falta con tal de que no viera la luz. ¿Y qué tenía Lander que pudiera interesarle a él? Dinero, mucho dinero.

En ese preciso instante, lo vio claro. Iría primero a por Lander. Le enseñaría el vídeo y le pediría dinero a cambio de no hacerlo público. Unos tres mil euritos le vendrían de maravilla. No, mejor cinco mil. Y, después, iría a por Mikel. A él no le pediría dinero, sino algo mucho más valioso: los documentos del caso de Antonio Hervás, los mismos por los que había muerto su padre.

De esa manera, lo tendría todo.

Eufórico porque la jugada le hubiera salido redonda, decidió retirar todas las cámaras que había instalado. Ya no las necesitaba.

Además, suponía que, en cuanto Lander descubriera sus intenciones, lo echaría a patadas, y él no quería dejar ningún rastro.

Fue sacándolas una a una: la del jarrón, la que estaba escondida en la vitrina, la de detrás del reloj de pared... Cuando se agachó para recuperar la que había colocado detrás del rúter del wifi, algo le llamó la atención. Justo al lado, casi pegado al cableado, había un pequeño objeto negro, perfectamente camuflado. Lo cogió, lo observó unos segundos y dudó.

¿Era eso parte de su equipo? Lo comparó con sus dispositivos y le pareció que no. ¿Sería una pieza del propio rúter?

Decidió dejarlo en su sitio y se obligó a no pensar más en ello. Tenía una misión y no pensaba distraerse.

En breve pondría en marcha su plan y, esta vez, tenía todas las de ganar.

CAPÍTULO 45

LAIA

2024

Los miembros del jurado se dirigieron en silencio hacia la salida del edificio. Era al mediodía, y la fase del juicio oral acababa de concluir. Lo que quedaba ahora era lo más difícil: la deliberación. Tendrían que encerrarse en una sala, aislados del mundo, sin teléfonos móviles ni contacto alguno con nadie. Por eso, debían aprovechar esas últimas horas de libertad antes de comenzar el encierro.

Fueron a comer a un bar situado a un par de manzanas del juzgado. Todos menos Ramón y Monti, que se marcharon por su cuenta con el pretexto de estirar las piernas, aunque lo más probable era que no quisieran compartir mesa con el resto. Pidieron el menú del día y, mientras comían, fue inevitable que surgiera el tema del artículo publicado esa misma mañana por el *Donostia Press*. Tenían claro que, cuando la abogada y la jueza los habían advertido de no hacer caso a nada externo, se referían precisamente a ese artículo. Pero ya era tarde. Lo habían leído todos.

Tras la comida, regresaron al juzgado. Estaban matando el tiempo en la salita de descanso cuando el sonido de unos pasos interrumpió el murmullo que flotaba en la sala. La puerta se abrió y la jueza Solozábal entró acompañada de la letrada de la Administración de Justicia. La magistrada saludó con un gesto breve.

—Señoras y señores del jurado. Ha llegado el momento de dar comienzo a la deliberación, para lo cual deben pasar a la sala contigua —explicó señalando la puerta lateral. Los miembros del jurado se incorporaron y entraron en la sala, tomando asiento—. En este sobre encontrarán el objeto del veredicto junto con las instrucciones necesarias para responder correctamente. También les dejaremos folios en blanco, bolígrafos y un ordenador por si prefieren redactar el veredicto en formato digital.

La letrada depositó el material sobre la mesa y la jueza continuó:

—Lo primero que deben hacer es decidir quién de ustedes será el portavoz del jurado. Será la persona encargada de leer el veredicto en voz alta cuando llegue el momento. Después, lean con atención las instrucciones y podrán comenzar a deliberar. Y les recuerdo, una vez más, que deberán valorar únicamente los hechos y pruebas presentados durante el juicio.

La letrada sacó una hoja y un bolígrafo del portapapeles, y se dirigió a ellos.

—Antes de recoger sus móviles, necesitamos que cada uno anote en esta lista un número de teléfono de contacto. Es solo por si tuviéramos que avisar a sus familiares en caso de que haya algún contratiempo durante la incomunicación.

Mientras iban rellenando la hoja uno a uno, la letrada fue introduciendo los teléfonos en una caja metálica con llave. Al terminar, recogió la lista y se dirigió a la puerta junto con la jueza.

—Mucha suerte —dijo la magistrada Solozábal antes de salir—. La puerta estará custodiada por un policía. Si tienen alguna duda, comuníquenselo y vendremos a ayudarles.

La primera parte fue sencilla. Todos estuvieron de acuerdo en que la portavoz debía ser Irene y a ella le pareció bien. Irene cogió el *dossier* con las instrucciones y comenzó a leerlas en voz alta,

mientras el resto la escuchaba con atención. Después, repartió una copia del objeto del veredicto a cada uno de los miembros.

—Tenemos que responder a varias preguntas. Es decir, debemos valorar si determinados hechos han quedado probados durante el juicio o no, y argumentar nuestra respuesta. Votaremos a mano alzada, en orden alfabético, y yo seré la última.

—Para, para... —Monti la interrumpió con la lista de preguntas en la mano—. ¿Cómo que varias preguntas? ¿Esto qué es, un puto examen?

—¡Ya te digo! —lo apoyó Ramón con cara de hastío—. Y, encima, con redacción.

—Vamos a ver, estamos decidiendo el futuro de una persona, sus próximos veinte años. Habrá que currárselo un poquito, ¿no? —protestó Laia.

Ramón y Monti continuaron quejándose. Ambos habían dado por hecho que la deliberación sería tan sencilla como decidir si Lander había matado a Borja o no. Punto.

—Cuanto antes empecemos, antes terminaremos —zanjó Irene —. Recordad que, para que un hecho desfavorable al acusado quede probado, se necesitan al menos siete votos a favor. Y para los hechos favorables, con cinco votos es suficiente.

—Yo eso no lo entiendo muy bien —admitió Agustín un tanto avergonzado.

—Es sencillo. Para responder que sí a una pregunta que perjudica a Lander Foronda, como por ejemplo si mató a Borja, tenemos que estar casi todos de acuerdo. Al menos siete de nosotros deberíamos votar a favor. En cambio, si respondemos a una pregunta que le beneficia, como puede ser si hay dudas de que lo hiciera, bastaría con que cinco de nosotros estuviéramos de acuerdo en que existen esas dudas. ¿Lo entiendes ahora?

Agustín asintió y varios de sus compañeros hicieron lo mismo. Aunque solo él se había atrevido a preguntar, ahora todos lo tenían mucho más claro.

—Bien, pues vamos con las preguntas que están claras, y luego ya nos peleamos con las demás. ¿Os parece?

Comenzaron por las preguntas más sencillas. ¿Había quedado probado que Lander y Borja vivían juntos? Sí, por unanimidad. ¿Que se conocieron en la universidad? ¿Que hubo un chantaje? ¿Que Borja apareció muerto en el salón? Sí, sí y sí. Las respuestas se sucedieron con rapidez, sin suponer un problema. Hasta que llegaron a una de las preguntas comprometidas, y las opiniones comenzaron a dividirse.

—¿Ha quedado probado que el acusado manipuló la escena del crimen? —leyó Irene en voz alta.

Monti y Ramón contestaron que sí al unísono, y Jokin estuvo de acuerdo con ellos, puesto que el propio Lander había reconocido que estuvo rebuscando el vídeo. Rosi opinó que no era lo mismo buscar algo que alterar pruebas, y Agustín la apoyó. La conversación fue tomando un tono que no auguraba nada bueno, hasta que Ramón la cortó de golpe.

—Pasa a la siguiente —le ordenó a Irene con tono autoritario—. Nos van a dar las mil, y yo tengo trabajo.

Laia puso los ojos en blanco. No entendía cómo podía ser tan egoísta.

—La siguiente pregunta no es mejor —advirtió Irene—. ¿Ha quedado probado que Lander Foronda mató a Borja Miranda?

La sala quedó en silencio. Jontxu soltó un suspiro. Marta se masajeó las sienes, mientras Jokin se levantaba para comenzar a pasearse por la sala... Agustín fue el primero en atreverse a hablar.

—Me vais a perdonar, pero yo no lo veo claro. Ese chico no parece mala gente, y sus palabras me han parecido sinceras.

—¡Tú te crees a cualquiera! —Monti alzó la voz—. ¿Y si no ha sido él, quién ha sido entonces? ¿El asesino de Gros? ¡Pero si ha tenido que salir él mismo a negarlo para que no le carguen con el muerto! ¿Qué más necesitas para ver que ha sido todo un puto teatro?

—Ese *pendrive* lo ha podido enviar cualquiera —intervino Laia negando con la cabeza—. Cualquiera puede hacerse pasar por el asesino. Escribe lo que le da la gana, ¿y ya está? ¿Tenemos que creérnoslo?

—Bueno, cualquiera no. —Rosi lamentó tener que llevarle la contraria a Laia—. Lo ha enviado alguien que conocía datos muy concretos de la investigación. Y es una posibilidad que haya sido el asesino de Gros.

—¿Y lo de que no debemos tener en cuenta nada que no se haya probado en el juicio? Nos lo han repetido hasta la saciedad. Debemos dejarlo fuera y no es lo que estamos haciendo.

La sala se quedó en silencio de nuevo. Esta vez, durante más tiempo.

—Yo digo que sí lo mató —soltó Jontxu de repente.

Todos lo miraron con sorpresa.

—Pero ¿queriendo? Una cosa es asesinato y otra homicidio.

—Solo digo que lo mató. —Jontxu se encogió de hombros.

—Pues qué suerte tenerlo tan claro —le reprochó Laia.

—Yo al principio también lo tenía clarísimo. —Rosi tomó la palabra—. Para mí, Lander era culpable. Después, según fue avanzando el juicio, cambié de opinión por completo. Estaba convencida de que había sido el asesino de Gros. Segurísimo. Pero

ahora..., ahora ya dudo hasta de mi nombre. Llevo un par de noches sin dormir, y esta responsabilidad me está pesando demasiado.

Agustín y Marta reconocieron que ellos tampoco estaban durmiendo bien. Antes de que la conversación derivara en un rosario de lamentos, Laia la cortó por lo sano.

—Cuando esto termine, puede que haya un inocente en la cárcel o un asesino en la calle, dependiendo de lo que se decida aquí. Así que, por favor, centrémonos.

Nadie contestó. Eran conscientes de la responsabilidad que cargaban sobre los hombros. Un peso que, desde el inicio del juicio, no había hecho más que crecer. Al principio, todos pensaron que podrían con ello, que no sería tan difícil escuchar a los testigos, analizar las pruebas y tomar una decisión. Ahora, sin embargo, se habían dado cuenta de lo equivocados que estaban. De su veredicto dependían veinte años de la vida de un hombre. Y, si en algo coincidían todos ellos, era en que ojalá no les hubiera tocado estar allí.

CAPÍTULO 46

LANDER

2022

Era domingo por la noche. Lander entró en casa deseando pegarse una ducha. Había pasado la tarde con unos amigos, dando un paseo por la playa y cenando algo por el centro. A ellos les encantaba callejear por Donostia, pero a él cada vez le gustaban menos las calles tan abarrotadas y llenas de turistas. Cerró la puerta con un empujón suave, dejó su mochila en la entrada y se descalzó dejando sus chanclas tiradas de cualquier manera.

Oyó el repiqueteo del teclado del ordenador de Borja y lo saludó desde el pasillo. Fue a la cocina, se sirvió un vaso de agua y lo vació de un trago. Al entrar en el salón, vio a su compañero sentado a la mesa del comedor. Desde que se había mudado, habían acordado que ese sería su escritorio. Borja estaba en silencio, concentrado en la pantalla de su portátil.

—Me voy a la ducha, que estoy lleno de arena.

—Espera —lo detuvo Borja—. Hay algo que quiero que veas.

Lander se acercó y Borja giró la pantalla del portátil hacia él. Con unos clics rápidos, abrió un archivo de vídeo, lo puso a pantalla completa y adelantó el cursor hasta más o menos la mitad.

Lander frunció el ceño. Al principio no entendía qué estaba viendo. Luego reconoció el salón de su casa y a las dos personas

que aparecían en él. Se quedó petrificado.

—¿Qué cojones es esto? —Abrió los ojos de par en par—. ¿De dónde ha salido este vídeo?

Borja no respondió. Solo le hizo un gesto con la mano, señalando a la pantalla, para que se concentrara en el vídeo.

Lander observó en silencio cómo Mikel y él se fumaban un porro, reían, bebían... Después apareció la bolsa de pastillas, y Borja adelantó el vídeo hasta llegar al minuto exacto. Fue entonces cuando a Lander se le encogió el estómago mientras notaba cómo se le formaba un nudo que le oprimía también el pecho. Apenas recordaba lo ocurrido esa noche, pero no quería ver más.

—¡Páralo! ¡Para eso ahora mismo!

—¿Ahora que se pone interesante? —respondió Borja con un tono burlón. Lander lo miró desconcertado. Nunca le había hablado así—. No, no. Míralo bien, porque no tiene desperdicio.

Lander sintió que comenzaban a sudarle las manos.

—¿Lo has grabado tú?

—Claro, ¿quién si no? —respondió Borja sin inmutarse.

—¿¡Y con qué puto derecho me grabas en mi casa!? ¿Te hago un favor dejándote vivir aquí y me lo pagas espiándome?

—Sigue, sigue mirando —replicó Borja ignorando la pregunta de Lander—. Ahora viene lo mejor.

Lander volvió a mirar a la pantalla, vio unos minutos más y se dio cuenta de que era peor de lo que había imaginado.

—¡Bórralo ahora mismo!

—Eh, no te enfades. —Borja se mostraba muy tranquilo—. Si tú quieres, yo lo borro. Eso sí, te va a costar una pasta.

—¿¡Cómo!? —estalló Lander incrédulo—. ¿Me estás chantajeando?

—Lo has pillado a la primera. Estoy ante una oportunidad cojonuda y no la pienso desaprovechar.

Lander no reconocía a la persona que tenía delante. Había algo en su tono, en su expresión, en la forma en que sonreía... Algo que nunca antes había visto en él. Parecía otra persona.

—¡Eres un hijo de puta! —Lander levantó el brazo y le mostró el puño, incapaz de contener la rabia.

—Tranquilo, fiera. Vamos a dejar las cosas bien claritas antes de que te líes a hostias, porque esto tiene muy fácil solución. —Se acomodó en la silla, disfrutando del momento—. El tema es el siguiente: tengo un vídeo muy jugoso que podría haceros mucho daño a ti y a tu amigo Mikel. Estarás de acuerdo en que, si esto sale a la luz... —Dejó la frase en el aire—. Así que estas son mis condiciones: borrar el vídeo te va a costar cinco mil euros, para mañana, y no se lo puedes contar a nadie. Ni a tus padres ni a nadie, mucho menos a Mikel. Si lo haces o si no me pagas, lo subo a la red, y os tendréis que atener a las consecuencias.

Lander apretó los dientes y lo miró con odio.

—Y antes de que te pongas en modo matón de barrio y pienses en hacerme algo, te diré que esta no es la única copia. Si me pasa algo, el vídeo verá la luz de igual manera. Lo tengo todo preparado. Así que más te vale hacer lo que te digo, porque es lo que más te conviene.

—¡Lárgate de mi casa! —gritó Lander aguantándose las ganas de soltarle un puñetazo.

Borja cerró el portátil y lo metió en su mochila con calma. Se dirigió a la puerta, pero, justo antes de cruzarla, se giró con una media sonrisa.

—Mañana a las cinco de la tarde en punto estaré aquí. Espero que tengas el dinero. ¡Ah! Y de esto nada a nadie. ¿Me has oído? A

nadie.

El portazo retumbó en su cabeza cuando Borja se marchó. Lander se dejó caer en el sofá y se frotó los ojos, como si estuviera atrapado en una pesadilla de la que no conseguía despertar. Una mezcla de rabia, miedo y asco le revolvía el estómago. ¿Cómo no lo había visto venir? Borja, a quien había llegado a considerar un amigo, lo había traicionado grabándolo a escondidas en su propia casa. Y, encima, ahora lo chantajeaba. Valiente hijo de puta.

Quiso llamar a Mikel, contárselo todo, pero no podía arriesgarse. Borja se lo había dejado muy claro y, ahora que había visto cómo era de verdad, lo creía muy capaz de cumplir su amenaza. Lo único que podía hacer era conseguir el dinero y pagar. No tenía otra opción.

No pegó ojo en toda la noche y, ya de madrugada, decidió enviarle un mensaje a Borja para pedirle que lo arreglaran de otra manera, pero este no cedió. Su último mensaje antes de que apagara el móvil no dejaba lugar a dudas: «Me vas a dar los cinco mil euros. Los dos sabemos que no te conviene que haga público el vídeo».

A la mañana siguiente no fue a clase y se quedó en casa esperando a que llegara su madre. Cuando la vio entrar con varios táperes de comida en una bolsa, se acercó a ella y la abrazó. Maite se sorprendió por el gesto. Ella lo achuchaba siempre que podía, pero Lander no era muy de abrazos. Esa vez, sin embargo, se aferró a ella.

—¡Cariño! —exclamó Maite apretándolo entre sus brazos—. ¿Qué ocurre? ¿Va todo bien?

Lander cerró los ojos y alargó el momento más de lo habitual. Su madre le acarició la espalda con ternura. Después, sin poder explicarle para qué eran, le pidió los cinco mil euros.

—Siento mucho tener que acudir a ti, pero necesito que confíes en mí y no hagas preguntas.

Maite salió del piso de Aldapeta y se dirigió al centro de la ciudad. Tenía una cuenta a su nombre de la que no tenía que dar explicaciones a nadie, ni siquiera a su marido, y pensaba utilizarla. Cuando dejó de trabajar, Josean empezó a ingresarle cada mes una cantidad fija para sus gastos personales: ropa, gimnasio, peluquería, cenas con las amigas... Desde que estalló el escándalo de la constructora, apenas había tocado ese dinero, y había más que suficiente. Se acercó a la caja del banco y solicitó cinco mil euros sin titubeos. Nadie preguntó nada. Era su cuenta y su dinero.

Poco después, regresó al piso y se lo entregó a Lander. Le habría gustado saber más, que su hijo confiara en ella lo suficiente como para contarle qué estaba pasando, pero no insistió. Le tendió el sobre sin dudarlo, segura de estar haciendo lo correcto.

A las cinco en punto, Lander se tensó al oír el ruido de la cerradura. Había pasado todo el día encerrado en casa y sin hablar con nadie más que con su madre. Borja entró como si nada, usando su juego de llaves sin molestarse siquiera en llamar. No se saludaron. En cuanto Borja cruzó la puerta del salón, Lander dejó el sobre con el dinero encima de la mesa. Solo quería acabar con aquello y no tener que verlo nunca más.

Borja lo abrió con una sonrisa, miró dentro y asintió satisfecho.

—¿Eres tan miserable que te vas a poner a contarlo? —preguntó Lander con los puños apretados.

—Bueno..., supongo que me puedo fiar, ¿no?

Volvió a sonreír y Lander tuvo que contenerse. Le hervía la sangre. Le daban ganas de partirle la cara allí mismo.

—Lárgate de mi casa. Devuélveme las llaves y desaparece.

—¿No me vas a pedir que borre el vídeo? —preguntó Borja con cierto retintín.

—¿Para qué? Dudo mucho que vayas a hacerlo.

—Tienes razón, pero no te preocupes. Has cumplido tu parte, así que estamos en paz. Ese vídeo se quedará donde está. Bien guardadito. Pero si cuentas algo de todo esto, ya sabes dónde terminará, a la vista de todos.

Borja metió el sobre en la mochila que llevaba colgada al hombro y se dirigió a la que había sido su habitación con tranquilidad.

—¿¡Qué haces!? —le gritó Lander desde el pasillo—. Te he dicho que te largues de una vez.

—Tendré que recoger mis cosas, ¿no?

—¡Ni recoger tus cosas ni hostias! Deja las llaves en la entrada y lárgate de una puta vez.

Borja no quiso caldear más la situación y, sin decir una palabra más, se marchó.

Lander se quedó en silencio. Sabía que tardaría mucho en perdonarse por haber sido tan incauto, tan imbécil. Rabia, odio, vergüenza... Borja lo había engañado como a un tonto, y así era precisamente como se sentía.

Al día siguiente, volvió a la universidad como si nada hubiera pasado, aunque por dentro seguía con las tripas revueltas. Lo único que quería era olvidar a Borja cuanto antes, enterrarlo en su memoria y seguir adelante, pero no iba a ser tan fácil.

El ambiente entre la gente del grupo estaba un poco enrarecido. Vega seguía quedando con ellos con normalidad, en los descansos y al terminar las clases, pero hacía días que no se sabía nada de Amaia. No contestaba a los mensajes y ya llevaba demasiado tiempo sin aparecer por la facultad.

—¡Pues sí que estamos bien! —protestó June—. ¿Y qué pasa con Borja? ¿Se ha esfumado igual que Amaia?

—No caerá esa breva —respondió Kerman sin ocultar lo poco que Borja le gustaba.

Se giraron hacia Lander. Si había alguien que supiera acerca de Borja, ese era él, pero Lander les aseguró que ni sabía nada ni quería saberlo. Ya no vivían juntos.

Se miraron extrañados unos a otros. Querían saber qué había ocurrido, pero Lander se cerró en banda. Casi sin despedirse, recogió su mochila y se marchó.

A finales de esa semana, el viernes por la mañana, el grupo se sentó en unos bancos frente al campus. Charlaban sobre los planes para el fin de semana cuando sonó el móvil de Lander. Lo sacó del bolsillo y, cuando vio de quién se trataba, murmuró con rabia:

—Joder...

Todos alcanzaron a ver el nombre de Borja iluminado en la pantalla e intercambiaron miradas incómodas. Lander colgó, pero el móvil volvió a sonar casi al instante. Parecía que Borja estaba dispuesto a insistir.

Con la mandíbula tensa, Lander contestó mientras se alejaba unos metros del grupo.

—¿Qué quieres? —preguntó de malas maneras—. Te dije que no me llamaras.

—Ya lo sé, perdóneme usted —respondió Borja en tono burlón—. Pero es que he estado pensando y creo que fui demasiado generoso, tío. Este vídeo vale más. Me vas a tener que hacer un segundo pago.

—¿¡Cómo!? Estarás de coña, ¿no? No pienso hacerlo. ¿Me has oído? ¡No!

—Vale, perfecto, pero ya sabes lo que va a pasar, ¿verdad? Lo verán tus padres, los padres de Mikel, su novia, los profesores...

Todos.

—¡Mira, hijo de puta! —gritó Lander levantando la voz. Borja se estaba riendo de él y eso lo enfurecía—. ¡Te voy a matar! Como te pille, te juro que te mato. ¿Me has oído? ¡Te mato!

Lander levantó el brazo y lanzó el móvil contra el suelo con todas sus fuerzas. El teléfono rebotó en el pavimento y la pantalla se hizo añicos. Todos los del grupo se volvieron hacia él, incrédulos ante una reacción tan violenta. Nadie reaccionó. No sabían qué hacer ni qué decir mientras él se agachaba, recogía el móvil del suelo y lo guardaba en el bolsillo de la cazadora. Después, sin decir una sola palabra, vieron cómo se alejaba de ellos sin mirar atrás.

Esa noche el grupo había quedado, como hacía cada viernes. Con unas cervezas en la mano, comentaban el estallido de rabia de Lander, la forma en la que había gritado y cómo había destrozado el teléfono, cuando lo vieron entrar en el bar. Llegaba tarde, con la capucha puesta y cara de pocos amigos. Le hicieron un hueco y se sentó en silencio.

Hablaron de cosas sin importancia, tratando de suavizar el ambiente, hasta que Vega sacó el tema de las grabaciones. Estaban en poder de Borja y debían recuperarlas, pero seguían sin saber nada de él, ni tampoco de Amaia.

Clavaron la mirada en Lander.

—¿Y yo qué queréis que haga? —pregunto él molesto.

—Pues que nos digas qué coño os ha pasado. Porque si hoy no ha venido, está claro que es por vuestra bronca.

—No es asunto vuestro.

—¿Cómo que no? —insistió Paule—. Nos hemos pegado una currada tremenda y, sin Borja, estamos jodidos, porque él tiene todo

el material. Así que tú dirás. ¿Todo a la mierda por una pelea? Un poco egoísta por tu parte, ¿no? Aunque solo sea por el resto, podrías hacer un esfuerzo e intentar arreglarlo con él, en lugar de pensar solo en ti.

Lander se levantó de golpe.

—Iros todos a la mierda —fue lo último que dijo antes de alejarse sin mirar atrás.

El grupo se quedó en silencio, atónito. Nadie dijo nada. No reconocían a ese Lander. Nunca lo habían visto así, tan enfadado, tan rabioso. No sabían qué demonios había pasado entre Borja y él, pero lo estaba pagando con ellos, y no era justo.

Lander se largó de allí asqueado, sin saber muy bien qué hacer: si dejarlo pasar y tratar de olvidarse de lo ocurrido o, por el contrario, ir en busca del malnacido de Borja y darle, de una vez por todas, su merecido.

CAPÍTULO 47

BORJA

2022

Chantajear a Lander, al menos la primera vez, había sido muy sencillo, y se había hecho con cinco mil euros de un día para otro sin problemas. No hacía falta ser un genio para imaginar de dónde había salido la pasta: mamá Foronda había acudido al rescate. Y saber que ese dinero venía de alguien tan asquerosamente forrado le producía una gran satisfacción.

En cuanto tuvo el sobre en la mano, se largó de casa de Lander y se fue directo a su barrio. Desde que había puesto en marcha su plan, apenas se había dejado ver por allí, y ya tocaba volver.

Nada más cruzar la puerta de casa, su madre lo recibió con un buen rapapolvo.

—¿¡Se puede saber dónde te metes!? Ni una llamada, Borja, ¡ni una! —le reprochó enfadada—. No sé si estás vivo o muerto. ¿Qué pasa contigo? ¿Tú crees que me merezco esto?

—Eh, relájate, ¿vale? He estado trabajando.

Se acercó a la mesa de la cocina, sacó un fajo de billetes del sobre que guardaba en la mochila y contó hasta mil euros delante de ella. Después, los dejó caer sobre la mesa.

—Toma, para la hipoteca o para lo que te dé la gana. Ya puedes dejar de quejarte.

Su madre se quedó paralizada. Por un momento, no supo si enfadarse con él o echarse a llorar. ¿De dónde había sacado su hijo el dinero? Le dio miedo preguntar y prefirió quedarse con la duda.

Borja, sin decir nada más, se colgó la mochila al hombro y salió a la calle, en busca de sus amigos. Llevaba meses pasando de ellos y sabía que estarían enfadados con él. Además, una vez que coincidieron por el centro, fingió no conocerlos. Le jodió hacerlo, pero no podía arriesgarse. Lander y su grupo harían preguntas y no quería fastidiarla.

Los encontró en el parque de siempre. Al principio lo miraron con frialdad y siguieron a lo suyo, como si no estuviera. Pero, poco a poco, Borja fue entrando en la conversación, soltando alguna broma, un par de tonterías..., y el ambiente mejoró. Para asegurarse de que todo volvía a ser como antes, decidió invitarlos a unos tragos, unos porros y lo que hiciera falta. El resultado: una buena juerga a su costa y cero reproches, como si no hubiera pasado nada.

Durante los días siguientes, después de devolver el sistema de grabación en la tienda donde se lo habían fiado y pagar sus deudas, Borja se dedicó a despilfarrar el dinero como si le quemara en los bolsillos. Un reloj de alta gama, un patinete nuevo, gafas de sol, ropa de marca... Incluso se compró un iPhone de última generación después de regalarle el suyo a un chavalillo del barrio que lo recibió como si fuera un tesoro.

Tres días más tarde, no le quedaba nada. Se lo había gastado absolutamente todo.

Le fastidiaba haberse quedado sin blanca tan pronto. Cinco mil euros le habían parecido mucha pasta, pero ahora se lamentaba de no haberle pedido a Lander una cantidad mayor. Fue entonces cuando se le ocurrió: ¿y si le pedía más? Si había soltado cinco mil euros sin rechistar, ¿por qué no exprimir a su gallina de los huevos

de oro? Con esa idea, el viernes por la mañana lo llamó, pero la conversación no fue como a él le hubiera gustado. No esperaba que todo fuera como la seda, pero tampoco que Lander se le pusiera así. Pensó en insistir, pero algo en la forma en la que le había hablado le hizo recular. Ya se encargaría de él más adelante.

El siguiente paso era ir a por Mikel y conseguir los documentos. Había tenido tiempo suficiente para planearlo y tenía varias cosas muy claras. La primera era que tenía que mostrarle el vídeo a Mikel en persona. Nada de enviárselo ni compartirlo por ninguna plataforma. Era mejor no dejar rastro en ningún otro dispositivo. El archivo estaba guardado en su portátil y ahí debía quedarse. La segunda era asegurarse de que nadie los oyera cuando le explicara qué era lo que quería a cambio de no hacerlo público, por lo que necesitaba un lugar discreto. Y la tercera era que tenía que ser algo rápido. Su padre le había dado a la madre de Mikel el plazo de un día y había terminado muerto. Esta vez, no podía haber ningún error. Todo tenía que suceder en cuestión de horas, lo justo para que quien estuviese manejando los hilos desde la sombra no tuviera tiempo de reaccionar.

Esperó a Mikel a la salida de la universidad. No sabía si Lander le habría contado algo sobre el chantaje. Confiaba en que no.

Cuando Mikel cruzó la puerta principal y lo vio, lo saludó con la misma naturalidad con la que lo había hecho las pocas veces que se habían cruzado en casa de Lander. Un gesto sencillo que le confirmó a Borja que no sabía nada. Mejor.

Se acercó a él y no se anduvo con rodeos.

—Tengo algo que enseñarte, Mikel. Pero tiene que ser en un sitio tranquilo. A solas.

Mikel frunció el ceño, desconcertado.

—Vale. Vamos al aparcamiento trasero. No suele haber nadie. ¿Tiene algo que ver con Lander?

Borja no contestó. Caminaron en silencio por el aparcamiento hasta la última fila de coches. Se detuvieron junto a un Audi Q3 blanco y Borja sacó el portátil de la mochila. Lo abrió y puso el vídeo. Mikel lo observaba en silencio, intrigado.

En cuanto se reconoció en la pantalla, hizo un gesto de extrañeza, tratando de entender. Borja adelantó el vídeo hasta la parte más comprometida, y la expresión de Mikel cambió: alzó las cejas, abrió los ojos de par en par y se llevó una mano a la boca.

—Pero ¿qué narices...? —murmuró por lo bajo.

Mikel parecía estar en *shock*, como si su cerebro no pudiera procesar lo que veían sus ojos. A diferencia de Lander, no le pidió a Borja que lo detuviera. Necesitaba verlo entero. Aunque no lo recordaba con claridad, en su cabeza esa noche había sido una fiesta más. Pero lo que tenía delante era otra cosa. Al verlo ahí, grabado, y escucharlo de una manera tan nítida, se le revolvió el estómago. Lo que se veía en ese vídeo podía arruinarles la vida.

Se giró hacia Borja sintiendo una mezcla de vergüenza y rabia.

—¿De dónde has sacado esto? —le reprochó en un tono acusador.

—Eso da igual, Mikel. Lo importante es que lo tengo.

—Bórralo.

—No tan rápido.

Borja había ensayado ese momento muchas veces en su cabeza, probando diferentes frases hasta dar con una combinación perfecta de amenaza y control. Sin que le temblara el pulso, le aseguró a Mikel que no tendría ningún problema en borrar el vídeo siempre y cuando él le diera algo a cambio.

—Es muy sencillo. Si te niegas, las consecuencias no te gustarán nada: enviaré el vídeo a tu novia, a tus padres y a los de Lander, al bufete pijo ese donde haces las prácticas, a los profesores... Y hasta a la policía, si es necesario. Con un simple *email*, os puedo joder la vida —alardeó.

Mikel lo miró con la mandíbula apretada y los puños cerrados. Había empezado a sudar a pesar de las agradables temperaturas de mayo. La rabia comenzaba a expandirse por todo su cuerpo y estaba furioso.

—¿Eres consciente de lo que estás haciendo? ¿Te has parado a pensar? —no levantó la voz, pero dejó ver su enfado—. Si envías ese vídeo, te vas a arrepentir. Te lo aseguro.

—Si no me das lo que quiero, el que se va a arrepentir vas a ser tú —replicó Borja con chulería—. Te lo aseguro.

Mikel le sostuvo la mirada durante varios segundos. Parecía debatirse entre ceder o estamparle el portátil en la cara allí mismo.

—¿Y qué quieres a cambio?

—Que no le cuentes nada de este vídeo a absolutamente nadie y que me traigas unos documentos que están en poder de tu madre.

—¿¡Qué!?

Borja le resumió rápidamente lo que quería: todo lo relacionado con un caso en concreto, el de Antonio Hervás, juzgado en 2010 por un crimen cometido en 2009, en el que ella era la fiscal.

—¡Yo no tengo acceso a la documentación de mi madre! —protestó Mikel enfadado—. No sé ni dónde la guarda.

—Pues tendrás que averiguarlo, y lo quiero todo para esta noche.

—¿Tú estás loco? Eso es imposible.

—Imposible no hay nada. A las doce de la noche, te espero en casa de Lander. Si me traes lo que te he pedido, eliminaré el vídeo delante de ti.

Borja sabía que no era el lugar más apropiado para quedar. Si Lander estaba en casa, tanto él como Mikel entenderían que habían sido chantajeados de la misma forma y podrían echársele encima. Aun así, quería volver. Lander lo había echado de una manera tan brusca que no había podido recoger sus cosas. Además, estaba casi seguro de que no habría nadie. Todos los viernes por la noche Lander salía con el grupo, sin faltar uno solo, y esperaba que ese día lo hiciera también.

Borja se marchó de la Universidad de Deusto con la sensación de que todo iba sobre ruedas. Lander había cedido al chantaje y Mikel lo haría también. Estaba convencido. Solo tenía que ir esa noche a casa de Lander, entrar con la copia de las llaves que había hecho sin que él lo supiera, recuperar sus cosas y esperar a que Mikel llegara con el material.

Y, con eso, la primera parte del plan estaría terminada.

CAPÍTULO 48

MIKEL

2022

Al llegar a casa, Silvia estaba esperando a su hijo con un buen plato de pasta sobre la mesa.

—Siéntate. Seguro que vienes muerto de hambre. —Se acercó a él y lo besó en la mejilla.

—Ya he comido, ama —mintió él. Tenía el estómago completamente cerrado tras el encuentro con Borja—. Voy a subir a mi habitación. Tengo algunas cosas que hacer.

Subió y se encerró en su cuarto. Se tumbó sobre la cama y estuvo un rato sin hacer nada, solo mirando al techo. Le resultaba imposible dejar de pensar en la grabación y, mientras las imágenes se reproducían en su mente, sintió un dolor cada vez más agudo en el vientre. Barajó sus posibilidades y asumió que no le quedaba otra opción que ceder al chantaje y rezar para que Borja eliminara el maldito vídeo.

Pensó en Lander. ¿Qué cara pondría si supiera que el que consideraba su amigo, al que había acogido en su casa por hacerle un favor, no era más que un chantajista de mierda que los había estado grabando a escondidas? Ojalá pudiera llamarle y contárselo todo.

Sintió un sudor frío en la nuca, y la presión sobre el estómago era cada vez mayor. Le subieron varias arcadas hasta la garganta y, de pronto, no pudo más y tuvo que correr al baño. Allí, de rodillas y aferrado al borde de la taza, vomitó lo poco que tenía en el estómago, apenas un poco de bilis. Después, regresó a su habitación.

Sobre las seis de la tarde, su madre se acercó a su cuarto.

—Mikel, cariño, tengo que llevar a Maialen a la piscina. ¿Cenarás en casa?

—No, cenaré con mis amigos, ama —respondió casi sin girarse para que su madre no se diera cuenta de la mala cara que tenía.

—Está bien. Pásalo bien y no vuelvas tarde.

Mikel esperó a oír la puerta del garaje cerrándose. Seguía sin encontrarse bien, pero debía terminar con aquello cuanto antes. Comprobó que no quedaba nadie en la casa y entró en el despacho de su madre, un lugar que apenas solía pisar. Allí, detrás de un cuadro, se hallaba la caja fuerte.

Sabía cómo abrirla. El día que cumplió dieciocho años, su padre lo llevó al despacho con aire solemne. Para Iñigo, no se trataba solo de una caja fuerte, sino de un gesto de confianza: había llegado el momento en que su hijo dejaba de ser un niño para convertirse en un adulto, alguien a su altura, digno de conocer los secretos de la familia. Tras una breve charla sobre la importancia de la mayoría de edad, le reveló cuál era la combinación. A Mikel le hizo gracia descubrir que la clave era la fecha en la que había ganado su primera competición de judo, cuando apenas tenía ocho años. Habían recordado aquel día tantas veces que resultaba difícil olvidarlo.

Con un nudo en el estómago por romper la confianza que habían depositado en él, marcó los seis dígitos y giró la rueda hasta oír un

clic. La puerta se abrió. En el interior encontró escrituras, joyas, documentos bancarios y un sobre con una buena cantidad de dinero en efectivo. Lo fue colocando todo sobre la mesa, memorizando el orden exacto en el que lo había encontrado para poder devolverlo tal cual. Al fondo, casi oculto, había un archivador negro. Lo sacó con cuidado. Dentro, repartidos en distintas carpetas, había diversos documentos: informes, notas manuscritas... Todo perfectamente etiquetado con la letra de su madre.

Revisó el contenido del archivador hasta dar con lo que creía estar buscando: una carpeta marrón, marcada con un rotulador negro. En la portada podía leerse: «A. H. - 2010». La abrió para cerciorarse de que era lo que Borja le había pedido y no tardó ni un minuto en encontrar, entre los documentos, el nombre de Antonio Hervás. También había una memoria externa.

Sin pensárselo dos veces, sacó la carpeta, devolvió el resto al archivador y dejó todo tal y como estaba. Cerró la caja fuerte con cuidado, subió a su habitación y lo guardó todo en su mochila. Podía haber hojeado los documentos para intentar entender por qué Borja tenía tanto interés en ellos, pero prefirió no saber nada.

Una hora después, antes de que su madre y su hermana regresaran a casa, cogió el coche y se marchó sin rumbo fijo. Condujo durante un buen rato hasta que, casi sin darse cuenta, terminó en el Paseo Nuevo, el tramo costero que bordeaba al monte Urgull, conectando el Aquarium con la zona del Kursaal. Solía ir allí cuando necesitaba pensar o, simplemente, desaparecer un rato.

Sacó el móvil y le envió un mensaje rápido a su novia: «No tengo ganas de salir y hoy me quedo en casa, ¿vale? Nos vemos mañana».

Hizo lo mismo con los amigos con los que había quedado para cenar. Se le había cerrado el estómago y no le apetecía fingir que todo iba bien.

Durante un rato continuó mirando al mar, pensando en las palabras de Borja, en la impotencia de no poder advertir a Lander, en sus padres, en Elene... En las imágenes de la noche en la que habían sido grabados y en cómo podría cambiar su vida si Borja cumplía su amenaza. Y se sintió avergonzado por haberse dejado llevar así.

Cuando se acercó la hora, arrancó el coche y condujo hasta las inmediaciones de la casa de Lander. Aparcó a varias calles de distancia y se quedó unos segundos sentado en el asiento del conductor, con el motor apagado. ¿Debería grabar la conversación con Borja? No sabía cómo acabaría todo. Esperaba que bien, pero si no era así, le contaría la verdad a Lander, y podría enseñarle el audio.

Buscó el móvil, pero al ir a desbloquearlo, la pantalla parpadeó unos segundos antes de apagarse por completo. Se había quedado sin batería. Suspiró con frustración. Había estado tan absorto en sus pensamientos que no lo había puesto a cargar en todo el día. Lo metió en la guantera, cogió la carpeta y salió del coche.

Abrió la puerta del portal con su propia llave, la que Lander le había dado nada más mudarse al piso, y subió a la última planta. Aún faltaban diez minutos para las doce de la noche, pero no podía esperar más. Quería que el maldito vídeo desapareciera cuanto antes y hacer como si nada de todo aquello hubiera pasado nunca.

Encontró a Borja en el salón, con el portátil abierto sobre la mesa. Estaba concentrado en la pantalla, tranquilo, como si fuera la situación más normal del mundo. Mikel tragó saliva. El hijo de puta actuaba como si la casa fuera suya.

—¿Has traído lo mío? —preguntó Borja yendo al grano.

Sin responder, Mikel le tendió la carpeta que contenía los documentos y la memoria externa. Borja se sentó a la mesa del

comedor y empezó a revisar el contenido con tranquilidad.

—Ya tienes lo que querías. Ahora borra el vídeo. —Mikel estaba nervioso.

—Tranquilo, hombre. Primero tendré que ver si esto es lo que busco.

—¡Borra el puto vídeo, Borja! —insistió Mikel levantando la voz—. He hecho lo que querías y ahora te toca cumplir tu parte.

—Lo borraré cuando me asegure de que esto vale la pena. Y si resulta que no, tendrás que seguir rebuscando. —Su tono era burlón. Después, volvió a los documentos.

Mikel sintió un calor repentino. Empezó a sudar y notó que las palmas de las manos le ardían.

—¡No me jodas! —explotó—. Borra el puto vídeo de una vez. ¡Ahora!

—Tranquilo, joder.

—¡Ni tranquilo ni hostias! Voy a contárselo a Lander. Que vea lo mierda que eres y lo que has sido capaz de hacer.

—Ni se te ocurra —le cortó Borja con voz autoritaria. Con los dos contra él, tenía muchas probabilidades de salir mal parado—. Si lo haces, te juro que subo el vídeo.

—Eres un hijo de puta.

Mikel se echó hacia atrás, agitado, desesperado, pasándose la mano por el pelo una y otra vez. En un arrebato, se giró y empujó a Borja con ambas manos. La silla volcó y Borja cayó al suelo. Mikel corrió al portátil y empezó a buscar el vídeo. No sabía dónde encontrarlo y, a la desesperada, empezó a eliminar las carpetas que encontraba a su paso, directas a la papelera de reciclaje.

De pronto sintió un empujón violento. Borja se le había echado encima. Mikel perdió el equilibrio y cayó sobre la mesa, golpeándose el hombro.

—¡Estás loco! —gritó Borja.

—¡Borra el puto vídeo!

—¡No me da la gana, joder!

El forcejeo continuó y comenzaron a pelearse. Borja logró zafarse un instante, agarró a su contrincante del cuello y lo empujó contra la pared con violencia. Mikel, jadeando, tanteó a su alrededor y echó mano del aparador, agarrando lo primero que encontró: un trofeo de golf de Josean Foronda. Sin pensar, lo levantó y se lo estampó a Borja en la cabeza con toda la rabia que llevaba dentro. Sonó un golpe seco y Borja cayó al suelo al instante.

La alfombra comenzó a llenarse de sangre.

Borja no se movía.

No respiraba.

Estaba muerto.

Mikel Ajuria lo había matado.

CAPÍTULO 49

EL JUICIO
LECTURA DEL VEREDICTO

2024

Al contrario que Maite, Silvia y Mikel se fueron a comer a casa al terminar la última sesión del juicio. No sabían cuánto tiempo necesitaría el jurado para deliberar, y era absurdo quedarse en el juzgado.

—Tengo el estómago cerrado —le dijo Maite cuando Silvia la animó a irse a casa.

—Ya, pero no sabemos cuánto van a tardar. El tiempo se te va a hacer eterno si te quedas aquí.

Silvia no logró hacerla cambiar de opinión. Maite no pensaba moverse de los juzgados hasta que las nueve personas encargadas de decidir el futuro de su hijo hubieran terminado.

Durante el trayecto a casa, Mikel apenas abrió la boca. Ver a su madre tan preocupada no podía traer nada bueno. Gracias a Greta, la comida transcurrió como si fuera un día cualquiera. Contó anécdotas de su viaje de estudios, imitó a un compañero con una risa contagiosa y se las ingenió para que Maialen se lo pasara en grande mientras comía la lasaña de verduras. La niña ni siquiera notó la enorme preocupación que tenían su madre y su hermano.

Silvia miró a Greta con gratitud. Aquella comida habría sido un suplicio sin su presencia.

En mitad de la sobremesa, el móvil de Silvia vibró. Era un mensaje de Iñigo preguntando cómo había ido. Se quedó unos segundos mirando la pantalla. «Hay que esperar, pero pinta mal», respondió finalmente.

Después de comer, Silvia se tumbó un rato para descansar. Sobre las seis y diez de la tarde, su teléfono volvió a sonar. Era una llamada de la Audiencia Provincial de Gipuzkoa. Descolgó con rapidez y escuchó cómo le notificaban que el jurado había alcanzado un veredicto.

Miró el reloj. Habían pasado dos horas y diez minutos deliberando. Muy poco tiempo. Demasiado poco.

Se vistió a toda prisa y bajó al salón. Sabía que no comenzarían hasta que Lander fuera trasladado desde la cárcel al juzgado, pero ella prefería llegar con antelación.

—¿Ya está? —le preguntó Mikel visiblemente preocupado.

Silvia asintió mientras se ponía los zapatos.

—¿Puedo ir contigo?

Ella se giró hacia su hijo y afirmó con la cabeza.

—Está bien, pero date prisa. Quiero llegar cuanto antes.

Se montaron en el coche y Silvia arrancó. «Dos horas y diez minutos», pensó con extrañeza, incluso con un punto de rabia. ¿Era posible decidir algo tan serio en tan poco tiempo? ¿Serían realmente conscientes de lo importante que era su decisión?

Cuando llegaron a los juzgados, los periodistas ya estaban allí, libreta en mano. Los ignoraron por completo y se dirigieron directamente a la sala de vistas. La jueza Solozábal y la letrada de la Administración de Justicia ya estaban en su sitio, con su habitual expresión neutra. Al poco, llegó también Daniel Vilariño, el fiscal.

Silvia echó un vistazo rápido al público. Vio a Maite en primera fila, al borde de un ataque de nervios. No dejaba de moverse ni de frotar una mano contra la otra.

Tras unos minutos, Lander entró en la sala escoltado por dos agentes. También a él se le veía nervioso. Sin dudarlo, Silvia se levantó y lo estrechó entre sus brazos en cuanto lo tuvo cerca.

—Quiero que sepas que lo has hecho muy bien y que estoy orgullosa de ti —le susurró al oído—. Pase lo que pase.

El murmullo de la sala cesó por completo cuando se abrió la puerta lateral y comenzaron a entrar los nueve miembros del jurado. Caminaban en silencio y parecían cansados. La portavoz iba en cabeza: una mujer de mediana edad, complexión atlética y melena rizada, que sostenía una carpeta entre las manos. Saludó brevemente a la jueza y se colocó junto al micrófono situado a un lateral.

La jueza Solozábal tomó la palabra:

—Vamos a dar comienzo a la lectura del veredicto. La portavoz del jurado, doña Irene Martín, proceda, por favor.

Irene abrió la carpeta y sacó unos folios. Las manos le temblaron ligeramente. Respiró hondo, se armó de valor y comenzó a leer.

Las primeras preguntas no ofrecieron sorpresas: el jurado dio por probado, por unanimidad, que Lander y Borja eran amigos, que vivían juntos, que hubo un chantaje, que Borja murió esa madrugada y que fue Lander quien llamó a emergencias. Después llegó una de las cuestiones clave: ¿había manipulado Lander la escena del crimen? Siete miembros del jurado respondieron que sí, y dos, que no. No era una buena señal. Aun así, Silvia quiso creer que tal vez lo que consideraban una manipulación era que hubiera buscado el vídeo y el ordenador de Borja antes de llamar al 112.

La pregunta más importante llegó justo después. La portavoz del jurado respiró hondo y se aclaró la garganta.

—¿Ha quedado probado que Lander Foronda causó la muerte de Borja Miranda? —leyó.

La tensión en la sala se volvió insoportable. Muchos de los presentes contuvieron el aliento. Maite parecía al borde del colapso, y Lander había comenzado a mover la pierna sin cesar. Era, sin duda, el momento de mayor tensión desde que había comenzado el juicio. Silvia pensó que el corazón se le saldría del pecho. Cerró los ojos unos segundos, intentando recuperar la compostura.

—Siete votos a favor y dos en contra.

Maite no pudo reprimir un gemido y rompió a llorar desconsoladamente. Por primera vez, no le importó que todos la miraran. Lander agachó la cabeza y la dejó caer entre las rodillas, abatido. Y Silvia sintió un gran pinchazo en el estómago. Necesitó unos segundos para recomponerse. Al incorporarse, miró hacia el público y vio cómo su hijo abandonaba la sala entre lágrimas, totalmente desolado.

La portavoz continuó con las explicaciones:

—El jurado considera lo siguiente: ha quedado demostrado que el acusado atacó a la víctima, propinándole un golpe con un objeto sin identificar que derivó en un traumatismo craneoencefálico mortal. Aunque no existen pruebas concluyentes de una planificación previa, estimamos que hay suficientes indicios para pensar que el acusado actuó con plena conciencia de que su acción podía causar la muerte de la víctima y asumió ese resultado.

Aún quedaba por conocer si el jurado lo había considerado asesinato u homicidio. No hubo que esperar mucho para saberlo. En las siguientes preguntas, el jurado no alcanzó la mayoría necesaria para concluir que Lander actuó con premeditación o alevosía. De los

siete miembros que consideraban que Lander fue el responsable de la muerte de Borja, solo dos creían que actuó con premeditación o ensañamiento. Por eso, lo ocurrido no fue calificado como asesinato, sino como homicidio doloso, lo que suponía una pena de entre diez y quince años de prisión, en lugar de los veinte que el fiscal había solicitado desde el inicio del proceso.

La portavoz del jurado tomó asiento y la sala guardó unos instantes de silencio, interrumpido solo por los sollozos ahogados de Maite. La magistrada Solozábal tomó la palabra para expresar su gratitud al jurado por su dedicación y esfuerzo durante el proceso. Después, ordenó que el acusado fuera trasladado al centro penitenciario de Martutene, donde permanecería hasta la celebración de la vista para determinar la pena.

—Se levanta la sesión —anunció con tono solemne.

Silvia se giró hacia Lander y lo abrazó con fuerza. No dijo nada. No hacía falta. Ya solo quedaba el dolor.

Los ertzainas se acercaron para ponerle las esposas, pero Lander, como ya había hecho en una sesión anterior, les pidió permiso para poder abrazar a su madre. Se lo concedieron.

Se acercó a la pequeña verja de madera que separaba el estrado del público y, por encima de ella, madre e hijo se fundieron en un abrazo. En ese preciso instante y por primera vez en todo el juicio, Lander se rompió. Entre los brazos de su madre, lloró sin consuelo como si fuera un niño pequeño. Y ella, que apenas se sostenía en pie, lo consoló como pudo.

—Ya está, cariño, ya está...

—Yo no lo maté, ama, no lo hice —logró decir entre lágrimas.

—Lo sé. Y seguiré luchando hasta que vuelvas a casa. No te voy a soltar. ¿Me oyes? Nunca.

Silvia sintió que la escena la partía en dos. No soportaba ver tanto dolor y salió al pasillo en busca de su hijo, pero Mikel había desaparecido. Abatida, se dirigió al baño y se encerró en uno de los cubículos. Fue entonces cuando descargó toda la rabia contenida. Golpeó la puerta con los puños, una y otra vez, mientras gritaba y descargaba su furia. Cuando terminó, quedó exhausta, y se desplomó sobre la tapa del inodoro, ocultó su cara entre las manos y rompió a llorar. Lloró por la carga que llevaba dentro, por haber perdido, por la impotencia, por la rabia, por la injusticia. Y lloró porque, en ese momento, se sintió menos Rottweiler que nunca.

Cuando por fin salió, se encontró a Maite esperándola en silencio. La había oído descargar su dolor, pero había preferido darle su tiempo. Se acercaron y se abrazaron con fuerza. Fue un abrazo sentido, sincero.

—Lo siento, Maite —susurró Silvia avergonzada por no haber podido salvar a su hijo—. Estuve tan cerca...

—Shhh —la interrumpió ella—. Has hecho todo lo que estaba en tu mano. No es culpa tuya. ¿Me oyes? Nada de esto es culpa tuya.

Se volvieron a abrazar, apoyándose la una en la otra, conscientes de que, si dejaban de sostenerse, caerían las dos.

CAPÍTULO 50

MIKEL

2022

Mikel no sabría decir cuánto tiempo estuvo quieto, incapaz de reaccionar. Durante varios segundos, o minutos quizá, se mantuvo inmóvil, como si fuera un simple espectador. Cuando reaccionó, miró el trofeo, que aún seguía en su mano, y se preguntó qué era lo que había hecho. Como si hasta entonces no hubiera sido capaz de comprenderlo, de pronto, sintió unas ganas enormes de huir, de desaparecer. Lo pensó por un momento, pero sabía que no podía hacerlo. Había visto demasiadas películas sobre crímenes como para saber que, antes, debía borrar sus huellas.

Comenzó a moverse por la casa guiado por impulsos. Entró en la cocina, rebuscó entre los armarios y, en un cajón, dio con un rollo de bolsas de basura. Cogió una y volvió corriendo al salón. Destruir el vídeo era lo primero, lo más urgente, por lo que desconectó el portátil del cable de alimentación y lo metió en la bolsa. Después buscó el móvil. Lo más probable era que el vídeo también estuviera allí. Miró a su alrededor, pero no lo vio. ¿Y si Borja lo llevaba encima? ¿Y si estaba en alguno de los bolsillos del pantalón? No quería tocarlo, ni siquiera quería acercarse a él. Entonces vio la cazadora sobre el sofá. Se abalanzó sobre ella y rebuscó en los

bolsillos. Allí estaba: un iPhone de última generación. Sin dudarlo, lo metió en la bolsa también.

Volvió a mirar a su alrededor. El trofeo, manchado de sangre, seguía sobre la mesa. Podía intentar lavarlo y borrar sus huellas o meterlo en la bolsa y llevárselo también. Optó por lo segundo. Sabía que su ausencia no pasaría desapercibida, pero era mejor eso que arriesgarse a dejarlo allí sin haber eliminado cualquier indicio que lo incriminara.

Echó una última ojeada al salón evitando mirar el cuerpo de Borja. Tampoco quiso detenerse en el charco de sangre que se extendía sobre la alfombra. Estaba seguro de que ya había visto suficiente. Esa visión lo perseguiría el resto de su vida.

Con paso rápido, fue hacia la salida, pero se detuvo al ver su reflejo en el espejo del recibidor. Tenía la cara manchada de sangre, y el jersey también estaba sucio. Se limpió el rostro con una manga, pero soltó una maldición al ver que las manchas del jersey eran imposibles de eliminar. Nadie lo podía ver así.

Corrió al cuartito de la lavadora y abrió el cubo de la ropa sucia, rebuscó dentro y sacó una de las muchas sudaderas negras de Lander, de las que llevaba casi a diario. Tenía tantas que no notaría que faltaba una. Se la puso por encima de su ropa y, con las manos temblorosas, escondió la bolsa bajo la sudadera. Luego la sujetó por fuera, sosteniéndola con los brazos cruzados.

Salió de la casa atacado de los nervios. Mientras cerraba la puerta, oyó el ruido del ascensor. Justo cuando se dirigía hacia las escaleras, las puertas se abrieron y alguien salió de él. Supuso que sería la vecina de enfrente, y el corazón le dio un vuelco. Con un gesto rápido, se cubrió la cabeza con la capucha de la sudadera y bajó los primeros escalones sin mirar atrás. Debía pasar desapercibido.

Salió del portal apretando la bolsa de basura contra el pecho. No se detuvo ni un segundo. Caminó con paso firme hasta su coche, se subió y arrancó, sin sacar siquiera la bolsa de debajo de la sudadera. Solo quería llegar a casa.

Condujo hacia Igeldo, subiendo las curvas en tensión. Poco a poco, las luces de la ciudad se fueron difuminando y todo se volvió más oscuro. Sintió un nudo en la garganta que le cortaba la respiración y no pudo más. Se vino abajo y rompió a llorar de manera descontrolada.

Apenas distinguía la carretera y a punto estuvo de chocar contra el quitamiedos. Cuando ya quedaba poco para llegar a lo alto, justo frente al hotel Leku Eder, tuvo que detenerse. Paró el coche en el arcén y se desplomó sobre el volante, rompiéndose por completo. Soltó varios alaridos desgarradores y golpeó el salpicadero con los puños una y otra vez. No recordaba haber gritado así nunca.

Le llevó unos minutos recuperar el aliento y calmarse un poco. Con manos temblorosas, extrajo la bolsa de debajo de la sudadera y la colocó en el asiento del copiloto. Cogió su móvil y lo puso a cargar. La pantalla seguía apagada, inerte. No podía hacer otra cosa que no fuera esperar.

Se quedó un rato con la mirada fija en ningún sitio, empapado en sudor y lágrimas. No podía dejar de reproducir la discusión con Borja, la pelea, el golpe, la sangre...

Cuando por fin el teléfono se encendió, lo desbloqueó y llamó a su madre.

—Ama...

Silvia se dio cuenta enseguida de que algo no iba bien. Lo notó en su voz. Miró la hora en el reloj despertador: eran las doce y veinte de la noche. Era raro que su hijo la llamara a esas horas.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Al otro lado, Mikel rompió a llorar de nuevo. Silvia se incorporó en la cama de golpe.

—*Maitia*, ¿qué ha pasado? —preguntó alarmada. Al ver que su hijo no era capaz de articular palabra, continuó hablando—. Mikel, tranquilo. Dime dónde estás y si te encuentras bien. Respira, cariño, estoy aquí contigo. Venga, ya está. Habla conmigo.

Su tono suave, firme y familiar logró calmarlo, y consiguió que Mikel le explicara que estaba a tan solo cinco minutos de casa.

—Ama..., ven, por favor —le suplicó entre sollozos—. He hecho algo muy grave y yo no quería...

—Tranquilo, todo tiene solución. —Sabía que era justo lo que Mikel necesitaba oír—. Maialen está dormida y no puede quedarse sola, pero estás muy cerca. Escúchame: respira hondo varias veces y ven poco a poco. Activa el manos libres, ¿de acuerdo? Hablaré contigo mientras llegas.

El trayecto a casa se les hizo eterno, tanto a uno como al otro. Mikel conducía despacio, mientras oía la voz serena de su madre diciéndole que ya casi estaba y que lo esperaba en la puerta del garaje. Al llegar, aparcó el coche, se bajó y caminó hasta ella. Sin decir una palabra, la abrazó y comenzó a sollozar, como cuando era pequeño y se había hecho daño jugando en el jardín. Hundió la cara en su cuello buscando consuelo.

Silvia le acarició el pelo con ternura y lo estrechó con fuerza. Después, lo guio en silencio hasta el salón. Le indicó que se sentara en el sofá y se acomodó a su lado, cogiéndole la mano.

—*Maitia*, necesito que me cuentes qué ha pasado.

Mikel tenía los ojos hinchados y le temblaba el labio inferior. Necesitó unos segundos para calmarse antes de comenzar a hablar. Con la voz entrecortada, relató lo ocurrido. Cuando terminó, se quitó

la sudadera negra de Lander y dejó al descubierto el jersey manchado de sangre.

—Yo no quería matarlo, ama, ¡no quería! Tienes que creerme —repitió una y otra vez.

Silvia se llevó las manos a la cabeza. Tenía ganas de gritar, pero se obligó a controlar su reacción. Su hijo estaba roto y lo último que necesitaba era que ella perdiera el control. Se sintió aliviada de que Iñigo no estuviera en casa. No quería imaginar cómo habría reaccionado ante algo así.

Consciente de la gravedad de lo que acababa de escuchar, intentó serenarse y comenzó a interrogar a su hijo para saber qué hacer.

—¿Estás seguro de que Borja está muerto?

—Sí. Había mucha sangre —respondió él afligido.

—¿Alguien sabe que te estaba chantajeando y que habías quedado hoy con él? ¿Hay alguna llamada o mensaje que lo corrobore?

—No, ni llamadas ni mensajes. Esta mañana ha venido en persona a hablar conmigo y me ha dejado muy claro que nadie debía enterarse de esto.

—¿Y el vídeo? ¿Qué clase de vídeo era ese como para llegar a estos extremos?

Mikel dudó. Tragó saliva y desvió la mirada. No podía decir la verdad.

—No puedo contártelo, ama —susurró con lágrimas en los ojos—. No me pidas eso, por favor.

Y volvió a romper en llanto. De nuevo, parecía un niño pequeño.

—Está bien. ¿Cómo podemos acceder a él para borrarlo? —No era el momento de insistir en que le revelara el contenido.

—Me he llevado su ordenador y su móvil, los tengo en el coche. También he cogido el trofeo con el que lo he golpeado.

—Bien. Lo destruiremos todo. —Silvia se aferró a la idea de que no estaba todo perdido—. ¿Ha quedado alguna evidencia en la casa de que has estado ahí esta noche?

—No lo sé... —Las imágenes de lo ocurrido empezaban a mezclarse en su mente unas con otras.

—¿Y tu teléfono? ¿Lo llevabas encima? —quiso saber ella consciente de que la triangulación del móvil bastaría para situarlo en la escena.

—No, lo tenía sin batería y lo he dejado en el coche.

Silvia se alegró mucho de oír eso. La situación era muy grave, pero quizá había alguna posibilidad de salir airosos de ella.

—Una cosa más, Mikel. Me has dicho que te ha chantajeado con hacer público el vídeo, pero ¿qué te ha pedido a cambio? ¿Dinero?

Mikel bajó la mirada, avergonzado, y le explicó qué era lo que Borja le había exigido. Silvia se quedó, por un instante, sin respiración. Al cabo de unos segundos, no pudo reprimirse más y reaccionó liberando el grito que había estado conteniendo.

—¡Joder! —chilló completamente fuera de sí. Llevándose las manos a la cabeza, comenzó a caminar en círculos por el salón—. ¡Dios santo! ¿¡Cómo has podido dárselos!?

Se llevó la mano al pecho, luchando por respirar. Mikel, al verla así, se encogió aún más en el sofá. Estaba realmente asustado.

—¡Nadie puede ver esos documentos! Ni siquiera tú deberías saber que existen.

—Lo siento —fue todo lo que alcanzó a decir él con la voz rota.

—¿Dónde los tienes?

Mikel, consumido por la culpa, volvió a bajar la vista al suelo. Solo se había preocupado por el vídeo, el maldito vídeo, y en ningún

momento se había parado a pensar en las consecuencias que podría acarrearle a su madre dejar esos papeles allí.

—Dime que los tienes, Mikel. Dime que los has traído junto con el ordenador, el móvil y el trofeo —le suplicó.

Mikel se tapó la cara con ambas manos y negó en silencio, provocando que Silvia volviera a gritar por segunda vez esa noche. Su voz quebrada retumbó en el salón y, en ese preciso instante, el vigilabebés que había sobre la mesa se encendió. Maialen se había despertado con los gritos de su madre y la estaba llamando. Silvia se llevó las dos manos a la boca, ahogando un sollozo.

—Ve con tu hermana —le ordenó a su hijo al cabo de unos segundos—. Pero antes, quítate esa ropa y dámela. Yo tengo que recuperar esos documentos antes de que sea tarde.

—¿Qué vas a hacer? —Él tenía el miedo metido en el cuerpo.

—Intentar solucionar todo esto antes de que nos explote en la cara.

Mikel se quitó la ropa manchada en medio del salón y se la entregó a su madre.

—¿Dónde está Lander? ¿Sabe algo de esto?

—No sabe nada. —Mikel negó con la cabeza—. Todos los viernes sale con sus amigos y suele volver tarde, sobre las tres o cuatro de la madrugada.

—Está bien. Ve con Maialen.

Silvia caminó con paso firme hacia el garaje mientras se convencía de que no se podía permitir el lujo de venirse abajo, no ahora. Se acercó al coche de su hijo y sacó la bolsa de basura. La abrió, metió dentro la ropa ensangrentada y se dirigió a la cocina. Allí, la escondió en el armario bajo el fregadero, entre los productos de limpieza.

Volvió al recibidor, abrió el armario y sacó una mochila. Puso dentro un par de guantes de látex, unas calzas para cubrirse los zapatos, un gorro de ducha y un paño con jabón. Luego fue al salón, sacó su móvil del bolsillo trasero del pantalón y lo dejó sobre la mesa. No podía arriesgarse a que quedaran registrados sus movimientos. Cogió el manojo de llaves de su hijo, donde sabía que estaban las de casa de Lander, y lo guardó en la mochila también.

Miró la hora en su reloj: la una menos veinte de la madrugada. No podía perder ni un solo segundo más.

Bajó al garaje, se colocó el casco, se subió a la moto y la arrancó.

Tenía dos objetivos claros: el primero, recuperar los malditos documentos antes de que nadie los viera. Y el segundo, evitar que su hijo pasara los próximos veinte años en prisión.

CAPÍTULO 51

LAIA

2024

Ver cómo Lander abrazaba a su madre entre sollozos fue desolador, y la duda de si habían condenado a un inocente la perseguiría el resto de su vida. Ella era una de las dos personas que habían votado en contra de declararlo culpable. La otra, Agustín. Todos los demás, uno tras otro, habían levantado la mano sin apenas dudar.

Laia no podía entenderlo. Había sido un juicio lleno de lagunas, contradicciones y silencios. ¿Cómo podían estar tan seguros? ¿Cómo podían afirmar sin titubear que aquel chico era capaz de matar? De algunos, como Monti o Ramón, se lo esperaba. Pero no de Rosi o Marta y, mucho menos, de Irene. Estaba claro que, por más que les hubieran insistido en lo contrario, se habían dejado llevar por el artículo del periódico, aquel en el que el supuesto asesino de Gros aseguraba que no había vuelto. No sirvió de nada que ella tratara de hacerles ver que no todo encajaba. Ya tenían la decisión tomada. Solo le quedó el consuelo de saber que, salvo los dos de siempre, el resto creía que Lander había actuado en un arrebato, sin premeditación.

Tampoco ella podía afirmar con seguridad que Lander fuera inocente. Quizá no lo era. Pero llevaba días observándolo, fijándose en sus gestos, en su forma de mirar, en los momentos que

compartía con su madre..., y algo en sus adentros le decía que no era un asesino. La duda que la atormentaba desde el principio volvió a golpearla con fuerza: ¿era mejor un culpable en la calle o un inocente en prisión?

Abandonaron la sala de vistas en silencio. Cada uno caminaba a su ritmo, con la cabeza gacha, como si los pies les pesaran más que nunca. Monti y Ramón fueron los primeros en desaparecer. Recogieron sus cosas de la salita y se marcharon sin apenas despedirse, como si, además de dejar atrás el juicio, quisieran olvidarse de ellos también.

Los demás se detuvieron unos instantes frente a la puerta. Se dieron la mano, intercambiaron un par de frases cordiales y se despidieron con amabilidad. Laia no fue capaz de prometer que seguirían en contacto. Sabía que, cada vez que pensara en ellos, se acordaría de las discusiones, de las dudas, de Borja y de Lander. Cada uno seguiría con su rutina, pero habría una parte de todos ellos que se quedaría encerrada en aquella sala, junto con el peso insoportable de haber tenido que decidir sobre la vida de otro ser humano.

Tras un último gesto con la mano, echó a andar calle abajo. Necesitaba respirar, sacudirse la horrible sensación que tenía encima. Pero sabía que no sería fácil. En unos días se conocería la pena que la jueza le impondría a Lander, y aquello volvería a removerla por dentro.

Al llegar a casa, Laia encontró a sus padres y a su hermano esperándola. Sabían que había sido un proceso duro y le dieron un recibimiento cálido, sin preguntas. Su madre había preparado su cena favorita: una buena cazuelada de bacalao al pilpil. E Iker, fiel a su estilo, se encargó de llenar la cena de anécdotas absurdas y bromas improvisadas que lograron arrancarle más de una carcajada.

Cuando terminaron de cenar, Laia les dio las gracias de corazón y se fue a la cama. Necesitaba dormir casi más que respirar.

A la mañana siguiente, con el firme propósito de hacer borrón y cuenta nueva, decidió salir a pasear. Durante los días del juicio había salido a correr una sola vez, y prefería retomar su rutina poco a poco. Se puso las mallas, las zapatillas, y optó por hacer el recorrido de siempre. Pero esta vez no lo haría corriendo, sino caminando, con su música favorita sonando en los auriculares y dejándose envolver por el paisaje donostiarra que tanto había echado de menos durante los años que había estado fuera.

Al pasar por la playa de Ondarreta, justo antes de encarar el último tramo hacia el *Peine del viento*, notó que alguien le daba un leve tirón en el hombro. Se giró y vio que se trataba de una mujer, algo mayor que ella y también vestida con ropa de deporte. No la reconoció. Se quitó los auriculares.

—Hola, perdona que te aborde así —se disculpó ella. Tenía la camiseta sudada y el rostro enrojecido por el ejercicio—. Tú has participado como miembro del jurado en el juicio que terminó ayer, ¿verdad? El de Lander Foronda.

Laia frunció el ceño. Que la reconocieran por la calle no era, desde luego, la mejor manera de olvidarse de todo. Dudó en mentir, pero seguía sin gustarle hacerlo.

—Sí —respondió de manera escueta.

—Soy Karmele Beltrán, periodista. He seguido el caso muy de cerca y me gustaría saber si podría hacerte unas preguntas.

Laia sabía quién era. ¿Cómo no iba a saberlo después de las discusiones que habían provocado sus artículos en el grupo de WhatsApp de los miembros del jurado? Había escuchado su nombre decenas de veces, aunque nunca la había visto en persona.

—He oído hablar de ti, pero el juicio ha sido... bastante duro, y la verdad es que no me apetece hablar de nada relacionado con él. —Hizo amago de volver a colocarse los auriculares. Lo único que quería era que la periodista la dejara en paz.

—Espera, por favor. No se trata de este caso en concreto. Quiero escribir un reportaje sobre lo que supone ser miembro de un jurado popular: sensaciones, miedos, dudas, responsabilidad... Me gustaría hablar de cómo una experiencia así puede cambiarte. No te preguntaría por este juicio, sino en general.

Laia lo tuvo claro desde el primer momento. No quería participar.

—Gracias, pero no —respondió de la manera más educada que pudo—. Es todo muy reciente, y lo único que quiero ahora es olvidar, no revivirlo.

—¿Te pondrás en contacto conmigo si cambias de idea? Solo tienes que llamar al *Donostia Press* y te darán mi número.

Laia asintió con la cabeza, aunque sabía perfectamente que no lo haría. Se dispuso a colocarse de nuevo los auriculares, pero se lo pensó mejor y se dirigió a la periodista:

—Dime una cosa. ¿Qué ha pasado con el *pendrive* que envió el supuesto asesino de Gros? ¿Dónde está?

—Lo tiene la policía, aunque no creo que valga de mucho. Lo analizarán para ver si encuentran alguna pista o huella sobre la identidad del remitente, pero será difícil que haya nada. Dudo que sea suficiente para reabrir el caso del asesino.

Laia volvió a asentir. Lo había preguntado solo por curiosidad.

—¿Quieres verlo? —le preguntó Karmele—. Tengo fotos de cuando lo recibí.

Sin esperar su respuesta, abrió la cremallera de una pequeña riñonera deportiva que llevaba abrochada a la cintura y sacó su

móvil. Lo desbloqueó, buscó entre sus archivos y, cuando dio con las imágenes, se las mostró.

Laia las observó con atención. En la primera se veía un sobre marrón, arrugado por las esquinas, con el nombre de la periodista escrito a mano. Cuando Karmele deslizó el dedo sobre la pantalla y pasó a la siguiente imagen, en la que aparecía el *pendrive* en el interior del sobre, una alarma se encendió en la mente de Laia. Parpadeó varias veces tratando de disimular y formuló la pregunta que le ardía en la garganta.

—¿Cómo llegó este sobre a tus manos?

Mientras escuchaba las explicaciones de la periodista, apretó los labios. La imagen del *pendrive* y aquellas palabras provocaron que una idea comenzara a abrirse paso con fuerza. Esperaba que Karmele no se hubiera dado cuenta de la impresión que le había causado aquella revelación.

Porque Laia acababa de descubrir quién había enviado ese sobre.

O, al menos, eso creía.

CAPÍTULO 52

SILVIA

2022

Silvia tardó doce minutos exactos en recorrer los casi seis kilómetros que separaban su casa de la de Lander. Aparcó la moto a cierta distancia para no llamar la atención y la dejó medio escondida junto a unas escaleras que quedaban al otro lado de la calzada. Sin quitarse el casco, recorrió los ciento cincuenta metros que la separaban del portal y entró usando las llaves de su hijo. Subió al último piso y, en el último tramo de escalera antes del descansillo, fuera del alcance de cualquier mirilla, se quitó el casco y se puso el gorro de ducha, las calzas y los guantes.

El silencio que reinaba en la casa era abrumador. Solo una luz tenue, procedente de una de las habitaciones del fondo, rompía la oscuridad. Dejó el casco sobre el mueble del recibidor y avanzó hacia la luz con la mochila al hombro, echando una ojeada rápida a las estancias que encontraba a su paso. En cuanto cruzó el umbral del salón, el olor metálico de la sangre la golpeó de lleno. Borja estaba tendido en el suelo, con los ojos abiertos. Tenía la cabeza ladeada y una mancha oscura se extendía debajo de ella, tiñendo de rojo la alfombra.

Silvia se quedó inmóvil durante unos segundos. Con el estómago encogido, respiró hondo y se acercó. Debía comprobar si estaba

muerto. Se agachó con cuidado, puso los dedos sobre su cuello y confirmó que no tenía pulso.

Sabía que cada minuto contaba y que no era el momento de venirse abajo. Por eso, decidió actuar deprisa. Como si hubiera activado el piloto automático, se centró en recuperar sus documentos. Se dirigió a la mesa del salón y revisó la pila de papeles. Los reconoció al instante, eran esos. Con rapidez, repasó todas las hojas por si faltaba alguna. Al ver que no, las metió en la carpeta junto con la memoria externa y guardó todo en la mochila, sintiendo un gran alivio. La primera parte estaba hecha.

La segunda sería mucho más complicada. Debía borrar el rastro de su hijo y evitar que la policía llegara hasta él. Sacó el paño húmedo y comenzó a limpiar los lugares que Mikel podía haber tocado: la mesa del salón, el aparador de donde cogió el trofeo, las manillas de las puertas... Trató de convencerse de que, si no conseguía eliminarlas todas, no pasaba nada. Mikel frecuentaba esa casa, y la presencia de sus huellas no levantaría sospechas. Además, tampoco convenía dejarlo todo excesivamente limpio.

Después, se quedó quieta unos segundos, observándolo todo con detenimiento, e intentó pensar como un policía. ¿Qué verían en la escena? ¿Qué pensarían que había ocurrido allí?

Trató de encontrar la mejor salida, y decidió que simular un robo era una buena alternativa. Serviría para desviar la atención, y la policía dirigiría la investigación hacia un asalto fortuito: alguien que entró a robar, se encontró con Borja por sorpresa y, tras un forcejeo, había acabado matándolo. Los robos con violencia solían relacionarse a delincuentes comunes, no a estudiantes universitarios sin antecedentes como Mikel.

Hizo un listado mental de los pasos que debía seguir: forzar la puerta de entrada, revolver cajones y estanterías, llevarse algo de

valor... Pero la idea no le terminaba de convencer. Desde que Maite no vivía allí, en esa casa no había nada valioso como joyas o grandes cantidades de dinero en efectivo. Tan solo el portátil de Lander, que recordaba haber visto en su habitación. ¿Sería suficiente llevarse un ordenador para que la policía creyera que se trataba de un robo? Además, había un problema mayor: no tenía la menor idea de cómo forzar una cerradura. Si lo hacía mal, y era muy probable que así fuera, los investigadores no tardarían en sospechar que la escena había sido manipulada para parecer un robo. Y sabía por experiencia que era entonces cuando empezarían a investigar a los más cercanos a la víctima, a quienes pudieran tener un motivo para quitar a Borja del medio.

Desechada la idea del asalto, se masajeó las sienes con los dedos enguantados intentando encontrar otra solución. «Piensa, Silvia, piensa», se repitió. Puerta sin forzar, golpe en la cabeza, sin arma del crimen en la escena, sin móvil aparente...

Y entonces, como un fogonazo, le vino a la mente la voz de Rocío, su antigua compañera en la fiscalía, repitiendo exactamente esas mismas palabras mientras Silvia la ayudaba con el caso del asesino de Gros.

—La policía nunca lo encontrará, Silvia —recordó que le había dicho Rocío frotándose los ojos después de releer una y otra vez el mismo informe—. Es todo tan disparatado... ¿Y esos *pendrives*? Este caso es una locura.

Silvia parpadeó de nuevo en el salón de Lander. Aquel recuerdo le aclaró las ideas.

—Vamos a ver —murmuró en voz baja—. Coincidencias: la puerta sin forzar, víctima aparentemente aleatoria, golpe en la cabeza y sin arma del crimen. Diferencias: falta el *pendrive* en la boca de la víctima. Y la ubicación. Joder, mierda.

El asesino de Gros solo había matado en Gros. Si quería hacer pasar el crimen de Borja como uno de sus asesinatos, la ubicación iba a ser un problema. La cuesta de Aldapeta estaba en el barrio de Aiete, no en Gros. Aun así, lo vio claro: simular que el asesino de Gros había vuelto era mucho mejor que fingir un robo. Haría que la policía mirara en la dirección equivocada y, si lo hacía bien, podía funcionar. Además, ella conocía detalles del caso que casi nadie sabía.

Miró la hora en su reloj: la una y cuatro de la madrugada. Llevaba allí doce minutos, demasiado. Sin perder un segundo, se fue directa a lo importante: necesitaba un *pendrive* en el que guardar un archivo con una sola palabra y meterlo en la boca de Borja. Corrió a la habitación de Lander y empezó a hurgar en los cajones del escritorio. Miró también dentro de su estuche, pero no había ninguno. Y entonces lo vio. Sobre una balda del escritorio, había un lapicero repleto de cosas: pilas, clips, gomas... y tres *pendrives*. No uno, sino tres. Cogió uno al azar y lo limpió con el paño para eliminar cualquier huella. Después, levantó la tapa del portátil conteniendo la respiración, rezando para que no estuviera bloqueado. En el caso de tener que meter la contraseña, su idea terminaría ahí.

Suspiró aliviada. La sesión seguía activa, aunque la copia de seguridad que Lander había iniciado ya se había completado. Insertó el *pendrive* y eliminó su contenido: tres documentos que parecían trabajos de la universidad. Después, vació la papelera de reciclaje también. Abrió un nuevo archivo de texto y se detuvo un instante, indecisa sobre qué palabra escribir. Tecleó «CHANTAJISTA» y le dio a guardar, pero justo antes de cerrar el documento, dudó. No podía permitirse el lujo de dar demasiadas pistas. Borró la palabra y escribió otra más ambigua: «TRAIDOR».

Recordaba que el verdadero asesino siempre borraba los metadatos de los archivos, dificultando cualquier intento de rastreo, y ella hizo lo mismo. Abrió las propiedades del documento y los eliminó. Extrajo el *pendrive* del ordenador y regresó al salón. Se arrodilló junto al cadáver con cuidado de no tocar nada y colocó el *pendrive* sobre la lengua de Borja. No sabía si el asesino lo dejaba ahí, en la cavidad bucal, o si lo introducía más adentro. Ante la duda, lo empujó con los dedos hacia la garganta, agradeciendo llevar puestos los guantes de látex.

Volvió a mirar la hora: la una y nueve. Faltaba un último detalle, uno que descolocaría a la policía, uno que no había trascendido en su momento porque habían preferido guardárselo para ellos, y que tan solo conocían unas pocas personas. Entre ellas, Rocío, la fiscal de la instrucción, y por extensión, Silvia también: el dedal en la mano de las víctimas. Un gesto sin explicación, pero que se repitió en los tres asesinatos.

Se apresuró a buscar un costurero en el salón. Abrió armarios, cajones... Nada. Fue a la cocina y la revisó también, pero tampoco allí encontró ninguno. Estuvo a punto de rendirse y descartar el detalle del dedal, pero decidió hacer un último intento. Maite debía tener un costurero en alguna parte. Corrió al cuartito de la lavadora. Allí, junto a la plancha, había una caja de hojalata llena de hilos, agujas, botones... y un dedal de metal. Lo cogió y regresó al salón. Lo colocó con cuidado en la mano de Borja y trató de cerrársela, para que no se le cayera.

Lo tenía. Era el momento de marcharse. Pero antes, algo que había estado deseando hacer desde el principio. ¿Quién era ese chico? ¿Y por qué quería esa documentación? ¿Qué relación tenía con el caso de Antonio Hervás? ¿Lo habría enviado alguien?

Se acercó de nuevo al cadáver y le registró los bolsillos. Estaban vacíos. Cogió la cazadora que estaba sobre el sofá e hizo lo mismo. Allí estaba: la cartera de Borja. La abrió y sacó su carnet de identidad. El apellido le dio una pista, pero al darle la vuelta y leer los nombres de los padres, las dudas se disiparon.

Devolvió el carnet a su sitio, cerró su mochila, se la echó al hombro y fue directa a la salida. Cogió el casco de la moto y el manojo de llaves del aparador de la entrada, pero entonces oyó el sonido inconfundible de una llave en la cerradura. Alguien estaba a punto de entrar.

Se le heló la sangre.

Casi sin tiempo para reaccionar, se metió rápidamente en el cuartito de la lavadora con el casco en una mano y la mochila en la otra. Empujó la puerta hasta dejar solo una rendija abierta, suficiente para mirar sin ser vista.

Contuvo la respiración. La luz del pasillo se encendió y oyó varios pasos que resonaban en el parquet. Reconoció la silueta de la persona que estaba atravesando el pasillo al instante: era Lander.

Tan solo unos segundos después, llegó el grito: «¡Hostia!».

Silvia aprovechó la conmoción del mejor amigo de su hijo al encontrar el cuerpo sin vida de Borja para salir del cuartito sin hacer el menor ruido y llegar al descansillo. Cerró la puerta con sumo cuidado y se colocó el casco de la moto sobre el gorro de ducha. Bajó las escaleras de dos en dos sin ni siquiera quitarse los guantes ni las calzas.

Salió a la calle y echó a correr hacia donde había dejado la moto. La arrancó y se marchó sin mirar atrás.

CAPÍTULO 53

SILVIA

2022

Llegó a casa alrededor de la una y treinta y cinco de la madrugada, casi una hora después de haber salido. Aparcó la moto y se descalzó con cuidado. Antes de eliminar todas las pruebas, había algo que necesitaba hacer. Se dirigió a su despacho, encendió el ordenador y comenzó a buscar hasta dar con una carpeta que mantenía bien oculta, con contraseña de acceso y escondida dentro de otra carpeta de nombre anodino, difícil de encontrar. Tecleó la clave con rapidez y se abrió.

Entre los documentos que contenía, localizó el archivo que buscaba: una esquela. El nombre del fallecido: Tirso Miranda, cuyo único hijo se llamaba Borja. Ahí tenía la confirmación de lo que había sospechado. Un año atrás, ese hombre la había llamado por teléfono para pedirle los documentos del caso Hervás. No fue una conversación larga, pero Silvia supo, por la forma de hablar y la manera de presionarla —mucho más ordinaria y chulesca—, que aquel hombre no tenía nada que ver con las personas que, años antes, la habían amenazado para que entregara ese mismo material. Aun así, también esa vez sintió miedo.

En aquella llamada de hacía un año, Silvia no admitió tener la documentación en su poder, pero sabía que ese tipo no se rendiría

tan fácil. ¿Qué podía hacer? Dársela no era una opción. Si lo hacía y Reta59 se enteraba, algo muy probable, iría a por ella. Pero ignorarlo tampoco le parecía una buena idea.

Después de mucho pensarlo, había decidido arriesgarse. Abrió su agenda de contactos y buscó un número con muchos sietes que había guardado para que no la pillara por sorpresa si la volvían a llamar. El nombre del contacto: R59. Nunca lo había marcado, pero allí estaba. Respiró hondo y marcó. Nadie contestó. Lo intentó de nuevo, pero con el mismo resultado.

Seguía dándole vueltas a sus opciones cuando, una hora después, su móvil sonó. En la pantalla apareció un nombre: R59. Silvia descolgó de inmediato.

—Hola, soy Silvia Legarre. Tengo un problema y creo que te interesará saberlo. —Necesitaba captar la atención de su interlocutor.

—Habla —respondió una voz distorsionada, metálica, desde el otro lado.

Silvia le explicó que un hombre la había contactado para pedirle la documentación del caso Hervás. No sabía quién era ni qué relación tenía con el caso.

—¿Tienes la documentación?

—No. Os entregué en su día todo lo que tenía —mintió con firmeza— y también le he dicho a él que no tengo nada, pero no está dispuesto a ceder. Me ha amenazado.

Le contó que la había citado a las siete de la tarde del día siguiente frente al hotel Arima, en Miramón, y que no sabía qué hacer.

Se hizo un silencio al otro lado. Finalmente, su interlocutor habló.

—Ve a la cita y lleva una carpeta vacía.

—¿Y eso es todo? ¿Qué hago cuando descubra que dentro no hay nada?

—No lo hará. Nosotros nos encargamos.

La llamada terminó, y Silvia supo que no tenía más opción que confiar en que ellos, quienesquiera que fueran, solucionarían el problema.

Cuando presenció cómo un coche negro atropellaba al hombre que, a todas luces, iba a reunirse con ella, comprendió que el poder de esa gente era aún mayor de lo que había imaginado. Al día siguiente, revisó las esquelas del periódico para conocer la identidad del fallecido. Al no reconocerlo, guardó la esquela y decidió olvidar el asunto.

Frente al ordenador de su casa, con la esquela de Tirso Miranda en la pantalla, Silvia encajó todas las piezas: Borja había querido terminar lo que su padre había empezado, tratando de obtener la documentación a través de Mikel. No sabía por qué Tirso conocía el caso y la existencia de esa información, pero estaba claro que lo había compartido con su hijo. Ambos habían tratado de conseguirla y ahora estaban muertos. Los dos.

Se frotó los ojos con ambas manos, agotada, lamentando que Mikel no le hubiera contado lo del chantaje antes. Si lo hubiera hecho, si ella hubiera sabido lo que estaba pasando, habrían buscado otra manera de solucionarlo y Mikel no habría tenido que llegar tan lejos. Pero ya era demasiado tarde para eso. Su hijo había intentado arreglarlo por su cuenta y había salido mal. Fatal.

Apagó el ordenador y se dirigió al garaje. Lo siguiente que tenía que hacer era destruir cualquier cosa que pudiera incriminar a su hijo, y a ella también. Cogió un cubo metálico, donde solían depositar las malas hierbas o restos de poda, y lo llevó al rincón más discreto del jardín, lejos de la mirada de cualquier vecino. Después,

recopiló todo lo que debía hacer desaparecer y lo metió dentro: la ropa manchada de sangre, los dispositivos de Borja, el trofeo, los guantes, las calzas, el gorro de ducha y el paño con el que había limpiado la escena. Dudó en introducir también la documentación del caso Hervás y acabar con aquello de una vez por todas, pero en el último momento decidió devolverla a la caja fuerte.

De regreso al jardín, lo roció todo con una garrafa de gasolina que usaban para el cortacésped y le dio fuego al interior del cubo, que prendió de inmediato. Las llamas se alzaron con violencia, escupiendo chispas y un humo espeso que la obligaron a dar un paso atrás.

Contemplando cómo el fuego lo devoraba todo, se preguntó si lo había hecho bien, si no se habría olvidado de nada, si con eso bastaría para que Mikel no acabara en la cárcel.

Su hijo la sacó de sus pensamientos al aparecer en el jardín. Llevaba el vigilabebés en la mano y estaba muy nervioso. Su expresión reflejaba una mezcla de vergüenza y arrepentimiento.

—¿Has podido recuperar los documentos? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí, ya están a salvo.

Mikel dudó en preguntar por qué eran tan importantes, pero prefirió no hacerlo.

Silvia se acercó a él y le agarró la mano. Lo hizo con ternura, y él lo agradeció. Permanecieron en silencio mientras oían el crepitar de las llamas y veían cómo el humo ascendía lento, cada vez menos denso.

Al cabo de un rato, comprobaron que todo había desaparecido, excepto una cosa: el trofeo. En medio del cubo y sobre los restos chamuscados, se había ennegrecido por el calor, pero seguía intacto, inmune a las brasas.

—Creo que es de bronce —apuntó Mikel—. Necesitará más temperatura para fundirse, pero no sé cuánta más.

Sacó su móvil del bolsillo y lo desbloqueó.

—¡Para! —Silvia lo frenó en seco—. Ni se te ocurra buscar en internet cómo fundir bronce ni nada parecido. Sería una prueba en tu contra.

Mikel obedeció y guardó el teléfono sin decir nada, mientras su madre se dirigía al garaje con el trofeo en la mano. Lo dejó sobre el banco de trabajo de su marido y buscó el soplete de gas butano que solían usar para la barbacoa. Lo encendió y apuntó con la llama directamente al trofeo.

Al principio no pasó nada. El metal parecía resistirse, pero Silvia mantuvo el soplete firme, acercándolo más. Poco a poco la superficie comenzó a tornarse rojiza, y luego, anaranjada. Una parte de la base comenzó a ablandarse y a ceder. Al cabo de un rato, el trofeo se deshizo en una masa irreconocible.

Mikel la observó en silencio durante todo el proceso. El olor que se había formado era horrible, una mezcla de metal, ceniza y algo más que no lograba identificar. Casi no se podía respirar dentro del garaje, pero ya estaba hecho.

—¿Qué haremos con eso? —preguntó mirando la masa humeante.

—La tiraremos a algún lugar donde no llame la atención, lejos de aquí. A un pantano, un acantilado, un vertedero... Pero tendremos que hacerlo sin levantar sospechas. Hasta entonces, la esconderemos entre los utensilios del jardín.

Silvia ocultó los restos del trofeo, guardó el soplete y abrió el ventanuco del garaje para ventilarlo.

—Y, ahora, vayámonos a la cama, Mikel. Tenemos que descansar.

Mikel se acercó a ella y la abrazó con fuerza, casi con la misma intensidad con la que lo había hecho tras reconocer que había matado a una persona.

—¿Puedo dormir contigo? —preguntó con la voz temblorosa.

Ella asintió mientras le acariciaba el pelo.

Esa noche, abrazada a su hijo, Silvia pensó que, aunque la situación era muy grave, aún tenían alguna posibilidad de salir airosos de ella. El desconcierto de la policía al encontrar el *pendrive* en la garganta de la víctima sería enorme. Las similitudes con el caso del asesino de Gros eran muchas, y la presencia del dedal resultaría espeluznante, sobre todo porque ese detalle no se hizo público. La hipotética reaparición de un asesino al que nunca consiguieron dar caza lo revolucionaría todo.

Era consciente de que no por eso dejarían de investigar el entorno de la víctima, pero, si había hecho las cosas bien, no habría nada que les hiciera sospechar de Mikel. Y mucho menos de Lander, que no tenía ningún motivo para matar a su amigo. Al contrario, se llevaban tan bien que incluso le había abierto las puertas de su casa.

Con ese pensamiento, trató de conciliar el sueño antes de que amaneciera. Al día siguiente, su marido estaría de vuelta, y tanto Mikel como ella tendrían que ser capaces de fingir normalidad.

Nadie, absolutamente nadie, debía saber lo que había ocurrido esa noche.

CAPÍTULO 54

LAIA

2024

Laia se despidió de Karmele Beltrán. Cuando la periodista estuvo lo bastante lejos, sacó el móvil y marcó el número de su hermano.

—Joé, Laia —protestó él con voz soñolienta—. ¿Ya ni los sábados se puede dormir?

—Iker, tengo algo que contarte. Levántate. En media hora nos vemos en casa.

No esperó su respuesta. Dio media vuelta y apretó el paso de regreso a casa. Al llegar, se dio una ducha rápida y se cambió de ropa. Se secó el pelo a toda prisa y, con el ruido del secador de fondo, repasó mentalmente lo que acababa de descubrir. Sabía que no era nada concluyente, ni mucho menos, pero tampoco algo que podía ignorar.

Iker llegó con las marcas de las sábanas aún en la cara. Sin perder un segundo, Laia lo llevó a su habitación, cerró la puerta para que sus padres no oyeran la conversación y lo puso al tanto sobre lo que había descubierto.

—Pues nada —dijo él encogiéndose de hombros—. Si quieres salir de dudas, solo hay una forma de hacerlo: ir a comprobarlo. Vamos.

Un rato más tarde, aparcaron el coche frente al lugar donde creían que podrían encontrarlo. Esperaron con paciencia hasta que apareció: iba vestido con ropa deportiva y estaba solo.

—Será mejor que hables con él en un sitio donde haya gente —le aconsejó Iker en cuanto Laia le confirmó que era la persona que buscaban—. Y mete esto en el bolso. Necesitamos que todo quede registrado.

Le tendió una pequeña grabadora. Laia la cogió y la guardó con disimulo. Después, siguieron al hombre a una distancia prudente. Cuando lo vieron dirigirse hacia la playa, supieron que era el lugar perfecto para abordarlo. Allí no podría hacerle nada.

—Me quedaré observando desde lejos —le aseguró Iker—. Que crea que has venido sola. Si pasa algo, estaré ahí en unos segundos.

Laia lo buscó de nuevo con la mirada. Parecía que iba a empezar a correr en cualquier momento y no podía dejar que se le escapara. Accedió a la playa también ella y aceleró el paso hasta alcanzarlo y ponerse a su altura, alegrándose de que la arena húmeda amortiguara el ruido de sus pisadas. Cuando estuvo lo bastante cerca, le tocó el hombro.

Él se giró sobresaltado. Cuando la reconoció, la miró sorprendido.

Laia tragó saliva. Estaba nerviosa, pero no iba a echarse atrás.

—Hola, ¿puedo hablar contigo?

—¿Sobre qué?

—Sobre quién eres. Sobre lo que hiciste. Y sobre lo que has hecho ahora. —Laia sonó firme y le mantuvo la mirada—. Tengo pruebas.

Él se quedó inmóvil unos segundos, evaluando si debía seguir escuchando. Apenas parpadeó.

—No sé de qué me hablas —respondió finalmente.

—Sí que lo sabes. Tú eres el asesino de Gros.

Su expresión fue, de nuevo, de sorpresa.

—¿Eres policía?

Tras asegurarle que no lo era, Laia observó cómo los ojos de él se perdían en el horizonte, aunque lo más probable era que no estuvieran admirando la playa de Hendaya. Simplemente, estaba pensando.

—Tú no eres amiga de mi hermana, ¿verdad? —Seguía sin apartar la vista del agua.

—No, ni tampoco conocí a Laura en ninguna clase de *spinning*. Te mentí.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó en un tono que mostraba resignación.

—Que me expliques por qué lo hiciste, qué buscabas con ello y qué culpa tenían esas tres pobres víctimas.

Sergio no respondió de inmediato. Se pasó una mano por la nuca y soltó un largo suspiro. Después, sus hombros cayeron con lentitud, como si de pronto cargaran con un peso insoportable.

Laia se puso aún más nerviosa. Estaba en tensión. Tan solo tenía sospechas, y él aún no había confesado nada. Pero, si se había equivocado, si no era cierto que Sergio fuera el asesino de Gros, ¿no la habría sacado de su error nada más acusarlo? ¿No se habría mostrado indignado? Con esa pregunta martilleándole la cabeza, Sergio rompió el silencio.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó en un susurro.

Laia se quedó helada. Aquella pregunta lo confirmaba todo. Instintivamente, apoyó la mano sobre el bolso, comprobando que la grabadora seguía en su sitio. La había encendido justo antes de acercarse. Después, lo miró fijamente a los ojos. Acababa de descubrir la identidad del asesino de Gros, un hombre que había matado a tres personas a sangre fría, y, sin embargo, por

sorprendente que resultara, no sentía ningún miedo estando junto a él. Sergio no parecía peligroso. Al contrario, tenía aspecto de buena persona, alguien inofensivo.

—Karmele Beltrán me enseñó unas fotos del sobre que le enviaste y me fijé en el color del celo que sujetaba el *pendrive* —explicó ella—. Era anaranjado, igual que el celo que tenía tu hija junto a los lápices de colores, los rotuladores con brillantina, las pegatinas... Pensé que no significaba nada. Celos de colores hay mil y solo era una absurda casualidad. Pero luego la periodista me contó que un joven, al que no pudo verle la cara, dejó el sobre en su felpudo. Lo llamó y él respondió algo en francés antes de marcharse escaleras abajo. En francés. Otra absurda casualidad, pero ya eran dos. No pude quitarme la idea de la cabeza. Tan solo era una sospecha, pero me lo acabas de confirmar.

Sergio se llevó los dedos al entrecejo y lo presionó, frustrado. Tenía que haber sido más inteligente y haberlo negado, pero estaba cansado. Muy cansado.

—Al final va a resultar que no soy tan bueno eliminando mi rastro —murmuró con ironía y con un punto de resignación—. ¿Me vas a delatar?

A Laia le sorprendió que lanzara la pregunta con tanta serenidad. No parecía estar nervioso ni asustado, como si hubiera estado preparándose durante años para ese momento.

—¿Acaso no es lo justo?

—Probablemente sí —admitió—. Pero antes de que pongas mi vida patas arriba buscando justicia, escucha al menos mi historia. Sé que no estoy en situación de pedirte nada, pero me gustaría que lo hicieras.

Laia asintió. Estaba deseando saber y, finalmente, poder comprenderlo todo.

CAPÍTULO 55

EL ASESINO DE GROS

2007

En aquel tiempo, Sergio no era más que un chico normal de veintinueve años. Trabajaba como guardia municipal en San Sebastián y su vida se centraba en el trabajo, el gimnasio, disfrutar de unas cervezas en el bar con sus amigos de siempre y visitar a su madre y a su hermana Laura. No había nada extraordinario ni fuera de lo común, pero él se sentía satisfecho con lo que tenía y estaba muy orgulloso de lo que había logrado. Después de meses de estudio constante y preparación física, había aprobado las oposiciones y recordaba a la perfección el día que se lo contó a su madre y a su hermana. Lo había conseguido.

—Señoras, tienen ante ustedes al agente 1161. A su servicio.

Lo abrazaron dando saltos de alegría.

—Estamos muy orgullosas de ti, cariño —le dijo su madre con lágrimas en los ojos—. Ojalá estuviera tu padre aquí para poder ver al hombre en el que te has convertido.

Su padre había muerto cuando él tenía seis años y Laura apenas era un bebé. Su madre quedó devastada. Además de perder al hombre con quien había soñado pasar el resto de su vida, se encontró en una situación económica bastante complicada. Con la decisión tomada de salir adelante y criar a sus hijos sin dejar su

hogar, se reinventó desempolvando una vieja máquina de coser. Comenzó a hacer pequeños arreglos a las vecinas y, con el tiempo, la clientela aumentó. A la vez que su destreza con la aguja y el hilo crecía, su estabilidad económica mejoró también. Entre telas, tijeras y patrones, las tardes en casa se llenaron de alboroto y risas compartidas. Alrededor de aquella máquina de coser, les enseñó a sus hijos no solo los secretos del oficio, sino el valor del esfuerzo y de la unión familiar también.

Todo fue bien por un tiempo, hasta que la vida volvió a golpear con fuerza a la familia cuando a la madre de Sergio le diagnosticaron una enfermedad degenerativa. Al principio, los síntomas fueron casi imperceptibles: un ligero temblor en las manos, algunas caídas tontas que atribuían al cansancio... Pero el deterioro avanzó de forma implacable, y pronto, la esperanza de que solo fuera algo pasajero se desvaneció.

Para entonces, él ya vivía por su cuenta en un pequeño piso, cuya hipoteca pagaba con su sueldo de funcionario municipal. Aun así, pasaba a diario por casa de su madre, sin faltar un solo día. Durante un tiempo, se negó a aceptar lo que estaba ocurriendo, hasta que llegó el momento en que Laura lo sentó en la cocina y le explicó la cruda realidad. Sin rodeos.

—No hay nada que hacer, Sergio —le dijo en un susurro—. Es irreversible.

—No puede ser. —Él era incapaz de asumirlo—. Tiene que haber algún medicamento, no sé, un tratamiento que pare esta mierda de enfermedad.

—Los médicos han sido claros. No lo hay. Pronto dejará de caminar y necesitará ayuda para todo: comer, levantarse, vestirse...

Sergio se llevó las manos a la cabeza. Su madre significaba todo para ellos. Era su referente, la persona que había llenado el vacío

que dejó su padre y que, con esfuerzo y amor, había contribuido a que se convirtieran en unas buenas personas.

—No puedo verla así —dijo sollozando—. ¡No puedo!

Laura siempre había demostrado tener una mayor madurez que su hermano, a pesar de ser varios años menor que él. Al verlo tan abatido, se acercó para abrazarlo y consolarlo. Al cabo de un rato, cuando se calmó, le planteó que ella lo dejaría todo para cuidarla.

—¿Y tus estudios? ¿Y el máster que querías hacer?

—Tendrá que esperar —respondió ella resignada—. Tú tienes que pagar tu hipoteca, y en casa no hay dinero suficiente para pagar el máster y contratar a alguien que cuide de la ama. Yo lo haré. Cuando todo termine, continuaré con mis planes.

Sergio no pudo evitar que varias lágrimas recorrieran sus mejillas al escuchar ese «cuando todo termine». No estaba preparado para el final, y quizá nunca lo estaría.

Desde entonces, Laura cambió su vida por completo para cuidar de su madre. La vestía, la aseaba, le daba de comer y pasaba las horas junto a ella para que nunca se sintiera sola. Él, por su parte, se encargaba de las tareas más pesadas, como acostarla, levantarla o llevarla al médico, sabiendo que era su hermana quien realmente cargaba con el peso de la enfermedad.

Una tarde gris y oscura de octubre, tiempo después del diagnóstico y con su madre ya en una silla de ruedas, Sergio recibió la llamada de su hermana mientras jugaba una partida de póker con unos amigos en un bar.

—¿Qué pasa, Laura?

—Un paquete de pañales está defectuoso, y es el último. Necesito que vayas a comprar más —le dijo ella apurada.

—¿Ahora? Estoy en medio de una partida.

—La tienda cierra en quince minutos, y mañana es festivo. Si no lo traes, no tendré suficientes pañales.

—Joder, me lo podías haber dicho antes, cuando he pasado por casa —dijo él sin apartar los ojos de las cartas que había sobre la mesa.

Laura oyó las protestas de los amigos de su hermano desde el otro lado de la línea.

—¡No me jodas que te vas a ir ahora!

—Venga, tío, terminamos esta mano y luego te vas.

—¿Tiene que ser ahora? —le insistió a su hermana—. Me pillas fatal, Laura.

—No puedo esperar. Si no vas tú, iré yo. Espero que no le pase nada a la ama mientras estoy fuera.

—¡Venga, hombre! No seas tan dramática.

—Olvídalo. Ya voy yo —sentenció ella antes de colgar sin despedirse.

—Qué carácter, de verdad. —Colgó y volvió a concentrarse en la partida.

El juego continuó y, entre risas, discusiones y unos cuantos faroles, las horas pasaron sin que se diera cuenta. Cuando la última partida llegó a su fin, se despidió de sus amigos y se dirigió a su casa. Nada más llegar, un coche de la Ertzaintza aparcado frente al portal llamó su atención. Bajo un aguacero, dos agentes se acercaron a él y lo acompañaron al interior de su vivienda. Una vez allí, le informaron de que su hermana Laura había tenido un accidente de tráfico.

—Lo sentimos mucho —oyó decir a uno de ellos—. Las lesiones han sido muy graves y su hermana no ha sobrevivido. Lo siento —repitió el ertzaina, consciente del impacto de la noticia—. Su madre ya ha sido informada.

Se quedó sin respiración. Varios segundos después, en un repentino estallido de furia, comenzó a golpear la pared con los puños.

—¡Para, para! —le gritaron los agentes sujetándolo por los brazos.

Cuando logró calmarse un poco, dejó que lo acercaran en el coche patrulla a casa de su madre. Frente al portal, se bajó del coche y, bajo la enorme tromba de agua que no remitía, entró en casa. Las luces estaban encendidas, pero no se oía nada. Sergio la llamó, pero no obtuvo respuesta. Miró en el salón y en su habitación, pero no estaba. Al entrar en la cocina, la encontró junto a la silla de ruedas. Estaba tendida en el suelo, inmóvil, y tenía el rostro tan sereno que parecía dormida. A su lado había varios blísteres de pastillas vacíos y una nota cuidadosamente doblada.

Sergio se arrodilló y no fue capaz de contener las lágrimas. La abrazó con suavidad y, al comprobar que estaba muerta, lanzó un grito desgarrador. Después, desdobló el papel con manos temblorosas y leyó la nota. Escrita con una caligrafía casi ilegible, producto de la enfermedad, decía así: «Lo siento, cariño, pero es lo mejor. Te quiero».

En cuestión de minutos, había perdido a las dos personas que más quería, aquellas que le daban sentido a su vida. En ese preciso instante comprendió que su descenso al infierno ya no tendría vuelta atrás.

CAPÍTULO 56

LAIA

2024

Laia observó a Sergio con el corazón encogido. Escuchar cómo las había perdido y ver que, a pesar del tiempo, seguía siendo incapaz de contener las lágrimas al recordarlas le caló muy hondo.

—Recuerdo a la perfección cómo me sentí después de enterrar a las dos personas que más quería: culpable. Si hubiera dejado la partida esa noche y hubiera ido a la tienda como Laura me pidió, ella no habría tenido que coger el coche y no habría pasado nada. Estaría viva, y mi madre también. Yo era el responsable directo de la muerte de ambas, y la culpa empezó a consumirme —reconoció con un gran pesar—. Los días siguientes al funeral se convirtieron en un infierno. Solicité la baja laboral y me encerré en casa, incapaz de enfrentarme a la realidad. No podía levantarme de la cama y, cuando lo hacía, era para arrastrarme hasta el salón, agarrar la botella más cercana y beber sin control, tragarme un somnífero y volver a refugiarme entre las mantas. Dormir era lo único que me proporcionaba algo de paz y comencé a confundir un día con el siguiente. Sumergido en una espiral de autodestrucción, mi vida dejó de tener sentido, y la única razón para no coger mi Walther P99 de nueve milímetros y pegarme un tiro fue que, al estar de baja, había tenido que depositar el arma en el armero de la comisaría.

Hizo una pausa y se frotó los ojos con ambas manos. Contar su historia le estaba resultando muy doloroso.

—Saber que podía haber evitado el accidente me carcomía por dentro, pero había algo que no lograba entender. Mi hermana era extremadamente prudente al volante. ¿Cómo había podido sufrir un accidente tan grave en una vía urbana que *a priori* no entrañaba peligro? No tenía sentido. Por muchas vueltas que le daba, no conseguía entenderlo, y ese desconcierto hizo que saliera de la cama tras permanecer encerrado durante días. Por una vez, en vez de dirigirme a la cocina en busca de alcohol, me di una ducha fría, me puse ropa limpia y salí de casa con la firme intención de buscar respuestas.

Sergio contó que fue directo a la sede de la policía local, en la calle Easo 41. Sus compañeros, al verlo cruzar la puerta tan desmejorado, con el rostro pálido y unas profundas ojeras, no lograron disimular su sorpresa. Después de oír sus condolencias, sin perder un minuto más, Sergio preguntó quiénes habían sido los agentes que acudieron al accidente de su hermana. Por suerte, uno de ellos estaba de servicio y no dudó en atenderlo de inmediato. Le explicó que Laura dio un volantazo y se estrelló contra un árbol al perder el control bajando una cuesta. Cuando llegaron, estaba consciente y, en un principio, no parecía tener heridas graves, pero falleció durante el traslado al hospital.

Laia sintió unas ganas enormes de confesarle que ya lo sabía, que estuvo allí la noche del incidente y que ella misma había comprobado que Laura se encontraba bien. Pero prefirió no hacerlo. Sergio se estaba sincerando por primera vez en muchos años y era mejor no interrumpirlo.

—Hubo otra víctima, una mujer mayor. No llegó a atropellarla de lleno, pero sufrió algunas heridas y tuvo que ser trasladada también

al hospital. Mis compañeros creyeron que Laura pudo haberse distraído mirando el móvil o manipulando la radio, pero eso es imposible. Mi hermana nunca hubiese hecho semejante estupidez —aseguró convencido—. Me llevé el atestado y, ya en casa, lo leí con detenimiento: lugar y hora del accidente, vehículo implicado, daños, diligencias de identificación de la persona fallecida, otras personas lesionadas, reconstrucción de los hechos... El informe detallaba lo que yo ya sabía, pero aún no lograba entenderlo. Ese tramo de carretera no era peligroso, y la idea de que mi hermana hubiera cometido un error tan grave me resultaba inconcebible.

Sergio explicó lo que hizo a continuación: ir a ver el lugar del accidente con sus propios ojos. Una vez allí, constató que las huellas de los neumáticos sobre el asfalto, apenas apreciables, eran el único vestigio de lo sucedido. Observó la calle en silencio, analizando los alrededores, y vio que, justo frente al lugar donde había ocurrido el siniestro, había un bazar chino. Dentro del local, recorrió los pasillos y comprobó que había varias cámaras de seguridad distribuidas por el establecimiento. Una de ellas, la que apuntaba a la caja, tenía el ángulo perfecto para cubrir una parte significativa de la calle, y no necesitó ver más. Salió de la tienda y se marchó a su casa. Se enfundó el uniforme de guardia municipal, a pesar de estar de baja, y regresó al bazar. Alegando que desde el ayuntamiento estaban recopilando información sobre accidentes en vías urbanas para mejorar la seguridad vial, le preguntó a la dependienta si recordaba el accidente ocurrido frente a su tienda, y ella respondió que sí. Recordaba haber oído un golpe muy fuerte, salir corriendo y ver un coche estrellado contra un árbol. También a la señora mayor que, tendida en el suelo, gritaba mucho.

De vuelta en casa, encendió el ordenador y se puso a examinar las grabaciones que le habían proporcionado en el bazar. Deslizó el

cursor hasta la hora aproximada del accidente y, al principio, no vio nada fuera de lo común. El tráfico fluía con normalidad y, a pesar de que llovía con intensidad, las imágenes eran bastante claras. Pronto reconoció el coche de su hermana, que circulaba a una velocidad razonable. Justo al llegar al punto clave, un peatón apareció de la nada. Iba absorto en el móvil, ajeno a cuanto ocurría a su alrededor. De pronto, cruzó la calle por donde no debía, sin mirar ni a izquierda ni a derecha. Cuando el sujeto se dio cuenta de que un coche venía hacia él, ya era demasiado tarde. Corrió hacia la acera, pero su reacción resultó ser torpe y lenta. Fue en ese momento cuando Laura, para evitar atropellarlo, tuvo que dar un volantazo. El coche derrapó, rozó a la mujer mayor y se estrelló contra el árbol.

—Me quedé paralizado frente a la pantalla. Rebobiné el vídeo y lo vi de nuevo, esta vez fijándome en lo que hacía el peatón después de que casi fuera atropellado. ¿Y sabes lo que hizo? Huir. El tipo había presenciado el golpe que él mismo había causado por ir mirando el móvil. Y, aun así, el muy cabrón huyó.

La imagen de Kepa Muñoa, empapado por la lluvia y mirando a la pantalla de su móvil, acudió con una nitidez sorprendente a la mente de Laia.

—Esa noche me emborraché de nuevo —continuó Sergio—. Con la decisión firme de mostrar el vídeo a mis compañeros y no descansar hasta que el peatón pagara por sus actos, vacié unas cuantas botellas. Después, con el uniforme de guardia municipal aún puesto, me tumbé en la cama y me dejé arrastrar por el sueño. No volví a ser persona hasta pasados dos días, cuando el dolor de cabeza remitió y la niebla de la resaca se disipó por completo.

Sergio hablaba con amargura. Sin duda, a pesar de los años, el dolor seguía ahí.

—Tenía claro que no descansaría hasta ver al peatón entre rejas por las vidas que había destrozado, la mía entre ellas. Pero antes, había algo que no dejaba de rondarme la cabeza, algo que había leído en el informe y que me chirriaba cada vez más.

—¿El qué? —quiso saber Laia metida de lleno en la historia.

—El atestado señalaba que la ambulancia llegó al lugar del accidente en cuestión de minutos y encontró a dos personas heridas: la anciana atropellada y Laura. El técnico sanitario realizó una evaluación rápida y optó por trasladar primero a la anciana al hospital, aunque antes de partir solicitó una segunda ambulancia. Sin embargo, esta segunda unidad tardó alrededor de treinta y cinco minutos en llegar y, para entonces, Laura ya estaba demasiado grave. Falleció antes de llegar al hospital. Y lo que me preguntaba era: ¿realmente estaba la anciana en un estado tan crítico como para que priorizaran su traslado? ¿Cómo podía ser que Laura, consciente y sin síntomas evidentes, muriera apenas media hora después? Había algo que no encajaba, y debía acceder a los partes médicos para obtener las respuestas.

Sergio contó que fue al hospital buscando explicaciones, tal y como la propia Laia había hecho unos días antes. Vestido con el uniforme de la guardia municipal y alegando de nuevo estar recopilando información para mejorar la seguridad vial, le resultó sencillo que el personal administrativo del Hospital Universitario de Donostia le proporcionara los partes médicos de las personas implicadas en aquel accidente. Con los informes en mano, se acomodó en su coche y, sin perder un minuto, comenzó a leer. El primero que leyó fue el de su hermana. Estaba lleno de palabras técnicas que le costaba comprender, pero consiguió hacerse una idea general. Laura había sufrido múltiples lesiones internas graves,

incluyendo una hemorragia intracraneal que, al parecer, fue lo que le causó la muerte.

Después leyó el informe de la anciana. La mujer apenas tenía unos rasguños y le habían dado el alta esa misma noche. No podía creerlo. ¿Cómo la habían podido trasladar a ella y dejar a su hermana esperando durante más de media hora?

—Cerré los informes furioso y volví a entrar al hospital. En la recepción de urgencias, pedí hablar con el médico responsable de los informes, pero no estaba trabajando en ese momento. Justo cuando iba a marcharme, una administrativa se acercó a mí y me dijo que ella estaba de guardia esa noche, y que quizá podría ayudarme. No dejé pasar la oportunidad. Le expliqué que había revisado los atestados de varios accidentes de tráfico y que me llamaba la atención, en ese caso en particular, la decisión de trasladar primero a una anciana que fue dada de alta esa misma noche antes que a la joven que falleció poco después. «Recuerdo a la señora porque no paraba de quejarse y de gritar. Parecía que había sufrido heridas gravísimas, pero luego resultó que no tenía nada. Ya sabes, algunas personas son muy exageradas», me dijo.

—Entonces, el técnico de la ambulancia cometió un error fatal al priorizarla —concluyó Laia.

—Exacto. La administrativa lo defendió alegando que a veces los técnicos tienen que tomar decisiones en cuestión de segundos basándose solo en lo que ven. Que no es una tarea sencilla y que no siempre se acierta. Y añadió que, además, el técnico que atendió ese accidente era bastante joven y no llevaba mucho tiempo en el puesto.

—¿¡Gorka Téllez!? —preguntó Laia alterada—. ¿Gorka Téllez, el cantante del grupo de *rock*, era el técnico de la ambulancia?

—Era él.

Laia se llevó la mano a la boca. Por fin comenzaba a entenderlo todo.

—Antes de marcharme del hospital, hice una cosa más: pedí poder hablar con alguien que me explicara el informe de Laura. Llamaron a un médico y él aclaró mis dudas. Según me dijo, lo que le ocurrió a Laura sucede con cierta frecuencia en accidentes de tráfico. En un primer momento, la víctima está consciente y parece estable. Puede estar mareada, desorientada o simplemente pálida, pero existe una hemorragia interna. «A medida que la hemorragia avanza, puede haber náuseas, confusión o somnolencia y, si no se recibe una atención inmediata, la presión intracraneal llega a un punto crítico, causando un paro cardiorrespiratorio», dijo.

Laia bajó la cabeza, realmente apenada, y concluyó en voz baja:

—Laura podría haber sobrevivido si la hubieran atendido antes.

—Así es. —Sergio se volvió a emocionar—. Según el médico, con una intervención temprana, muchas víctimas con ese tipo de lesión logran sobrevivir. —Tuvo que hacer una pausa. Las lágrimas volvían a rodar por sus mejillas y necesitó unos segundos para recomponerse—. Después, el doctor defendió al ambulanciero, cómo no. Dijo que, si no había señales externas visibles, como pérdida de conciencia o un sangrado evidente, era razonable que el personal sanitario interpretara el estado del herido como no crítico.

—Pero no te valieron sus explicaciones.

—No, no me valieron de nada. Lo único que me importaba era que mi hermana podría haber sobrevivido si la hubieran atendido a tiempo —aseguró—. Esa noche no pude dormir. Las palabras del médico, los informes, las imágenes del vídeo... Todo giraba en mi cabeza creándome una gran turbación. Al amanecer, decidí que debía pensar con claridad antes de actuar y pospuse mi visita a la comisaría.

Sergio relató que buscó refugio en el monte, dando largos paseos en los que el aire fresco, el silencio y la tierra húmeda lo ayudaban a pensar, a ordenar el caos que sentía en su interior y a calmar la opresión que lo devoraba por dentro. No tardó mucho en llegar a una conclusión: si entregaba el vídeo del bazar chino y les contaba a sus compañeros lo que sabía, el único que pagaría por lo ocurrido sería el peatón. Sin embargo, había dos personas más que debían ser castigadas. ¿Acaso la anciana y el técnico de ambulancias no eran tan responsables de la muerte de Laura como el peatón que provocó el accidente? Sí, lo eran.

Barajó distintas opciones. Podía exponerlos y buscar justicia a través de los canales oficiales, pero nada de eso le parecía suficiente. Había perdido a los dos pilares más importantes de su vida, lo que había provocado que su mundo se desmoronara por completo. La rabia y el dolor que sentía lo asfixiaban día y noche, y ya no podía soportarlo más. Necesitaba dejarlo todo atrás y no podría hacerlo sabiendo que los culpables seguían con sus vidas como si nada. Después de pensarlo mucho, solo encontró un atisbo de paz al aceptar que la única manera de liberarse y seguir adelante era asegurarse de que esas tres personas tuvieran el mismo final que Laura y su madre. Debían acabar bajo tierra. Si la justicia no podía ofrecerle lo que necesitaba, él mismo se encargaría de equilibrar la balanza.

—Entiendo que te parezca una monstruosidad, pero el dolor era insoportable. Solo lograba dejar de sufrir cuando caía inconsciente por el alcohol y, al despertar, te juro que vengarme me parecía lo más justo —admitió con pesar.

Laia suspiró. No sabía qué pensar, y aún le quedaban unas piezas del puzle por completar.

—Conocías la identidad de la anciana y del técnico de ambulancias gracias al personal sanitario, pero ¿cómo identificaste al peatón? —preguntó.

—Reproduje el vídeo una y otra vez, y extraje una información que sería clave: el hombre tenía unas prominentes entradas y llevaba una bolsa de deporte de la marca Puma. Parecía haber salido de un gimnasio y estar recién duchado, aunque también podría tener el cabello mojado por caminar bajo la lluvia sin paraguas —razonó—. Lo siguiente fue buscar los gimnasios más cercanos al lugar del accidente, y encontré uno a tan solo dos calles. Allí, una vez más, me presenté vestido de guardia municipal. Utilizando la excusa que ya me sabía de memoria y que tan buenos resultados me había dado, conseguí la lista de los socios que habían salido en el último cuarto de hora antes del accidente. Eran unos pocos. Después de descartar a las mujeres y a los hombres que, por demasiado mayores o demasiado jóvenes, no coincidían con las características del hombre que buscaba, quedaron en la lista solo dos candidatos.

Continuó el relato explicando que, al día siguiente, acudió a la comisaría. Fingió pasarse tan solo para saludar a sus compañeros, pero aprovechó para acceder al padrón de habitantes, al que los guardias municipales tenían acceso libre. Tomó nota de las direcciones de la anciana y del técnico de ambulancias, así como de los dos candidatos. Con la información recopilada, debía comprobar si alguno de esos dos socios del gimnasio era su hombre. Se dedicó entonces a localizarlos y observarlos detenidamente. No tardó mucho en darse cuenta de que, por sus andares, las entradas en su frente y la bolsa de deporte de la marca Puma que llevaba colgando del hombro cada vez que se dirigía al gimnasio, lo había encontrado: el hombre que buscaba era el segundo candidato, Kepa Muñoa.

—Con las identidades y direcciones de los tres objetivos en mi poder, la última fase del plan comenzó a tomar forma. Te juro que había momentos en los que la duda me invadía. Yo no era un asesino, ni tampoco un trastornado, simplemente me convencí de que estaba haciendo justicia, una justicia que únicamente yo podía impartir.

Sergio suspiró cabizbajo, como si el tiempo transcurrido le hubiera hecho comprender lo equivocado que estaba.

—Y para que el mundo supiera que no mataba por placer, sino que las víctimas lo merecían, pensé en dejar en cada una de ellas un mensaje claro. Compré varios *pendrives* en una tienda sin cámaras y usé en cada ocasión un ordenador de una biblioteca pública distinta para crear un archivo .txt con una palabra diferente: «EGOÍSTA» para la anciana, «INCOMPETENTE» para el técnico de ambulancias e «INSENSATO» para el peatón. Después, me aseguré de borrar los metadatos del *pendrive* para evitar que la policía pudiera obtener ninguna pista y limpié los dispositivos a conciencia para no dejar huellas. Con todo preparado, ejecuté el plan con precisión, pero, en el primer asesinato, el destino me tenía preparada una extraña sorpresa.

—Ese fue el asesinato de Josefa Reboredo —intervino Laia expectante.

—Eso es, Josefa Reboredo. Después de matarla, encontré un costurero sobre la mesa, algo tan importante y con tanto valor sentimental para mi familia y para mí. Me removió por dentro de tal manera que, por un momento, pensé que me vendría abajo y no podría continuar.

Laia lo observó detenidamente. A Sergio le temblaba el labio y no pudo reprimir un sollozo. Avergonzado, se giró levemente hasta que

se recompuso. El enorme dolor que sintió cuando ellas murieron aún no lo había abandonado.

—Decidí interpretar la presencia del costurero como una señal —explicó cuando logró tranquilizarse un poco—. Cogí un dedal y lo puse en la mano de la anciana por ellas, porque el motivo de mi venganza no era otro que vengarlas a ellas.

No fue necesario añadir que, más adelante, hizo lo mismo con las otras dos víctimas.

Laia conocía bien el resto de la historia.

CAPÍTULO 57

LAIA

2024

—Reconozco que entiendo tus motivos —admitió Laia aún afectada por la historia que acababa de escuchar—. Pero ¿cómo pudiste matarlos?

Sergio se encogió de hombros con expresión triste.

—Después del tercer crimen, aunque te parezca horrible lo que te voy a decir, me sentí aliviado. Te lo juro —reconoció consciente de que era una locura—. Sentía que había hecho justicia, que por fin había vengado la muerte de las dos, y que estaba preparado para seguir adelante con mi vida, por muy vacía que hubiese quedado sin ellas.

Contó la tranquilidad que sintió al ver que nadie era capaz de relacionar a las tres víctimas. Se referían al chico joven como «el cantante», sin reparar en que también ejercía como técnico de ambulancias, aunque lo hiciera mal. Pensó que quizá en el hospital alguien ataría cabos y lo vincularía con la anciana, pero les faltaría la tercera pieza del puzle, la que no encajaba.

—A mí me pasó lo mismo. Yo tampoco fui capaz de conectar a los tres —confesó Laia.

Sergio la miró sorprendido. Aún no entendía qué papel jugaba ella en todo aquello.

—Yo estuve allí esa noche, Sergio.

Él la miró boquiabierto. Ahora era ella la que debía dar explicaciones.

—Me crucé con Kepa Muñoa y lo saludé porque lo conocía. Pero él iba con los ojos clavados en el móvil y ni siquiera me vio. De pronto oí un golpe seco. El coche de Laura había chocado contra un árbol, y Josefa yacía en el suelo. Para entonces, ya no quedaba ni rastro de Kepa.

—Desapareció como un miserable —murmuró Sergio con rabia. Laia asintió.

—Los dueños del bazar llamaron a una ambulancia. Llovía a mares y yo estaba empapada..., pero antes de marcharme, me acerqué al coche y hablé con ella, con tu hermana.

Sergio se volvió a emocionar.

—¿Hablaste con ella? —preguntó como si no pudiera creérselo—. ¿Y qué te dijo?

Su voz denotaba la necesidad urgente de conocer cualquier detalle sobre los últimos minutos de vida de su hermana.

—Le pregunté cómo estaba, y me respondió que un poco mareada, pero que estaba bien.

Sergio cerró los ojos con fuerza durante unos instantes, como si quisiera retener esa imagen en su mente.

—Fuiste una de las últimas personas que la vio con vida —respondió con un gran pesar.

—Lo sé. Y ojalá no me hubiera ido. Ojalá no la hubiera dejado al cargo del matrimonio del bazar. Quizá podría haber convencido al ambulanciero de que la priorizara a ella. Lo siento, de verdad.

Sergio la miró con gratitud, y Laia también se emocionó. A pesar de saber que era un asesino, le habría gustado haber ayudado a su hermana.

Se quedaron en silencio. Ambos necesitaban tiempo para digerir tanta información.

—¿Por qué le enviaste el sobre con el *pendrive* a la periodista? —preguntó Laia un par de minutos después.

—Porque yo ya no soy el mismo y no podía ver cómo el fantasma del asesino de Gros volvía a sembrar el miedo entre la población. Tenía que frenarlo de alguna manera. Por eso, escribí el mensaje en un ordenador viejo sin conexión a internet y lo guardé en un *pendrive* del que borré los metadatos y las huellas. Lo metí dentro de un sobre y se lo hice llegar a la periodista que había escrito el especial sobre mí. Ella se encargaría de hacerlo público. Fui a un parque donde los chavales suelen pasar las horas muertas con el *skate* y le pagué ochenta euros a uno de ellos para que lo llevara esa misma tarde a Donostia. Le pedí que lo dejara en la dirección indicada. No me conocía y no hablaba castellano. En ese momento me pareció una buena idea, pero a la vista está que no lo fue. Quizá debí pensarlo mejor, pero... el asesino de Gros murió cuando nació mi hija. Solo quería que todo el mundo supiera que nunca volvería a actuar.

—¿Tu hija? ¿Qué ocurrió cuando nació? —quiso saber ella intrigada.

—Unos meses después del tercer crimen, entendí que nunca podría volver a empezar de cero si no me alejaba de Donostia. Todo allí me resultaba demasiado doloroso y necesitaba poner tierra de por medio. Dejé mi trabajo, a pesar de lo que me había costado conseguirlo, vendí mi piso y también el de mi madre, y me mudé a Hendaya, donde abrí un pequeño puesto de flores en el mercado. ¿Qué te parece? —preguntó con una sonrisa amarga—. De asesino en serie a vendedor de rosas y claveles.

Laia pensó que la situación no podía ser más irónica, pero no dijo nada, y Sergio continuó.

—Allí conocí a una chica donostiarra que acababa de instalarse por trabajo. Me robó el corazón y tuve la suerte de que ella también se enamorara de mí. Unos años después se quedó embarazada, y nació nuestra hija, Marie.

Laia pudo ver en sus ojos la devoción, el amor incondicional que Sergio sentía por su niña.

—El día que nació Marie, algo dentro de mí cambió para siempre. Nunca había sentido nada parecido. Era tan pequeña, tan indefensa... Cuando la tuve en brazos por primera vez, entendí lo que significaba amar sin condiciones. Y también comprendí la aberración que había cometido con aquellas tres personas. No solo les arrebaté la vida a ellos, sino que les arruiné la vida también a sus familiares. Les quité una madre, un padre, un hijo... ¿Y con qué derecho? —Hizo una pausa y negó varias veces con la cabeza—. Imaginé cómo me sentiría yo si alguien me quitara a Marie, y créeme..., no hay castigo que iguale ese sentimiento.

Laia lo escuchaba con un nudo en la garganta. No podía justificarlo, pero lo comprendía.

—No hay un solo día en el que no me arrepienta de la monstruosidad que cometí —reconoció—. Desde entonces he cargado con ese peso. Ojalá pudiera dar marcha atrás y borrar todo lo que hice, pero no puedo —dijo apesadumbrado—. Nada de lo que haga los traerá de vuelta y tendré que vivir con ello el resto de mi vida.

—Puedes entregarte. Aún faltan cuatro años para que los crímenes prescriban.

—Sí... Y quizá de esa manera podría enmendar una pequeña parte de lo que hice. Pero eso destrozaría la vida de mi familia para

siempre. Se convertirían en la mujer y la hija de un despiadado asesino en serie. Las señalarían y las despreciarían. Y, aunque te parezca terriblemente egoísta, no puedo hacerles eso. —Negó con la cabeza horrorizado—. A ellas no. No puedo.

CAPÍTULO 58

LAIA

2024

Iker empezaba a impacientarse. Desde donde estaba, veía perfectamente a Laia, pero no alcanzaba a distinguir su expresión con claridad. Le sorprendía que la conversación pareciera tan tranquila. No había gestos bruscos, ni ningún signo de tensión. Solo dos personas charlando junto a la orilla, como si llevaran mucho tiempo sin verse y estuvieran poniéndose al día.

Aquello no tenía ningún sentido. Si de verdad estaba frente al asesino de Gros, ¿por qué no se la veía incómoda? ¿Por qué parecía una conversación amistosa? No quería intervenir, porque así se lo había prometido a ella, pero su paciencia se agotaba. Dudaba si acercarse a ellos o no cuando vio que se despedían. Laia comenzó a caminar hacia él, mientras el hombre se alejaba trotando en dirección opuesta.

Iker la observó mientras se acercaba y notó que su expresión era muy seria. Además, juraría que tenía los ojos enrojecidos.

—¿Qué ha pasado? ¿Todo bien?

—Sí. Vamos —respondió ella—. Ahora te cuento.

Laia apresuró el paso hasta llegar al coche. Iker iba a su lado, aguantándose las ganas de preguntar. Ella caminaba en silencio,

absorta en sus pensamientos. Ya en el coche, Iker no pudo esperar más.

—¿Me vas a decir de una vez por todas qué es lo que ha pasado?

Ella no contestó. Sacó la grabadora del bolso, detuvo la grabación y, sin dudar, pulsó el botón de eliminar.

—¿Qué haces? —preguntó él sorprendido—. ¿Por qué lo has borrado?

—Porque no era él, Iker. Ese hombre no es el asesino de Gros. —Le tembló ligeramente la voz.

Laia, que detestaba mentir, acababa de soltarle a su hermano la mayor mentira de su vida. Aunque, en el fondo, no sentía que estuviera mintiendo del todo. Estaba convencida de que ese hombre ya no era el mismo que, dieciséis años atrás, había matado a tres personas con la frialdad de quien cree estar haciendo justicia. Era un hombre distinto, arrepentido. Un hombre que, si pudiera retroceder en el tiempo, actuaría de otra manera. Un hombre que daría la vida por su familia y que quería protegerla a toda costa.

¿Qué derecho tenía ella a destruirlo? ¿A arruinarles la vida a una niña inocente y a una mujer que no sabían nada? Si lo hiciera, estaría cometiendo el mismo error que el asesino cometió años atrás: decidir sobre la vida de los demás. Y ella no quería cargar también con ese peso. No era jueza, ni fiscal, ni policía. No era nadie para sentenciar vidas.

Pensó en qué pasaría si le contaba la verdad a Iker. Tal vez él también creyera que lo más sensato era no hacer nada. Pero ¿y si no? ¿Y si su hermano quería denunciarlo? No se sintió con fuerzas para librar esa batalla. No quería tener que sentarse con él y tratar de convencerlo de nada. Era mejor que Iker no supiera nunca la verdad. Y se consoló pensando que ocultársela también era una manera de protegerlo.

Durante el trayecto de regreso a casa, cerró los ojos durante un buen rato. Descubrir la motivación del asesino de Gros, e incluso llegar a comprenderla, había sido abrumador, pero aún lo era más tener la certeza de que Lander era culpable. Desde el principio del juicio había seguido su instinto y había creído en su inocencia, pero la posibilidad de que el asesino de Gros hubiera matado también a Borja había quedado hecha añicos. El veredicto era correcto. Lander Foronda era un asesino, y ella sintió que había fallado como jurado.

Estaba agotada y ya no era la misma que se presentó, diez días atrás, en la Audiencia Provincial de Gipuzkoa, creyendo que podría hacer bien su trabajo. Entonces pensaba que bastaba con escuchar con atención, analizar las pruebas con objetividad y decidir con sentido común. Pero no podía haber estado más equivocada.

Había aprendido que, muchas veces, los hechos podían estar envueltos en ruido, en miedo o en mentiras. Y también que juzgar no es simplemente decidir si algo ha sido probado o no, sino asumir el vértigo de equivocarse y tener que cargar con las consecuencias. Ya no creía en certezas absolutas ni en finales justos. La verdad no siempre es suficiente. Y, a veces, el mayor acto de justicia podía consistir en no hacer nada.

Y eso era, precisamente, lo que pensaba hacer ella con lo que había descubierto sobre el asesino de Gros.

Nada.

CAPÍTULO 59

SILVIA

2024

Era sábado por la mañana. Greta se había llevado a Maialen al centro comercial y la casa estaba vacía. Silvia agradeció el silencio. En su mente bullían el remordimiento, la duda, la culpa..., y no habría podido soportar ningún ruido más. Miró a través del gran ventanal del salón y observó cómo el cielo se cubría de nubes grises que presagiaban lluvia. No podía imaginar un día más acorde a su estado de ánimo.

La noche anterior había logrado que Iñigo se llevara a Mikel lejos, al menos un par de días. Sabía que su hijo cargaba con un peso insoportable: la certeza de que Lander pagaría por algo que había hecho él. Temía que, en un arrebato, quisiera confesar y terminar con esa farsa, y no podía permitirlo. Por eso, en cuanto llegaron a casa tras el veredicto, lo llevó a su habitación y, sin que Iñigo los escuchara, trató de convencerlo:

—No está todo perdido, ¿me oyes? Apelaremos y Lander tendrá otra oportunidad —le aseguró tratando de sonar firme—. Solo tienes que aguantar un poco más.

Mikel, sentado en la cama, miraba al vacío como si no fuera capaz de procesar lo que ocurría a su alrededor. Estaba muy pálido y tenía los ojos enrojecidos. Ni siquiera contestó.

—Sé que te duele, *maitia*, pero no podemos rendirnos ahora. Tenemos que seguir luchando.

Silvia recordó cómo, dos años atrás, después de la llamada de Maite, consiguió convencerlo para que no contara la verdad: «Sacaré a Lander de la cárcel y nunca nadie sospechará de ti. Ambos podréis seguir con vuestras vidas y todo quedará en una horrible pesadilla que se diluirá con el tiempo. Ya lo verás». Ahora se lamentaba de haber pronunciado esas palabras con tanta seguridad, aunque en ese momento las creía de verdad.

Para entonces, ya habían pasado varios días desde el asesinato y estaba convencida de que la policía estaría realmente desconcertada con lo hallado en la escena. ¿Cómo iba a imaginar que Lander también tenía un motivo para matar a Borja? ¿Cómo iba a saber que había sido chantajeado igual que Mikel? Ese fue el momento exacto en el que empezó a dudar de la eficacia de su plan. Por primera vez, la incertidumbre la golpeó con fuerza y no vio otra salida que hacer lo que Maite le pedía: asumir la defensa de Lander y sacarlo de la cárcel como fuera. Solo así podrían perdonarse, tanto Mikel como ella, el haber callado.

Pero no lo había conseguido, y sentía que todo se le escapaba de las manos: había fallado a Maite, a Lander y a Mikel. Y lo peor de todo era que el precio de proteger a su hijo había resultado demasiado caro y doloroso.

Se dirigió a la cocina. Tenía el estómago cerrado, pero pensó que una copa de vino le vendría bien. Abrió una botella de vino blanco y llenó una copa hasta la mitad, deseando que el alcohol calmara su desazón. Con el vino en la mano, se preguntó si todo aquello había merecido la pena. ¿Tan grave era el contenido de ese maldito vídeo?

La noche del incidente, Silvia había quemado todas las pruebas en el jardín, metiéndolas en un cubo metálico y dándoles fuego.

Todas menos una: el ordenador. Mikel creía que lo había destruido junto con el resto, pero ella lo escondió en un lugar seguro: bajo el falso fondo del armario empotrado de su dormitorio. Allí, entre mantas y cajas de zapatos, nadie lo encontraría a menos que supiera exactamente dónde buscar.

Meses después, ya inmersa en la preparación de la defensa de Lander, sin decir nada a nadie, lo sacó de su escondite y lo llevó a una tienda de informática al otro lado de la frontera, en San Juan de Luz, donde pagó ciento veinte euros para que eliminaran la contraseña de acceso. A punto estuvo de ver el vídeo allí mismo, pero las palabras de Lander, asegurándole que no era tan grave, y las de Mikel, pidiéndole que confiara en él cada vez que le preguntaba por su contenido, la frenaron. Volvió a guardar el ordenador y decidió dejarlo estar.

Pero ahora ya todo estaba perdido, o casi, y ya no había motivos para no verlo. Además, ella necesitaba saber.

Dejó la copa sobre la mesa y fue a por el portátil de Borja. Lo bajó al salón, lo abrió y comenzó a navegar entre documentos y carpetas, hasta que dio con un archivo de vídeo titulado «Definitivo.mov». Tenía que ser ese. Dio un trago largo al vino, respiró hondo y, con un doble clic, inició la reproducción.

Oyó un leve zumbido y la pantalla se iluminó. Silvia sintió que el corazón le golpeaba fuerte en el pecho. Estaba a punto de ver aquello por lo que Lander había pagado una buena suma de dinero, y Mikel... Mikel incluso había llegado más lejos.

El vídeo arrancaba en el salón de Lander, no en el cementerio como había asegurado él. Música alta, botellas de alcohol y risas. Silvia reconoció de inmediato a Mikel y a Lander pasándoselo bien. Por sus movimientos, lentos y torpes, se notaba que estaban borrachos, o quizá llevaran algo más. La duda se disipó cuando, tras

fumarse un porro, Lander sacó del bolsillo de su pantalón una pequeña bolsa con varias pastillas. Se repartieron una cada uno y siguieron bebiendo.

Silvia adelantó el cursor del vídeo. Tenía que haber algo más.

Lander hizo una llamada de teléfono y, un rato después, apareció una tercera persona en escena: una chica que Silvia no conocía. Llevaba el pelo suelto, ropa sencilla y parecía un tanto cohibida. Lander se levantó para recibirla con una enorme sonrisa.

—¡Pero si es Amaia! —dijo arrastrando las palabras—. La dulce Amaia, que nunca falla.

Su propio comentario le provocó un ataque de risa. Cuando se le pasó, se inclinó hacia ella, le susurró algo al oído y la condujo hasta el sofá. Mikel le tendió una cerveza que ella aceptó y, poco a poco, entre bromas y risas, se fue relajando y comenzó a beber con ellos.

En un momento en el que la chica reía por alguna tontería, Lander se inclinó y la besó por sorpresa. Ella se quedó inmóvil, confundida por el gesto, pero al cabo de un instante le correspondió. Siguieron besándose hasta que, de pronto, él subió la apuesta: bajó a su cuello, lamiéndolo despacio, mientras le acariciaba los pechos por encima de la ropa.

La temperatura subió entre ellos y, varios segundos después, Lander se giró hacia Mikel y le dijo sonriendo:

—No te quedes mirando y ven, que hay para los dos.

La chica frunció el ceño, claramente desconcertada. A la vista estaba que no se lo esperaba. Mikel se levantó y se acercó al sofá, colocándose detrás de ella. Amaia quedó atrapada en medio: Lander delante, besándole los labios mientras le metía la mano por debajo de la camiseta, y Mikel detrás, manoseándole el trasero.

Silvia detuvo el vídeo de golpe.

—¿Un trío? —preguntó furiosa—. ¿De verdad han dejado que todo esto ocurra por un maldito trío?

Comprendía que ninguno de los dos quisiera que aquello se hiciera público, pero no entendía semejante obsesión por hacerlo desaparecer. Inspiró hondo y volvió a darle al botón de reproducir.

La escena subió de tono. Lander y Mikel comenzaron a quitarle la ropa a la chica, que seguía algo rígida, mientras ellos también se despojaban de la suya. En un momento dado, Lander, con una media sonrisa cómplice, le hizo un gesto a Mikel para que cogiera el móvil. Este bajó del sofá tambaleándose, desbloqueó su teléfono y le dio al botón de grabar.

En cuanto Amaia se dio cuenta, se cubrió de inmediato con las manos y se encogió sobre sí misma.

—No, eso no —dijo avergonzada—. No grabes, por favor.

Lander siguió encima de la chica como si nada, mientras ella repetía varias veces «eso no». La manoseaba cada vez con más fuerza, y le apartó las manos para que dejara de cubrirse y se la pudiera ver bien en el vídeo.

—Venga, tía, si es lo que siempre has querido —soltó con una actitud chulesca que hizo que a Silvia se le revolviera el estómago—. Lo estás deseando.

Mikel se echó a reír, perdió el equilibrio y el móvil se le cayó al suelo. Ni siquiera se molestó en recogerlo. Se dejó caer en el sillón de al lado y comenzó a masturbarse mientras los observaba.

La chica empezó a apartar a Lander. No quería continuar. Se lo dijo, se lo repitió una y otra vez, intentando zafarse de él. Pero él la ignoró, aprovechando su superioridad física para seguir obligándola.

Silvia sintió que se le cortaba la respiración. No quería ver más, pero tenía que hacerlo, debía saber cómo había terminado todo.

Dejó que el vídeo corriera unos minutos más y, cuando lo tuvo claro, lo paró. Se llevó las manos a la cabeza y murmuró entre dientes:

—Es una asquerosa violación.

Pasado el estupor, sintió una punzada de lástima por la chica, fuera quien fuera. Después de algo así, debía de haberse quedado destrozada. Por alguna razón, había decidido no denunciar lo ocurrido, y solo esperaba que, algún día, consiguiera superarlo.

Después del sentimiento de pena, llegó la rabia. Si ella fuera la fiscal en un caso de violación como ese y tuviera entre las manos un vídeo así, iría a por ellos y los destrozaría. Lander había culminado una violación y, con agravantes, podría costarle más de diez años de prisión. Y Mikel... Mikel se había quedado mirando como un imbécil, dejando que todo ocurriera sin mover un solo dedo. Eso también era delito: complicidad, cooperación, encubrimiento... Un juez podría considerarlo tan culpable como al autor. Mikel no era tonto y lo sabía. Sabía lo que le podía caer por permitir, e incluso grabar, una aberración como esa.

Por fin entendía la desesperación de ambos por evitar que ese vídeo saliera a la luz, pero conocer el motivo no hizo que se sintiera mejor. Al contrario. No sabía qué le dolía más: lo que había visto, la mentira de ambos o la certeza de que tanto uno como el otro tenían las manos manchadas.

Como si fuera una broma del destino, el móvil de Silvia sonó, y vio en la pantalla que era Mikel quien llamaba. Dudó antes de responder. ¿Cómo debía tratar a su hijo después de ver algo así? ¿Era mejor enfrentarse a él y decirle que lo sabía todo o, por el contrario, era preferible callar? ¿Podría hacerlo? ¿Podría mirar para otro lado?

Dudó unos instantes y, al final, descolgó. No tuvo tiempo de decir nada. Mikel estaba fuera de sí y apenas la dejó hablar.

—No puedo más, ama, ¡no puedo! —Mikel sollozaba—. Me voy a entregar y voy a contar la verdad. Diré que fui yo quien mató a Borja y que Lander no tiene la culpa de nada.

—Mikel, escúchame —trató de decir ella, pero él la interrumpió.

—No, ama. Esta vez no me vas a convencer. No puedo dejar que se pudra en la cárcel por algo que hice yo. —Hizo una pausa ahogada y continuó—. No diré nada sobre ti. Les diré que yo preparé la escena para que pareciera que fue el asesino de Gros. Me inventaré que conocía los detalles y cargaré con toda la culpa.

Silvia abrió la boca para responder, pero no tuvo ocasión: Mikel había colgado.

—¡Mierda! —fue todo lo que dijo antes de lanzar el teléfono móvil contra el sofá.

CAPÍTULO 60

SILVIA

2024

Volvió a coger el teléfono móvil y, con manos temblorosas, marcó el número de Mikel. Escuchó, nerviosa, los tonos de llamada, uno tras otro, hasta que saltó el contestador. Lo intentó de nuevo, pero el resultado fue el mismo. Su hijo no iba a contestar.

Con los nervios a flor de piel, marcó el número de Iñigo. Él respondió a la primera.

—¿¡Dónde está Mikel!? ¿Por qué no está contigo?

—Hemos vuelto antes —respondió Iñigo desconcertado por el tono de su mujer—. No he podido retenerlo más tiempo. Mikel no está bien, Silvia.

—¿¡Que no está bien!? Eso ya lo sé yo también, ¡pero tu trabajo era distraerlo! —gritó fuera de sí.

—No sé qué te pasa ni por qué me hablas así. —Iñigo se mostró muy sorprendido por la actitud de su mujer—. Pero Mikel ha insistido en regresar y es lo que hemos hecho. No creo que haya motivo para que me grites.

—¿Dónde lo has dejado? —preguntó Silvia sin perder el tiempo en disculparse.

—Frente a la playa de la Concha. Me ha dicho que quería dar una vuelta y llamar a Elene. Pensé que quizá ella podría hacer que se

sintiera mejor.

Silvia colgó el teléfono sin ni siquiera despedirse. Mikel había mentido a su padre. No pensaba llamar a su exnovia, sino caminar hasta la comisaría de la Ertzaintza en el Antiguo y confesar.

Escondió de nuevo el ordenador, se cambió de ropa con rapidez y salió corriendo hacia el garaje. Se subió al coche y salió a toda prisa hacia la comisaría. Tenía que llegar antes que él y evitar que cometiera un error.

Mientras descendía las curvas de la carretera que unen el barrio de Igeldo con el Antiguo, su móvil sonó. Miró la pantalla con la esperanza de que fuera Mikel, pero se llevó una desilusión al ver que el que llamaba era Josean Foronda.

«¿Qué quiere este ahora?», pensó malhumorada. El padre de Lander no se había interesado por el juicio ni una sola vez desde que ella asumiera la defensa de su hijo. ¿Para qué la molestaba ahora? ¿Acaso quería reprocharle que hubiera perdido el caso? Sin pensárselo, le colgó.

Josean llamó de nuevo y Silvia volvió a rechazar la llamada. No iba a perder el tiempo con él. Cuando insistió una tercera vez, decidió contestar y quitárselo de encima.

—Josean, lo siento, pero ahora no puedo hablar contigo. No es un buen momento.

—Yo que tú no volvería a colgar —replicó él con la misma voz autoritaria de siempre—. Por tu bien y por el de tu hijo.

Silvia se quedó helada.

—¿Mi hijo? ¿Qué quieres decir? —preguntó nerviosa.

—Mikel está conmigo. Te espero en el mirador del monte Igeldo. Ven sola.

La llamada finalizó y Silvia tuvo que detenerse en el arcén para respirar hondo. No entendía nada. ¿Qué hacía Mikel con Josean

Foronda? Volvió a la carretera y dio la vuelta en cuanto pudo.

El mirador quedaba en lo alto de la montaña, junto a la entrada de un parque de atracciones y cerca de un histórico hotel, no muy lejos de Villa Maite. Desde allí, las vistas eran espectaculares: la bahía de la Concha, la isla de Santa Clara, el monte Urgull y parte del casco urbano. Era un sitio especial, donde el olor a salitre se hacía sentir en cada ráfaga de viento.

Silvia llegó al aparcamiento en cinco minutos, y detuvo su Volkswagen Tiguan junto al BMW 840i Coupé de Josean. Mikel salió del coche en cuanto la vio, se acercó a ella y la abrazó. Silvia lo estrechó con desesperación.

—¿En qué estabas pensando, cariño? —le susurró al oído sin dejar de abrazarlo. Después, soltó un suspiro.

Había faltado muy poco para que todo saltara por los aires. Ahora solo le quedaba inventar cualquier excusa ante Josean y llevarse a su hijo a casa.

—Gracias por traerlo. Mikel está muy afectado por todo lo del juicio y no está bien.

Seguía sin entender cómo su hijo había terminado en el coche de Josean Foronda. Supuso que lo habría visto desorientado y se habría ofrecido a ayudarlo, pero no estaba del todo segura. ¿Por qué Josean la había citado allí en lugar de llevar a Mikel a casa?

—Han sido unos días muy duros y estamos todos agotados —continuó ella—. Después de unas horas de sueño, estaremos mejor. Gracias otra vez.

Le hizo un gesto a Mikel para que subiera al coche y se despidió de Josean con un leve movimiento de cabeza.

—No tan deprisa, Silvia. Tenemos que hablar —la detuvo él con firmeza—. Mikel, entra en el coche de tu madre.

Mikel obedeció y se quedaron a solas. Josean dio unos pasos para alejarse y ella lo siguió. Cuando estuvo seguro de que el chico no podía oírlos, con el semblante serio y mostrando la misma seguridad de siempre, habló:

—Sé lo que Mikel pretendía hacer en la comisaría de la Ertzaintza. Lo sé todo. Lo que iba a hacer ahora y lo que hizo antes, hace dos años, en mi piso.

Silvia sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. «Ya está», pensó. «Aquí acaba todo». Josean no iba a permitir que su propio hijo pagara por un crimen que no había cometido. Iría a la policía con lo que había descubierto, Lander saldría de la cárcel y Mikel ocuparía su lugar. La imagen de su hijo esposado, atemorizado tras unos barrotes, le revolvió el estómago. Tenía que estar muy desesperado para haberle contado a Josean la verdad. Confesar ante él era casi lo mismo que haberlo hecho ante la policía. Ya no había vuelta atrás.

Silvia guardó silencio, abatida y avergonzada. Josean debía de odiarla por sacrificar a Lander solo por salvar a su hijo. Las consecuencias podían ser terribles.

—Josean, yo... —ni siquiera encontró las palabras adecuadas.

Él le sostuvo la mirada unos segundos.

—No pienso denunciar a Mikel —soltó de pronto dejándola petrificada—. No sufras por eso.

Silvia sintió que las piernas le flaqueaban. Con los ojos desorbitados y la boca entreabierta, permaneció inmóvil, sin poder creer lo que acababa de oír.

—Pero... Lander...

—A Lander no le vendrá mal un escarmiento —aseguró Josean con dureza.

Silvia lo miró horrorizada. No podía concebir que estuviera dispuesto a dejar que su hijo pagara por un crimen que no había cometido. ¿Qué clase de padre haría eso?

Josean notó el desprecio en los ojos de Silvia.

—No me mires así. ¿Quién te crees que filtró la información sobre Lurberri a la prensa? —soltó con rabia—. ¿Quién te crees que es el culpable de destrozar mi reputación? ¿Y de que Maite no sea capaz de levantarse de la cama si no es después de haberse puesto de pastillas hasta las cejas?

—¿Lander? —preguntó Silvia aturdida.

—Exacto, Lander. Cuando lo eché de casa, lo último que me dijo fue: «Me las vas a pagar». Y el muy imbécil no tuvo una mejor idea que destruirlo todo. Contraté a un experto en informática para que averiguara quién había filtrado la información a la periodista, y fue él. Conocía la clave de mi ordenador, robó ciertos documentos y, después, se los envió. Intentó cubrir sus huellas usando no sé qué de una VPN y encriptando el mensaje, pero cometió el error de hacerlo desde su propio portátil. No me preguntes cómo, pero el experto encontró la dirección que había usado antes de conectarse a esa VPN y no tuvo ninguna duda: había sido él.

Silvia seguía sorprendida. Por mucho que Lander odiara a su padre, sabía que filtrar esa información haría mucho daño a su madre, y también a él. ¿Cómo pudo hacer esa estupidez?

—Aun así...

Silvia no terminó la frase. Que Lander fuera a la cárcel le parecía un escarmiento desproporcionado, pero nunca lo diría en voz alta, porque iba en contra de sus propios intereses. Si Lander pagaba por el crimen de Borja, Mikel quedaría libre. Y ella no quería ver a su hijo en la cárcel. Sin embargo, no lograba entender a Josean.

—Mira, Silvia, Lander es un desgraciado, un malcriado y un egoísta. Y me ha jodido la vida —dijo él con rencor. Se quedó callado unos instantes y su expresión se volvió más sombría—. Además, es un violador.

Ella sintió un vuelco en el corazón. Josean sabía lo de Amaia. ¿Cómo? ¿También se lo había contado Mikel? Un sudor frío le recorrió la espalda. Quiso decir algo, pero no supo encontrar las palabras.

—Y por tu expresión —continuó Josean—, deduzco que tú también lo sabías.

Silvia respiró hondo. Estaban poniendo las cartas sobre la mesa y de nada valdría no ser sincera con él.

—No lo sabía... hasta hoy. Borja consiguió un vídeo en el que se ve a Lander y Mikel de fiesta en el salón de tu casa, llega una chica y la cosa acaba mal —prefirió no utilizar la palabra *violación*, aunque sabía que lo ocurrido no podía calificarse de ninguna otra manera—. He tenido ese vídeo en mi poder durante mucho tiempo, pero no lo he visto hasta hoy. Lo que no entiendo es cómo sabes tú lo que pasó esa noche.

Josean dibujó una media sonrisa irónica.

—¿Te crees que ese tal Borja era el único que sabía poner cámaras? —replicó con sarcasmo—. Cuando Maite me dijo que Lander se mudaría al piso de Aldapeta, las instalé en distintos lugares de la casa. Una cosa es querer perderlo de vista y otra bien distinta dejar que hiciera lo que le diera la gana sin ningún tipo de control.

Silvia lo miraba atónita. Como padre, Josean Foronda dejaba mucho que desear.

—Las cámaras enviaban las imágenes a mi ordenador, donde quedaban guardadas. Cada cierto tiempo les echaba un vistazo. Así

descubrí cómo mi hijo violó a esa chavala, mientras el tuyo miraba como un pasmarote.

Silvia bajó la mirada. Josean había interpretado lo mismo que ella: ambos eran culpables.

—Pero no fue lo único que descubrí gracias a las grabaciones.

Sacó el móvil del bolsillo de la camisa, lo desbloqueó y, tras buscar en una carpeta, reprodujo un vídeo.

Silvia reconoció a su hijo de inmediato. Estaba en el salón del piso de Aldapeta discutiendo con Borja. De pronto, comenzaron a empujarse. Borja lo agarró del cuello y lo estampó contra la pared. Mikel echó mano del aparador, cogió el trofeo que ella misma había fundido con un soplete y se lo estrelló en la cabeza.

Silvia apartó la mirada. No quería ver más.

—Este otro tampoco tiene desperdicio —dijo Josean reproduciendo el siguiente.

Silvia volvió la vista a la pantalla, aunque no necesitaba verla para imaginar lo que mostraría. Efectivamente, en las imágenes aparecía ella, primero, limpiando la escena y, después, preparándolo todo para que pareciera obra del asesino de Gros. Con esas grabaciones, Josean los tenía bien agarrados.

—Siempre has sabido lo que ocurrió esa noche —murmuró Silvia más para sí que para él.

—Así es, aunque no lo supe de inmediato. Cuando todo pasó estaba de viaje. Llegué un viernes por la mañana y Maite me contó que un amigo de Lander había sido asesinado en nuestro piso unos días antes, y que la policía aún no había detenido a nadie. No lo dudé. Revisé las grabaciones de esa fecha en concreto y me llevé una sorpresa enorme al descubrir lo que había pasado. Ver lo que Mikel y tú hicisteis me puso los pelos de punta. A punto estuve de sacarles provecho a esas imágenes cuando Maite irrumpió llorando

en mi despacho para decirme que Lander había sido acusado del crimen. No sé qué esperaba que hiciera yo, pero al ver que no pensaba mover un dedo por él, te llamó a ti y te pidió ayuda.

Josean esbozó una sonrisa y continuó.

—La situación se presentaba de lo más interesante. Tu hijo había matado al chaval, tú lo habías ayudado a encubrirlo y mi mujer había acudido precisamente a ti para que defendieras a nuestro hijo. No pude resistirme a quedarme quieto y observar cómo te las ingeniabas ante semejante panorama. Y tengo que reconocer que tu jugada fue brillante. Cargarle el muerto a un asesino que ya nadie recordaba fue brutal, y enviar un *pendrive* como si fueras él para desmentirlo en el último momento, todavía más. De esa manera, Lander sería condenado con total seguridad, tú quedarías como la pobrecita que intentó todo para salvar a su cliente y Mikel estaría a salvo. Realmente inteligente.

—¡Te equivocas! Yo no envié ese *pendrive* —se defendió Silvia furiosa—. Te juro que no lo hice. Y nunca quise que Lander fuera a prisión. Al contrario: asumí su defensa para librarlo, para que ninguno de los dos pagara por ese asesinato y pudieran seguir con sus vidas. Pero salió mal.

—¿Y por qué tendría que creerte? —le preguntó Josean alzando una ceja—. ¿Por qué ahora, si ya me mentiste antes?

Silvia frunció el ceño. No entendía a qué se refería. Apenas había tratado con él. ¿Por qué aseguraba que le había mentido? ¿Cuándo?

Josean vio su desconcierto y no tardó en sacarla de dudas.

—Mira, Silvia. Sé que Borja no solo chantajeó a Lander con el vídeo de la violación. También lo hizo con Mikel. Pero en lugar de dinero, le pidió otra cosa: unos documentos.

Hizo una breve pausa mientras Silvia lo miraba sin pestañear.

—Mikel se los entregó después de quitártelos a ti, a pesar de que me aseguraste que no los tenías. Dos veces.

El impacto fue brutal. Silvia se llevó una mano a la boca y dejó escapar un grito ahogado. Por primera vez, entendía el papel de Josean Foronda en toda la historia. Y sintió verdadero pavor.

—¡Tú eres Reta59! ¡Oh, Dios...! —dijo notando que se mareaba.

Él la sujetó por el brazo para sostenerla, pero ella se apartó enseguida, como si el contacto con él le quemara la piel.

—Por fin mostramos todas nuestras cartas —dijo él con una media sonrisa. Ni se había inmutado por la reacción de ella—. La primera vez que me mentiste fue el día que dejaste el maletín en el cuarto de contadores de aquella casa. Te lo pregunté bien claro: ¿existe alguna otra copia de la documentación? Me aseguraste que no. Años más tarde, me llamaste asustada. Un desgraciado que luego resultó ser el padre de Borja te había pedido esos documentos y estabas en apuros. Te lo volví a preguntar: ¿tienes la documentación? Y volviste a decirme que no, que en su día nos habías entregado todo lo que tenías. Pero, de nuevo, era mentira.

—Tú atropellaste a Tirso Miranda —concluyó Silvia aún en *shock*.

—No exactamente, pero sí, fuimos nosotros —afirmó Josean como si matarlo hubiera sido un trámite más—. Ese día sospeché que mentías, y que no eras de fiar. Por eso, te pinché el teléfono. Desde entonces, he grabado todas tus llamadas: aquella en la que Mikel te contaba que había hecho algo muy grave, y también la de hoy, en la que te ha dicho que iba a confesar. Puedes dar gracias de que lo haya interceptado a tiempo, a menos de diez metros de la comisaría.

A Silvia le costaba asimilar todo lo que estaba escuchando. Se giró hacia el coche y miró a Mikel, que los observaba sin entender qué estaba sucediendo.

—Eres despreciable —logró decir tras unos segundos—. Lo que vi en ese vídeo es aberrante, inhumano, cruel. ¿Cómo podéis torturar a esos hombres a sangre fría y escribir las normas del juego en un documento como si fueran las reglas del parchís? ¡Son personas! ¡Como tú y como yo! Me das asco, Josean Foronda. Eres un monstruo.

Josean soltó una carcajada.

—¿Acaso no lo somos todos? —replicó con sarcasmo—. Vale, no al mismo nivel, pero no creo que haga falta recordarte lo que tu hijo y tú lleváis ocultando tanto tiempo. O lo que esos dos le hicieron a esa pobre chica.

Silvia se quedó callada. Lo miró con odio, rabia y asco.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó sin apartarle la mirada. Quería marcharse y perderlo de vista cuanto antes. Hacer como si nada de aquello hubiera ocurrido.

—Muy sencillo. Vas a destruir todo lo que tienes contra mí. Todo. Pero esta vez, sin mentiras ni engaños. Para asegurarme de que lo haces, lo comprobaré con mis propios ojos. Cuando eso ocurra, yo haré lo mismo: destruiré todo lo que tengo contra ti y tú serás testigo. Así podremos seguir con nuestras vidas con la certeza de que ninguno se la jugará nunca al otro.

—Y el único que pagará será Lander. —Seguía doliéndole que fuera el único en cargar con sus pecados.

—Te repito que a Lander le vendrá bien una temporada a la sombra. Quizá así se le quiten las ganas de traicionar a los suyos —dijo Josean con frialdad—. Con buena conducta, si es que algún día aprende lo que es eso, en unos pocos años estará fuera. Pero no seré yo quien lo esté esperando.

Silvia deseó tener tiempo para pensarlo, para ordenar las ideas y buscar otra salida, pero Josean la tenía contra las cuerdas y lo sabía.

Consciente de que no tenía escapatoria, se vio obligada a aceptar y sellar un pacto con la peor persona que había conocido nunca, alguien capaz de justificar la condena de su propio hijo por violar y traicionar, mientras dormía tranquilo cada noche habiendo ideado y ejecutado un juego en el que se torturaba a seres humanos de la manera más atroz.

Josean Foronda tenía una doble moral que le revolvía las entrañas. Se creía juez y verdugo, exento de cualquier castigo, mientras el resto de los mortales tenía que pagar por sus pecados.

—Una cosa más —dijo él dando una última instrucción a modo de despedida—. Espero que seas capaz de atar en corto a tu hijo, no vaya a ser que le dé otra vez por hacerse el héroe, confiese y termine jodiéndolo todo. ¿Queda claro?

Silvia no respondió. Subió al coche y arrancó. Ante la atenta mirada de Mikel, pisó el acelerador, consciente de que no tenía otra salida que aceptar lo que Josean Foronda le había ofrecido.

Si pactar con el diablo y abandonar a Lander a su suerte era la única forma de salvar a su hijo y salvarse también ella, aprendería a cargar con ese peso.

Y lo haría por el resto de su vida.

AGRADECIMIENTOS

Recuerdo perfectamente cómo surgió la idea de escribir esta novela. Fue en el BAZ, la oficina de atención al ciudadano del Ayuntamiento de Arrasate-Mondragón, donde trabajo desde hace veinte años. Zuriñe Madinabeitia, una de mis compañeras, mencionó de pasada que había sido miembro de un jurado, y ese comentario hizo que se me encendieran todas las alarmas. Le pedí que me contara su experiencia y, como siempre, lo hizo con todo detalle, con la precisión y minuciosidad que la caracteriza. *Mila esker*, Zuriñe, por plantar la semilla de *Veredicto*.

Desde ese momento, ya no pude pensar en otra cosa. Le fui dando forma a la historia, imaginando las mil maneras de tejer las tramas y subtramas que se disparaban en mi mente. El siguiente paso lo tenía claro: contarle la idea a mi amigo Iñaki Larraza. Durante aquel paseo por Brinkola, mientras subíamos al pantano de Barrendiola y lo bordeábamos, Iñaki me escuchó con atención mientras le hablaba de juicios, jurados populares, asesinos en serie y *pendrives*. Al terminar mi exposición, él lo tuvo claro: tenía que escribir esta novela. Aquel paseo fue el primero de muchos en los que discutiríamos cada recoveco de la trama, los personajes y los giros inesperados. *Eskerrik asko*, Iñaki. Como siempre, ha sido un placer compartir todo el proceso contigo, y ya van seis.

A los guardias municipales Josean Gamón y Patricia Urrestarazu, al director de la Guardia Municipal donostiarra Jon Udakiola —antiguo jefe de Investigación Criminal de la Ertzaintza— y al fiscal de la Audiencia Provincial de Gipuzkoa Jorge Bermúdez, un millón de gracias por abrirme las puertas de vuestros mundos y por ayudarme a entender el funcionamiento de los procedimientos y protocolos. *Mila esker* por vuestro tiempo y vuestra generosidad.

A mis lectoras cero y compañeras de aventura Mari Paz Otxoa, Gloria Tellería y Ro Blanco, gracias por vuestras críticas y aportaciones, por hacerme replantear hasta el más mínimo detalle de la historia, empujándome a buscar siempre la mejor versión. Me siento muy afortunada de poder contar con vosotras.

A la familia de la Agencia Literaria Sandra Bruna y a todo el equipo de Planeta y NdeNovela, gracias por apostar por esta historia, tan distinta a mis trabajos anteriores. Y a mi editora, Zoa Caravaca, por seguir buscando siempre lo mejor en cada línea. Es un placer aprender de ti y seguir trabajando juntas.

A mis padres, mi marido y mis hijos, una vez más, por hacer posible que siga escribiendo. También a libreros, clubes de lectura, bibliotecarios, *instagrammers*... Gracias por brindarme vuestro apoyo y cariño.

Y, como siempre, gracias a los lectores que me conocisteis con la trilogía de *Gibola*, a quienes os sumasteis con *El valle del hierro* y *Al subir la marea*, y a los que me habéis conocido ahora con *Veredicto*. Si os ha gustado, no dejéis de reseñarla y recomendarla. Es el mayor favor que me podéis hacer.

Si os apetece escribirme, no dudéis en hacerlo a ane@aneodriozola.com. Me encantará leeros.

Veredicto
Ane Odriozola

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Imagen de la cubierta: © Peter Glass / Arcangel
Diseño de la colección: Planeta Arte & Diseño

© Ane Odriozola, 2026
Autora representada por Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

© Editorial Planeta, S.A., 2026
NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.ndenovela.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-10140-73-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta